

CARLOS OLIVAREZ

LOS VETERANOS DEL 70 ANTOLOGIA



ANTOLOGIA



LOS VETERANOS DEL 70
© CARLOS OLIVAREZ

Inscripción Nº 67.797

© EDICIONES MELQUIADES
Bandera 341 - Of. 352 - Stgo.
ISBN: 956-231-014-K
Primera Edición
Enero de 1988

Diseño Portada: Paula Valenzuela

Impreso en los talleres de Alfabetá Impresores
Impreso en Chile / Printed in Chile

CARLOS OLIVAREZ

LOS VETERANOS DEL 70

ANTOLOGIA



Compartiendo las posibilidades de la imaginación desatadas por Sargent Pepper, he oído decir que íbamos a ser jóvenes hasta el año dos mil treinta y cuatro.

Desgraciadamente esto no ha sido posible.

Es finales de febrero '87, hace calor, tenemos bebidas heladas en la mano, mientras los autos suben y bajan Plaza Italia. Carlos Cabrera busca vestigios para una película donde intenta rescatar al "viejo rockero". Mario Mutis (uno de "Los Jaivas" históricos) deshilvana el intransferible perfil químico de tan entrañable personaje, pero después de unas cuantas certezas nos damos de porrazo con un tipo de no existe. Lo que cabía entonces era una directa exploración arqueológica de los textos, modas, sonidos, imágenes y sueños de los años sesenta.

Todos sepultados, interrumpidos. Sin conexión con los jóvenes que hoy ocupan la escena. Cosa que no pareciera importarle a nadie.

Ese tiempo no existía más, o nunca existió sino en nuestros deseos: Imponer un estilo, una forma, una suprema utopía, ya que nadie se conformó con un pedazo de la vida. Amamos el largometraje completo para disfrutarlo milímetro a milímetro.

No era poco.

Y como la cosa era así, cuando lo perdimos todo, nos quedamos escuchando la impenetrable voz de la oscuridad, con hambre y frío en zonas que ni imaginábamos tener. Huérfanos, desplazados, ignorados y cesantes, pero con los ojos abiertos.

La historia a contar podría ser la de unos tipos que tuvieron —o se lo creyeron— algo donde "todo era posible a condición de ser lo suficiente insensatos".

Una manga de locos lindos, cuya renovada obsesión, 1987, radica en el simple gesto de volver a copar la Geografía y sobre todo la Historia. Tener otra oportunidad. Entonces, Pepe Cuevas lanzó su "9 veteranos del 70". Contradictorio por lo excluyente,

aunque no tanto como ese otro que ya había hablado de sólo "Three veterans poets inside Chile".

Sin embargo, ambos títulos concentran la idea de aquellos que, bien o mal, han cruzado la Laguna Estigia al revés. Pero desplazan el microclima del que hablamos y de lo que esta Antología ilumina: un sitio para poner dentro, jamás dejar fuera.

Los que viven este libro de muchas maneras hemos comprimido años y horizontes, somos veteranos de todo lo que esas palabras llevan dentro.

Es decir:

El Pedagógico. El taller de escritores de la Universidad Católica. Las revistas Trilce, Arúspice, Tebaida. Los premios de la Revista Paula con esas bellezas de mujeres llamadas Isabel Allende, Delia Vergara, Malú Sierra. La FECH de la Alameda. Los congresos de poetisas en la Universidad Austral. Las cervezas del Café Turismo, mirando el río. Navegando hasta Corral, mientras bebemos el dulce vino de la juventud enamorada.

Remontamos la carretera sur y norte a lomo de camionetas pick up, Chevrolet rancheras, autos viejos abriéndose paso entre el polvo del verano, citronetas flamantes alegrando el desierto con aullidos tan inocentes como "fornicar es un acto literario".

Leyendo a Cortázar, a Salinger, a Mailer, a Lowry antes de compartir verdaderamente el vértigo de "Oscuro como la tumba donde yace mi amigo". A Neruda, a José Agustín, a Saroyan, mientras los neumáticos dejan su estela de caucho caliente en el pavimento.

Escuchamos a Joan Báez, a Dylan, al primer Serrat, los clásicos Iracundos con un golpe a la cátedra cada dos años. Cuecas que iluminan Valparaíso, o el olvidado Santiago, con sus prístinas noches fumando marihuana por Macul. Pero por sobre todo, por encima de las más altas cumbres, a Los Beatles.

Los Beatles son un verbo que conjugamos a través de los años y que, cuando nos revienta la nostalgia recuperamos en algún tocacassettes y volvemos a nuestros efervescentes años sesenta, como si el siglo no fuera más que esos diez años y quizás tengamos razón.

Porque a pesar de todo, ellas siguen caminando por ahí a la vista de cualquiera con sus preciosas minifaldas, sus coloridos pantalones dibujando un paisaje desbordante de sensualidad. Pero como tampoco eran egoístas con sus cuerpos teníamos viento a favor con la píldora, para, con la misma soltura de cuerpo que adorábamos sus palpitantes pantorrillas, extendernos hasta los confines del universo.

Nuestra pretensión iba mucho más allá que lo que nuestros mayores nos habían legado: una prosa FM, estilo locutor, que dejaba al descubierto ese edípico comportamiento que enmaraña todas las relaciones humanas. Esa palpable "náusea" en cada esquina que no acertábamos a imaginar de dónde cresta provenía. Algo apenas comprensible para una bandada de esmirriados husmeando todos los libros a su alcance. Nada de lo cual parecía conformarnos.

Salvo la calle. Salvo la alegría.

Los letreros luminosos, las películas en kodakrome, el golpeteo de la lluvia sobre las tejuelas de alerce, el ineludible sonido estereofónico de los long play. Los mismos que giraban a las mismas 33 un tercio revoluciones por minuto, en Nueva York, Lima, Buenos Aires o Ciudad de México, donde había también otros que estaban dispuestos a estrujar su última gota de semen por la "onda": lo que en muchas palabras equivalía a ser extrañamente devoto del pop, la televisión, la Reforma Universitaria, el amor a todo trapo, Casa de las Américas, el pelo largo, las ideas largas, la exquisita Brigitte.

Cabría imaginarse cómo compatibilizar los romeros del Cine Ducal enfurecidos después de haber visto "Busco mi destino", con esos mismos tratando de descifrar qué enrevesados mensajes se podían licuar del Pato Donald, de Superman, la Cía. y Los Peace Corps. Cómo engranar esos imberbes norteamericanos con esos otros que bajaban de sus helicópteros en My Lai o el Delta del Mekong, al lado de los Mamas and the Papas glorificando las alternadas gamas del California Dreams. Y a estos mismísimos que no eran otros que aquellos que bebían vino caliente con naranja en la Peña de los Parra o pegaban carteles donde se leía Vote por Allende. Vote por Tomic. Vote.

Cachorros compuestos de diversas capas. Con estanque para experimentar no sólo la literatura, sino también y sobre todo los segundos siempre ampliándose como esa foto de "Blow Up", donde quedan sólo gránulos y ya nadie puede distinguir la más mínima silueta. A puro instinto, sin "contextualidad, referentes, soportes, o lecturas plurales" absorbiendo oxígeno puro, y toda la historia que se empezaba a escribir como ese millón de libros en seis meses de Quimantú.

O sea, que aún no éramos un país en vías del subdesarrollo, avanzábamos hacia el desarrollo, según lo que las cifras y, sobre todo, el corazón nos decía a cada rato.

Parafraseando a William Wordsworth podríamos decir que toda generación, en la medida que es grande y original, debe crear el gusto que permita deleitarse con lo que hace.

Cosas que si no las hubiésemos vivido jamás creeríamos en ellas.

Quizás nuestra más importante lección fue aprender que la única forma de conocer la verdad pasaba por vivirla. Probarlo todo. Acaso no resultaba demencial que un tipo metido en un extraño traje caminara por la Luna y nosotros, habitantes del inmenso sur, lo estuviéramos viendo "ahora", mientras destapábamos champaña en casa de los Daiber. O aún que ese caballero consiguiera dos semanas de sobrevida con el corazón de una muchacha trasplantado en su pecho. O la muerte del Che. La derrota de Stevens. El declive del penúltimo Gran Amor. El sueño de Gastby. "El fanático sentido de la necesidad" de Kerouac. El Mundial del 62, los tangos de Cachito, Woodstock y los boleros de Javier Solís.

Es de reglamento decir que la generación que alcanzó su mayoría de edad en los años finales de los 60 era el producto de esa otra que se autoproclamó: "Una generación aristocrática, aislada". Profetizando: "Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares" (sic). Citando a Ortega y Gasset. Un pensador que apenas sí leímos tal vez más por prejuicios que por juicios.

Nuestra recurrencia más querida consistía en no separar jamás "lo intelectual" de la sensualidad. Mirábamos alrededor y parecía que antes los cuerpos no existían. Un total despilfarro de los sentidos en beneficio del caldo de cabeza.

En la calle estaba la "rebeldía de la tontera", los Carlotos, el viejo rockero cuyo gusto por la violencia y el odio hacia lo establecido lo llevaba a reírse aterrorizando a los demás. Muchachos despiertos a medias apretujados en pandillas mezclando el odio con algo que imitaba el amor. Soportando apenas su profunda desconfianza en los mayores de treinta. Efeméride que conjuramos con Fitzgerald como la "catástrofe". El hombre sólo puede crear hasta los treinta, después repite, etc. La vieja historia de los bárbaros ante Bizancio.

Teníamos algo de prisa por conocer al máximo de personas. Nuestra aventura pasada por el tubo de rayos catódicos del televisor blanco y negro, el transistor, las fibras sintéticas y los retazos de la Alianza para el Progreso, las canciones embutidas en cassettes, los rayados murales y las marchas al centro gritando por la Universidad. Esa catedral de la nueva religión cuyas Tablas de la Ley reclamaban ser eternos estudiantes furtivos, dudando de cuánto se nos pusiera por delante. Sobre todo del sacrosanto conocimiento enlatado. Había que saber si era verdad lo de Mac Luhan, lo de

Miller, lo del Modern Jazz Quartet, lo de La Segunda Declaración, lo propio y lo ajeno del lenguaje que nos conectaba al continente a través de la Maravillosamente Real Literatura Latinoamericana.

No, no.

No por influencia del Boom, sino por la espectacularidad de su irrupción en los medios. El autor había dejado muy atrás su buhardilla de tarjeta postal y asomaba en las revistas como un personaje que no tenía mucho que envidiarle a los tenistas de moda. ¡Los escritores eran tomados en cuenta! Su voz decía cosas que la gente empezó a escuchar. Su imaginación tenía remitentes de carne y hueso. Algo se podía hacer a través de la palabra. "Rayuela" se convirtió en starlet. Sabíamos claramente que había muchas más "rayuelas" vendidas que leídas, pero nuestro gusto era lo suficientemente vulgar como para no darle importancia a esas minucias. Ya la antipoesía había desacralizado a los "hombres egregios". Y Rauschemberg noqueó a los pintores "aristocráticos" en la Bienal de Venecia con un tipo de cuadros que veíamos a cada rato mirando los tarros de basura.

La novedad del año venía a resultar que el subdesarrollo era una enorme escultura pop y nosotros.

¡Sí! ¡Nosotros!

Nosotros éramos parte. "Todos juntos" podíamos construir una media ni que Obra Maestra para la posteridad, haciéndonos los lesos, mirando de reojo, despojando la prosa y la poesía de todas sus camisas de fuerza.

Comunicar de una vez por todas "la verdad personal incomunicable versus la verdad pública demasiado comunicada". Destruir a ese personaje que sólo de vez en cuando se enfrenta a una encrucijada clara donde su existencia se le aparece más como un proceso doloroso y absurdo que como una serie de "actos". ¡Exacto, Ariel!

La suma de los actos debidamente montados, con alternancias sincopadas al ritmo cardíaco. Teniendo muy claro que nunca ha habido nada que alcance para todos, todo el tiempo, podemos convertir nuestra escasez en riqueza.

El teorema de la necesidad muestra el rostro de la necesidad total, porque no existe lenguaje inocente. El lenguaje nos puede balancear del terror al entusiasmo. Del Tercer Mundo a la estrella de Belén, donde la literatura se escribe con minúsculas y la vida con mayúsculas.

Una cosa tan simple.

Habíamos descubierto el hilo negro y nunca nos cansamos de felicitarnos.

Seguimos la ruta del sol a la caza de muchachas con la ironía en la punta de los dedos. Supersensibilizados para despojar la sexualidad de todos los miriñaques con que la encontramos despreciada.

Armamos una alharaca verbal para mostrar que nadie tenía pretensiones, que escribíamos para pasarlo bien, para evidenciar la alegría de estar parados en el planeta.

Quisimos atrapar el volátil sueño de eterna juventud que se esconde en nuestras empobrecidas almas ya viejas para bailar rock, pero todavía muy jóvenes para morirse, lo que, como se ve, constituye un drama. "El hombre —dice Gombrowicz— se halla suspendido entre Dios y la juventud, lo cual significa que tiene dos ideales". Aspira a la perfección pero le teme, porque sabe que es la muerte. Rechaza la imperfección pero le atrae, porque es la vida.

Siempre en movimiento. No sólo del arrabal al centro y viceversa, sino del subdesarrollo a la tecnología. Del amaneramiento lingüístico al desenfado para nombrar las cosas por su nombre, dejando muy en claro cuántos pares son tres moscas. Del rebelde sin causa a la conciencia política, de la corbata a la nueva piel del blue jeans, del silencio a la estereofonía. Del bolero al rock ácido. De la Real Academia a la germanía del lenguaje hablado. De la elucubración a las mentes genuinamente dispuestas a explorarse a sí mismas. De la métrica a esta nueva clase humana, cuya estética más visible tal vez sea su ausencia.

Estábamos dando un espectáculo para nosotros mismos, cosa que quizás evidenciaba un profundo egoísmo en pos de la alegría (una de nuestras palabras claves). Hasta que nos llegó la hora del somos un sueño imposible que busca la noche.



La selección está hecha, el libro impreso y usted lo tiene en sus manos. Lo que aquí encontrará es el mostrario regateado de lo que quisimos seguir haciendo y pensamos continuar. Es importante que tenga en cuenta que ninguno de los que están —y los que no— ha sucumbido en sus ficciones. Tenemos claro que los sueños terminan. Sin embargo, también sabemos que es necesario estar muy despierto para recordarlos y tener fuerzas para auparse en los que vienen.

Por esto y aquello quiero agradecer a Sonita su paciencia de estos años en que el espacio es bastante más barato que el tiempo, a Mariano por prestarme libros y consejos, al inventor del Clip que tanto bien ha hecho por la cultura, y a Borges de quien tomaré unas palabras para terminar de una vez por todas, porque ya sabes

lo que pasa: "Ni la demencia, ni el tiempo, ni la cárcel, ni incluso el olvido pueden modificar el pasado". Y de ese lugar, habitado por todos nosotros, es del que esta Antología conversa.

¿Te das cuenta?

CARLOS OLIVÁREZ

Pichidangui, septiembre de 1987

Los narradores

ANTONIO AVARIA

(Santiago, 1934)

PRIMERA MUERTE

I

No permite que lo conduzcan al dormitorio. No quiere ser desnudado. Desabotona el chaleco, te da el reloj con la cadencia de oro, arranca la corbata y afloja jadeando el cuello de su camisa. Al inclinarse sobre los zapatos, el pecho cruje. Se endereza con esfuerzo, con un suspiro. Tu padre se desplomó en el lecho y dijo:

—No quiero que el niño me vea morir.

Dos días antes, pusieron a abuela en tierra. Terminado el sepelio, padre había llorado. Era un hombre enérgico, de cóleras temibles. Los enterradores —de uniforme azul— taparon la fosa con una plancha de cemento; la apuntalaron a barretazos. Mientras el cortejo se dispersaba, padre oprimía tu mano. Antes nunca le viste llorar.

Fue a buscarte a la escuela. Tranqueabas con alegría, orgulloso de dejar las clases junto a él. Era una novedad que permaneciera en casa desde temprano. Comprendías vagamente que te necesitaba. La impresión era absurda, casi insolente, pero él nos miraba a todos con los grandes ojos tristes y mimaba a mamá a quien esta exteriorización inusitada de cariño trastornaba: parecía más joven, recién enamorada, moviéndose por las habitaciones, mientras él hablaba con los hijos; en un momento vino a sentarse sobre sus rodillas, mientras tus hermanas disparaban a reír y tu hermano menor construía un castillo y tú quedabas perplejo, preocupado, también feliz. Era una sensación muy rara: consolábamos a padre.

Se alzó del asiento y sonrió, anunciando que él mismo plancharía sus pantalones. Todos corrimos al cuarto de costura a preparar las tablas a las órdenes de mamá.

Entonces sus ojos se pusieron blancos, contra la lámpara del techo recién encendida. Madre extendió los brazos y lo llamó,

mientras el hombre luchaba, casi inmóvil, con las manos abiertas y la boca buscando aire, desencajándose.

Dice: no es nada. Una sonrisa rígida le transforma el rostro. Las comisuras de su boca tiran hacia abajo. Se dirige al dormitorio, simulando aplomo, incapaz de dominar unos pasos de muñeco llevado por hilos. Alguien alarma al médico, al cura, a los tíos. Unas sirvientas de ojos saltones acuden a acostar a los niños. Arrodillada, madre le retira los zapatos. Se ahogaba. En su mirada —vuelve a ti la cabeza para despedirte— las pupilas negras desaparecen hacia las cuencas.

Las córneas blancuzcas, vagas, volteadas: así lo abandonas, aguardando en el cuarto donde las tablas ensambladas alucinan, la llegada del médico que vive a pocos metros, del cura calvo de la parroquia, de los tíos que te daban dinero, de las tías o caramelos a quienes besas con cariño y repugnancia.

Te aíslas en el salón del primer piso, sin dar la luz. Empuñas el reloj y la cadena del chaleco. Tía Clementina se martiriza los pelos en el vestíbulo, llorando a gritos, apostrofando al Señor tu Dios, porque son cuatro hijos menores y él es un hombre tan joven y “ella” no será capaz de mantenerlos, no es posible. Para el Señor todo es posible. Tío Roberto entrevé tu silueta a través de la puerta de vidrio; adelanta el rostro intrigado y te encuentras en el sillón de alto respaldo. ¿Qué haces? ¿Por qué estás aquí, a oscuras? No sabes si tu padre ha muerto. Tampoco quieres ir a su cuarto. Piensas que va a morir. No sientes curiosidad por verlo: antes quieres comprender. Ayer estabas junto a él en el salón y por la puerta abierta a las terrazas pasó tu hermano menor a todo lo que daba, jugando a los caballos, y padre observó a los mayores que le prestaban consuelo: “sólo tiene cinco años; no entiende, mi pobre hijo, que su abuela murió”. Bajaste los ojos: tengo diez años. Empezabas a acompañarlo en viajes breves. Amabas esas salidas en tren, hacia alguna ciudad de provincia: mirar el campo a través de los vidrios, la parada en las estaciones, la grito de las vendedoras que ofrecen cucuruchos de dulces por las ventanillas y padre accedía a comprártelos, las comidas en el coche-comedor, la mantequilla en bolitas, las tostadas; tenía su promesa, para el próximo año, de navegar hasta Punta Arenas y desde la ciudad más austral del mundo hablarías a casa por teléfono y conocerías aquella famosa esquina donde todos los vientos entrechocan y los transeúntes caen de bruces, sufriendo los salivazos de ambos océanos, aferrándose al suelo, girando en torno hasta salir despedidos, como en la Rueda del Diablo.

Esta noche los cuatro hermanos dormiremos en la misma habitación, el dormitorio de "las niñas". La novedad es una diversión para los menores. Tus hermanas se arrojan almohadas y tú las dejas hacer, sin intervenir, sin castigarlas.

Generalmente tu padre te permitía dormir en un extremo de su cama, era frecuente que al amanecer mojaras las sábanas despertando de un sueño delicioso con las aguas calientes todavía escurriéndose luego era el escozor en las piernas advertía tu desdicha mucho más tarde y se enfadaba, pero nunca tomó el cinturón; por ese motivo en ocasiones la disputa entre los durmientes de las camas gemelas te despertaba en un momento de la noche al saberte despierto callaban por eso no te movías y cerrabas los ojos una vez tu padre se fue a dormir a otra habitación.

Tío Roberto viene a buscar el reloj. Le dices que no; puede llevarse la cadena, pero vas a guardar el reloj. No insiste, ignoras si padre ha muerto. Se te ocurre de repente: si muere, poseerás el reloj y el lapicero.

Los miras jugar, a tus hermanos, sin acallarlos. Nos sirven el desayuno en la cama, lo cual es otra entretención excepcional, pues siempre hemos de tomarlo vestidos en el comedor. Aún no te levantas y llega tu primo mayor. Entra acompañado de tío Germán, quien se va y Claudio se apoya en un rincón, donde se juntan dos paredes de color rosado; silencioso, con atuendo oscuro, mira reñir a tus hermanas y llora con la cabeza echada hacia atrás.

Tú, no. Aún no sabes llorar. Es un sueño. Los objetos son transparentes, vistos entre lágrimas que esperan y no puedes expulsar. Instantáneas veloces, irreales: el escorzo de Carmen al arrojar un almohadón y saltar, usando de catapulta los resortes del lecho y la novedad de encontrarnos en el mismo cuarto por la mañana y Claudio mirando esto con ojos llorosos, sin preocuparse de sorber las lágrimas que cruzan su boca. ¿Por qué llora Claudio, si su padre no ha muerto? Quiere mucho a papá, quien siempre le regala dinero.

Patricia acaba de cumplir ocho años. Por la muerte de abuela no ha tenido fiesta ni regalos. Te mira de repente, seria y ansiosa.

—¿Murió papá?

Perpleja, desvalida. (Eres el mayor; creces con las preguntas de los demás).

—Sí, como abuela. ¿Qué vendrá ahora?

La pregunta que haces y un ademán incierto —como si poseyeras el misterio— provoca en los ojos de tu hermana un rápido signo de admiración. Oculta el rostro, porque entre nosotros las emociones no se manifiestan; sólo la ira, o un rudo cariño que se expresa forzando cómicamente el habla en trabalenguas pueril.

II

Padre no está en su lecho. Padre está en el centro del comedor, metido en un ataúd como el de abuela. Te deslizas escaleras abajo. La ventanilla estará abierta y él adentro, fajado, horizontal.

Una caperuza de fraile le rodea el rostro, la barba dura —te gustaba rasparla—, la frente amplia. Una almohadilla de terciopelo recibe su cabeza. Alguien te levanta; dejas un beso en las mejillas endurecidas. Un rictus desacostumbrado en un ángulo de la boca; padre ríe. La muerte ha puesto filos en los huesos de la frente, en el bosquejo de las cejas, en los grandes párpados echados, la nariz, el surco de los pómulos a la mandíbula y el mentón.

Al besarlo, rozas virutas de fierro. Huele a medicinas, a pimienta, a canela. La tez donde restriegas tus mejillas ha tomado aspecto ferruginoso. Tu padre está frío, completamente ausente.

Abuela estaba lívida y sus arrugas se habían alisado en el catafalco.

El ataúd sobre un túmulo cubierto con un tapete negro cuyos flecos o hilachas alcanzan el suelo. Detrás tres caballetes de tijera y una tabla para lanzar muertos al mar. Tocas con el pie otros objetos escondidos: una matriz eléctrica, un martillo, cordones aislantes de alquitrán.

Cuatro candelabros altos, de fuste oscuro y brazos de plata, custodian el féretro. Has muerto, padre. A tus pies han plantado una cruz de hierro. Había dicho: me confesaré una vez en mi vida. Cuando llega el sacerdote, ha perdido la conciencia. El cura le administra la absolución y le impone los últimos óleos.

—Un susurro de latines, dos manotadas en cruz.

SI VIVIS —pausa litúrgica ante el sujeto clínicamente muerto; la duda morderá las entrañas de la mujer y los hijos —per istam sanctam Unctio— los aceites sagrados rebrillan sobre la piel inerte —nem indulgent tibi Dominus quidquid deliquisti (para el Señor eso es posible). Amén.

Han adosado al cajón las primeras coronas. Hay más contra las paredes, detrás de las sillas en fila y amontonándose en los rincones, con tiras violetas al cuello y tarjetas de visita cruzadas por un fajín de luto.

¿Quién cortó del jardín un manojo de lirios para las rodillas de tu padre? (humildes, sobre el lustre de la tapa).

El salón huele bien con docenas de caballeros elegantes hablando en voz tenue. El cutis espejea con el alcohol de afeitar, las narices que revientan de grasa, las camisas, las cabezas erguidas peinadas con esmero, el alfiler de corbata en algunos. Han corrido las cortinas y abierto las puertas de vidrio para pasar a las terrazas y sobre el suelo de baldosas naranja y bajo el emparrado pasean visitantes y parientes lejanos, fumando y gesticulando de a dos en dos y uno coje el brazo de su compañero y mueve pausadamente los labios y las cabezas se saludan, casi rozándose y cruzan miradas con el rabillo del ojo y en las ventanas de las casas se apretujan caras y manos de niño y más arriba los pechos de las mujeres de servicio y las parejas de caballeros se detienen y aplastan un cigarrillo y una fila de hormigas y retoman el paso y los pequeñuelos han escalado las murallas y corren por el jardín, sin prestar atención a los aspavientos rabiosos de madres y niñeras y afuera, en las aceras de tu calle, las vecinas han elegido esta hora para regar los rectángulos de césped y el árbol municipal y la carreta de las verduras se ha parado a cierta distancia, reuniendo a sirvientas y choferes que te miran negando con la cabeza.

Adentro las flores huelen familiarmente a muerto. El tufo de conciliábulo en el salón. En el centro del comedor, bajo la araña de luces, tu padre.

Aquí persisten las mujeres, con rosarios, con guantes, recitando avemarías y anécdotas del difunto, frotándose la nariz con un pañuelo diminuto, recobrando ánimo cuando alguna eleva con voz tonante la salmodia, apagando sollozos y balbuceos de discreta, SANTA MARIA MADRE DE DIOS, con cabezas y sombreros convergiendo en herradura sobre los paños fúnebres.

Encarrujadas en sus asientos, han reducido su tamaño. Frente a frente, ves llegar el peligro. Te aprietas contra sus piernas huesudas o amorcilladas, oliscando polvos sobre narices y ojeras. Te dejas ir, de una en otra, refrenando náuseas, porque tu presencia las ha puesto frenéticas, ganosas de imprimir en el pobre huacho su unto de lágrimas, moco y afeites.

Chorreando besos en las orejas y el cuello, en los párpados y mejillas, te plantas delante de mamá. Ella toma tus manos.

—Ve a lavarte.

En el piso de arriba, en la pieza grande donde padre ha muerto es el bordoneo de la tertulia, los detalles de la agonía, los problemas de la sucesión hereditaria, sugerencias asordinadas sobre deudas e hipotecas, reajuste de versiones de hechos recientes, ataques de llanto, conferencias telefónicas, intercambio de confidencias relativas al extinto. Mojas tu cara en un grifo del jardín, porque también las plañideras se han engolfado, de tres o cuatro a la vez, en los cuartos de baño.

Bisbisean, en un tono amable cargado de reproche: “Es admirable la serenidad de Isabel. Está muy tranquila”.

No saltan lágrimas de sus ojos. No tira rezos de un rosario.

III

He olvidado todos los dolores; —sonríe y es que padre le pide perdón por tantas noches en vela, esperándole—. No me importan ya. Es verdad que pasé penas indecibles con esas discusiones durante las noches. Entonces, cuando la cólera ponga gruesa tu voz, yo sentía llegar esa palabra atroz. Se agarrotaba mi cuerpo, hinchado de lágrimas que dolían y pugnaban y reventaban de mis ojos. Tus palabras terribles y crueles. Yo me desangraba. No te preocupes querido. No siento los golpes, ni las explosiones de tu carácter, ni la visión de esas estrías rojas en tus ojos. Nada de eso tiene importancia. Pero ahora estás muerto y yo estoy sola. Con las manos desnudas, con los dientes, me arrancaría un brazo, o una pierna, por recobrarte. Amaste demasiado algunas cosas tontas de esta vida. Me abandonas. Me hiciste feliz. Yo era una muchachuela tímida que tocaba el piano. Con el pecho temblando de ansias y príncipes y vagabundos, trepaba el banco en el patio de los chirimoyos, a echar al cielo una mirada de prisionera, a soñar tras la tapia con las gentes que llevaban la vida como un vaso colmado. Un día idéntico a otro, hasta que la tarde se ponía quieta. Me entristecían las novelas francesas, el piano, las flores cortadas y esa trenza larga y tan ancha que tú enfrenaste. Casi deseaba esos temblores de tierra que con tanta frecuencia sacuden a mi ciudad: la casona se llenaba de gritos de misericordia y de tías y sirvientas que pasaban ponchos y frazadas, bebidas y bocadillos y en el patio grande era el júbilo de mis veintiséis primos. Me tomaste, me hiciste mujer, me diste hijos; yo dejé de soñar. Hasta esta hora en que yaces en tu casa por última vez y sueño de nuevo. Cuando tu semilla puso morada en mi cuerpo, conocí la más bella espera. El mundo, la génesis, el misterio estaban en mí y yo asistía al milagro:

yo lo era. Puedo separar cada segundo de esa espera prodigiosa, me duelen las entrañas, marido. No me cabía que pudiese haber tanta dicha. Y tú fuiste tan encantador, sin abandonarme un instante, llenando mi habitación de flores y regalos. Pero he de hacerte reproches: en el Club los mozos se daban de codazos al verme llegar y una y otra vez volvían con el talle estirado e hipócrita, a decirme que el señor no demoraba. Podía oír el derrumbe de los dados contra la madera, los tonos de voz y rimas descomedidas por el alcohol, la musiquilla de las bandejas con aperitivos, las burlas y palmotadas de tus compañeros de juego. Me humillaba el encuentro con otras mujeres que tampoco podían ocultar la razón de su presencia en esa ridícula sala de espera. La mirada triunfal de alguna que consiguiera el marido en el acto de llamarlo, oh, cómo podías hacerme esto. Tengo que reprocharte los domingos en las carreteras, tu pasión por la ruleta y esas odiosas partidas de póker.

Cuando en mi ciudad del norte corría la voz de tu llegada, los hombres se precipitaban al Club Social; más tarde eran tus radiogramas pidiendo dinero a la firma, donde tenías crédito casi irrestricto, porque —es bien cierto— vendías tú solo una cuarta parte de la entera producción.

Pero el vicio te consumía todas las ganancias, vendía todas las casas, gastaba todas las joyas. Te fiabas para largo de tu buena suerte y también el Señor dijo no va más y quedaron las fichas inmovilizadas sobre el paño, los dados en el cubilete de cuero, los naipes fajados, tu corazón detenido.

Nunca escuchaste mis razones. Me acusabas de deleitarme en el papel de mujer mártir, porque las lágrimas —aunque te irritaban— lo conseguían todo. Algo de verdad hay en eso, pero no me sirvieron para tenerte conmigo cuando deseaba. Ayúdame, que no desespere. Adiós. Mira cómo todos te recuerdan; tenías en verdad muchos y muy buenos amigos.

IV

Durante la noche han servido café, galletas y copitas de jerez.

En el ritual del llanto y la imprecación, tía Clementina es incansable. Sus intimas la consuelan sin tregua, cediendo en tiempos a su contagio y la señora Berta fija el retrato del hombre vivo. Ven de reojo a la mujer sentada y pálida: sonrío vagamente a los gestos de afecto, recibe abrazos y saca de la manga un pañuelito de encaje para limpiar del rostro las lágrimas, líquido de nariz y gotas de saliva que dejan los besos de compasión. Se insiste

en la juventud de padre y en la brusquedad de su deceso. No hay quien no le viera en fecha reciente. Evocan sus palabras y un estado exuberante de salud. Los caballeros sólo permanecen un instante frente al catafalco; algunos encaran el rostro rodeado de géneros. La casa sahumada, como hace dos días, por abuela. El perfume dulzón de los muertos adensando el aire.

Las criadas se acercan por turnos, sollozantes, secándose las mejillas con el ruedo del delantal. En la cocina, lloran con fuertes sorbidos nasales. Quieren mucho a padre. Siempre perdonaron sus llegadas intempestivas, con amigos, a cenar. El traía los entremeses y les tiraba piropos, llenando de alegría la cocina, absorbiendo sus anhelos de mujeres frustradas, dejando una zafacoca que sólo la presencia de madre serenaba. Ahora parecen respetar —mejor que las señoras distinguidas que no entienden la tranquilidad de mamá— el silencio de la patrona. Atienden la puerta a cada momento, pues se suceden los muchachos con coronas de flores, cada una con una esquila de condolencia. Distribuidas como los regalos para novios. Los visitantes huronean sobre las tarjetas. En el lugar de la lista de cheques, está la de quienes ordenaron rogativas litúrgicas y el monto, tantas misas.

“La señora no ha dormido en toda la noche”. Lo dice la cocinera, recorre la casa y pronto lo repite el barrio entero. Aunque nadie lo ignoraba, resuena inesperado, como fórmula de oráculo explicándolo todo. Al mediodía hay guirnaldas en el salón y en el vestíbulo, en el pequeño porche de losas negras y se extienden en anillos por el jardín de entrada. Hay pétalos macerados sobre el parquet y cruces de mayo con las carnes abiertas entre rizos de luto, fuertemente amarradas con alambre. Este olor, dulce y pesado, que aturde el cerebro y hace que los ojos anhelan llorar. Tu padre ha muerto. Las has visto venir, a estas coronas que vienen a buscarlo; aferradas de los microbuses con un gancho, goteando su agua maloliente o colgando del brazo de mocetones que se han tomado alegremente las ventanas.

Como una fuga de ratones, de improviso se verifican desplazamientos, las escaleras crujen, el piso sufre el raspado de las suelas, de las patas de silla y las devotas disuelven el semicírculo custodiante. Madre queda sola.

Tres carrozas han hecho alto frente a la casa. Dos se destinan a las flores, la tercera tiene las letras iniciales de padre, en dorado sobre negro. Te acercas a los caballos; es la señal que esperan los chicos del vecindario para zafarse. Los cocheros saludan con la fusta mientras se descuelgan varios hombrecillos de frac que cruzan la acera, con paso corto y rápido, ajustándose los guantes.

Son caballerías de gran alzada y pelaje negro, cepillado con esmero, las ancas bajo soberbios gualdrapones. Piafan con violencia, exhibiendo las crines recortadas sobre la cruz y trenzadas más arriba, el correaje de las bridas que engallan, las cinchas tensas, los hierros, la espuma amarillenta que emiten al saborear la embolcadura del freno. Las vecinas han atrapado a sus críos, pero las cabecitas reaparecen en las ventanas y detrás de las verjas, mientras los hombrecitos de la funeraria prenden coronas multicolores a los carros, entre las colgaduras y crespones. Las arrojan con ímpetu y gran destreza, en un juego de grandes argollas; cuando han ocupado todos los ganchos y tomado todas las molduras y florones del artesonado, se amontonan en el suelo de los vehículos. Túmulos blandos, encuadrados por cortinajes con flecos que oscilan a las ráfagas.

Imprimes las yemas sobre las guarniciones, mientras tu hermano menor, retrepado en el pescante, confía alegremente al cochero su parentesco con el muerto.

Por el jardín van y vienen los hombres de negro con una corona en cada brazo. También quieres cargar con una. Experimentas una sensación de adulto al desfilar frente a tus hermanas mirando derecho adelante. Antes de echar el vidrio, madre nos llama. Besamos esas mejillas duras y frías, esos párpados soldados. Madre no estalla en llanto. Durante la noche asumió la agonía y luego ha permanecido sentada junto al cadáver. Se opuso a que sacaran una mascarilla. Ve bajar el vidrio convexo. Después es el sello rotundo de la tapa, te vas, la madera oscura y frotada que echa luces, ébano funeral, hay una cruz donde estaba su rostro.

Ahora hay círculos de silencio en el piso desmantelado aún fragante. Rodean el ataúd. En un relato acerca de un entierro en el campo, el cajón se había abierto. Eso no podía sucederle a padre. Sin embargo, al torcer para entrar en el vestíbulo, un bandazo contra la puerta y el tumbo sordo del cuerpo te sofocan, ahorcada la garganta de vergüenza y horror. Suplicas a Dios Padre y ayudas también, apretando la manilla de cromo, detrás de los caballeros erguidos y congestionados. Querías tocar la caja, sentir su peso aunque los músculos cedieran, transportar al padre a la carroza tirada por seis potros enjaezados para la muerte.

Claudio forma una baraja con las tarjetas que arrancara de las ofrendas. Los hombres de faldones respingados desmontan el catafalco con celeridad y acarrear los despojos; tablas, candelabros caballetes, un tapiz, bombillas, filamentos eléctricos, una cruz en ristre.

Madre te peina con los dedos; ve con tío en el auto.

—No dejar sola a Isabel.

En la trasera de cada carro, sobre un estribo se alza el más joven de los hombrecillos, esbelto y ágil como un banderillero.

Las mujeres quedan en casa. En la puerta de calle, tus hermanos menores se pegan a las faldas de mamá; con ojos saltones, interrogan a la caravana que parte.

V

Has subido al primer automóvil, junto a tío. La mirada fija en el ataúd de padre, tapiado de flores. El itinerario por las calles y las grandes avenidas, la marcha lentísima y solemne del carruaje fúnebre, cuando las gentes se detienen y el tránsito se inmoviliza y los policías saludan y los hombres se descubren y las mujeres hacen el signo de la cruz y ruegan por tu padre. Verán las letras de su nombre entre las galas de duelo. Vas atento a estos movimientos, pero todo lo ves un poco velado y distante, dirán es el hijo que va detrás del féretro, ofuscado, entontecido ante un hecho irreal, aún no aprehendido. Y se pasa sobre el Mapocho, siempre sucio y mísero, y al fin se entra en la recta de la avenida La Paz, ancha y desolada con su espantoso olor a carie y las casas feas y chatas con desconchados y los sitios llenos de mármoles y floristas y las yaserías.

En la plazuela del cementerio se pone en marcha una carroza vacía. Porque en su juventud alcanzó un grado de oficial, padre recibe honores de un batallón apostado bajo los grandes arcos. La comitiva se detiene. Mientras los automóviles descargan y buscan estacionamiento, los empleados de la institución desprenden coronas y las echan sobre carritos como camillas de disección, de ruedas de goma. También aguarda un sacerdote de sobrepelliz blanca y estola negra. A un lado, con empaque de domingo y el viejo sombrero asido con ambas manos, serios y humildes están ellos, los de pie sólidos, los pobres. No mezclaron su agrio olor a trabajo con las fragancias de los caballeros acicalados. Visitarán a la señora cuando estén seguros de encontrarla sola. Padre los ha empleado en diversos oficios, los ha dejado a almorzar, entró en la cocina a beber una caña de tintazo y supo de sus desgracias, de sus odios. Están las mujeres que venían los sábados a pedir ropa, con críos de brazos envueltos en paños que fueron tuyos, y los hijos crecidos, y los "hombrecitos" de distintas épocas que encerraron el piso o pintaron la verja, todos los que aún no han muerto de un

golpe de navaja o de automóvil, de tuberculosis o de frío y en algún lugar de Chile están los mendigos que no se hubieran atrevido a acompañar el cortejo.

Padre moderaba a menudo los humos de la vieja cocinera.

Nadie es más que nadie.

La banda militar abre la marcha sobre la ciudad del reposo. Siguen los carros cargados de coronas con cintas moradas y gasas negras, tiradas por empleados de uniforme azul lavado demasiadas veces, en tres filas. En cada carro, un cuerpo vivo; las flores respiran, como una bestezuela echada. Fueron mensajeras de la naturaleza, que ahora recobra al hombre. Un operario cuida que las coronas no resbalen carro abajo, cuando la criatura se despereza. Después va padre, tendido sobre la plataforma desnuda, en medio de la calle alindada de cerezos limón. A su costado, el sacerdote embiste con oraciones del libro negro. Detrás el hijo, el hermano, el sobrino, los amigos, todos de oscuro.

Los músicos en uniforme tocan una marcha triste y monótona. Clavas los ojos en el ataúd, en el punto donde se encuentra la cabeza de padre y su cabello negro envueltos en el sudario. Un rictus en la comisura derecha le deformaba levemente el rostro, mas no había esas burbujas de color vidrio sucio que exhalaba la boca de otros difuntos. Ya en la Universidad, sobre una camilla con cuatro ruedas de goma vino el cadáver de un hombre muerto de inanición la noche anterior, el curso ocupaba el anfiteatro del Instituto Médico Legal, el cuerpo amarillo y llenos de pringue el pecho, el cuello, los talones y en un muslo una raya de semen seco, "también los ahorcados", explica el forense, es el caso que hasta en el instante final lo que es más vida en el hombre se subleva y cuando el resto del cuerpo ha claudicado, sobreviene el soplo rebelde de la carne que quiere dejar huella, que se niega a morir; la eyaculación es el último suspiro y ahora a la autopsia, ejecutada con serrucho y un gran cuchillo. **LOS HUESOS HUMILLADOS SE REGOCIJARAN EN EL SEÑOR.**

Los compases de la marcha fúnebre, el rumor sigiloso de las gruesas llantas de caucho sobre el empedrado. Bajas los ojos, te esfuerzas por descubrir el surco que deja el carro, ves tus zapatos sin lustre, tus rodillas desnudas, protuberantes, las lágrimas pugnan por salir y de vez en cuando pasas el puño por el ángulo de tus ojos. Tío camina rígido; es algo gordo, de gran estatura y tiene las mejillas húmedas. Sigues con la cabeza gacha, incapaz de resistir el espectáculo de tío cuando llora. El pecho te duele, sobrecogido de presagios. Más allá de los bordillos de las aceras, los árboles en flor.

El ministro ha entonado con persistencia la cantilena de Zacarías, *Benedictus Dominus Deus Israel*.

Con suavidad, empieza a caer una lluvia fina, empapando el madero y las flores. El aire se enfría, los cerezos pierden su brillo rojo. Claudio te echa un impermeable en los hombros. Sonríes vagamente y dejas que caiga a la buena, arrastrando las puntas por el suelo, el cuello sin doblar. Vas absorto en ti; esta llovizna, el día cerrado, la atmósfera opaca, acrecen el sentimiento de desolación. Implacables siempre, los compases de Chopin, ordenando un paso lento, isócrono, solemne. Los conductores de overol y gorra azules tuercen a la derecha. Apenas si reparan en los mausoleos con deyecciones de paloma, en el estanque oval y los grandes cubos de piedra, un ángel de alas plegadas y una náyade.

Tu hábito de pellizcarle las mejillas, que comenzaban a ponerse flácidas. El sonreía, pero a madre disgustaba ese juego. Cuando llegaba temprano a casa, ocupaba el sillón de cretona estampada de flores azules, en el cuarto de juegos; las niñitas trepaban sobre sus rodillas, tú lo asediabas por el costado, el hermano menor cabalgaba en el empuje del pie. Repasaba contigo los poemas para la clase de castellano; él los retenía en el acto.

Benedictus Dominus Deus Israel

El cortejo se detiene frente al Panteón Militar. El séquito toma posiciones en torno de la urna donde un sol recién lavado brilla en cada grano de lluvia. Las ropas lucen más negras. La esclavina del sacerdote y los cromos absorben el resto de la luz.

En el pórtico destaca una inscripción, esculpida sobre una hoja de piedra:

“...Irás a pasar lista de; presente; allá en el templo augusto de la Historia”.

—Papá, ¿qué es la Historia?

VI

Encarnizándose, en ropaje de pájaros de presa, cerrados en semicírculo, te observan, aislado en el vértice de la luz. Padre está aquí, está muerto, pero no emerge de las palabras. Los oradores borronean un retrato irreconocible. Abunda el apóstrofe, el impúdico vocativo: son los momentos cuando los circunstantes de negro se conmueven visiblemente, te fuiste, tú, me dijiste, nos dejaste, tú - te - nos. Hasta que un parlamentario termina el treno

con poema aprendido a horcajadas sobre un brazo de sillón. "Dios mío, qué solos se quedan los muertos". Ahora sí: tu cuerpo se sacude en convulsiones, el diafragma se colma de ansia que sube a la garganta y en la nariz penetra el escozor, por las líneas de la boca corre una arruga y son lágrimas gordas en los párpados.

Los señores que echaban miradas impacientes al reloj deslizan furtivamente sus tarjetas en la mano de los vecinos y se escurren, evitando pisar huevos, despidiéndose del amigo con una sonrisa de conejo. Va ya el ministro de Dios a iniciar el responso, cuando un caballero enfila resueltamente al promontorio que hace de tribuna, con un papel en las manos. Deseas que acaben de hablar. Quieres que el sacerdote haga algo, que rece por padre, que lo ensalme. Por fin se adelanta y al mover los brazos en molinete —Miserere mei, Deus— un monaguillo aparece— no sabes de dónde, portando sobre un paño un hisopo en un tazón y un libro delgado de alas negras.

Padre está en lo profundo. Señor, escucha su oración. Te alcanzan las salpicaduras de los asperjes. Un vientecillo esparce la salmodia del oficiante, quien asume la voz de la víctima, Líbrame, Señor, de la muerte eterna en ese día tremendo cuando los cielos y la tierra se moverán y vendrás a juzgar al mundo por el fuego, estoy sobrecogido de miedo con el pensamiento de tu juicio y de la ira que vendrá, cuando los cielos y la tierra se moverán. Ese día es un día de ira, de calamidad y de miseria, un día espantoso y sobremanera amargo, cuándo vendrás a juzgar al mundo por el fuego, es la voz de tu padre pidiendo gracias, porque a los ojos del Dueño ningún hombre se justifica, a menos que a través del Hijo encuentre perdón de todos sus pecados, se requieren utensilios propiciatorios, ahora el incensario como un huevo de acero agujereado, con corazones adentro y el perfume que llegará a los pies del Padre Nuestro que estás en los cielos y aquí mismo.

El chicuelo responde Amén. El celebrante hace la cruz con el canto de la mano derecha: Requiescat in pace. La luz de Dios pone una moneda áurea en la cabeza tonsurada. La sentencia golpea en tus sienes y permanece largo rato, hasta después que el sacerdote se hubo retirado con un rasgueo de sotana. Resuena aún, aniquila las fibras del cerebro. Quiere decir: irrevocable. Los tonos de la banda marcial desparraman la frase por el aire.

Has comprendido. Por eso, cuando los operarios agarran la barra de níquel, avanzas para sentir el peso del cuerpo amado. Los hombres te dejan espacio en la cabecera, delante de todos. Por eso afincas los pies sólidamente en las losas del suelo, pálido, pero con un gesto de porfía insinuado en la boca, porque la certeza ha

traído la imagen de madre y los hijos menores pegados a sus faldas. Aferras la manija, sintiendo al lado una mano gruesa y roja, hinchada de venas, caliente; te reconforta, deseas que esa fuerza no se aleje. Así, en el lecho, el calor del cuerpo de tu padre y ese olor misterioso, desvanecedor de los hombres como padre y tío, que impone dominio y da seguridad; “cuando grande” olerás así, impregnando tus ropas. Antes de acostarse, padre dejaba en el velador, junto al teléfono, el reloj y la cadena, sus llaves y monedas; desabrochaba la camisa y rascaba el pecho velludo. Lo imitarás. El saco de fumar y el frac verdinegro serán las únicas prendas que madre me regale o venda al ropavejero —quien aparecerá al cabo de dos días, preguntando por la señora viuda. Conservarán por muchos años el olor de tu padre.

Te consuela el cansancio en el brazo izquierdo, al entrar al panteón y tomar la escalera de cemento sin pasamano, porque el edificio está sin terminar. Detrás, el pelotón de empleados de uniforme azul descolorido, con coronas y cruces en hombros. A bocajarro, la huesa.

El nicho abierto, lápida en el suelo, donde queda el féretro unos instantes —para que los enterradores tomen resuello— mientras el ámbito se cubre de flores. Te arrodillas junto a padre y rezas por su alma, las manos en una caricia que traspase la madera. Introducen dos rieles en la cavidad y en tres tiempos acezantes te arrebatan el cajón, que se desliza por los carriles fosa adentro, afirmado con golpes de barreta. Seis brazos levantan la lápida; la apuntalan provisoriamente con cuatro cuñas negras.

Tío pone una mano sobre tu hombro, la otra sobre el hombro de Claudio.

—Yo seré ahora tu padre, hijo.

VII

El cortejo rehace el camino en líneas disparejas. Regresan en grupos pequeños, hablando del amigo. Es una satisfacción ver tan gran número de caballeros vestidos de limpio luto, reunidos a causa de padre. Es verdad que también hablan de negocios, de cambios en el gabinete, fluctuaciones bursátiles y cosechas, pero padre de seguro está contento de que así ocurra, que sus amigos y parientes vengan a despedirlo, abandonando sus oficinas por unas horas, postergando conferencias; si padre viviera y los acompañara, les haría comparsa, feliz de charlar con amigos a los que se ve muy de tarde en tarde. Tal como hacen ahora, insistiría en invitarlos a cenar o a verse en el Club para el aperitivo. Y se despiden con

promesas para cualquier día de estos, con ojos que se ponen más y más huidizos, sabiendo que no se han de encontrar hasta el próximo sepelio, donde serás tú, tal vez.

La instantánea de padre con lágrimas en las mejillas, de pie frente a la sepultura de abuela.

Unos metros antes de alcanzar la salida, al traspasar el recinto de las tumbas, un tropel de niños arrapiezos se precipita a los pies de señores tan elegantes. Algunos los rechazan a puntapiés, con asco o encono, otros les tiran una moneda y los expulsan con el índice, los demás se escurren a brincos, esquivando con rabia el trapo grasiento de lustrar. Tus zapatos son los únicos sucios, pero los chicuelos —descalzos, con la pelambreira de púas, que viven en los cerros pegados al cementerio— te pasan por alto.

Bajo el soportal de entrada está la administración, los almacenes de obituarios que se incendian dos veces por siglo, esa necrografía húmeda poblada de ratones donde un nonagenario acaba de registrar un nuevo nombre. Lo han copiado en la pizarra que dice RIP y Funeral De, sobre la urna con buzón. Formando fila, los participantes dejan caer en la ranura las tarjetas de visita que tía Clementina agradecerá más tarde en nombre de la viuda, sobre cartulinas flamantes fileteadas de negro. Luego todos han de estrechar las manos de los deudos que bloquean la salida y mascullar, en manera precisa y lacónica, su pésame más sentido. Unos abrazan a tío Germán, quien los retiene largamente, poniendo ojos de ciruela; otros no arriesgan tanta familiaridad, pero toman la diestra de tío a dos manos y algunos, quizá estimulados por una mirada especialmente cordial del hermano del muerto, se arman de coraje y lo abrazan con rapidez. Muy pocos se preocupan de ti. Pero quienes lo hacen, muy serios y dignos, sin lástima visible, sin la sonrisilla estúpida que te dan los mayores, como si fueses ya un hombre crecido y vieran en ti a la contrafigura de tu padre, ellos reciben tu gratitud, porque son los únicos en comprender que tu padre ha muerto.

ROBERTO BAEZA

(Santiago, 1947)

NO POR MUCHO MAS TEMPRANO

Siento que el par de negros me espía, que algo han tramado en el salón de baile cuando yo andaba perdido por la calle San Diego, recordando cuando Rebeca me había sonreído, cuando metí la quince y ganamos la mesa, recordando a Guillén, a la lola recordando. Me quedo estático tratando de pillar algo extraño: todo parece normal, la gringa en la cocina, ruido de agua, de tazas, me había ofrecido café. Me suelto. Trato de revivir la proximidad de la rucia al cruzar la puerta: y pasó displicente, pero era estrecho el hueco y sentí las palomitas por debajo del abrigo de piel. ¿Quién iba a estar espionando en un cuarto piso? Tonteras. Me entretengo pisoteando la alfombra, mirando la pipa de agua, pensando en la rucia botando el abrigo. Se sacó los zapatos y se fue derecho al tocadiscos y me estaba mostrando Otis Redding, Wild Man Fisher me estaba mostrando y yo metí mi nariz en su pelo y me acordé vagamente de mis compañeros, de que a mi pololita le tenía que pedir permiso para llegar a las 9, que le había prometido a Ramón que me acordaría de él cuando cayera la primera gringa.

Cansado de caminar, de intrusear en las tiendas, de revolver revistas y fotos pornográficas, de tanta porquería que manejan estos gringos, en un barrio de negros que le hacen honor al mito, se oscurecen la ropa y se adueñan de las esquinas meneando las piernas. Sonríen cuando yo (en mi inmaculada chaqueta celeste) me alejo un poco al cruzar la esquina. Desde antes me voy desviando, como cuando me ladraba el perro (al que le metimos juicio) y me corría de a poco: porque me habían dicho que los perros las saben todas: no les demuestres miedo, quédate tranquilito no más: igual me mordió el maricón: catorce inyecciones en la guata y cuando me sacaron los puntos de la cara la enfermera dijo:

—Se le va a notar bastante.

Pero la cicatriz me sienta, para qué vamos a andar con cosas.

Me asustaban los negros y lo negro de la piel, y tanto labio y las palmas de las manos y los dientes, todo eso, además de la imperiosa necesidad de mostrar que son malos: que quieren matar al primer blanco maldito que se les acerque, sacarle los pelos y patearle la lengua por blancos, por tener pigmentos cagones, paliduchos.

Y en la puerta estaba la rucia con un abrigo de piel largo y yo me quedé mirándola. Me había venido pegado a la pared, un poco acurrucado, hasta la luz de la vitrina y fue cosa de ver la naranja y ya no me pude quitar las ganas de chorrear me entero y quedar con las manos pegajosas e irme toqueteándomelas hasta que me desesperara. Era una tienda alargada y unos tipos oscuros se paseaban al fondo hojeando las pornográficas un poco avergonzados, encogiendo la espalda. Desde adentro le fui poniendo mi cara Delon a la rucia, la cara Paul Newman le fui poniendo, y se sonreía la tonta. Humphrey Bogart y me fui acercando con el lado de la cicatriz para adelante, abriendo los ojos se reía, Marlon Brando, apretando la naranja. Le solté un poco de vocabulario y le ofrecí la naranja con las cejas. Clark Gable, con las cejas y la mano extendida, y si la rucia no hubiera seguido sonriendo, Doris Day, que se reía, yo creo que ahí mismo me pongo a llorar, Charlie Chaplin, porque estaba asustado como cuando el lacho de Rebeca (aquel joven poéticamente pálido) me desafió a una mesa (50 lucas), porque yo era el más alto del grupo que estaba achoclonado mirándola sacar plata del escote.

Se reía la mierda y yo seguía con la naranja extendida y la gringa na ni na, ni una word, las manos bien fondeadas en los bolsillos, empujando de modo que se le arremangaban los hombros y el cuellito de piel le sobajeaba el cuello y se reía y a mí se me acababan las muecas, Víctor Mature, el pucho en la boca, la cara se me quedaba tiesa y la muy seguía buscando pelusas en los bolsillos. Claro que era porque andaba con el negro, un negro ancho y elegante y chico que se me chantó delante y me tiró unas cuantas palabras con una cara de furia que lo hacían inentendible. Yo ya no era nadie. Me reí como pude, le alcancé a echar una última mirada a la rucia para no quedar mal y me fui dando vuelta como que no quiera la cosa. Pero tenía otro negro en la espalda; uno flaco y largo que me miraba para abajo con cara de aburrido. El negro de la rucia, con unos pelos larguiruchos colgándole de la pera me insultaba por la espalda y yo ya sentía venir el aletazo. Con todo, me di vuelta y traté de decir algo, pero el negro me decía poroto, como a los mexicanos, que te han dicho, a nosotros

no nos gustan los porotos, herido el orgullo patrio, ni los cerdos amariconados que me miran mi mujer, oíste. Con eso, además del otro negro en la espalda, la rucia que seguía riendo y yo en mi chaquetita celestre efectivamente me iba a poner a llorar, a decirle negrito es que estoy solo, yo no soy poroto negrito, soy chileno y tengo ganas de volver a Chile, aquí no tengo amigos negritos y por eso yo le pegué un lukiing a la rucia. Pero uno es digno después de todo. Muy digno. Así es que seguí sonriendo y mostrando la cicatriz lo mejor que podía (porque inspira respeto la cosa) y le fui diciendo que qué quería, si una mujer es buena es buena y uno la mira y si es buena la mira, y qué quería. Todo en un tono de no me vayai a pegar negrito si lo hice sin querer, nunca más y todo eso y el negro me insultaba y poroteaba de lo lindo, ahora más calmado, porque se le entendía todo. La rucia seguía con su risita, lo único que faltaba era que empezara a chorrearle baba. De repente el negro se pegó una risa de esas grandes con toda la dentada (tan blanquita), y yo, aunque sospechaba que se reía de mí, me hice el desentendido, aproveché la coyuntura y solté una buena risa, confirmando cualquier cosa; entonces le tiré un agarrón amistoso al hombro, me di vuelta, le di una palmadita al tontón flaco, resignado, a la rucia ni bola, media vuelta maar y muy lentamente, pero las piernas me tiritaban y me paré en la esquina como un santo esperando que se me calmara el cuerpo.

Después del café: puedes dormir en el sofá, pero es que soy friolento, sonriendo esperando que diga yo soy calentita, y de ahí sólo un paso. Pero la gringa se pierde de nuevo por las piezas que yo no conozco y vuelve campante con dos frazadas. Me estiro un poco en el sofá, palpo las frazadas y un último recurso: me gustaría bailar, rucia, baila. Ya me había resultado a la salida de la peña, insistí durante las 3 cuadras hasta llegar a la Alameda y Ramón tuvo que ir cediendo, porque la lola no conocía el Nahuel Jazz y le gustaría ir, aunque fuera un ratito. Ramón malhumorado: qué estás tratando de hacer, y más callado, si viene conmigo, yo la invité, y la lola lo encontró todo tan oscuro y había un gordo haciendo un solo de batería y el mozo nos sentó en un rincón: gin con gin, primavera, gin con gin. Y la rucia se deja llevar, un poco botada en mis brazos, con los suyos colgando: la aprieto, acalorado, con la boca pastosa de las cervezas y el tabaco y el café. Le voy mordisqueando la oreja, apretando su cintura, correteando con las manos por debajo de la blusa: rucia, me da un beso y saca la lengua y tiene los ojos abiertos, muy abiertos mirando su beso, y ahí el negro me sale de nuevo, con su risa, Ramón y la lola bailaban, pegaditos, chictuchic, y un tipo desde el bar languidecía

mirando el trasero paradito de la lola, y yo también la miraba, entre vuelta y vuelta, cuando Ramón se acurrucaba entre su pelo y después también yo la apretaba; yo la apretaba y Ramón miraba el techo, la apretaba dulcemente para que escondiera el potito contra mí, para que el tipo del bar ya no pudiera mirarla. Y la rucia se ha dejado tender en el sofá y la voy descubriendo, y la voy besando y me acuerdo de Ramón, como lo prometido, para qué te enojaste Ramón, si somos como hermanos y tratarme de maricón si total recién la conocías y yo sólo quería bailar con ella y tú vámonos de aquí y la fuiste a dejar y te esperé en la esquina y después no me hablaste. Si estuvieras aquí te dejo la rucia, te la ofrezco y la estoy oliendo y langüeteando y ella sigue indiferente por un pasillo oscuro, hasta la pieza.

Haberle pegado ahí mismo, qué se creía el negro infeliz, y seguía tiritando en la esquina, haberle dicho: ¡y pa' que andai con putas!, no quería darme vuelta hasta que no se hubieran ido (pilato, pilato), o, córrete cabrito si la rucia quiere conmigo, pero eran dos; si hubiera andado solo a ver si me insulta tanto el negro. Me fui tranquilizando, amargado, con la moral en las patas. Tenía que averiguar a qué hora corrían buses y dónde estaba, también eso. Me di vuelta y me encontré con el flaco de los mandados que me conversaba fondeando los ojos; la rucia se había quedada más atrás con su negro. Que vente con nosotros, pero como, que vente con nosotros, vamos a escuchar música, después de todo estamos todos jodidos y yo claro que jodidos negritos, no tenía nada que hacer, vamos no más y saludé al otro negro y a la rucia como si no existiera, buena gente los negros y por ahí me puse a silbar sin darme cuenta.

El flaco entró primero contoneándose, cruzó la pista de baile y se instaló al fondo, al lado de la orquesta. Se echó en una silla, estiró las piernas y clavó la mirada en el suelo; la rucia a mi lado con su negro al otro lado. Me puse a jugar con una bolsita de azúcar y le daba vuelta y vuelta corriendo los granitos y el negro, amigos de siempre, vienes de Chile, sí en Sudamérica, ese largo y angosto, sí y me acordaba de mi profe de geografía, largo y angosto, el guatón Cadiz me tenía buena, estoy hace tres meses, sí, becado, y una vez nos pilló en los pulés, mirando a Rebeca, dos semanas en San Francisco, vacaciones, y no dijo nada y estaba feliz, sí, precioso, voy de vuelta, nos contó de Brasil, una que se lo había comido, si a Glendale, no corren buses a esta hora, y lo había langüeteado, era como Rebeca, sí, salen como a las seis, él nos llevaría a Brasil en viaje de estudios, hay que esperar, no se envicien cabros.

Seguíamos con la misma, chileno y que te parecen los states y la rucia frente a mí, aburrida, todavía con las manos en los bolsillos. Le fuimos echando cerveza, sorbeteando por el hueco del tarro se me pegaban los labios y el negro se llamaba Gene y yo me llamaba Chili, la rucia se llamaba rucia y el flaco no importaba, porque el negro lo mandoneó de nuevo a que fuera a buscar más cerveza. El flaco volvió con la cerveza y tímidamente me dijo que conocía a Neruda, lo estaba estudiando y puedo escribir los versos más tristes esta noche; quería seguir recitando, me gustas cuando callas negro y el otro salió con las corridas de toros, y en Chile, yo todos los días corridas, todos los días, un país de toreros. Domingúin chileno, pero el vil metal y me bajó una risa como estornudo que paré ahí mismo. El flaco llevaba cuatro latas: se las zampaba silencioso. Quería que yo escuchara eras la boina gris, desde el fondo de ti que lo escuchara. Neruda es un gordito, arrodillado, chachariento, un niño triste, dormilón y en eso saltó el negro al escenario, un negro con gafas como si fuera ciego, como si fuera Ray Charles el negro y de atrás otro le pegaba al contrabajo moviéndose entero y muerto de la risa. La rucia me estaba mirando y la sentí en mi pierna: blandito. Me fui echando cerveza y la sentía vino y el negro cantaba como Angel Parra, y así lo escuchaba y el vinito me corrió un poco picante. Saqué un cigarro y lo prendí y boté el humo y el humo se puso a correr por la pieza y había paredes rayadas, escritas y redes y la rucia y el Angel sigue cantando:

me matan si no trabajo
y si trabajo me matan

y me fui comiendo mi empanada por la calle Carmen, cantando bien fuerte, abrazado de Guillén, abrazado de Ramón, de la lola abrazado:

me matan si no trabajo
y si trabajo me matan.

No me aguantaba de mover la pierna por abajo, mirando fijo a Ray Charles que se moría de la risa con el del contrabajo. Y cuando se demoró un buen rato en quitarme el cigarrillo de la mano, y me tocaba, me emocioné entero, agarré más cerveza y me puse a mirar filosóficamente el vaso. Después de 2 pitadas largas, calurosas, el humo la iba abrazando, me devolvió el pucho directo a la boca, con la colita mojada y por abajo nos juntamos más, con las piernas; y entonces se me escondió la mano y se la puse en la pierna y la rucia dio un saltito y se corrió sentida (alaraca). El negro me miró y me siguió mirando. Yo, echado en la silla, incómodo, como que me rascaba la pierna, la cara tiesa, busqué el

escenario y ya ni estaba el ciego, estaba la orquesta y estaban bailando y el negro seguía; entonces se le empezó a alargar la boca y se estaba riendo. Me acomodé. Gritaba de risa y el flaco lo secundaba, como si se desquitara de que no le di pelota a sus poemas. Tenían un griterío espantoso que me llegaba de todos lados y yo repartía sonrisitas por si acaso, la rucia reía sin ganas y el negro Gene se me acercó a la oreja: te la dejo viejo, a ver si quiere contigo, pobrecito, y se fueron riendo después de besar a la rucia en la frente.

A la rucia le empiezan a dar ganas y tiene una lámpara de colores prendida en un rincón; yo me voy deslizandop por arriba y la toco y suelta grititos y se deja hacer. Pero tengo al negro metido en la cabeza, con su risa y el cuerpo se me suelta solo y sudo, la boca imposible, negro de mierda y la rucia tendida hace ruidos y a mí se me baja la guardia, no hay que preocuparse, como con el perro, Ramón qué es lo que pasa, la rucia espera, negros maricones, el bus pasa a las seis, rucia agárrame, haz algo, si ya pude con Rebeca y se mueve y me pide y yo traspiro, no sé qué pasa, la cerveza rucia, nunca antes y se pone a reír como los negros y ya es imposible y me paro y me visto y le pido perdón y salgo a la calle a esperar las seis, a esperar el bus que debe pasar a las seis.

POLI DELANO

(Madrid, 1936)

LLORO LA MILONGA

Era tan mentirosa que hasta a mi diario le mentía, pensando que alguna vez alguien pudiera encontrarlo, que fuera leído en la familia, que aun usted, tío Claudio, se enterara de que a este pajarito nunca le ocurría nada interesante, nada que valiera la pena contarse, de que era sólo una niñita fome y sin historia; por eso escribía cada idea que se me venía a la cabeza con la mayor soltura, como la zafada más grandes. Algunas cosas sí, desde luego, eran ciertas, como por ejemplo, todo eso de los orgasmos. Sin embargo, lo del profesor era mentira: él nunca me hizo ninguna insinuación, Tío Claudio, él era siempre intachable, serio, espléndido. Todo lo que si acaso me hubiera muerto en esos años tú y los demás habrían leído —aunque si tan sólo tú, ya bastaba, porque el diario llegó un momento en que fue para ti, fue mi pobre, mi único camino de comunicación contigo, por eso ahora, oh, Dios santo, quiero contarte— no pasaba de ser una serie de exabruptos de esa imaginación entre desbordante y perversa que me caracterizaba, porque el señor Equis, el profesor jefe del curso, sólo me llamó para decirme durante un recreo algo que al comienzo no supe bien a dónde iba, *la falda corta le queda estupenda, Nenita*, hasta ahí la cosa sonaba a declaración y yo lancé una sonrisa “super” como siguiendo el juego, como dando a entender de antemano que sí, *pero, dígame, ¿qué calzones usa usted?* Me dieron deseos de preguntarle si quería verlos, de decirle que a la tarde se los podía mostrar, pero se quedaron los deseos atajados ahí dentro no más, ya que por fuera me corté —roja o verde debo de haberme puesto— y después de algo así como no atreverme a contestar, le dije, seguro que con tropiezos más o menos serios de lengua, que eran de *nylon* y entonces él comenzó con el sermoneo y repitió casi textuales las ideas de la directora sobre eso de que las salas de clase eran muy heladas y el Ministerio aún no proporcionaba las estufas y, por ende, resultaba indispensable y obligatorio usar calzones de lana, ya que —y ahora hablaba él por su propia

boca— los enfriamientos continuos dejaban pésimos saldos para el futuro, vaginas delicadas, por ejemplo, enfermedades de los riñones, de los conductos urinarios, y de repente mientras decía estas cosas me atreví a mirarle esos ojos siempre tan transparente que tenía y se me ocurrió que quizás estuviera enamorado de mí y le miré también las sienes encaneciendo diciéndome si no sería gil (puro tango, tío Claudio), preguntándome por qué en vez de tomar conmigo esa actitud protectora como de papá, no agarraba al toro por los cuernos, no apuntaba directo al grano y de un zuácate me proponía que saliéramos, que nos encontráramos fuera del colegio, que nos acostáramos, porque sus ojos otra vez —igual que durante esas clases que parecía hacer para mí sola— me partieron el cuero, me cosquillaron el espinazo y para qué, me dije, toda la macana cuando ahora las cosas se estilaban más simples que eso, sin tantos subterfugios, aunque cómo también negar que él pertenecía —seguro— a otro mundo, a una época que ya nunca quizás lograra entendernos, incapaz de penetrar en las razones que —por ejemplo— hacían que M.C. se lo llevara todo el día corriendo a matarse en su Vespa y por las tardes bailando rock dele que suene y desinteresándose de cuanto mundo hubiera a su alrededor (igual tío Caludio que ahora yo no entiendo que una mocosa de trece fume y fume marihuana) y entonces, por primera vez sosteniéndole fijo y firme el disparo de los ojos, supe certeramente que entre él y yo jamás podría haber nada, que de veras le interesaba que usara calzones de lana y hasta que si le hubiese dicho coquetonamente, cuando me hizo la pregunta, que si deseaba verlos, mirándome quizás con tristeza y asombro y sin sermonearme, me habría hablado de la vida y entre muchas linduras (lo digo sin sarcasmo) me habría rechazado. De manera que si hubieras leído que una tarde él y yo nos juntamos y caminando por el parque le paré todos sus lances, pero que a la segunda invitación fui cediendo, querido Diario, *y cuando me preguntó si alguna vez lo había hecho, le dije que sí, pero sólo una, con el primo Roberto, las últimas vacaciones*, habrías pensado que yo me las traía, o que era la gran puta, o qué sé yo, porque tú también, aunque no mucho, estabas en esa etapa en que los años comienzan a dar duro y entonces la imagen que de mí hubiera persistido en grabársete podría haber cuajado tan falsa como la moneda de plomo con que Chaplin le paga la cuenta a Trompifay, si es que prima la importancia de los hechos en la vida de una por sobre la de los deseos, pues la verdad, no me acosté con el “soñado” profesor, tío, ni me acosté con el pánfilo primo Roberto en las vacaciones, ni tampoco, y eso usted lo sabe mejor que yo, tampoco me acosté con usted, aunque cómo lo hubiese deseado, cómo me temblaba la

piel y se calentaba mi sangre y dentro de mí danzaban todas las hadas del mundo cuando usted venía a casa y me hacía algún cariño, o me besaba la frente sin pasión, o me decía —nada más que eso— que caramba qué linda me estaba poniendo, o me guiñaba un ojo y yo iba corriendo al baño, al espejo, a ver si de veras me estaba poniendo tan linda.

Por eso cuando te viniste aquella vez, cuando llegaste por la noche con una maleta y los ojos rojos y la tristeza habitando en cada parte de ti, me sentí, a pesar de todo, feliz, te iba a tener, iba a poder mirarte cada mañana, me darías cada noche un beso, hallándome lista siempre para tus cariños y esperando que porque mi amor era tan grande —no cabía en todo el barrio— el tuyo no tendría más remedio que volcarse alguna vez en mí. Y empezó algo así como una etapa nueva de mi vida y justo a la segunda noche, la noche de la mañana en que pasé frente a tu pieza y te sorprendí llorando, leí lo que llevaba escrito en mi Diario durante el año y me sentí tan poca cosa, tan minúscula, que empecé desde entonces a inventar historias, a fabricar hechos que jamás ocurrieron, para que si alguna vez caía en tus manos y le echabas adelante con la lectura, no fueses a pensar que yo era una pobre niñita estúpida, y también por eso me preocupé, tío, de que no se fuera a reflejar ni la más mínima noción de lo que tú venías siendo para mí desde aquella tarde en que tu voz por primera vez hirió mis sentidos con su dulzura, te acuerdas, cuando recién llegabas de Europa, casado con la tía Tania, una rubia rosada y recia, y el gordito chico en los brazos; de lo tanto que llenabas todas mis horas, todas las medidas de mi fantasía; me cuidé hasta de nombrarte un poco más de la cuenta, porque al principio me habría muerto de vergüenza si de pronto hubiera observado en tu mirada una brizna de sospecha. Así es como fui tejiendo una fantástica aventura con mi profesor, capaz por sí sola de erizarle los pelos a cualquiera, y creo que asumiendo el papel de esas ficciones hasta llegué a provocarlo. Pero no todo era mentira: lo de los orgasmos era cierto...

Porque también mentí en el Diario al no contar —cuando avanzaba septiembre hacia la primavera madura de los almendros— que tuve de veras una historia, al mentir diciendo que con Milo las cosas sólo fueron así, superficiales, desde la tarde en que me había sentado en la última fila del Rialto durante una “popular” de tres películas. Estaba con la Chofi y su pololo y me sentía pésimo violineando de lo lindo mientras ellos se daban besos y se acariciaban por debajo de los suéteres, y estábamos por la mitad de

La Ninfa Constante cuando sentí dos manos abiertas posarse suaves y firmes sobre mis hombros y la impresión fue grande, como que no me atrevía a mirar para atrás a ver quién era el hombre que me había elegido. Digo elegido, porque se suponía que si una niña se sentaba sola en la fila de atrás era porque debía andar a la caza de besos, de un poco de ternura quizás y, más que nada, de una puerta abriéndose para dar paso libre a todo el torrente de inquietud, y entrada a los llamados dulces frutos del amor, si pensamos, bueno, por eso dije “elegido”, que a mi derecha había tres o cuatro chiquillas más tan solas como lo estaba yo, esperando la ocasión para darle a la película calabazas. Sin embargo, a pesar de las manos en mis hombros, *esa* película la vi, no pude dejar de verla, ni siquiera de quitarle los ojos y darme vuelta para descubrir quién era mi joven, que ya me acariciaba los hombros y el cuello bajo la melena con todos sus dedos. Yo sabía que pronto los haría descender, que de a poco irían reptando por la lana voluptuosa de mi chaleca hasta alcanzar las orillas de mis pechos; y sabía también que lo iba a dejar, que no le pondría obstáculos, para que pronto —mientras en la película el tío Boyer seducía a la sobrina Fontaine— estuvieran allí libres, como en una casa hospitalaria, deleitándose y deleitándome, y hasta sabía que entonces yo misma —mis propias manos— las tomaría para fijarlas, para palpar también los dedos y para imaginar por ellos, por su forma, por su largo, por su grosor, cómo sería ese príncipe azul al que todavía no osaba mirar. Entonces es curioso cómo con desenfado al profesor mi pluma lo llevó a sórdidos hoteles que de seguro ni siquiera conocía y lo convirtió en un fogoso amante, diestro y algo depravado, hasta un poco cruel, cómo mi pulso vacilante lo hizo sostener conmigo atrevidos diálogos, mientras que ahora, en los últimos días de septiembre, mi mano se asustaba sobre las hojas del cuaderno y de esta historia que habría hecho innecesarias mis invenciones, sólo se atrevía a recorrer las orillas de lo más trivial, a decir Milo lo había conocido en el cine y que era simpático, aunque feo, y que su pie izquierdo rengueaba, y que me invitó una tarde a tomar té a su casa, y que después se me había declarado, pero que yo no estaba segura de si sí o si no, ocultando toda, toda la verdad de nuestra relación, menos lo de los orgasmos. Porque eso sí que era cierto, tío, ya no lo sabrás, oh, venenosa muerte, eso sí que lo ofrendo a tu memoria como el más puro homenaje de amor —cuánto hubiera querido tener unos años más, apenas dos o tres, cuánto hubiera querido que por tus ojos se hubiese asomado un poco el diablo, y que aquella noche que entré en tu pieza porque la luz estaba encendida no hubieras estado así, con la desesperación agarrándote las manos, los ojos enrojecidos,

tu cabellera griseante salpicando mechas para todos lados y la botella de pisco casi vacía sobre el velador—.

De modo que cuando casi al final de la película, entre todo el lío de locos, el asiento junto al mío se desocupó, mi príncipe vino a sentarse y pude verle la cara sin ángel y enseguida le ofrecí mis labios sólo porque la película había terminado y sin intermedio se reflejaba sobre la pantalla el título de otra que no vi, porque me estaba convirtiendo en protagonista de los hechos, asediada por una alegre risita interna cosquilleante que me venía de sólo pensar, tío, que ahora sí, que ahora sí que podía contarle verdades a mi Diario, contarle también algunas otras cosas nuevas, como que el Concierto número dos de Rachmaninof me gustaba tanto, que estaba descubriendo el mundo, encontrando el gusto de la vida sólo porque tú existías, porque tú eras y eso nadie podía impedirlo, porque podías irte para siempre a Londres, levantar tu casa a orillas del Cáucaso, convertirte en navegante solitario, perderte en los verdes imperios del Amazonas, emprender la búsqueda de los continentes perdidos, trepar el Jolmo Lungma, o cualquier cosa, pero siempre *eras*, porque habías nacido, porque pisabas el planeta con dos pies, porque *yo* te había conocido y ya nunca más podrías desaparecer, nunca más desaparecerías, ni siquiera, ni tampoco, ni menos, cuando empezaste a bajar las escaleras a toda marcha directo hacia el sótano, ni cuando empezaste a llegar borracho por las noches y yo te escuchaba dar tumbos entre los muros del pasillo no atreviéndome al principio a verte, a que me vieras viéndote así, cuando a mí ya se me habían quedado atrás las bicicletas y las idas a la plaza, y más adelante haciéndome mujer, sacando fuerzas de no sé dónde para ayudarte, para impedir que los papás se despertaran y pudieran tener acceso a la condición que empezaba a entristecer definitivamente tu persona; ni siquiera cuando después de aquella tristísima conversación en la mesa una noche, mientras tú andabas en lo tuyo, el papá dictaminó que el santo varón iba a tener que irse, que tu conducta no podía tolerarse más, que éramos, en fin, una familia respetable; ni siquiera después de las veces en que te ayudé a acostarte, a meterte dentro de la cama con las tripas recogióndoseme; nunca, nunca; ni siquiera después de todo eso.

De modo que le ofrecí al príncipe azul los labios y antes del final de la película partimos caminando bajo las arboledas majestuosas de Pedro de Valdivia y mientras él buscaba delicadamente las pequeñas trampas, los subterfugios para lograr sus horribles propósitos, yo estaba totalmente decidida a seguirlo adonde me quisiera llevar y todo nada más que porque *La Ninfa* se

me había dejado caer como una lluvia fuerte y la luz encendida me golpeó de pronto cantándome a las claras y con el tono alto, que estaba estúpidamente condenada a no tenerte nunca, sólo que tenía tan hinchadas de amor las venas, y ese atardecer que fue la primera vez no importó. Lloré, más por ti que por nada, y entre la gran confusión —el cojo fue tierno— no supe llegar. Pero no importó. Fueron las segundas, las terceras, las otras veces, cuando me di cuenta en definitiva de que si no eras tú, jamás se abriría esa puerta, que nunca sería capaz con otro hombre de caminar por las nubes, de flotar rumbo al cielo, ¿comprendes? ¿Comprendes entonces que lo de los orgasmos era cierto?

Y ni siquiera cuando ya dabas tumbo y el corazón parecías estrujártelo durante el día andabas como sonámbulo, el rostro congestionado, la lengua lenta y entorpecida, los reflejos débiles y un par de cuevas moradas debajo de los ojos, y hasta tonto de palabras, ni siquiera, porque sólo pretendí que mi corazón se mantuviese firme, que las fibras sensibles no fallaran cuando me gritaras bestialidades, tener la capacidad maravillosa de seguir amándote, de que no se me dejara caer como invitada de piedra la desilusión, porque la noche en que al llegar y querer yo ayudarte a subir —cuando ya el papá, tu propio hermano, te había dado el ultimátum y tenías que irte, que buscar, que irte, aunque no supieras dónde— me lanzaste el bofetón, la sufrí, la lloré de punta a cabo hasta que cantaron los gallos y tanto por la cachetada *caminito amigo* como por las eléctricas palabras *clavel del aire* que descargarte cuando resignada te ayudé de todas maneras a meterte en la cama, oh, dulce inválido, tierno inútil, amoroso paria de la vida que no volverás a oírme, cuando era mío el placer de tocarte, de servirte, cuando habría sido tu eterna y total esclava si sólo me hubieses derramado un poco, un poquito de amor *mi noche triste* o si me lo hubieras pedido con un gancho de meñique, en vez de contarme cómo ella ya no te amaba y a ti te costaba vivir, y describirme, entre incomprensibles llantos y eructos violentos con mucha acidez de cebolla, de vino, de cecinas fuertes, aquella horrible escena en que tuvo agallas para decírtelo, para meterte la bala sin prejuicios (*dime que sí y la noche pampera abrirá y los rayos de luna pondrán luz de amor en tus ojos*), eran los tangos de los hermosos domingos cuando después del almuerzo largo pedías la guitarra), en que las garras de la fiera perforaron tu alma para siempre, entiendes: ni siquiera con nada, porque bueno, “te tenía debajo de la piel, te tenía profundo en el corazón”, tío, te tengo, porque tampoco cuando supe que desde el sótano habías cavado una cueva y que estabas llegando, llegando, a esos fondos

más bajos, a los recovecos más ocultos de la oscuridad y que ya nunca, tío Claudio, nunca podrías salir, porque habías dado los primeros pasos de ese camino irreversible (*sin palabras esta música va a herirte*, aquella vez que se cumplían veinte años de la muerte de Gardel, el Morocho del Abasto, como le decías, imitando la pronunciación de los ché, y que te sacaste los zapatos y la garganta homenajéandolo con tu poderosa voz, con la gracia que premiaba todos tus actos), ese camino sólo de ida, de bajada, *one way*, como las espigas que al chupar se van metiendo lengua adentro, paladar adentro sin echar nunca pie atrás; ni siquiera cuando un jueves a las dos de la tarde entré con la avalancha a la sala común de El Salvador después de la noche que empeñaste la chaqueta en un bar y te dormiste luego sobre un escaño del Forestal y te pilló la helada y fue una suerte que te hubieran llevado al hospital y no a la morgue, y sentada a los pies de tu cama, rodeada de otros enfermos desconocidos, con un dolor que me perforaba hasta los huesos, te miré la barba crecida, los ojos oscurecidos y la piel amarillenta, y recordé aquel día en que bajaste del avión con tu flamante mujer y yo era una mocosa, y la noche que llegaste a la casa con tu maleta y tu tristeza auestas, y la tarde de aquel domingo que se cumplían veinte años de la muerte del Zorzal, y a través de mí misma vi los cambios en ti y entonces (¿por qué me mirabas casi como pidiéndome que me fuera?) no pude decirte que tenía dinero, que estaba consiguiendo más para que te trasladaras al pensionado y poder visitarte a diario y contarte cosas y pedirte que me recitaras algunos de esos poemas que nunca llegaste a publicar —*lloró la milonga su antigua pasión*— contarte, por ejemplo, que estaba pololeando, que la cosa iba en serio y callar lo que a mi Diario sí le decía: que no funcionaban los orgasmos, que la puerta no se abría, que debías mejorarte, rehacer tu vida, romper tajante con ese pasado tenebroso y maldito, desterrar de tu sangre a esa mujer que posiblemente nunca te quiso, nunca logró conocer sino lo más externo de tu piel, que jamás pudo ver hacia el fondo de tus ojos, tío Claudio, y que se empecinó hasta lo último en penarte como un fantasma —*pero no hay nadie y ella no viene*— y ni siquiera, tampoco, cuando en la familia ya se había perdido tu rostro y una mañana desde la micro bajando por la Costanera te divisé al otro lado del río y le grité al chofer que parara como si me estuviera muriendo y corrí loca hasta el puente desde el cual te encontraría de frente. Sólo cuando estábamos a media cuadra de distancia advertí que cuando te agachabas era para escarbar en los basureros de los edificios de Santa María. Dejabas el saco en el suelo y te entregabas sin mucha pasión a la búsqueda y yo estaba a tu lado casi y no sé de dónde

me vino el coraje para detenerme y enfrentar tu mirada, pero gracias al Señor, tío Claudio, gracias al cielo y a todas las estrellas, que pude hacerlo porque fue ¿recuerdas? la última vez que nos vimos. Me miraste como extrañado, como desde lejos, hasta que la memoria de seguro hizo fraguarse las imágenes y entonces sonreíste y tus ojos se iluminaron, tenían una rara iridiscencia, tío, porque quizás también me amabas, quizás sin saberlo me habías amado siempre, y desde tus rancios andrajos, tu barba sucia, tu nueva vejez que no te conocía, lanzaron ángeles tus ojos y muy en silencio comenzaste a llorar y me alargaste tus manos y no nos dijimos nada, pero en tu sonrisa —y es lo único que siempre me conformará— se vislumbraba la dicha de los iluminados, y después de un rato —no pude hablar, no cuajaron las palabras, no funcionó la voz— me soltaron tus manos y seguiste tu camino en silencio, con el saco al hombro, Mapocho arriba, hacia donde ya no volveríamos a encontrarnos. Y ni siquiera, tampoco cuando tuve que ir a la morgue para identificar tus restos, que no eran restos, porque estabas tan entero, tan digno, tan jovial en ese nuevo estado, tío Claudio, no había dolor en tu rostro, ¿por qué no había dolor, cómo habías descubierto esa paz? Oh, Dios santo, ni siquiera entonces, en ese momento de mi condena, de la certidumbre de una infelicidad que me haría para siempre suya.

Hoy fíjate, es también (igual que aquella feliz tarde de domingo) veinticuatro de junio y se cumplen treinta y cinco años de la muerte de Carlitos. He pasado la tarde escuchándolo de programa en programa y escribiéndote esta carta un poco llena también de tango, dolorosa, amarga, la primera que te escribo para decirte una vez más —nunca leíste mi Diario— que aún ahora, con un marido bueno y dos cachorros, esa puerta no se abre, que es igual que con el cojo, que surges siempre tú, que tus imágenes me tupen la mente y te veo a ti, te siento a ti, pero cuando ya parece que se fuera a abrir, que se estuviera abriendo, entre risas, entre mariposas, viene el portazo en las narices y el nudo en la garganta y luego, muy sobre todo, la ira, que ya nunca se abrirá la puerta, y que el único que tuvo alguna vez la llave fuiste tú.

LUIS DOMINGUEZ

(Santiago, 1933)

STATUS

*mis horas de amor
fueron las horas
en que estuvo sola*
HERNÁN VALDÉS

Usted se levanta temprano, ya lo sé, aunque no tendría por qué hacerlo, porque es jefe y se le verá en la oficina a eso de las diez. Supongo que simplemente querrá probarse a sí mismo que aún es joven y dinámico, o adquirió la costumbre de preparar el desayuno para los dos. Así, mientras se calienta el agua para el café y los huevos, usted hace gimnasia y, luego, en los tres minutos de los huevos toma su ducha. Esta coordinación le es tan satisfactoria como esa otra de sus músculos. Arreglará las tazas en la bandeja y sacará del refrigerador el jugo de naranja (ahora no olvida nada); usted viene siempre con el desayuno, forrado en su bata de baño amarilla, cuando Judit se despereza. Ella es sólo secretaria y debe llegar a su oficina a las nueve, aunque, según entiendo, antes era a las ocho y media: ganó media hora, para compensar el tiempo de exceso en las tardes, desde que comenzó a trabajar en la gerencia. En estos momentos es usted el que hace todo: vacía el jugo de naranja en los vasos, la leche en las tazas, y le ofrece el salero para los huevos. Judit, muy reina y glamorosa en sus pijamas de batista, despierta con frecuencia de un malhumor superficial entre coqueto y regalón. Bosteza y emite unos crujidos; se revuelve a punto de volcarlo todo. Usted sonrío equilibrando la bandeja, condescendiente y protector, porque se casaron hace nada más dos años y ella es su segunda esposa, o se ha vuelto benevolente con los años, los quince años que los dos tienen de diferencia.

Judit se baña cuando usted se afeita. Advertirá usted, supongo, que ella dice entonces frases con entrelíneas: piensa más allá de lo que dice. Pero, usted, afeitándose, anticipa su mañana en la oficina; le sería muy difícil unir preocupaciones tan distintas o

sencillamente dejar de lado la oficina para entregarse entero al diálogo con ella.

—Marcos, ¿me oyes?

—Mmm.

—En la oficina ya apretaron cinco.

—¿A dónde?

—No sé bien; Estados Unidos y España, creo.

—¿Y Johnny, qué dice?

—El está con la Unidad Popular.

—¿Johnny?

—Sí, y ha tenido un lote de reuniones con el Ministro. No está completamente de acuerdo con todo, pero dice que hay que ponerse al día.

—No lo habría pensado del Johnny.

—Bueno, tú has sido enemigo de los que arrancan.

—No creo que haya sólo dos alternativas. No se puede decir que todo no tiene vuelta.

—Johnny piensa así: que todo es “irreversible”.

Se ha puesto a recordar los tiempos en que usted y Johnny trabajaban juntos. El venía de la Universidad, recién recibido; usted ya era gerente, un gerente joven de la nueva ola. Discutió violentamente con Elena la noche del matrimonio de Johnny: los niños permanecían despiertos, y cuando fue a buscar la ginger ale escuchó que comentaban las empleadas. Es necesario que reconozca que envidió un poco a Johnny hasta la primera vez con Judit. Era lógico después de todo que no se sintiera agrado en presencia de la felicidad de los otros. Y, aunque usted apareció ante la sociedad abandonando a Elena, incluso en los tribunales, y confesara el hecho más tarde, para justificarse, ella le había dicho dos veces en distintas formas que no lo quiso nunca, que lo que había sentido por usted era algo así como un “espejismo”. Además, como muchos se lo reprocharán sin palabras, con una mirada o una sonrisa, que usted considerará irónica, su “lío” con Judit, la secretaria, en un comienzo pareció historieta, película barata, tan obvio y de mal gusto.

Entre usted y Johnny lo de Judit fue diferente: él entró una tarde a su oficina expresamente para decirle que Judit era “sensacional”.

—¿Pero me vas a decir, Marcos, que no te has fijado?

—Tanto como eso no.

—Yo francamente no sé qué hace ella aquí.

—¿Por qué?

—Una mujer tan joven, ¡tan descueve e inteligente!

—¿Qué crees tú que debe hacer?

—Ah, no sé: ese no es problema mío. Tú podrías “concientizarla”, como dicen ahora.

—Perdiendo una excelente secretaria.

—¡Idiota!

En este momento Judit se da los últimos retoques; usted lee el diario en su escritorio. Ella está apurada; va a salir casi corriendo del departamento. Le gustaría conversar entonces; comentar algunas noticias con ella, a veces algo que tiene relación con lo conversado tan imperfectamente en el baño, porque se da cuenta que no estuvo bien y no le gusta que Judit salga hacia su oficina con una idea falsa o incompleta de lo que usted piensa. Si usted es sincero consigo mismo deberá concluir que teme el comentario entre ella y Johnny: “¿Sabes lo que opina Marcos?”. La proposición que le permitió cambiar de firma, obteniendo una gerencia más importante, le vino como anillo al dedo. La verdad es que usted se trabajó la cosa, de acuerdo con Judit, ya que, de seguir ahí, en la misma oficina, ella iba a tener que renunciar. Digámoslo claro: la proposición vino en ayuda de su decoro. Lo que no supuso fue que Johnny llegara con el tiempo (breve por cierto) a ocupar la gerencia general de su ex oficina y, menos aún, que solicitara a Judit como secretaria. Ahora no sé si usted ha sabido que Johnny no está bien con Carmen, su mujer: hay rumores. Pero usted estuvo con ellos en una comida no hace nada, y le parecieron perfectamente felices. Lo curioso es que Carmen preguntó algo, como con una doble intención.

—¿Y, Judit, cómo te llevas con Marcos?

—Perfectamente; tenemos las mismas vibraciones.

—¿Cómo, vibraciones?

—Sí, los dos tenemos buenas vibraciones y las mismas.

Usted escuchó de rebote. Le encantó (sin entender muy bien) la respuesta de Judit a tan impertinente pregunta. Le gustaría menos, claro está, si supiera que fue más o menos la misma respuesta que dio Paul Newman a un periodista, al ser interrogado

sobre la prolongada y sorprendente felicidad de su matrimonio con Joanne Woodward. Pero, quizás, lo importante es que a usted le gustara la respuesta, que ésta le hiciera sentirse mejor.

Así, el "Hasta luego, amor" que dice al despedirse de ella en la mañana continúa un poco meloso, blando. Ella se acerca a usted para que la bese y dirá "Chao", y usted, verdaderamente obcecado por las piernas y el modito de caminar de Judit, aceptará el "Chao" y mezclará miel, libido y paternidad en su dulce "Hasta luego, amor". Después esperará el arranque del Austin Mini de Judit, en una combinación mórbida de su oído y su imaginación, dueño de lucubrar mentalmente acerca de esa mujer que tiene, aunque ya no ve.

Emilia, la empleada, viene unos minutos antes que usted se vaya. Más de acuerdo con los tiempos, y un poco influidos por la experiencia que vivieron en Estados Unidos, renunciaron al viejo sistema. Judit no sabe cómo tratar a una empleada: le molestan tanto las insolentes como las humildes o humilladas. Es decir, usted la conoce bien, Judit no sabe actuar ante ellas. Por eso, Emilia es de puertas afuera y hay un hombrecito que hace las cosas en grande una vez por semana. Irineo, "el hombrecito" (según terminología heredada), actúa de mozo cuando ustedes tienen una comida. No sé si usted sabe que se roba los puros y no los vende: se los fuma pausadamente en el Parque Forestal, frente a grupos de hippies criollos, presumidos marihuaneros. Judit supo esto y goza. A propósito, usted lo comentó con ella y no debe olvidarlo, por mucho que le haya costado seducir a su familia para que lo acepten con Judit y olviden a Elena, todo es trabajo perdido; Judit se aburre en esas reuniones, porque, precisamente, las mujeres hablan de empleadas y de la caca de las guaguas, terrenos en los que ella carece de experiencia.

Usted viaja a su oficina en su Volvo. No es nuevo pero compárelo con el Austin Mini de Judit o el Peugeot de Johnny, nuevos, sin embargo, desde el mismo material se nota. Lo curioso es el cambio de personalidad que se opera en usted cuando llega a la oficina. Ahí pierde la bonhomía y no hace nada por sí mismo:

—Buenos días, Silvia, ¿quién me ha llamado?... ¿Quién vino ayer en la tarde?... ¿Tiene cartas para mi firma?... Anote los llamados que quiero que haga... Después viene: tengo que dictarle.

—Buenos días, Sonia, ¿terminó de pasar a máquina el informe?... No acepte interrupciones y cierre la puerta de su oficina... No, no, estas cuentas deben traer el visto bueno de contabilidad: devuélvalas.

Después insistirá en mirar provocativamente a Silvia, con cierta dureza que ha sido su éxito. Ella está dispuesta a todo por usted: siempre lo ha encontrado parecido a William Holden. Al menos eso era lo que contaba Edwin, el Subgerente, en la comida en que hicieron la clasificación de las secretarías en "acostables" e "inacostables". Al día siguiente, extremaba su frialdad y distancia, un poco arrepentido del desborde. A usted le repugna la vulgaridad y, cuando ha caído en ella (comida de hombres solos en que se bebe mucho), despierta mal.

Rara vez puede almorzar con Judit. Un año atrás hacían esfuerzos para encontrarse en algún restorán; ahora Judit dice: "No puedo contar con Marcos para la hora de almuerzo". Usted está siempre en reuniones. A veces, desocupado antes de lo que pensaba, llama por teléfono a Judit, pero ella ya ha salido. Judit cuando va a almorzar mira las vitrinas de las tiendas; no sé si sabrá esto.

En las tarde, al caer la noche, o en la misma noche, Judit se encierra en la cocina con sus libros. ¿Sabía usted que ella lee al Inspector Gastronómico? Nunca usted come lo mismo, y aprecia con benevolencia cada uno de sus experimentos. Por lo general, espera, tomándose un trago, en el escritorio. Después hace un análisis frío y cansado de los panqueques, la tortilla o el soufflé, Judit ha estado bailando en la cocina, ante uno de los libros de recetas abierto. Por eso, usted ha descubierto tres veces que ella se ha puesto su vieja malla de ballet para cocinar. La pena está en que usted a esa hora estará invariablemente muy cansado, y mirará las noticias en televisión, como si se tratara de su último acto consciente. Qué ascética y noble le parece entonces la cama de dos plazas que les hizo a pedido el padre Martín, de los benedictinos de Las Condes.

Lo normal es que usted se acueste antes que ella. Usted duerme cuando Judit lee. No sé si sabe que ella lee hasta las doce. Ahora está metida con Norman Mailer. Yo le presté los libros, algunos en inglés, otros ya traducidos. Soy procurador, casi abogado; en su oficina: tengo a mi cargo las cobranzas. Usted debe haber visto mi nombre en el diario cuando nos tomamos la Escuela; también estuve metido en la protesta en contra de la Corte Suprema. Con Judit hemos almorzado un lote de veces en la trattoria San Marco; es curiosa la coincidencia de los nombres.

ARIEL DORFMAN

(Buenos Aires, 1942)

INTERVENCIONES

I

—¿En qué se le puede servir?

—Una novela de amor, eso es lo que me hace falta.

—Uno de los bestsellers de la temporada. En *Sobrinos y sobrinitas* se retrata la vida sexual en un orfanato. Lleva varias semanas en...

—No, gracias, eso no.

—Bueno, en ese caso, tenemos *Deudas*. El protagonista descubre, hacia el final de su vida, que alguien (una señora millonaria a la cual ayudó a cruzar una calle cuando niño) ha estado velando por sus intereses, rodeándole de fortuna, creando condiciones propicias para su éxito, pagando a los profesores para que lo promocionen, arrendando mujeres que lo hagan sentirse conquistador y viril.

—Y la parte del amor, ¿cuándo entra?

—Cuando finalmente hereda ese dinero, recuerde que nunca supo que todo esto ocurría tras sus espaldas, debe revisar las cuentas, los informes, los cheques cobrados, debe recorrer su vida desde otro punto de vista. Busca algún amor propio, algo que le pertenezca a él, que no le hayan comprado...

—No le dije que no quiero cosas de política. ¿Esta, por ejemplo, *Los Ancestros*?

—Narrada por los antepasados de un individuo que habitan su cuerpo y que lo dominan sin que él lo sepa. Mientras tanto, ese hombre no puede zafarse de una mujer que lo ha controlado siempre, que lo desvió de lo que era su destino verdadero.

—Muy *déjà vue*.

—¿Juegos? Ha tenido buena crítica.

—La leí, no me gustó. Muy hermética.

—Pero qué quiere, exactamente, a ver si puedo conseguírselo. Así, jugando a las escondidas, no vamos a sacar nada.

—Algo diferente, una epopeya de amor, una modernización de una de esas viejas crónicas medievales. Unión de amantes, pese a duques malvados y naufragios surtidos. O más aún. Eliminar las dificultades que se sortean, rehusarse a introducir al ogro en el cuento. Un amor que crece como un crisantemo.

—Imposible. Estamos en el siglo XX, ésta es una librería universitaria. Para Corín Tellado...

—Me entiende mal. Mire, si quiere, para que sea verosímil, alrededor de la isla de los personajes, sus personalidades absolutamente complementarias, puede observarse la desolación: qué sé yo, divorcio, adulterios, muertes absurdas, malentendidos, mentiras, pequeños desajustes leves que combinados forman una histeria doble, insatisfacción en el laberinto del sexo, respuestas deslavadas, tedio en la forma en que se tira la cadena, anticipación de todo lo que el otro, otra, van a decir, administración del complejo de culpa, asco al revelarse la farsantería con que nos engañaron durante el noviazgo, lo que se quiera. Vaciamos ahí todo lo que la novelística contemporánea ha exhibido. Pero que a ellos no se les toque ni con el pétalo de una rosa. Ahí en su flotador, mientras los continentes se alejan, sin interrogarse si están en el mar, o una piscina, ¿o para qué seguir nadando?

—Hay una moda en ese sentido, señor. Literatura que vuelve a las cosas simples.

—Pero, dígame, ¿es tan difícil creer que dos seres humanos tienen el derecho y la posibilidad de acumular goce? ¿Todo ha de ser jalea de miedo en el derrumbe?

—El caso de *Una corona para Georgina*, que pensaba ofrecerle. Está en segundo lugar en la lista de los más vendidos. Es un hombre que vive inventando una realidad, lleno de esperanzas, plagado de errores, y frente a él Georgina, su esposa, que lo critica, que no le deja vivir tranquilo, una mujer que le desmorona las esperanzas a la vez que los errores. Ella se merece una corona como princesa, por ayudarlo, y otra, funeraria, por destruirlo. Pero tiene un final feliz.

—No, necesito una novela llamada *Amor*. Nada más.

—¿*Love-story*?

—No, esa poquería no. Una que a los protagonistas les tiene que ir demasiado bien. Pero el lector no tiene derecho a juzgarlos. Ahí debería estar la mano genial del autor. Que nosotros también nos enamoremos de esos animalitos sanos y suaves, la espontaneidad con que resisten las sospechas de sentimentalismo barato.

—A nadie le puede ir tan bien.

—Bueno, a estos sí que les va a ir bien. Nada de buscar el trauma de la acuarela infantil. Ni yo, ni ellos se sentirán culpables por ser felices. Nadie tiene derecho de complicarles la vida.

—Pero ¿cómo no van a sufrir algo para obtener tanto amor, cómo es posible que ellos tienen por gracia lo que a nosotros no se nos otorga por mucho que sudemos y rebusquemos?

—Son el único monasterio limpio en un país sin hospitales y con la bubónica rugiendo afuera. No me importa. Esa es la novela que quiero.

—No puede ser. El se va a enamorar de otra. Ahí lo quiero ver. O lo echan del trabajo, o ella se cansará de la vida familiar, buscará apoyarse en actividades fuera del hogar, comenzará la crisis...

—Nada de eso. Y si ocurriera, tampoco importaría. Lo que pasa en el mundo de afuera no va a afectar la relación que ellos mantienen entre sí. Como si toda la inocencia, pureza, lujuria, sensualidad, armonía, se hubiese volcado en esa complementación tan ideal que es la pareja, dejando desabastecido el mundo.

—Es horrible esa novela. Ese par de ángeles son de veras unos brujos que han invertido y aislado el universo.

—No es efectivo, son como la arena dentro de un reloj de arena. Han excluido a todo lo demás. Tienen razón. Son alegres y espontáneos.

—¿Y cómo debería terminar?

—A los 67 años muere él, lo que es estadísticamente normal y probable. Ella calmadamente espera unos cuantos años.

—Ahora sí, cobramos las apuestas. No va a aguantar la soledad, se va a suicidar, va a confesarse justo antes de morir. Ahora viene la miseria.

—Nada. Se muere ella, termina la novela. La ruleta rusa que usted proponía era con pistolas de agua.

—Pero ese autor, dígame ¿qué pretende con este tipo de novela?

Josefina de León, religiosa, conocida también como la "Santa Teresa de la Revolución". (Nota I.) 1940-1972. Obra póstuma y única, *Historia de una papa*. (Editorial Teoliberación). La secuela de imitaciones justifica el hecho de llamarla la originadora del género literario "epopeya material de lo invisible", una de las columnas vertebrales de la literatura que emergió de la revolución chilena. Dos acontecimientos anticiparon y permitieron, en realidad, la magna creación. El primero fue el Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo, donde la Madre Josefina tuvo una destacada participación. El otro, tal vez el detonante que desencadenó en definitiva la potencialidad de la monja marxista, fue la publicación en la Editorial Aquí de la novela *Intervenciones* (vide Del Fierro, Manuel). Este hecho, que pasó desapercibido para las dos alas de la crítica burguesa de la época (vide Alone, y Valente, Ignacio, pseud. de Ibáñez Langlois, José Miguel), tuvo una honda repercusión en la práctica literaria de la poetisa.

(Nota I. "Fue Jaime Quezada el que la bautizó así", cuenta Federico Schopí en sus *Memorias de la generación del 70*. Ibamos con Arístides (ed. Ulloa), de vuelta de Concepción, y Jaime acababa de leer unos versos de la monja publicados en *Trilce*. Sus palabras se fundieron con el sonido del tren y pareció de pronto que eran los rieles que hablaban, pero juraría que fue Quezada y no Ulloa, como insiste Lihn").

En efecto, *Intervenciones* podían ocurrir en cualquiera parte, en todo momento, en cada lugar. Bastaba con apropiarse de la perspectiva íntima que estaba escondida en la realidad chilena, los nuevos intereses que no habían encontrado otra voz hasta ahora que la transformación material de la realidad. Era la lucha por el derecho a consagrarse en el centro del interés. Si bien surgieron tendencias que advertían sobre el paternalismo de tales intentos, y otras que enrostraban esos esfuerzos como "oportunismo pequeñoburgués que olvidaba la tradición que Lenin insistía el proletariado conquistaba para toda la humanidad", la ola creativa que surgió a raíz de *Intervenciones* fue incontable. Era construir en el terreno de la percepción el equivalente de las marchas, de los avances, de las organizaciones. "Más ojos para Chile", gritó Skármeta en la maratón de la cultura en la Alameda en abril de 1973, "más pulmones en cada palabra de la patria".

Por otra parte, Josefina de León se aclimató en cierta literatura que reconocía una raíz culta, en especial *Piscinas*, 1971, de Esteban Monreal (vide). Ahí se desarrollaba una acción que

Monreal había establecido teóricamente en su *Ensayo sobre las Aguas* (1969): la unidad de la red del mundo. Para conectarse entre los diferentes nudos en que aparentemente se mostraba la cara de la realidad, bastaba con seguir el hilo de la madeja de una sola imagen, en este caso, el del agua de las piscinas en Santiago en el verano de 1970-71. Un traje de baño servía para remontar hasta los telares y desde ahí a la operaria que a su vez iba a otra piscina, donde al autor podía detenerse en el barquillero, que a las cuatro de la mañana fabricaba cuchufelines con su padre, y cuyo tío trabajaba en reparaciones de la empresa de agua potable y el agua, etc., una sola frase toda la novela, con el propósito evidente de mostrar que lo único verdadero en el universo es el movimiento insensato de zambullirse, nadar, cansarse, secarse, de llenar y vaciar piscinas, y una serie de otras metáforas que están interpuestas en diversos momentos, pensadas quién sabe para cuál de las mentes náufragas.

Josefina de León exhibe la influencia formal de Monreal, pero el sentido de su obra se ilumina en otro contexto. Como lo dice el título de su epopeya, se trata de la historia de una papa. Desde la semilla transportada hasta el puré en que es convertida para beneficio de una familia. Naturalmente se desenredan las vidas adscritas como ramas a cada etapa de crecimiento de la papa aquella, como ser campesinos, transportistas, distribuidores mayoristas, pequeños comerciantes, dueña de casa, etc., pero hay mucho más que eso en la sólida fluidez de la existencia de un ser vivo. El camión tuvo que existir, el camino para el camión, los neumáticos, el cemento, y en torno a cada nuevo objeto se produce otra red de trabajadores e instrumentos (pasivos y activos), trozos de vidas, iluminaciones de objetos. Todo el proceso económico que produce y posibilita la funcionalidad de la papa, y unido a él los entreveros emocionales, los seres humanos, que rodean cada acto. Incluso algunos, sin haberse fijado suficientemente en el lenguaje cálido, apocalíptico, la han calificado de "novela biológica". Aceptable, siempre que se entienda que la base de toda ciencia de la vida es la célula y su reproducción. "Esta historia", contó Josefina al corresponsal de *Los Libros*, "podría haber sido la misma si comienza antes, después, incluso ahora. Si elegimos una zanahoria, un clavo, aceite de linaza, una camiseta, un pedazo de papel, todo habría sido igual. Para el universo, sabes, da lo mismo si eres la garganta o si eres el tímpano".

La implacable fluctuación de objeto en objeto, cruzando las galaxias en que se agrupan los seres humanos en su transitoria permanencia, nos pasea por todos los estratos sociales, a algunos

de los cuales se vuelve de cuando en cuando, siempre por otra vía de acceso. Un industrial que es el dueño de una empresa de carrocería de micro (donde viaja un campesino que sembró maíz que comió la gallina que fue asada por el patrón de un restaurante donde el asentamiento que produce la papa tiene un contrato), toma desayuno, tuerce su cuchara en un huevo que cocinó la doméstica y ese huevo vino desde una granja, donde la madera acumulada al lado de la casucha fue producto de un hecho y una mano, y el hombre tiene ganas de comerse una papa con este salchichón, Fresia, y bastó con eso, con la palabra "papa", para que nuevamente estemos en la tierra al lado de la protagonista, la que centraliza y unifica todas las dispersas energías del universo, basta con que en algún momento de la odisea nos tropecemos con una papa para que sea imperativo retornar al tronco central. Llegamos un poco más tarde en el tiempo, la papa ha proseguido su desarrollo, ha sido plantada, regada, viene subiendo hacia el sol, etcétera.

El tiempo va pasando de esta manera. Para que la papa madure, es necesario que salgamos muchas veces en las barcas de búsqueda de los objetos que la hacen posible y que simultáneamente también envejecen o crecen, nos cruzamos con ciertas repeticiones, como saludando a viejas amistades en fiestas fugaces o encuentros fortuitos en la calle, y desde ahí se vuelve de nuevo a la papa, y después de una breve estadía en ese hogar, nuevamente al camino, trampolín para otros recorridos, hasta que parecemos carecer de aliento para proseguir, objetos para describir, gente adherida a ellos, y sin embargo, inexorablemente, la papa sigue su marcha, sigue hacia algún hombre que la aguarda.

De esta manera, la luminosidad que amanece en cada párrafo es la confianza de que este mundo está hecho por el trabajo, es la creación de los hombres. No porque lo anuncia grandilocuente-mente la autora, sino porque se deduce como consecuencia emotiva de la experiencia de leer la obra, es la secreta verdad que cohesiona a todos los objetos. En cada momento tenemos la certeza de que lo que se narra es el inicio del universo, las limpias mañanas en que todo vuelve a comenzar como si Zeus estuviese colocando a cada objeto y a cada mano que lo utiliza en su justo lugar, como la creación de estrellas y de firmamento. Así hablarían las manos del pueblo si fueran campanas, si las gargantas todas fueran un mar y tuvieran una playa en la cual hacerse ola. La inusitada riqueza del lenguaje, la alegría mística en la celebración de cada momento como creación de la capacidad sin par de los hombres y mujeres, sostiene el arrebató sensual de un mundo

levantado por el esfuerzo, expandiéndose inagotablemente, como una madre nunca cansada de respirar sobre sus hijos con la lámpara del amor.

Pero si este es el río central del relato, no faltan tampoco los afluentes. Toda la miseria, hambre, mentiras, enfermedades, que la producción de esos objetos trae consigo, como si la manzana al florecer a la vez anticipara su digestión. Es evidente que la revelación fundamental de la existencia, la novia que es cada objeto, el lecho que hay en cada martillo, el aire que refresca en la noche blanca de la crema, la creación interminable de objetos para servir a los hombres, para acrecentar sus puentes, para enamorar en la cena única, el júbilo ha sido perdido en el mundo mismo que rodea estos objetos, que es el destinatario de estas palabras. Es un mundo degradado (*vide* Mariano Aguirre, "El Mundo de la Degradación en *Historia de una Papa*", en *Anales de la Universidad de Chile*, # 198, año 1982, homenaje a Josefina de León a los diez años de su muerte): abismos entre ciegos, frío, golpes, gritos de gatos en las madrugadas. Como una cloaca, dice Manuel Jofré en sus versos de amor a la monja muerta, que no deja de susurrar toda la noche y que con su murmullo mece la cuna. Los hombres —los mismos hombres que hacen esos objetos, que construyen esa donosa presencia que se llama realidad, los productores— sólo vislumbran a medias esa verdad de que son portadores y artífices. Pasan esclavizadamente al lado de los objetos sin verlos, meramente usándolos, con un odio indiferente a veces, con un barniz de goce en otras ocasiones. Esas familias con las cuales nos volvemos a encontrar a lo largo de las caminatas, colgadas como ropa secándose, cueros de animales recordando en el desangre del sol lo que eran antes de respirar, siempre están más tristes, con mayores dificultades, retrocediendo sin escuchar el canto mágico con que los objetos señalan hacia una tierra prometida, señalan el amor humano que hay adentro y que no logra salir. (Véase estudio conjunto de M. Elena Bascuñán y M. Elena Claro sobre la relación con Ernesto Cardenal).

En esto reside el mensaje religioso, casi litúrgico, del libro. Es la combinación de esperanza y explotación, el crecimiento y elevación y disfrute que contiene cada objeto y la miseria que ese objeto ha esparcido en el mundo sin quererlo, la distancia entre lo que se sueña y podría llegar a ser cada cosa producida por los hombres, y la frustración constante que sufre esa expansión. Dios y el demonio se disputan la realidad.

Y a pesar de que el mundo en que cae cada objeto es satánico, el ciclo entero de la papa desde el momento en que nace, hasta las

fatales palabras con que se cierra el libro ("se la metió en la boca y empezó a masticar"), desmiente todo pesimismo, muestra que la victoria final es de la vida. No hay tristeza en el sacrificio último de la papa, y el lector está contento de que por fin haya encontrado un destino tan abundante e inviolable. Es la consumación del sentido de la papa, que asume el rol de Cristo, el dios que muere por su amor a los hombres y que ha sido creado por esos mismos hombres para asegurar el camino de la liberación social. Cada objeto, por lo demás, deberá repetir este ciclo, es la anticipación del mundo del mañana, un mundo en que los hombres sean todos así, como la papa, en que la alegría que cada mano ha entregado a la materia le será devuelta, el comunismo, sociedad y naturaleza una, manual e intelectual uno, hombre y dios uno, emoción y pensamiento uno, tú y yo.

Historia de una papa, por lo tanto, despliega un mundo invertido, un mundo al revés, como tantos otros en la literatura hispanoamericana, donde los hombres son esclavos de los objetos. Pero con una diferencia: se rescata aquí la orilla hacia la cual viajamos y en la cual ya estamos por el mero hecho de existir en cuanto luchadores: dentro de los objetos, con el esfuerzo y semilla y amor de los hombres, está la fuente de la liberación, está la necesidad material de cambiar. El objeto ha sido desvirtuado de su misión de pequeño profeta, pero su vida misma, su enorme potencial, sus nupcias, su alejamiento, su parto, su adolescencia, su juventud, todo lo que tiembla y es pasado mañana y es hoy, todo eso recuerda a los hombres la manera de destruir a lo demoníaco. La culpa no está en los objetos mismos, sino en la forma en que los hombres los producen, los utilizan, los destruyen.

"Se trata de una desviación humanista, típicamente cristiana, de la concepción del joven Marx de la alienación", ha dicho el erudito Jaime Poupin. "La religiosa no logra comprender las leyes de la economía y en el fondo espiritualiza lo material".

Pato Manns, que siempre asumió la defensa de Josefina después de su muerte, responde a los althusserianos: "Por fin, cuando abrimos las persianas y encontramos que alguien ha tapiado las ventanas, el alivio de saber que no debemos lamentarnos y echarle la culpa al cemento, la alegría de saber que toda muralla en un callejón sin salida que sueña y será la pared también de una casa contra el frío".

FIN DEL ARTICULO

COMENTARIOS (escritos a mano, en el margen de la última página): Se ha excedido en el espacio asignado. Faltan datos biográficos. Comienza bien, tal como se espera de una nota para un diccionario literario, y después se extravía en un lenguaje demasiado lírico, e incluso apologético. No logra dilucidar los problemas cristianismo-marxismo que fueron el centro del debate que acompañó el éxito de la obra. Innecesaria la referencia detallada a *Piscinas*, ya que otro investigador ha trabajado el tema. No hace referencia al uso simbólico de los colores amarillo y negro. Sugerimos que se vuelva a redactar la nota, agregando imprescindiblemente una crítica de la utopía panteísta de la poetisa y observando los experimentos que hacía ella en microbiología en la Universidad Católica. Destacar el uso del gerundio. Sistematizar mejor la bibliografía citando páginas y ediciones.

ICARO

En el nuevo domicilio está prohibido llorar, enseguida se toman medidas precautorias contra llanto, medidas vejatorias contra el dolor y se pasan malos ratos con esas disposiciones, a veces celdas con una misteriosa gota que cae y cae entre las piedras y la piel, a veces una rata que no termina de roer o un tren que no parte. En esas reclusiones las jornadas para dormir empiezan a sucederse una tras otra en una maraña de noches siniestramente largas donde muchos pueden sucumbir de inanición y desventura, pero cuando se logra sobrevivir hasta el día en que el guardia viene con los baldes para el baño, todo ese opulento terror se entibia, poco a poco se dulcifica, el alma entera se aquieta sometida y casi alegre y uno llena su tiempo pensando tan claramente en alguien que casi basta con cerrar los ojos para tener, nítido y con un brillo de fiebre, hasta el más insignificante de sus rasgos, la alegría es algo tan sencillo entonces, cómo no me di cuenta que podía aparecer nada más que interrumpiendo el terror y dejando a las lágrimas correr por su barranco y sin atender más al chapoteo de la gota en su guarida, ahí a la izquierda muy al fondo, donde convergen los gritos de todos mis compañeros de celda y de aquellos que esperan el día de mañana a primera hora después del desayuno para ingresar, o tal vez no inmediatamente mañana sino el día en que una de esas celdas se desocupe a causa de muerte o deserción. La gota se precipita, rueda, queda suspendida un leve instante recuperando fuerzas y después rebota con la misma parsimonia, alguien siempre grita cuando la gota queda suspendida como si el silencio se conjurara, pero tal vez nadie grita y es sólo un chispazo de suspiros desplomándose en la amplia campana del silencio, y todo eso dura un segundo apenas, un instante en que me quedo esperando infinitamente un acontecimiento excepcional, también mi sangre se ha paralizado y espera, pero en cuanto todas aquellas fuerzas que nadie me ha auscultado están a flor de piel, la gota vuelve otra vez a caer, deduzco que el intervalo se ha debido a una

distracción o quizás el guardia que la suministra se ha dormido o era su turno para comer, porque siempre pienso que hay alguien allá arriba dejando caer la gota con un gotario, y acaso esas pausas sean únicamente los segundos comprendidos entre vaciar un tiesto y llenar otro y así sucesivamente, como lo haría cualquier funcionario que cumple con su deber, un tipo con el gotario sentado en un pisito las ocho horas laborales dejando caer toda esa tortura. Y con ese exacto ritmo voy recuperando cierto aroma de diamelos y noches de octubre, en las noches de octubre que ella exigía plenilunadas el cielo empezaba a ponerse rosado, pero verdaderamente rosado, era el final del día y una amalgama de presagios se insinuaba, sacábamos las sillas a la puerta de la casa y los vecinos hacían otro tanto como reunidos a la espera de un acontecimiento mágico. Los muchachos íbamos acercándonos cautelosamente, como azuzándonos por el olor, y de súbito alguien irrumpía corriendo desde el fondo de una casa gritando las cláusulas del juego, las nubes se desbandaban arriba, el aroma de los diamelos y los cánticos que a esa hora llegaban desde el convento, todo desarrollándose en un segundo plano mientras se aguardaba el momento de la consagración, ese instante enteramente vivo pero del cual nadie parecía determinar su excelencia, pues de improviso y en aquel espacio de tiempo que yo hubiera empleado en decírselo a ella toda esa pasividad se quedaba plasmada e informe, se producía un vacío de colores en el cielo y cuando yo ensanchaba los ojos para cogerlo todo de una vez, el hechizo se esfumaba, venía el plenilunio y estas ganas de llorar me ahogaban, en ese mismo orden cada vez que salíamos a esperar nuestra ceremonia mágica el día que el calendario indicaba plenilunio. Al entrarnos yo estaba desencantado, hartó, triste, la sopa me envenenaba de calor en la boca y no deseaba nada concretamente, pero estaba lleno de ansiedades cuando me metía en la cama y sabía que no podría dormir porque nunca en esas noches podía dormir, si ella apagaba las luces era casi tangible el peso de todas las decepciones de ese día, en mi mano permanecía el olor de los eucaliptos que había recogido en la plaza pero ella tenía urgencia por desentenderse, ella siempre tenía esa actitud de finiquitos cuando se acostaba y apagaba la luz, como si el día entero se borrara nada más con ese acto de tenderse y cerrar los ojos; me abrazaba y enseguida se cernía el redoble sordo de su aliento, yo intentaba arduamente el sueño que iba a separarnos, ella ya dormía apretada a mi cuerpo y yo sabía que luego comenzaría a roncar, su cuerpo ensayaba la postura más apta y el primer estertor venía siempre precedido de una lamentación quebrada, su pecho se erizaba como a punto de reventar y se

lanzaba después acompasadamente sobre mi cara; en medio del cuarto tan quemante y tenebroso hay una sombra que va extendiéndose según la miro, necesariamente voy a caer pensando en algo que no conozco, que no sé y que puede devenir, algo que nunca he visto como un ícaro por ejemplo, o las cabinas de un avión supersónico o las calles de Lisboa, sé muy pocas cosas pero puedo llegar a saberlas todas y en medio de esa recalcitrante atmósfera todo me parece tan fácil de puras ganas de terminar, terminar nunca sé adónde ni con qué medios pero terminar, alguien pasa gritando muy pegado a la ventana y yo estoy seguro que va a entrar y nos verá ahí tendidos, ella roncando y yo abatido de tantas lágrimas y furor, pero la voz sigue de largo hasta hundirse en otros ruidos, el ícaro vuela, voy oscilando en las alas de un ícaro arriba y abajo, arriba y abajo sin detenerme hasta alcanzar el mar, un mar de conquistadores borrachos pero magníficos, los barcos con las velas echadas y centenares de antorchas en la playa, el mar calmado e invitante y seguro, y puedo no detenerme porque la arena retrocede cada vez a medida que mi vuelo se aproxima, conduzco suavemente las alas del ícaro todas de un cristal traslúcido y romo, continuo sin determinar los límites de la playa ni el funcionamiento del ícaro ni las leyes que lo rigen, las señales de los faros y el aullido embrutecedor del avión despegando, pero llegado el momento en que el avión también se eleva mi ícaro se paraliza, ella ha dejado subrepticamente de roncar y ya no queda nada más que esa gota cayendo, esa gota cayendo, la noche inagotable, tan penosamente oscura, hasta que un ruido de llaves atrae al guardia autorizado para invertir el tiempo y decide abrir la puerta de la celda arrojándome a la cara toda la ultrajante luminosidad del mediodía.

GUIDO EYTEL

(Temuco, 1945)

PUEBLO PARAISO

Fue visión o sueño, o es que lo oí al pasar por la feria, pero van a venir a buscarme, Tito, van a venir a buscarte y te dirán "por hocicón" y el cuchillazo aleve te cortará el buenas noches buenos días, ya no sé si será (fue) cuando las luces traten de disimular la noche y la hagan más evidente, o cuando el sol duerma el perro que tú encuentras, encontrabas, demasiado femenino para un pueblo como éste, en que hasta las palomas parecen aves de rapiña.

Nos equivocamos de pueblo, Tito. Iban a venir campesinitos ingenuos y fuertes a mi escuela, todos los días "La Alborada" (tu diario, Tito) hablaría del crecimiento de San Ignacio, tendríamos una huerta pequeña pero bien cuidada: "lechugas, zanahorias, rabanitos, te agachas y tienes la ensalada, Elenita". Yo también creía, éramos tan jóvenes, pero en estos dos años se nos arrugó el alma, se nos hizo trizas el alma y nos quedó un cuerpo delgado y triste que apenas si se reanimaba cuando hacíamos el amor casi con rabia, con llanto, sobre todo con amor, y decidíamos irnos a la mañana siguiente, aunque siempre —cuando se nos entremezclaba el furibundo amor y la suave, triste, seria serenidad que le sigue— nos quedábamos, quizás por lo duro, lo difícil que nos resultaba el que debía haber sido nuestro pueblo paraíso.

Nosotros llegamos en verano, con un sol que brillantaba las manzanas y refulgía en algunos techos de zinc, llegamos en verano y sol y fruta y una vecina vino a ofrecernos un vaso de fresca chicha, de pura chicha, pero nosotros deberíamos haber adivinado los caminos lluviosos del invierno, la incansable gotera que nos carcomía la casa, la manta oscura que algún día debía llegar y golpear con fuerza a nuestra puerta para que tú abrieras y recibieras el cuchillazo aleve que te cortaría el qué pasa, el buenas noches, y te dejaría la boca abierta como llamándome y los ojos infinitamente mirando al infinito.

Nosotros deberíamos haber adivinado los duros caminos del invierno, cuando el pueblo se volvía un inmenso lobo, cuando un odio subterráneo lo recorría, cuando los árboles suplicaban ante la lluvia y el viento, cuando todo concluía en una noche de borracheras desesperadas y trágicas, de asesinatos, fácilmente presentibles, una noche cubierta de ruidos y brujas y visiones como la de ahora, Tito: un chorro de agua o sangre que es como un camino que lleva hasta la puerta de nuestra casa.

Sí, algo debería habernos presagiado esta historia. Quizás el polvo que se arremolinaba en la calle, el mismo que nos hizo cerrar los ojos, riendo, y tomarnos de la mano, el remolino de polvo que tiene que haber sido un aviso, una señal, un intento de desenmascarar el pueblo. Así, pronto, solapado, nos fue llegando el otoño. Todavía con belleza, pero también con soledad, que podía advertirse en una última manzana sobre el árbol del patio, o en la luz que nos escaseaba, o en la figura que ya supimos siniestra del sargento, del gordo sargento Sanhueza, que venía junto con la tarde y empezaba a insinuar ya sus primeras amenazas: "su marido no la cuida, señora Elena, aunque quizás usted debería cuidarlo a él". Entonces, el temor que me empezó a nacer, el temor que te decía: cuídate, Tito, el temor que me hacía ver figuras en las ventanas, oír aullidos por las noches, el deseo de irse, de huir, de amanecer al otro día en verano, con huerto y gallinero y yo llevándote el desayuno con un par de huevos revueltos.

Era tan poco lo que pedíamos, pero nuestro pueblo era una piedra, era un pueblo infierno con el sargento Sanhueza y su amigo don Pedro, dueño de todas las cantinas de San Ignacio.

Todo empezó cuando dijiste que San Ignacio no podría nunca surgir, dejar de ser el paradero del diablo, si seguían existiendo todas esas cantinas —una por cada cinco casas— con su mal vino y peor deseo, donde quedaba el trabajo del verano, el trigo, la fruta, todo, y donde las deudas alcanzaban siempre para dos veranos después. Allí empezó, con tu artículo en "La Alborada", y siguió después con el sargento Sanhueza rondando nuestra casa, rondándome, con un asedio cruel y paciente, amenazándome, amenazándote, solapado, sabiendo que algún día huiríamos; el sargento Sanhueza buscándote la espalda cuando se venía la noche para volver después donde su amigo Pedro Piedra y decirle que todavía soportábamos la oculta gotera que nos carcomía la casa.

Así empezamos a vivir el sobresalto diario y los dos años se nos volvieron puro invierno, los dos años se nos hicieron veinte, se

nos aguaron los ojos, el cuerpo, y empezó a venir la visión en que tú abres la puerta y de afuera —de la noche, estoy segura— viene la muerte que hace meses acecha nuestra casa y te sorprende con el saludo en la boca y es todo una luz o un trueno y tú dejas una laguna de sangre en la puerta de la casa.

Así fue, Tito, y no es hora de reprocharte nada. No quisiste huir, y quizás por eso más te amaba, porque tú eras mi héroe y yo tu dama, y éste —tanto más triste ahora— nuestro castillo donde tuvimos horas mágicas, cuando a fuerza de amor hacíamos huir la tristeza y el pueblo no era San Ignacio, era Pueblo Paraíso, donde había frutas todo el año y campesinos sanos y fuertes, de manos anchas, de mirada llana; Pueblo Paraíso donde nos hacíamos el amor bajo los árboles, sobre una hierba verde como ninguna, donde yo recogía tomates y jugábamos con ellos y era Pueblo Paraíso donde nacería nuestro primer hijo, otro Tito tan testarudo y bueno como tú.

Así fueron estos dos años. Cada día las amenazas del sargento Sanhueza se hicieron más evidentes, cada día los presagios se hicieron más cercanos y así como anoche, cuando llovía como nunca, golpearon a la puerta de verdad, de verdad el cuchillazo alevé te alcanzó la garganta, el buenas noches sargento, y de verdad fue un charco de agua y sangre en el que ahora parece que me miras y vuelves a repetir que éste no era Pueblo Paraíso, que de alguna manera me seguirás queriendo, que me mandarás un hijo pero que me vaya, que de verdad me vaya y te lleve —ahora que estás muerto—, que te abrace, me dices, parece que me dijeras, que cierre la puerta para no oír los pasos y la risa y los golpes del sargento Sanhueza que mañana nos verá partir en el tren, y yo ya de negro, como debimos adivinar en el remolino de polvo que al llegar, como un aviso, se levantó frente a nuestra casa.

JAIME HAGEL
(Santiago, 1935)

MARACAIBO

*No, señor Lombroso, no hay criminales
natos, hay víctimas natos*

—Usted debe mirarlo a los ojos con la expresión más seria que le sea posible. Luego tome la mandíbula del niño con su mano derecha. Suavemente. Y abriendo bien los ojos acérquele su rostro. Deje pasar unos segundos. Entonces dígame, suavemente, con voz sibilante: “¿Qué te has figurado? ¿Qué te has figurado?” Con calma. Y sobre todo sin pestañear.

Eso fue en la noche de su llegada. El consejo se lo daba el propietario y director del colegio. Un alemán.

Al día siguiente contempló por primera vez a los alumnos. Entraron en filas según cursos. Ordenados los que seguían al director. Desordenados los que eran guiados por los demás profesores. Los suyos fueron los peores. Seguramente lo habían preparado de antemano. También influía el vigorizante aire fresco que esparcían los aparatos de aire acondicionado de cada sala de clases. Ocuparon la sala ruidosamente. Varios dieron vuelta las sillas instalándose a horcajadas sobre ellas. Otros se sentaron sobre los pupitres. Había tres niñas muy rubias que riendo pugnaban por ocupar una sola silla. Un jovencito negro tamborileaba un compás sobre una mesa ofreciéndole su blanca sonrisa al nuevo profesor.

Alvaro ocupó un lugar, tras la mesa. Esperó de pie. Un trozo de papel doblado y ensalivado le dio fuertemente en el pecho. Sacó disimuladamente el húmedo chicle que estaba sobre la silla y se sentó. Esperaba un recibimiento así. No estaba sorprendido. Encendió un cigarrillo.

—Está prohibitto fumare —chilló una muchacha italiana.

Extrajo con calma dos cigarrillos más. Los colocó entre sus labios al lado del primero y los encendió. Se escuchó un coro de

carcajadas seguido de unos segundos de expectante silencio. Hizo humear con naturalidad los tres cigarrillos ante las interesadas miradas. Luego los extrajo de su boca. Todos estaban pendientes en espera de una segunda payasada. Los cigarrillos quedaron en la mesa sobre la caja de fósforos, desprendiendo tres paralelos hilos de humo.

—¿Han oído hablar de la casa embrujada?

—No.

Alvaro los miró pasando revista. Aún había dos que permanecían sentados sobre las mesas.

—Me gustaría contarles la historia de la casa embrujada, pero... creo que les daría miedo.

—No.

—No, profe. Yo no tengo miedo.*

—Ya, profe. Echenos el cuento ése.

Alvaro levantó la mano. Se hizo silencio.

—¡Cuidado! La voy a contar. Pero si alguno se asusta o siente miedo durante el relato, que indique para detenerme.

El silencio fue completo. El profesor con voz clara y pausada comenzó a relatar.

—Había un enorme caserón abandonado ubicado en las afueras de un pueblo. Nadie se acercaba a él. Se decía que estaba embrujado. Los pocos que se habían atrevido a meterse en el caserón no habían vuelto a salir. Entonces dos amigos, Julín y Alfonso, decidieron entrar a la casa embrujada, cuando llegaron las vacaciones largas. Compraron dos transmisores portátiles de radio. Julín entraría solo. Alfonso esperaría afuera escuchando todo lo que Julín le contase por radio. También se consiguieron dos pistolas automáticas y un par de linternas grandes de tres pilas. Y, al fin, llegaron las vacaciones...

—Siga, profe.

—No puedo. Aquí hay alguien que está mal sentado.

Miradas de odio buscando al culpable. Alvaro consultó su reloj.

—Haremos inglés.

—No. El cuento.

—Y si todos permanecen en orden durante la clase de inglés, seguiré el cuento en los últimos quince minutos.

Durante el recreo los ojos del director se hicieron más hoscos de lo que eran, y sus dedos acentuaron su temblor al contemplar el grupo de alumnos alrededor de Alvaro, que sostenía en sus manos tres guayabas, un mango, galletas, calugas, etc. El hombre se acercó al grupo.

—Dejen al profesor tranquilo —dijo a los niños, mirándolos con sus ojos de lechuza y mostrándoles sus manos tiritonas.

—Profesor Alvaro. No converse con los alumnos. Eso está mal. Usted debe vigilarlos. En los recreos somos guardianes.

—Sí, señor.

¿Por qué demonios estaba disgustado? ¿No había acaso dominado la clase? En la tarde la profesora Terán le aconsejó hacer clases a puertas cerradas, pues al director le gustaba observar por el hoyo de la cerradura. Pero, ¿la puerta abierta no significaba acaso que quien quisiera podía ver y escuchar todo lo que deseaba? ¿O esa señorita quería enredarlo?

En la noche observó, a pesar del cansancio, a la Frau. La mujer del director. Era de pequeña estatura, de unos ciento veinte kilos, y con el pelo teñido de rojo violento. Menos mal que tenía una botella de ron en la maleta.

—Lo cambiamos de pieza, profesor —le dijo la mujer con una quizás demasiado grande sonrisa que contrastaba con sus ojillos celestes, inmóviles y opacos.

Habían recibido niños internos. Alvaro dormiría en el cuarto destinado a las sirvientas. Estas últimas dormían en sus casas. No obstante estar cubierto de sudor, no se duchó antes de acostarse. El baño de un metro y medio cuadrado olía mal. Aquél había sido su segundo día en Maracaibo. Se tendió desnudo sobre las sábanas. Mañana compraría un ventilador.

—¿Sería el profesor Alvaro tan amable como para manejar uno de los buses, mientras se buscaba un nuevo chofer?

—Por supuesto, señor.

—Bien. Esta tarde le mostraré la ruta y la lista de direcciones. Y por favor, no fume cuando esté trabajando. Trate de dejar el cigarrillo, le haría bien.

—Sí, señor. Creo que lo dejaré. En verdad nunca he estado enviciado con el cigarrillo.

—Así lo espero.

Siete horas como profesor y cinco horas de chofer. No había tiempo para comprar un ventilador.

Dejaba siempre abiertas las puertas de las salas durante sus clases. A través de los umbrales veía pasar a la Frau con su andar cadencioso, seguida de su enorme perra, en sus recorridas por el pasillo. Ella también fisgaba por las cerraduras. En todas las clases reinaba el desorden, el relajo, menos en las de su marido y en las de Alvaro. ¿Cómo podía ese profesor dominar la clase haciéndose respetar y querer al mismo tiempo? Un enigma. Y lo peor era que dejaba la puerta abierta no pudiéndosele espiar.

¿A qué hora terminaba el profesor Alvaro su último viaje en el bus? A las seis y media. Entonces, ¿tendría tiempo de ocuparse en vigilar a los internos mientras éstos hacían sus tareas? Muy bien, señor.

Las noches no eran un descanso total. Había conseguido el ventilador por intermedio de un chofer. Pero le costaba dormirse, esperando de un momento a otro una orden o trabajo que sus patrones pudiesen haber olvidado. Arreglar algún grifo o escribir facturas, cosas que hacía siempre en la noche después de comida. Al fin era vencido por un sueño intranquilo.

Al terminar el mes recibió el sueldo estipulado anteriormente por treinta y cinco horas semanales de clases.

Sus alumnos estaban ocupados con una prueba escrita cuando escuchó por el pasillo embalsado el rítmico andar de la Frau seguida de su perra policial. Esta vez acompañado por el llanto de un niño. Se detuvieron frente a la puerta abierta. La Frau, la perra y un niño de siete años amarrado con un cordel. El niño con los brazos estirados y pegados al cuerpo había sido envuelto con un cordel de los hombros hasta la cintura. Fuertemente atado. Uno de los extremos de la cuerda era sostenida por la gruesa mano de la Frau. Así amarrado el niño fue llevado a visitar curso por curso. Interrumpiendo las clases entraban la Frau de ciento veinte kilos, la perra alerta y desconfiada, y el niño maniatado. Los asombrados alumnos escuchaban el indignado grito:

—Migen. Pog ladgón.

El mosfetudo rostro coloreado, los ojos claros y fríos, buscaban la segura aprobación de los profesores.

—Muy bien.

—Ajá. Qué buena idea.

—Vaya. Este no volverá a robar lápices de colores.

¡Cómo lloraba el niño! A ratos parecía ahogarse. La saliva le corría por la comisura de los labios con la misma intensidad que las lágrimas.

Los sábados en la tarde no había clases. La mujer lo miraba de reojo. Era el hombre de las manos temblorosas que le decía:

—¿Sería tan amable de llevar los sábados en la tarde a mi señora al salón de belleza? ¿Y después ir de compras al supermercado? Al fin y al cabo es la comida que usted mismo probará.

Los ojos fijos, como diciendo: "Mi mirada te desconcierta".

—Desde luego, señor. A mí me gusta manejar.

A las once de la noche Alvaro iba tambaleándose al baño. Dios sabe que no de borracho. Lavar una camisa nylon (calurosa e inadecuada, pero de la cual siempre se puede disponer seca al otro día) y un par de medias. Luego una ducha y a la cama. A soñar inevitablemente que se está haciendo clases o manejando o cuidando niños exaltados en los recreos. Se despertaba bruscamente dos o tres veces durante las noches para comprobar con incalculable alivio que no estaba manejando o en clases, sino en cama, en la cama rodeado de sombras y del zumbido del ventilador.

Habían venido invitados a comer dos matrimonios de la misma nacionalidad de ellos. El director se presentó algo retrasado a la mesa. Agitado. Sus manos temblorosas. Alvaro bajó la cabeza, turbado. El hombre no quiso perder la oportunidad de que había extraños y le gritó:

—Dígale a su "amigo", el chofer, que cierre los vidrios del bus que maneja.

¿Qué tenía él, Alvaro, que ver con los asuntos de los choferes? Las damas tratando de sonreír para ocultar su asombro. Uno de los invitados despejó la atmósfera.

—¿Cómo está, Herr Professor? ¿Supo que en Caracas tenemos revolución? No creo que lo sepa. Hace apenas media hora que la radio dio la noticia. Ahora están en cadena.

Se habló de política. Alvaro no fue tomado en cuenta en la conversación. Llegada la hora del postre consistente en una fuente con varias clases de fruta, la Frau la presentó a uno por uno para que cada cual se sirviera a su gusto. Mandarinas, nísperos, zapotes, etc. Cuando llegó el turno a Alvaro, en lugar de presentarle la fuente sacó una banana y le dijo:

—Tome. Es más barato.

Alvaro, riendo con los demás de la ocurrencia, aceptó la banana.

¿Qué hacer? ¿Irse? ¿Cómo? No se atrevía. ¿En qué rato? Hacía falta papeles de viaje. Solvencia de impuesto, etc., para volver a Chile. ¿Cómo y cuándo obtenerlos? ¿Qué felicidad si lo echasen! ¿Pero por qué lo habían de echar? Esperó ansioso la revolución. La guerra civil. Bombardeos. Nada sucedió. Un golpe militar. Cayó el dictador Pérez Jiménez. Dos días de desorden. Junta militar presidida por Larrázabal. Eso fue todo.

Los días que no había clases, fuesen domingos o festivos, Alvaro debía en la mañana llevar los buses al taller o cambiar él mismo en el garaje del colegio los cauchos lisos por nuevos con una temperatura de cuarenta grados a la sombra y llenándose la ropa de manchas que él mismo debería limpiar. En las tardes, a la oficina a escribir facturas y recibos hasta las once de la noche.

Durante el desayuno. Los tres a la mesa. La Frau, con su pelo recién teñido de rojo, a Alvaro:

—Es mejor que deje de beber café con leche. Tome café puro. Así no sentirá sueño. No está bien que un profesor trabaje con rostro soñoliento. Tenga, este café está bien cargado. Beba tres o cuatro tazas.

El director también deseaba decirle algo.

—Profesor Alvaro —el hombre arrugó el rostro lo más que le fue posible— usted sabe que los empleados domésticos no son capaces de ciertos trabajos...

¿Qué querría?

—No. Claro que no, señor.

—Bueno, profesor Alvaro —el rostro descolorido continuaba arrugado—. A ellas, las empleadas, con su falsa dignidad de negro no se les puede pedir que bañen a Senta y Tasso. Es asunto nuestro entonces. Y usted es el más joven. No vamos a permitir que una señora de más de cincuenta años lave los perros. ¿No es cierto?

La primera vez fue considerado como un favor. Pero como todos los favores, se convirtió en obligación. Todos los domingos alrededor de las cuatro, debía bañar los dos perros. Sacarles las garrapatas de las orejas. Jabonarlos. Escobillarlos. Ahora sin recibir las gracias, sino advertencias en forma de chiste (¿o eran en serio?). “Secar bien los perros, pues si llegasen a enfermar tendría que acostarlos en su cama”.

Alvaro se movía entre los niños llamando la atención a los que estaban mal formados. Enderezando las filas. Haciendo callar a los habladores. Con miedo de que el Herr Direktor lo viera un

segundo inactivo. El Herr sabía eso y se le acercó para decirle que debía hacer lo que estaba haciendo.

—Usted tiene que ser más activo. La vigilancia no es algo pasivo. Muévase más, profesor Alvaro.

En voz alta y tajante. Ante los ojos y oídos de los niños. De eso se trataba. Instantes después Alvaro se colocó al lado de la fila del sexto grado. Ya iban a entrar. Llegado ese momento, se acostumbraba que cada profesor se ubicase al lado del curso que le correspondía a la primera hora. Obviamente en esos segundos Alvaro estuvo inmóvil. El director se le fue encima. ¿Mal humor? ¿Día especial? ¿Deseaba desahogarse de algo? O quizás, simplemente exasperado de ese profesor que jamás acusaba los malos tratos. Jamás una protesta, un no. Nunca una mala cara. Se le acercó rápido. Casi corriendo. Llamando con ello la atención del alumnado. Moviendo las manos. Cogió a Alvaro fuertemente de un brazo, empujándolo a la par que le decía:

—Usted me obliga a...

No pudo terminar. El contacto de aquellos dedos duros y temblorosos alrededor de su brazo llenó de electricidad los nervios de Alvaro. Se estremeció de pies a cabeza. Era la primera vez que lo tocaba. Con un salto y un brusco movimiento de su brazo se deshizo de aquel contacto. Y lo miró. Se miraron. Alvaro le apuntó con el índice de su mano derecha, y le dijo:

—Me has tocado —hizo una pausa involuntaria para respirar. En semejantes situaciones siempre hace falta más aire de lo acostumbrado—. La próxima vez que lo hagas, te mataré.

Los alumnos dijeron después que el profesor Alvaro estaba muy pálido. "Como una sábana". Por toda respuesta el otro hizo una seña al líder de la fila del sexto grado. Los alumnos comenzaron a entrar en una demostración de orden, silencio y seriedad notables. Alvaro entró al lado de ellos. Estaba sorprendido, no por lo que había dicho o hecho, sino por un sentimiento nuevo, desconocido, ante el cual no sabía si alegrarse o asustarse. Era capaz de matar a un ser humano. Una certeza. Era capaz de matar. E incluso llevarlo a cabo con gusto, sin arrepentimiento alguno. Si había de hacerlo, lo haría. Aquella sensación no se desvanecía ni se desvanecería. El darse cuenta que tenía la fuerza física, emotiva e intelectual para realizarlo le confirió una suerte de seguridad comparable a la del adolescente que sale por primera vez con un revólver a la calle.

Esto ocurrió faltando apenas dos semanas para que terminara el año escolar. Los dos hombres no volvieron a hablarse. Se

miraban, pero no recíprocamente. Ninguno sorprendió una mirada del otro. Alvaro continuó con sus trabajos como de costumbre. Bañó los perros al igual que todos los domingos, sin tener el placer de saber que lo hacía por última vez.

Durante el primer examen las cosas se precipitaron. Los pequeños del primer grado. Treinta y seis niños y tres profesores. El director, Alvaro y la señorita Terán, una mulata treintona, gorda, seria y eficiente en su oficio. Los niños sentados silenciosos. Esperando el comienzo del examen. Uno indica, mirando esperanzado a Alvaro. Este acude.

—¿Qué quieres, Alejandro?

El tono suave no logra disipar la tensión en el rostro del niño. Antes que éste pueda responder se escucha la voz del director.

—Profesor Alvaro, vaya a buscar tiza.

Es la primera vez que le dirige la palabra después del incidente anterior. Alvaro se da vuelta. Mira a su jefe. Y responde:

—Muy bien.

Luego vuelve a mirar al muchachito que lo había llamado, repitiéndole con más suavidad aún:

—¿Qué quieres, Alejandro?

El niño con los ojos brillantes de lágrimas, haciendo lo posible por no derramarlas, confiesa:

—Se quebró la punta de mi lápiz. Y no tengo sacapuntas.

Una tontería. Pero en la atmósfera de un examen, del primer examen en la vida de un niño de siete años, es algo perfectamente serio.

—Préstame tu lápiz, Alejandro. Yo le sacaré punta.

En una de las esquinas de la mesa grande, la mesa de los profesores, hay un sacapuntas atornillado; un sacapuntas grande, con manivela. Alvaro introdujo el lápiz en el hueco del aparato y con la mano izquierda comenzó a hacer girar rápidamente la manivela. Unos dedos temblorosos, pero no por eso menos duros y fuertes, se cerraron sobre su brazo, apretando sin dejar de tiritar. Quedó paralizado escuchando la marcada voz:

—Usted TIENE que ir a busCAR la Tiza.

Mientras la mano que le engarfiaba el brazo lo empujaba hacia la puerta. La voz, modulando claramente cada sílaba, agregaba:

—No podemos esperar a que usted le saque punta a los lápices de todos los alumnos para comenzar el examen.

Bajó la escala rumbo a la oficina en busca de lo pedido. Ahora lo sabía. Lo mataría. Cogió la caja de tiza y subió con ella a la sala del examen. El director debería estar esperándolo feliz. Esta vez había realmente apretado el brazo de su empleado, y éste no había reaccionado en nada que se pareciese a la vez pasada. Había obedecido. Bajado un poco la cabeza y ruborizado. (Ya es hora de bañar a los perros. Recoja los papeles del patio. Vaya a pagar la cuenta de la luz. Arregle el water de los varones). Ni rastros de “te mataré” o como haya sido.

Una vez terminado el examen en el que siempre salían todos bien, Alvaro partió con su bus cargado de eufóricos muchahos. Ahora no había tiempo para ellos. Aquella idea lo llenaba por completo. Los niños se dieron cuenta de que algo raro pasaba. Poco a poco se fueron quedando tranquilos.

—Profesor —dijo una voz de niña, algo asustada—, no maneje tan rápido.

Alvaro no se daba cuenta de que guiaba ya sea con el acelerador a fondo o con el freno a fondo. Su pie derecho saltaba de un pedal al otro para apretar hasta abajo. No escuchaba el chillar de las ruedas, ni se fijaba en los rostros sorprendidos de otros choferes. Pero sí sabía que estaba manejando bien. Sacando todo lo posible del vehículo. Solamente el último alumno que se bajó se despidió

—Adiós, profesor. Felices vacaciones.

Soltó el “cloche” (embrague), y partió diciendo mentalmente: “Adiós, Alberto. Que te vaya bien”. Sin ocurrírsele que eso era lo que debió haber contestado al niño. Los saludos son para decirlos, no para pensarlos, a menos que la gente sea telépata. No se preguntó, ¿qué voy a hacer ahora?, sino que su mente comenzó a darle indicaciones que él aceptaba sin revisar. Detuvo el bus frente a la agencia de viajes Panamerican, en la avenida “5 de Julio” (la misma en que estaba el colegio). No, no tenía consigo su pasaporte, pero en la tarde, cerca de las cinco, lo traería. Solvencia de impuesto. Certificado de vacuna. “Si no va a volver no es necesario que le tramitemos el reingreso, no necesita papel de antecedentes. No. En dos días le hacemos todo. Sí, de Maracaibo a Tocumén y de allí a las dos de la mañana el avión rumbo a Lima y Santiago, Si desea volar en el jet, Panamá-Lima, son quince dólares más. ¿No? Bueno, entonces le reservamos pasaje para pasado mañana. Traíganos su pasaporte. Mañana en la tarde le

confirmamos todo". Lo mataría entonces media hora antes de tomar el avión, con el pasaje en el bolsillo.

Entre viaje y viaje, buscando y repartiendo niños, arreglaba rápida y eficientemente sus asuntos. Liquidó la cuenta del banco. Dos mil y tantos bolívares. Alcanzaba para el pasaje y sobraba. No había tiempo para compras, por oportunas que fuesen. Cambiar todo a dólares.

Al día siguiente, en la tarde, le entregaron los pasajes y demás documentos de viaje.

—Su avión sale mañana. Preséntese a las diez de la mañana en Grano de Oro.

A las seis de la tarde, cuando terminaba su último viaje en el bus (realmente el último en aquel cochino bus), compró en un negocio de pesca y caza una cuchilla automática. Se apretaba una especie de gatillo y saltaba como un rayo la hoja de acero. Parecía un cortaplumas grande. Una vez afuera la hoja de unas cuatro pulgadas no se cerraba doblándola, sino que apretando nuevamente el gatillo. Recién entonces se podía recoger la fuerte y filuda lámina de acero en la cacha. Bonito el juguete. Pasó casi una hora entera antes de quedarse dormido jugando con el aparatito. Abriéndola y cerrándola. Tric, y aparecía segura, aguda, la lengua de metal. Tric, tric, tric. Es entretenido jugar con estas cuestioncitas.

En las noches anteriores había pensado en los detalles. El día del crimen (y fuga) sería domingo. Tenía que estar a las diez en Grano de Oro, el aeropuerto, de modo que a las nueve y media tendría que despacharlo. El Herr Direktor era metódico con sus trabajos. Las nueve y media. A esa hora se encontraba siempre en la oficina. Corrigiendo cuadernos, llevando libros, ¿o nada? ¿Simplemente encerrado allí para no estar con su Frau? Y a esa hora Alvaro estaría en el garaje. Le sería fácil salir a la calle. Contratar un taxi. Pedirle al chofer que lo esperase en la puerta del colegio. Entrar a la oficina. Se imaginaba la escena no sin placer. Después al auto. Grano de Oro. Avión.

La oportunidad era excelente. Domingo a las nueve y media. A esa hora, aparte de él y el hombre, no había nadie en el colegio. La Frau salía al mercado lacustre de Maracaibo a llenar un bus Volkswagen con provisiones. La pareja, marido y mujer, que hacía la limpieza, trabajaba duro la tarde del sábado y la del domingo, pero en la mañana de este día no se les veía nunca, quizás por ser el único día en que podían levantarse tarde.

¿Qué demonios habría hecho si le hubiesen dado los pasajes para un día que no fuese domingo? Varias veces se imaginó que era atrapado y encerrado. La pena de muerte no existe en Venezuela. El castigo máximo es de veinte años cárcel. El presidio de Maracaibo era algo de temer. Patios repletos de asesinos de todas las nacionalidades bajo un sol que suda negros. Casi a diario había muertes por enfermedad o porque se mataban entre ellos. Y la policía, una tropa de analfabetos vistiendo camisas caquis chorreadas de sopa y cerveza, que desde prudente distancia vigilaban fumando con afectada indiferencia. Pero aun dando por sentado que lo llevarían allí, daría muerte al Herr Direktor.

No podría seguir viviendo si no mataba a ese hombre. Se imaginaba que ya lo había liquidado, destripado, y gozaba por anticipado de un fuerte sentimiento de liberación. A veces parecía que ya no podía más. Se sentaba en la cama y decía: "Dios mío, lo voy a matar. A matar. ¿Me oyes? Y en el acto. Ahora. Ya. Ahora".

Tenía que hacer un esfuerzo para tranquilizarse y no pensar en ello. Calma, Alvaro. Falta poco. Acuéstate. Vamos. Ya se sabe que lo vas a matar. Tiéndete ahora. Piensa. El ruido del avión. El zumbido de las hélices. Cierra los ojos y figúrate que el zumbir del ventilador es el de los motores del avión. Vas rumbo a Chile. "Your attention, please. In twenty minutes we were landet in Santiagou de Chilei".

¿Te acuerdas cuando llegaste acá? ¿Recuerdas la sensación de desamparo al escuchar: "We are landing now in Maracaibo, the land of petroleum..." ¿Qué mal te sentías! Como si sospechases lo que te esperaba. Ahora, imagínate que vas aterrizando en Los Cerrillos. Vamos bajando. ¿Cómo te sientes? Santiago está envuelto en su acostumbrada bruma. Julio. Hace frío. "Su atención, por favor, ...Santiagou... Chilei... en veinte minutos más..., rogamos a los pasajeros no olvidar sus bolsos de viaje ni demás efectos personales en el avión..., gracias... No levantarse hasta que el avión se haya detenido por completo... and don't smoke... Santiago... Santiago...

Llegó el domingo. Hoy es tu día, Dios. Y hoy voy a matar a un hombre. Tú no lo ignoras, ¿no es cierto? No me apruebas, pero tampoco me desapruebas en forma muy categórica. Tú nos hiciste. Sabes cómo somos. Yo no puedo vivir si no lo mato. Ni siquiera si se muriera. Tengo que ser yo el que le dé muerte. Y que él lo sepa. Que me vea hacerlo. Tú nos fabricaste, Dios mío. Nos conoces. No soy diferente. Me niegas tu consentimiento, pero yo

no tengo otra alternativa. O lo mato o me vuelto loco. Vivir loco no es vivir. Tengo que matarlo. Apenas resisto los deseos de hacerlo inmediatamente.

Se levantó a las siete, como todos los domingos. Además, sin aire acondicionado no era agradable dormir o quedarse en cama hasta tarde. Y si hubiese sido agradable, se habría tenido que levantar de todas maneras a las siete. Casi falló el plan. El chofer que llevaba a la Frau en el Kleinbus al mercado llegó tarde, y ésta ya había pedido a Alvaro que la llevase. La mujer de los ciento veinte kilos, que gustaba llevar vestidos escotados para mostrar más de la mitad de sus voluminosas mamas, se fue con su chofer. Quedaron en el colegio Alvaro y el Herr Direktor. Nadie más. Mientras tomaban desayuno el hombre comenzó a enumerarle las tareas para el día. Alvaro, por primera vez no llevaba la cuenta. Lo miraba y asentía con la cabeza o con "aha, ja, sehr, gut". No obstante recuerda que sus obligaciones para esa mañana eran, entre otras, lavar y gamucear uno de los Kleinbus, cambiarle la correa del ventilador a otro, y barrer el garaje. Los choferes, explicó el director, como todos los venezolanos, no saben trabajar sino dentro de la mugre. Jamás se les ocurriría barrer. Alvaro bebió una taza de café puro sin azúcar. No comió. Presentía que cualquier bocado, incluso el pan con mantequilla, le caería mal.

Fue a su dormitorio. El primitivo cuarto de servicio. Guardó en sus bolsillos los papeles de viaje y la navaja automática. No llevaría su chaqueta. Tomaría el avión con lo que llevaba puesto. Nada más. Miró su vieja maleta. Al demonio con ella. Sentía pena por la maleta, no por su valor en dinero, sino porque era una de las pocas cosas que tenía, quizás la única, aparte de un poco de ropa. Adiós, cama. Adiós, ventilador.

Una vez en el garaje abrió la tapa al motor del bus que había que cambiarle la correa. Haría ese trabajo para hacer hora. "Calma. No hay apuro". A las nueve y veinte en punto saldría a la calle para contratar un taxi. "Tranquilo. Cambiar una correa es algo interesante. Concéntrate en ello. Desde pequeño te ha gustado trabajar con motores. Trata de no mancharte. Es agradable el olor a grasa del motor. Sostén firme esa tuerca. Afloja el perno..."

Las nueve y veinte minutos. "Son las nueve veinte". A las diez tenía que estar en el aeropuerto. Salió a la calle. Pegados a la acera un auto tras otro. A cuarenta metros del colegio la parroquia San José. ¿A qué hora sale la misa que comienza a las nueve? Si salía antes que consiguiera un taxi, aquello se llenaría de autos en marcha formando un taco mecánico en la calle. "Tranquilo. Tienes

diez minutos para contratar un auto. Mucha flema". Los autos de arriendo abundan en Venezuela. En la avenida 5 de Julio nunca se esperaba más de dos minutos para contratar un auto. Un Dodge 58, último modelo, se detuvo a su lado. Un guajiro al volante.

—Mira, oye. Hazme una carrera hasta Grano de Oro.

—Vamos, pues.

—Escucha. Espérame frente a la puerta. Voy a buscar unos papeles. Salgo más o menos en diez minutos, quizás menos. ¿Ya?

—“Uenoué” (bueno, pues).

Entró al silencioso edificio del colegio. En el pasillo, los ojos del retrato “Goethe anciano” lo miraron con contenido entusiasmo. No así Schiller, cuyo hermoso rostro de mujer parecía enojado. Se detuvo frente a la puerta de la oficina. El hombre escribía a máquina. Abrió, sin golpear previamente. Entró sin mirarlo. Cerró la puerta. El teclear de la máquina de escribir cesó. Apretó el botón de la chapa que impedía que la puerta fuese abierta por fuera. Y se dio vuelta, lentamente, hacia su jefe.

—Aquí estoy.

El tipo lo miró indignado. Sus ojos parecían decir: “¿Qué significa esta manera de entrar? ¿No lo mandé al garaje?”.

—Qué pasa. Es tarde. ¡Usted debe lavar el bus!

—No. No te voy a lavar el bus. Tampoco te voy a barrer la casa.

El hombre se puso violentamente de pie. En ese segundo Alvaro sacó la navaja. ¡Tric!

—Was fällt Ihnen ein —exclamó con voz intencionalmente despiadada. En su rostro la expresión atemorizadora con que paralizaba a las clases de niños alzados. Seguro de la debilidad de su empleado. ¿Cuántas veces lo había intimidado con sus ojos y gestos?

—Te voy a matar. A eso vine. No te muevas. Eso sí, puedes hacer tiritar tus manos todo lo que quieras.

—Sagen Sie mal —dijo, mientras la mueca de ira fingida se desvanecía de su rostro —, sind Sie wahnsinnig?

Fueron sus últimas palabras. Se dejó caer sobre la silla. ¿Fatigado? Bajó los ojos, cubriendo con su mirada la cubierta del escritorio. ¿Desconcertado o buscando un arma? Alvaro se sintió lleno de energías. Ya era hora. Le pinchó la frente con la punta de la navaja. El hombre levantó bruscamente la cabeza. Su

cuerpo, de la cintura para arriba, quedó pegado al respaldo de la silla. Los ojos muy abiertos.

—Aus —dijo Alvaro, con fuerza, pero conteniendo la voz—. Levantó el brazo apretando con su mano la cache de la navaja. La garganta venosa y de prominente nuez del hombre sentado invitaba a un fuerte tajo horizontal. El hombre continuaba inmóvil, con los ojos bien abiertos. Fueron sus manos las que detuvieron el impetuoso brazo del joven. Las manos del Herr Direktor ya no tiritaban. Yacían sobre la mesa, quietas, inmóviles. Inseguro, Alvaro bajó el brazo con el arma. ¿Qué pasaba? Relajó sus músculos. Observó atentamente a su víctima. “Está muerto. Muerto”. Una ola de tranquilidad, de casi violento bienestar le recorrió el cuerpo. Respiró profundamente. Cerró y guardó la navaja en su bolsillo. Al salir de la oficina se sintió demasiado liviano, semimareado. ¿Deseos de orinar? ¿Sueño? ¡El taxi! Su cerebro comenzó a impartir órdenes. Salió a la calle.

—Vamos, chico.

El flamante Dodge de dos colores se puso en marcha. Ahora se quedaría en Maracaibo. Tenía que anular el pasaje, perdiendo el tanto por ciento que se estipula en estos casos. Eso era lo de menos.

—A ver, chico. Pará frente a la chocita esa. Vamos a comprar cigarrillos.

Se imaginó para deleitarse al fantasma del director diciéndole, al mismo tiempo que le ponía por delante sus manos saltonas: “Fumando, ¡Fu-man-do! ¿Está loco, profesor Alvaro? ¿Está loco?”. Pero al encender el cigarrillo que le brindó al chofer y luego el suyo, pensó: “Al demonio. No debo complacerme así con un muerto”. Y aspiró el humo de su primera chupada. Miró con ojos pensativos el blanco cigarrillo. Hacía tiempo que no fumabas, ¿eh?, Alvaro.

Pasaron la plaza del indio Mara. La había visto, guiando el bus, más de mil veces. Nunca se había interesado ni fijado en ella. No es nada admirable, pero en ese instante le pareció hermosísima. Se sentía como un turista.

UN JOVEN Y SUS PROBLEMAS

Luis Felipe se detuvo y miró. La calle Aguasanta caía cerro abajo y se perdía entre los innumerables techos de colores. Más allá del plano, el mar, oscuro hasta entonces, reflejaba un alegre cielo azul. Justamente ahora, cuando el muchacho pretendía volver a Santiago.

Era un domingo por la tarde y los automóviles, como disparados hacia la cumbre, pasaban en docenas y dejaban junto a él, girando en el aire, una impresión de bienestar que a Luis Felipe se le antojaba insolente. La calle, cerro arriba, se perdía en una curva y, uno tras otro, los automóviles se iban zambullendo en ella.

Enjugándose la traspiración con una manga de su chaqueta de *tweed*, Luis Felipe desató su chaleco celeste anudado al cuello. La brisa, refrescante, lo animó a caminar de nuevo. Aliviado, aunque molesto, vaciló: sentía pesadas las piernas y la respiración torpe, ridículamente torpe. No obstante, subió otra cuadra. Pudo haber tomado la acera, lo sabía, y haberse protegido del calor bajo los árboles —pero continuó por el medio de la calle.

El chaleco, balanceándose en una mano, le incomodaba; bajo la chaqueta, húmedas oleadas de calor le recorrían el cuerpo y ascendían envolviéndole el cuello, la nuca, las orejas —lo sofocaban. Además, el cuero cabelludo le picaba: Luis Felipe sufría de caspa. Siguió subiendo y siempre por el medio de la calle.

Un zumbido denso, poderoso, lo indujo a darse vuelta. Vio un auto de modelo reciente, un Chevrolet, según le pareció, ocupado por un hombre solo. Era el momento. Sin interrumpir su marcha, le hizo señas, el característico gesto con el dedo. Alcanzó a notar que el hombre, moreno y bien peinado, llevaba un pañuelo de seda al cuello y lentes para el sol. Tal vez, lentes italianos. Apoyaba el brazo en el marco de la ventanilla, y en la botamanga

de su saco azul brillaban tres botones dorados. Luis Felipe advirtió de inmediato la comunidad entre ese hombre y él. Sonrió para sí, sacudiendo el dedo con esperanzada indolencia: no tenía para qué esforzarse: los iguales se ayudan.

El hombre no lo miró, el zumbido continuó, igualmente denso y poderoso. El auto pasó de largo.

En seguida venía otro coche. Nuevo, también, y ocupado por un hombre solo, vestido al mismo estilo.

Luis Felipe no le hizo señas. El coche pasó de largo.

Más atrás subía un Ford. Blanco y del año 1958, como el de su padre. Lo ocupaba una pareja: una mujer de rasgos finos y un hombre como los anteriores.

Sintió que éstos lo miraban, que la mirada lo penetraba hasta muy hondo. Enrojeció. Sus pasos lo condujeron a la acera. El calor es enervante, se dijo.

La pareja cambió un comentario. Sin duda que sí, por supuesto que lo cambió; Luis Felipe lo comprendió —claramente—, al verlos a través del vidrio posterior del coche, acercarse y hablar algo. Les asombró ese muchacho con zapatos de gamuza, con pantalones grises bien cortados, con un chaqueta de *tweed* y un chaleco celeste, yendo por Aguasanta a pie.

Esforzándose por fingir que buscaba algo importante, algo así como un escarabajo de oro, Luis Felipe investigó una de las casas vecinas; luego otra y luego otra: un tipo común y corriente caminaba por Aguasanta buscando una dirección, y no había más; el que pensara de él otra cosa, era un imbécil. Las casas, todas similares, de madera vieja y con la pintura desteñida y trizada por el sol, no le dijeron nada. Pronto se aburrió. Los autos seguían pasando. Pero no le hizo señas. Las casas le parecieron venidas a menos. ¿Parecería él un venido a menos? Consultó su reloj: las siete de la tarde. El último tren para Santiago salía a las ocho, el pasaje costaba dos mil pesos y le quedaban quinientos en el bolsillo: había emprendido el viaje con poco dinero. Y ese poco lo había gastado. “Para qué preocuparse de la vuelta; alguien tiene que llevarme”, le había dicho a Carolina. “¡Hay que poner un poco de aventura en las cosas de la vida diaria!” Si ella no hubiera estado en Viña del Mar, no habría hecho ese viaje, ni mucho menos, con ese poco de aventura... Dos días con Carolina, una noche en casa de tía Amelia que lo sintió llegar pasadas las cuatro de la mañana y prefirió callar, dos días paseando a pie por todas partes y Carolina feliz y él feliz. Mañana, a las ocho y media

en la oficina ¡quién lo mandaba trabajar en una oficina! Carolina y él, felices de haber estado juntos. Volvería el próximo *week-end*.

Encaminándose otra vez a la calle —con las manos apoyadas en las caderas, un hormigueo ansioso en el cuerpo y una expresión tímida en el rostro— se puso a esperar otro coche que le pareciera apropiado.

Una camioneta se aproximó veloz. Traía escape libre y un aspecto alegre. Alegres eran las caras de sus tres ocupantes. Podrían llevarlo en la parte de atrás. Empezó a levantar el brazo. Alegres eran las caras de los ocupantes mientras lo miraban (porque sí, porque, parado a mitad de cuadra, casi en medio de la calle, *tenían* que mirarlo). ¡Alegres! y bajó el brazo y tornó lentamente a esconderse a los árboles, anhelando alcanzarlos rápido, rápido, y que esos tres no lo hubieran visto nunca.

Avergonzado, cabizbajo, reemprendió el ascenso.

Faltaba poco para salir al camino. Con seguridad, ahí su viaje resultaría bien. Necesitaba que resultase bien. El cerebro iba llenándosele más y más de pensamientos como piedras.

Los autos continuaban pasando. Desde uno de ellos, alguien lo saludó. ¿Quién? Alguien. Luis Felipe ignoraba quién. Fue una sonrisa y un adiós con el brazo. Fue un saludo cordial.

El peso de las piedras era grande. Las piernas le temblaron. Dejó nuevamente de caminar. Desconcertado, vio perderse al auto doblando una curva. ¿Por qué no gritó a ese alguien que se detuviera? ¿Por qué le permitió seguir, tal si él no fuese más allá del lugar en que estaba?

Volvió a enjugarse la frente con la manga de su chaqueta a cuadros. Las piedras se desparramaron por su cerebro, por toda su cabeza, por su cuerpo entero. Las sentía en un derrame incesante, estupefaciente: hasta las yemas de los dedos de las manos, hasta las uñas de los dedos de los pies. Piedras, piedras inmensas, peñascos. Se sentó al borde de la acera. Se levantó. Se fue a sentar en la acera de una calle próxima. Carolina, Carolina. La muchacha se le apreció como el símbolo de su propia estupidez. Las casas venidas a menos, como el símbolo de la estupidez humana.

Mil quinientos pesos... mil quinientos pesos... ¡Cómo esa vieja gorda del jardín, ahí, al frente, no le iba a prestar mil quinientos pesos! Aún tenía tiempo de regresar a la estación y alcanzar el tren. La brisa le agitó el cabello y se lo rascó: la caspa le picaba otra vez... Viña del Mar con los bolsillos planchados y más valía quedarse en Santiago, en su casa, ir al cine, dormir siesta; no

más Carolina; no más aventuras ni más Carolina. Pasearon tomados de la mano, se besaron tendidos de noche en la playa, o bailando entre un mar de gente; ella estuvo feliz de verlo. ¿Carolina? ¿Para qué seguir? Una carta y punto final, no había para qué seguir. Explotaba el cariño de su tía, el tedio de los viajeros en auto, la paciencia de Carolina que, de un momento a otro, se iba a terminar. Y se daban cuenta. El tío ese de Carolina se comprometió a llevarlo a Santiago y, a último minuto, postergó su viaje para el día siguiente, sin duda por no llevarlo a él, para que aprendiera a ser aprovechador... y hacía el ridículo y tomaba fama de aprovechador y ya no era un niño... Regresar al plano... ¿Qué tontería, seguir! Regresar y llamar por teléfono a cualquier parte y pedir mil quinientos pesos y viajar en tren, aún tenía tiempo, y no más Carolina, no más muchacha lesa, no más ir a Viña a dárselas de aventurero. Los autos continuaban pasando, los veía continuar pasando, y desde uno lo miró una mujer y se rió de él, allí lejos, sentado en la vereda con un chaleco celeste y zapatos de gamuza. Se levantó y púsose a caminar; púsose a caminar cerro abajo.

Los autos seguían y seguían subiendo y en todos, gente como él, vestida como él, lo miraba y lo observaba. Y a Luis Felipe se le hundían las miradas en la espalda. Era horrible. Y ahí viene un auto y es gris, como los dos días en Viña, y trae un abollón, como su intento de volver a Santiago, y es viejo, como su espíritu desesperado.

El auto avanza y se acerca y lo maneja un hombre gordo y carnoso en mangas de camisa.

Luis Felipe se precipita a la calle y sacude febrilmente el brazo con la mano empuñada y el pulgar extendido. El hombre lo mira y le hace un gesto con la mano.

El muchacho se convierte en una llama. Se siente arder. Un rojo caliente lo agobia, le hace cosquillas, le sube y le baja por el cuerpo entero. Es una sensación vergonzosa. Blasfema; contra Carolina. Una de las ruedas delanteras del auto pisa una piedra y la dispara. Luis Felipe la ve lanzada en su contra, la ve derramando un charco de sangre en su cara, y salta hacia un lado. Un movimiento torpe, un zapato se enreda en la canilla de la pierna contraria, y Luis Felipe se ve de costado. La piedra da en un árbol, a más de dos metros de distancia y cae con un ruido burlón al suelo. Se golpea en el codo. Odia a Carolina. Se odia a sí mismo. Le duele el codo. Carolina es una estúpida. Los peñascos se han hecho uno. Se han transformado en un peñasco que no le cabe dentro, de proporciones gigantescas. Tres coches trepan juntos,

Luis Felipe se yergue de un brinco, y va a correr en busca de los árboles, pero... ya no hay para qué, ya cualquier cosa da lo mismo. Los coches van pasando y él no ve si lo miran, ni le importa. Vuelve al sitio de la caída, recoge su chaleco celeste y... ya no hay Carolina, no hay trabajo mañana por la mañana, no hay Luis Felipe, no hay nada. Sólo un peñasco espantoso que lo arrastra a caminar cerro abajo.

El cielo está volviendo a cubrirse, caen sombras sobre el mar.

Falta poco para el final de Aguasanta, ahí está la línea del tren, la gente camina, ya ha llegado...

Alguien lo llama por su nombre. Luis Felipe sigue bajando. Alguien lo vuelve a llamar por su nombre. ¿Desde dónde? Mira hacia las casas, mira hacia atrás, se detiene, y, de súbito, escucha un motor que rumorea tranquilo, y escucha que ese motor antes zumbaba potente, y comprende que la voz ha salido de un coche que ha parado ahí, junto a él, al costado de la acera. La voz viene de una boca, de un rostro, de una cabeza, de un hombre. Y le pregunta dónde va, y él reconoce a quién le habla y le responde que va a Santiago, y el hombre le dice que suba al auto, y Luis Felipe no entiende y luego entiende, y es algo extraño, pero el peñasco va disminuyendo, achicándose, volviendo a caber en su cuerpo, y va convirtiéndose en varios peñascos, en varias piedras, en piedrecillas, insignificantes.

FERNANDO JEREZ

(Lo Miranda, 1937)

CLAUDIA

Hace cinco días que murió Claudia. Los diarios no han dicho nada de la muerte de Claudia. La vi por última vez hace seis días y como no murió allí mismo pude haberla visto más tarde si el médico no hubiese impedido las visitas a la Sala de Recuperación, y le juro que yo no la maté, señor Durandegui, así es que no invente dificultades, déjeme pasar a verla, usted sabe quiénes la mataron y lo encubre todo diciéndome no quiero provocadores como usted en el velorio de mi hija. Y luego dice que soy culpable, casi dice que la asesiné. Y yo insisto, con ese empeño histérico que fue desvaneciéndose aquella vez, señor Durandegui; con esa flojedad parecida al fatalismo con que se espera el milagro; y digo como entonces, débilmente: unos dos minutos no más, la miraré y me voy.

Yo no sé por qué Claudia ha venido con el grupo. Claudia no tiene obligaciones aquí, pero nos han dicho que no despreciemos a nadie, que vengan todos los que desean colaborar con nuestro trabajo. Es una tremenda sorpresa ver a Claudia venir aquí esta noche. Aunque ella algunas veces se ablandaba con los pobres y los ignorantes, daba la impresión de ser una extravagancia más, por eso creo que Claudia no sirve para las letras ni para las pinturas y que si la revolución no es una buena porquería para ella, estoy casi seguro de que es una lesera que descubrió para bárrese la melancolía; y te veo, Claudia, bonita como siempre, el descueve como siempre, y sin embargo tengo que disimular, pero no quisiera fingir hasta perderte, sino que astutamente tienes que volver conmigo, y no quiero que sepas, Claudia, que en este cerco de tablas te pintaría como símbolo del futuro y resultaría más real que ese edificio que terminan casi heroicamente, ahora en plena noche, para que vengan los delegados de la UNCTAD III a discutir con voz turística sobre la pobreza y la justicia; no sé por qué, creo que en el futuro las fuerzas habrán de salir de la mujer, y yo me sentiría bien luchando al lado de Claudia, para cagarme en la

diferencia de lo que piensan los compañeros de oficina, tú, degenerado burgués, pasado a Lavanda Atkinson metido a revolucionario, y pienso que ésta ha de ser nuestra noche, ninguna otra, tal vez nunca vuelvas a trabajar con este grupo, quizás no puedas resistir la disciplina y los sacrificios, cuando te des cuenta de que todos nosotros aceptamos el desastre de no poder nunca programar anticipadamente una salida al cine, a comer, ir a los bailes o tirar pinta en auto. Nunca, Claudia, y tú ya revientas de cansancio por todo lo que nos ha pasado a los dos.

Claudia: recuerdo que entonces tampoco te creí, eras demasiado bonita, y tu inteligencia me parecía una exageración, y escribías en la máquina eléctrica a una velocidad increíble en la oficina, mientras yo engomaba los títulos en los lomos de los archivadores (me cargaba con todas mis fuerzas sobre un perforador de resortes vencidos), y luego clasificaba con el esfuerzo más podrido y despreciado de la sección las copias de las cartas que tú misma despachabas; las facturas, las solicitudes, a veces unas estúpidas recomendaciones sobre el comportamiento de los empleados. Pienso que de cualquier forma había mucha insolencia en esa distancia que separaba al resto de los compañeros de ti. Quizás no éramos tan poca cosa, pero nos sentíamos unas bostas, a puros gritos llegaban los clientes al mesón, y nos poníamos rojos de vergüenza, pero a ti se dirigían con pulcritud cuando estabas sentada ante la máquina eléctrica de escribir, o maniobrando las teclas de los tres teléfonos, y los dos citófonos, y mientras atendíamos a los clientes, yo, así al pasar por no más, distraídamente, como que no quiere la cosa, gozaba con tus piernas, y los clientes hablaban de pedidos por miles de escudos, con esa arrogancia que se mete en la voz cuando se habla de miles de escudos, y ellos gozaban también, y todo el departamento coincidía en hacer unas pausas emocionantes cuando te agachabas, y esperábamos ver un pedazo de carne mucho más grueso, porque eras bonita y te veías más bonita en los sillones de cuero de la oficina cuando tus vestidos contrastaban con el tono de las alfombras bajo las lámparas que adornaban el ambiente del jefe. El jefe está midiendo el muro y el trazador comenzará a dibujar las letras con tiza amarilla, y me ordena el jefe que revuelva la pintura, lo dice amablemente, toma una brocha y lo imitamos rellenando las letras. Alguien grita que es necesario relevar a los compañeros que están vigilando en todas las esquinas de los alrededores. El jefe ha dicho que no tenemos permiso para pintar consignas. Y como ahora que has venido no sé por qué, entonces casi no te creí y cómo iba a creerlo, Claudia, si cuando llegabas los días lunes a la oficina hasta interrumpías los comentarios del fútbol, y el Colo

Colo y el árbitro se iban a la cresta cuando tú entrabas, cómo iba a creerlo, cómo, Claudia, si no te queríamos porque nos tirabas los papeles en los escritorios y tú me sacabas los archivadores y nunca los volvías a su sitio en la estantería, y te tragabas sin chistar nuestros saludos, pero esas eran cosas que anotábamos en el presupuesto de los jefes y sus secretarías, y lo que conversábamos, Claudia, era que tú andabas saliendo con el jefe y todos veíamos que el jefe era feo y viejo, y este jefe es un hombre de melena, joven, te lleva la mano orillando las letras, las conduce por la curva de la U, y con la misma certera y generosa efectividad con que frena el pulso de tu mano, podría apretar un fusil, estrujar una injusticia entre los dedos. Entonces, tampoco lo creí al comienzo, cuando me dijiste bueno, aceptado, vamos a comer esta noche.

Y en la noche te esperaba a la entrada del restaurante, en mi terno que sabías de memoria. Y pasó casi una hora cuando me acordé de Mario, lo recordé pegando estampillas de impuesto en una letra de cambio, y le dio un puñetazo a la estampilla contra la letra de cambio, y no sé por qué se le ocurrió decir: no hay ninguna huevada en que creer, perdón, hay una cosa en que creer: que no hay ninguna huevada que lo anime con seguridad a uno. Humillado, escupido por Claudia me alejé tres veces de la puerta del restaurante, caminaba una cuadra y volvía a mirar de lejos si estaba ella allí, y las nubes cubrieron todas las estrellas hasta que comenzó a llover y el taxi frenó en la puerta del restaurante para dejar a Claudia. No nos dijimos nada y bajamos las escaleras y animado por la orquesta que tocaba allí dentro la tomé de un brazo, dudábamos entre las mesas hacia dónde seguir hasta que vino a socorrernos un mozo. Claudia sabía mejor que nadie cuánto ganábamos nosotros y lo recordó mientras buscaba en la lista los platos más baratos. Claudia se portaría bien. Luego bailamos y entre el humo de los cigarrillos, un humo que cambiaba de color y cuyo peso podíamos sentir en los ojos, atronadoramente bajo el ritmo cada vez más veloz de la batería, pegamos nuestras mejillas, y explotó el primer beso, y yo sentí la sacudida, y en seguida el segundo beso, y pasaban las horas que eran como segundos de cortos, y todavía no te creía, Claudia. Me ha mirado tímidamente, y yo vuelvo la mirada al tarro de pintura, revuelvo la mezcla hipócritamente, no quiero llegar con el palo hasta el fondo donde la masa está espesa, lo pienso varias veces, pienso en ti, Claudia, pienso en mis compañeros, en la pintura, en ti, si estás mirando hacia acá, y en la pintura, toda la tierra de color y la cola están depositadas en el fondo del tarro y cuando utilicemos esta pintura para rellenar las letras éstas van a resultar muy débiles, será necesario pasar la brocha varias veces, pero lo que me importa en

este momento eres tú, Claudia, y vienes aquí hoy, después de tanto tiempo, por lo menos unos ocho meses desde la última misa allá por agosto. Cuando salimos del reataurante, conté mentalmente el dinero que me quedaba y dije tomemos un taxi hasta tu casa y tú preferiste caminar bajo la lluvia y de los edificios caía el agua gruesa y los autos pasaban y nos abrazábamos para protegernos de los chorros de agua que disparaban a la acera, y así, la lluvia y el frío nos acercaron a la felicidad y nos dimos cuenta —al llegar a tu casa— de que habíamos pasado cinco horas y que estaba lloviendo fuerte. A fines de septiembre de 1970 pensé que debía luchar por el gobierno recién elegido. Me he salpicado el pantalón con pintura y me avergüenzo de no haber venido con una tenuta apropiada, llego a creer que estoy haciendo el ridículo, Claudia, yo quiero ser revolucionario, un verdadero combatiente, y es posible que tú desees lo mismo, sin embargo, no sé contra qué te has rebelado y cuando tú te rebelas y persigues algo, sé que lo haces decididamente, que nunca vuelves atrás, que cuando se enciende la llama en tu corazón arderá sin vacilaciones y me has mirado nuevamente, y yo sé y tú sabes que queremos hablarnos y no podemos, tal vez habrá que esperar hasta que el jefe del grupo termine de enseñarte a enmarcar las letras; miro mi pantalón manchado de pintura, y mis zapatos de gamuza, me viene una tristeza cuando miro a mis compañeros que han venido en bluyins y yo he gastado mi mejor ropa, pero quizás si fue mejor así, porque viniste a nuestro grupo, Claudia, no sé por qué, Claudia, cuando yo sé que trabajas en otro frente.

Cuando tu padre supo que nosotros nos queríamos y que yo era un partidario del gobierno, fue la misma tarde aquella en que su abogado le informó que los obreros habían declarado la huelga en su industria exigiendo la estatización. Dijo usted no es más que un chanco marxista y yo le dije yo no le he hecho nada para que me venga a ofender. Usted tiene sus razones para ser lo que es y yo soy porque tengo mis razones, así es que no sacamos nada con andar discutiendo de política los dos porque esta cuestión tiene que ver con la historia, porque solamente el tiempo lo va a meter a usted o a mí entre los chanchos, señor Durandegui. Y él dijo yo tengo mis razones, es obvio, por eso no quiero espías en mi casa ni menos voy a permitir que pervierta a mi hija con sus venenosas consignas, aquí vivimos muy tranquilos, sin odios, es decir, vivíamos, porque todo el país se ha descompuesto y para que se dé cuenta al tiro de que no podrá hacer aquí el trabajito que le ordenó el partido, no quiero verlo nunca más en mi casa y tampoco verá más a Claudia en ninguna otra parte. Esto lo llamo yo defensa propia y la ley me ampara. Mañana mismo la hago

renunciar a su puesto en la oficina. No la verá nunca más (y Durandegui echó a Claudia del living, le dijo que se encerrara en su pieza y Claudia protestó llorando, protestó llorando no más, y me miró llorando y se retiró). Claudia no volvió a la oficina y a las once de la mañana todos sabían que no verían más sus lindas piernas, porque se había retirado del trabajo y nadie sospechó que yo la quería ni se habló de fútbol, sino que dijeron que el papá resolvió retirarla cuando lo datearon que el jefe andaba con su hija. Un compañero de la vigilancia vino corriendo a decir que rondaba un furgón de carabineros. El jefe de grupo lo mandó de nuevo a su sitio y dijo que nos avisara si se acercaban y a nosotros nos pidió respeto y serenidad con los carabineros aunque nos detuvieran, porque no teníamos permiso para pintar consignas. Un automóvil se detuvo a mirarnos, un Dodge rojo muy hermoso, y gritó ¡bien muchachos, así se hace!, y continuó a marcha lenta. Siempre nos alegraba el apoyo que recibíamos de la gente que nos veía pintar consignas y nos alegramos más todavía cuando el jefe del grupo nos dijo que ese auto no era del Comité de Vigilancia y que nos estimulaba de buena voluntad. Por la tarde del día siguiente yo volví a hablar con Durandegui y le rogué desde la puerta de rejas que me dejara ver a Claudia (Durandegui había dicho que ella estaba en su pieza y que si no me marchaba de la puerta de su casa me sacaría enredado en la suela de sus zapatos). Entonces supe lo que pasa cuando se le acaba todo a uno y se queda parado en la vida; pero después uno descubre que hay algo más: la suave música del restaurante y luego el estrépito de la batería cuando bajábamos la escalera, la noche lluviosa; pero yo no sabía eso y no quería ceder y le repetí mil veces que me dejara verla y en verdad no tenía más que despedirme de ella y decirle que nunca había querido a nadie como a Claudia y que tal vez Claudia nunca me olvidaría si yo me despedía de ella. Y él dijo no saca nada, ninguno de ustedes va a sacar algo, vamos a acabar con todos los delincuentes que han embarrado este país. Oigalo bien, será la más dura lección para los aventureros como usted.

Después que pasó el Dodge todos nos volvimos a mirar y al girar la cabeza, Claudia me estaba observando y le dije desde lejos ¡hola! y ella dijo ¡hola! y esperamos otra palabra más, esperamos con una larga sonrisa y quise correr a abrazarte, Claudia, sin embargo presentía que estabas cansada de todas nuestras dificultades, y ahora que te veo aquí esta noche, pienso cómo lo habrás arreglado con Durandegui y pienso si a los dos, a partir de hoy, se nos abrirá un nuevo camino y por fin seamos no sólo precariamente felices, sino que felices con seguridad, serena-

mente dichosos de estar juntos. Volví llorando, así, con toda claridad lo digo, llorando hasta mi casa. Como tenía dificultades para dormir, pedí a mi grupo que me asignaran tareas de noche. Así es que nunca me perdí salidas a pintar letreros para el gobierno. El clima que cada día creaba la oposición para desprestigiar y acabar con el gobierno nos hacía trabajar sin descanso, y aun en plena lucha debíamos pensar en concretar lo que se había propuesto en el programa. Después de un mes, a las diez de la mañana, Claudia me llamó por teléfono. Yo trabajaba en la calle Agustinas y ella estaba en los alrededores del Estadio Nacional, adonde había ido a pedir un libro de biología. Salí disparado de la oficina y te abracé, Claudia, te juro, ese abrazo no es nada, es una porquería de abrazo al lado del que quiero darte esta noche. Alguien dice a mi lado que Claudia es ahora una verdadera mujer. ¡Cómo ha cambiado! No la hablan en casa, el padre le ha quitado la mesada, no le permite trabajar ni le da dinero para vestidos. Pero ella dice que al ver a los demás se ha visto a sí misma. Entonces, casi comprendo por qué estás aquí, por qué has venido. Claudia está llena de amargura, sin embargo, parece feliz al mismo tiempo. Claudia me dijo después del abrazo (ella no se preocupó del libro de biología que cayó al suelo cuando nos abrazamos) que el padre la vigilaba estrechamente. No le permitía salir sola, siempre había alguien en casa al lado del teléfono y las dos empleadas colaboraban con Durandegui. Incluso había llegado al extremo de decirle que si la veía conversar conmigo la mataría. Los domingos tenía la obligación de ir a misa, pero a las siete de la mañana. Desde entonces, nos vimos todos los domingos a las siete de la mañana en la iglesia. Allí nos tomábamos de la mano y nos besábamos. Eran unos besos llenos de peligro, veloces e intensos. Echábamos de menos una soledad para los dos. Luego salíamos de misa por puertas distintas. ¡Qué horrible cada despedida! Miro a Claudia. Ahora trabaja sola. Muerde los labios para asegurarse quizás alguna perfección en las letras. Luego sonrío, ¿está feliz?, ¿está triste? Eres tan bella de perfil, quizás no tienes un solo lado que no sea bello, por eso, incrédulo, temeroso, todavía no me atrevo a hablarte. Podías haberte puesto un pañuelo en la cabeza para protegerte, o mejor un casco. Hay muchos compañeros que llevan un casco, ¿por qué no pides uno? Más allá hay unos cinco compañeros pintando la bandera. Los más altos rellenan con pintura las letras de arriba. Claudia está en la parte inferior del muro y la pintura salta a la cabellera, pero ella sigue casi sin darse cuenta, con los labios apretados hasta terminar un trazo. Después, sonrío. Los dos sabíamos que no podíamos continuar mezclando nuestros besos con campanillas, coros e inclinaciones

religiosas. Había largos instantes de recogimiento en la misa en que los feligreses permanecían como sumidos en sueños y esos eran nuestros mejores momentos. El rumor que seguía era el aviso de despertar. No había ninguna experiencia que pudiéramos vivir juntos que no fuera la amargura y el rencor de no poder vernos. Un día decidimos suprimir la misa y en cambio subíamos en la calle Pedro de Valdivia a una liebre Bilbao-Lo Franco y viajábamos en el último asiento hasta el final del recorrido. Durante dos meses todo fue demasiado bien, y creo que tanto tú como yo recordaremos esos momentos en que la liebre iba casi vacía y podíamos abrazarnos y conversar tranquilamente. Pero aquello iba a terminar pronto también. Armando Núñez pasa a mi lado y se expresa en un tono que no me gusta nada para decir que me apure y dice con esa ropa no se viene a pintar, pues, amigazo. Seguramente Armando no cree que soy capaz de llegar a ser un buen revolucionario como él, tal vez tiene un poco de razón, porque sabe que antes yo tenía miedo de expresar mi solidaridad con los que no son dueños de nada y, sin embargo, todos tenemos, Claudia como Armando Núñez y yo, algo medio sucio que nos hace sentir el descueve y como ahora estamos en la revolución, los que eran revolucionarios antes de ahora se creen el descueve porque cuando peleaban duro tenían bien en claro que la represión en Chile casi siempre no los marcaba por fuera, más bien era una represión original e implacable, nunca al margen de la ley, pero ahora he aprendido a no tener miedo y lo juro que pase lo que pase no voy a tener nunca miedo, pero no sé por qué después de un cuarto de hora no me acerco a hablarte, Claudia. Sucedió lo que tenía que suceder. Alguien se metió en la organización de las liebres Bilbao-Lo Franco y a las siete y cinco minutos todos los domingos guiaba el mismo chofer y casi no se preocupaba de conducir mirándonos por el espejo retrovisor. El desgraciado se daba el lujo algunas veces de dejarnos parados en las esquinas y los domingos por las mañanas las liebres pasaban cada veinte minutos, es decir, demoraban casi la mitad de la vida que teníamos con Claudia. No había caso tampoco con los parques, a esa hora los tipos parece que elegían los alrededores de los bancos para tirar sus chorros de agua sobre el césped. Entonces, no había necesidad de hablar entre los dos que estábamos derrotados. Y hoy has venido con nuestro grupo y empiezo a imaginar que podríamos planear las cosas de tal modo que aprovechásemos el horario del trabajo nocturno para escaparnos y probar suerte de nuevo, pero eso tal vez te repugne a ti y sinceramente me repugna a mí también. No podemos dejar de trabajar en esto. A nosotros, Claudia, nos quitaron nuestra oportunidad, quizás no definitivamente, pero ahora es distinto,

entiendo que estamos frente a una oportunidad que ni es tuya ni mía exclusivamente, sino de millones de hombres y mujeres. Tú has sido tierna conmigo porque quisiste borrar algunas amarguras que en verdad son propias de la vida, que en verdad son como el certificado de la existencia. ¿Por qué estás siempre con algo sombrío encima?, me preguntabas. Y esta noche podría contestarte, que no tengo padres, nunca te lo dije, Claudia, no sé por qué, vivo con unos tíos, y a los que tienen padres, aunque sea un Durandegui, les cuesta imaginarse eso de vivir en casa ajena con unos tíos que sienten en la conciencia la obligación de tenerte, o que evitan los comentarios de los demás si te abandonan, pero no les sale ni una pizca de cariño para uno, y encima tienes unas primas que te pegan patadas por debajo de la mesa a la hora de comida y tú no puedes protestar, porque los recién llegados nunca pueden objetar la razón que te has formado durante toda tu vida, entonces te paras de la mesa con la boca llena y vas al guáter a botar la comida que no baja al estómago y el estanque del guáter no tiene agua y esperas que se llene antes de tirar la cadena, y vuelves a la mesa a hacer la faramalla de la comida, porque no puedes reclamar nada contra la razón que tienen ellos y que le han hecho películas y libros y discos y formularios de contratos y revocaciones, y luego tienes que lavarte las camisas, los calcetines, planchar la ropa, coser unos calzoncillos viejos, y la plata casi no te alcanza hasta el 10 de cada mes, entonces, cuando se arman los sindicatos, así era entonces, se te echan encima todas esas razones y dices no, yo no me meto en leseras y entras a jugar para los encantados industriales de la razón, y a los que hacen dinero con tu boca cerrada, pero llegó el momento de la soledad en la caseta de sufragios y elegiste un presidente. Los monumentos de mármol levantados por la razón se van de pichí y tú ves que el pichí caliente que les brotaba en hilos delgados, regulares y sin sobresaltos, de pronto toman un grosor alarmante, los deja débiles y, al final, cuando les caen las últimas gotas que se escurren lentamente por las piernas, sabes que llega tu oportunidad, tal vez tu única oportunidad, por eso, Claudia, tenemos que discutir otra forma, tratemos de probar si podemos, porque a medida que tiemblo al verte, creo en ti, aprendí lo importante que es tener una necesidad y sentir la tuya y la de los otros como mía, y pese a que después de nuestro fracaso nos separamos sin esperanzas, como Mario aquella vez que las emprendía a puñetazos con las estampillas y decía no hay ninguna huevada en que creer, y nosotros dijimos que el destino era el destino y nada más, estoy, todavía, lleno de esperanzas. En eso estaba pensando, o tal vez en eso pienso, el tiempo no tiene ningún sentido si no hay nada de

que acordarse, y han pasado veinte minutos desde que llegaste, Claudia, y de pronto primero gritas y en seguida caes al suelo y estás en mis brazos todavía con la brocha en la mano, por fin de nuevo en mis brazos y me inunda la alegría, pero me sacude la angustia cuando mi camisa se tiñe con sangre y todos gritan, todos nos rodean, algunos arrancan hacia la esquina, Claudia, Claudia, ¿qué ha pasado?, y el dolor ha cerrado tus ojos y tus labios no alcanzan a decir las palabras enteras, te quejas y digo en tu oído ¿por qué a ti, Claudia?, y los muchachos gritan que fue desde el Dodge rojo sin patente, Claudia, y lo último tuyo que tuve, lo último, Claudia, que tengo, lo que es mío, señor Durandegui, es un retrato gigante con la cabeza partida, dibujado en el cerco de madera entre las consignas, y usted, señor Durandegui, ha dicho que no puedo pasar a verla por última vez, pero eso no es nada, señor Durandegui, no es nada, ¿verdad, Claudia, que todo se arreglará cada vez que salga a pintar de nuevo, o cuando esta misma noche busque ansiosamente en los cafés, en la nómina de los Wurlitzer, aquella melodía que encontramos en la escalera del restaurante y me llene los bolsillos de fichas para vaciarlos en la máquina con ese ruido monótono parecido a la lluvia?

LA LLUVIA EN LA RED

Cerró la tosca verja del huerto, inclinó un poco la cabeza y comenzó la marcha con el día al hombro.

—Asesino —dijo alguien quedamente.

Otra voz añadió alto, evidentemente para que la escuchara:

—¿Cómo pueden dejar sueltas a estas bestias...?

—Es mentira —se dijo él, entonces: Ellos no saben por qué murió. Matar no es tan sencillo como creen.

Las voces se disolvieron en el aire, a sus espaldas, mientras cruzaba el empedrado hacia las escaleras de Lota Alto. Se gastaron, perdiéndose.

Iba reflexionando:

—Puro veneno. Quieren hacerme imposible la vida; quieren largarme del barrio.

Respiraba con desconsuelo y mordía sus labios. Después pensó con sobresalto:

—Lo único que obtienen con ello es recordármela día tras día.

Un lejano pitazo indicó las dos de la tarde. Entonces aceleró los trancos musitando con cierta furia y desazón:

—¿Para qué creen que me sirve su muerte...?

Había ruidos profundos entre su oído y la noche: un pavoroso cielo de ceniza oscura partido trabajosamente por los cables eléctricos. Después de mover el cambio con cierto trabajo se quedó alejando angustias mientras se apartaba despacio el tren carbonero por los túneles sucesivos del viento costino. La máquina marchaba resoplando con angustia, quejándose y crujendo hacia el perdido resplandor del crepúsculo, a partir del cual, una noche amenazante proyectaba la arquitectura de sus edificios ciegos. El

país espumoso del mar elaboraba un rumor apretado reventándolo violentamente contra las canchas de carboncillo, contra los rieles, sobre la desolada extensión del Sector Tráfico. Algo no andaba bien. La opresiva presencia de la sombra, tal vez, le hacía sentirse como un pájaro sin ojos en la atmósfera del mundo, como una destruida corola, una palabra mojada y sin oídos, en tanto escudriñaba el cielo mirando caer las negras plumas de la obscuridad, pero no pensando en ellas, no escuchándolas.

Después de un largo tiempo, todos lo saben, son estas sus primeras noches sola. Ya ha concluido todo: la muerte, el velorio, el cortejo, la tierra que hace olvidar. Ya nunca más estará esperándolo en la casa, aplanhando junto a la ventana o riendo, sino en un frío país, sumergido y profundamente y desprovisto de sonidos y movimientos. Para nadie es un misterio que en su dulce interior surgen y crecen moradores repugnantes poblándola como a una vieja casa de cal y sangre desvencijadas. Ahora es pus, evidentemente. Ahora es vacío, y esto es lo trágico: el conocimiento que tenemos del trabajo subterráneo de la muerte, la visión de su laboratorio nauseabundo en donde inclinada, riendo, desarma con paciencia el estuche del hombre para distribuirlo después surcando la infraestructura de la tierra a bordo de las raíces vivas de los gusanos.

Anotaba cosas sin objeto en la libreta y miraba de cuando en cuando el abdomen lechoso del viento resbalando rápido sobre las cabezas y hundiéndose hacia el este. ("Sin duda, una mala noche se aproxima"). La lluvia, la mazorca de la lluvia, el racimo de sus gemas persistentes y su estruendo de sonido roto, de rumor fragmentado, le mantendrá a la gente la vigilia en pie sobre la cara. Los niños estarán entonces durmiendo. Los cuatro niños. La casa hará palpar en la penumbra su corazón de madera mojada y se abrirá el temor, se delatará el miedo como una corola trémula bajando los peldaños hasta la puerta de calle y escrutando lo negro con su ojo redondo. El miedo, pero, ¿de qué?, antes el miedo era una cosa explicable. Cuando por ejemplo a ella se le estancó la sangre esa vez, cesó de evadirse la sangre por un hueco del calendario, como antes, de mes en mes, uno podía comprender que el miedo, la aprensión, el insomnio les asomaran la cabeza a través de la ventana de la angustia. En aquel entonces, ya sabían ambos que se aproximaba el quinto problema: un dulce y enervante berrido reclamando la leche; sus pasos enojados por el cuarto las primeras semanas, con el sonido del llanto amontonado en los brazos; la obligada vigilia, que va conformando lentas etapas en la vida de los hijos a lo largo de muchas noches. Pero estas cosas

son más o menos evitables. Sin embargo, a pesar de todo, le permitieron iniciar el largo, voluminoso viaje hasta las riberas de su madre.

Bajó la vista desde los guantes a las botas. El frío espeso movía su aspa aterida flagelándole largo. Un regusto a café caliente le relampagueó en la lengua. ("Algo está por ocurrir. En alguna parte. La lluvia, tal vez..."). No sabía si lo estaba presintiendo o lo pensaba o deseaba que ocurriera. Moviéndose inquieto en la obscuridad acordándose vagamente de los niños y de la Irene. La Irene no le dijo nada. Sólo cuando lo llamó por segunda vez y se estaba quejando y la mañana sucia observaba detrás de los vidrios y la levantó y descubrió la sangre y los restos orgánicos descolgándose sobre el colchón y la mano que hurgaba, como buscando un objeto perdido, en ellos. Tenía la cara descolorida y en la turbia laguna de los ojos se le bañaba una modorra agónica. "—¡Santo Dios...!" —alcanzó a musitar su espanto y ella le tomó las manos y le preguntó forzando su nebulosidad: "—Mi hijito: ¿me perdonas? Cuida de los niñitos". Y parecía imposible que pudiese abrir la boca articular las mandíbulas mover los labios y hablar. El cubrió los muslos y el sexo de la Irene tirando de la camisa de dormir y la apretó tozudamente contra su pecho y aún andando en dirección a la escalera y luego hacia la puerta de calle, seguía escurriendo la sangre y ella inquiría con obsesiva persistencia: "—¿Me perdonas? Mi hijito: ¿me perdonas?" Y acezaba débilmente. "—¡Por Dios, amor. ¿De qué quieres que te perdone...? Déjame sacarte de aquí...!"

Otro convoy apareció al fondo, en la boca del túnel, despidiendo humo y haciendo sonar el silbato. Se ajustó los guantes y miró los vagones que se aproximaban con velocidad, sonando pausado en la noche recién constituida. El maquinista le hizo un signo no muy visible y cuando lo pensó y levantó el brazo para retribuirlo, ya estaba lejos. Bigotes blancos, gorra de cuero, eso era el maquinista al resbalar frente a las luces débiles, en lo oscuro.

Aproximándose al lecho luego de comer algo, le preguntó:

—¿Quieres que me acueste contigo...?

—No. Me siento un poco enferma. Duerme en la pieza de los niños.

El asintió soñoliento. Lo había notado antes. Indagó sin preocuparse:

—¿Necesitas algo...?

—No, nada. Acuéstate. Está amaneciendo.

En ese momento, —ahora lo sabía— pudo haberla salvado con sólo alzar las frazadas y mirar. Una palabra hubiese bastado, y ella no la dijo. Quizás la Irene la amasó mucho rato en la boca, la preparó cuidadosamente para modularla en un momento determinado y, no obstante, cada vez que lo pensó, se arrepintió de hacerlo. O quizás no quería vivir más, estaba cansada de los golpes y de los insultos y las largas peleas desarrolladas junto a la ventana mientras afuera, los días de Lota, las noches negras y lluviosas rodaban incitándoles a guarecerse el uno en el otro, a neutralizar la inquietud de cada hora, la incertidumbre de cada minuto, sumergiéndola en el agua fatigada y cambiante del amor, un agua que cuando se mueve permanece viva y muere cuando se estanca. ¿O sólo intentó librarse de la tiranía de nuevos hijos convencida como estaba de que tarde o temprano su amor sería un árbol reducido a cenizas, una fogata calcinada y fría, un fuego enfermo? Recién al sentir, con el sueño y media asta, que gemía en la habitación contigua y correr y alzarla en brazos y ver la sangre sigilosa goteando sobre la cama, escurriéndose hasta el piso, organizando un charco complicado y terriblemente luminoso que parecía querer gritar para delatarla, sospechó de aquello. —“Irene: ¿qué te pasa...?” —“¡Nada, ay, nada, no es nada, créeme...!” Pero cualquiera que tuviese los ojos en la cara habría visto a la muerte sentada en la perilla del catre, profundamente congestionada por la risa, una risa de piedra, de acantilado, de invierno de muros engalanados por la hiedra, de pétalos podridos, de obscuridad y cieno y ojos entumidos enterrados y frazadas de musgo y sueños largos, interminables. Entonces, tenía razón: era verdad; no tenía nada, porque la muerte es nada absoluta y se deshace en el cuerpo como una hostia negra.

Sin embargo, él no lo sabía en ese instante. Tampoco lo sabía cuando recién llegó. Entró en la habitación y la Irene se estaba quejando, tirada en la cama, pero al sentirlo apagó inmediatamente la lumbre de sus lamentaciones. —“¿Qué tienes? —había preguntado con el ceño fruncido. Sentía sueño, venía mojado, acababa de salir del tercer turno y estaba confuso, disgustado y pensaba que era sólo un dolor de estómago, una diarrea, porque la había visto llevarse las manos al vientre. —“¿Qué tienes? —repitió duramente, molesto a causa del ruido que había hecho ella al quejarse. Y cuando abrió los visillos para que la amanecida introdujera su leche sucia en el cuarto y se dio cuenta de la intensa palidez de la Irene: —“¿Qué tienes?, —musitó asustado entonces, presintiendo lo malo, la tragedia que se esconde debajo de la mesa del comedor,

entre dos platos, o se sienta en la bacinica o se mueve y suena con los cubiertos en el fregadero. Pero la Irene se limitó a mirarlo y en esa mirada campeaba un pabellón afectuoso, se abría un claro país de ternura, brillaba el amor más extenso y sólido y espacioso de la tierra. Y dividiéndole los ojos, parpadeaba en su interior un fulgor mortecino y extraño. El conocía mucho ese resplandor. Aparecía por lo común después de los altercados, entre dos bofetadas, entre dos sollozos y sabía lo que significaba; sabía que la Irene, en un raptó de angustia, estaba pensando en abandonarlo a su suerte. A pesar de todo, recapacitando, la Irene afirmaba después que el ser humano tiene el tiempo justo para vivir, nada debe desperdiciarse, pronto todo se esfuma de algún modo solemne e intransferible y amar de nuevo, que es como nacer de nuevo, lleva mucho esfuerzo, el amor se va construyendo despacio en el corazón, hay que añadir la sublimidad de la sencillez y la ternura y generalizarlo, expandirlo en otras direcciones a fin de que el tirante afán del semen no reclame en él su gobierno obsesivo. Ella tenía, pues, edificado su amor, con gritos y llantos lo tenía edificado, con penas devorantes y angustia poderosa, un edificio dulce y triste a pesar de todo, que no se resignaba a dejar. Y por ello, cuando divisó la luz en el fondo castaño de sus ojos, la luz que alguna vez podría ser la portada de un viaje hecho de trenes y maletas o de sangre, tierra, y madera y aún esperma y cirios titilando y flores de perfume vigoroso, una sombría inquietud, un presentimiento se le marginó del alma y se le arrodilló en el pecho, como una mala noticia, para prepararle.

A veces, él le deseaba la muerte. Cuando movía el cambio y desviaba los trenes o se escudaba de la lluvia en el reborde de la caseta o bebía una taza de café o una botella de vino o diez botellas, deseaba que se muriera. No de un modo preciso, lúcido, sino muy vagamente. Ni una muerte estrictamente hablando tal vez, sino una partida. Se sentía cansado, amarrado a una obligación, enredado con la mujer como las moléculas del agua entre sí, como el humo y el viento, como el vino y el obrero y la miseria, como el pan y el hambre y la lengua y la saliva y los dientes; enredado y ya sin la premiosa exigencia del deseo y su caudal rabioso, el deseo insaciable que marca el comienzo del embate amoroso. El amor lo necesita, es un alma poderosa, una objeción convincente, una sólida cadena, una ligadura tan valedera como un hijo. Pero en él ya no latía con su calidad de paloma ardiendo. La miraba y descubría a menudo que ahora no le gustaban sus piernas blancas ni sus pechos caídos ni su vientre blando y arrugado a causa de los hijos. Le faltaba además una

muela y al sonreír brillaba una luz negra en su sonrisa. En ocasiones, al advertir este repudio inflexible que le creció sorpresivamente en el alma se sentía perdido. Amaba las luces largas de la noche, el color sanguíneo de las botellas, el olor del humo y las fritangas, la cancha de rayuela en el fondo de los patios, el ruido de las conversaciones y los coloquios apresurados, como si con ello pudiera resarcirse en parte del peso de la vida, de la deshonestidad de una existencia transcurrida en un medio inhóspito e insensible, deformador de su corazón, corruptor de su sentimiento. De sólo aproximarse a la casa, pues, una desazón de incalculable magnitud le conmovía.

—¿Por qué no te vas? —le decía ásperamente cuando disputaban.

¡Y ella lo observaba con dulzura y pena y aún, debajo de esas cosas, lo amaba calladita para que él no se diera cuenta y le golpeara el amor repetidas veces.

En tiempos todavía cercanos él sintió algún afecto por ella, aunque lo disimulaba crudamente con la coraza del fastidio. Sólo ahora había dejado de preocuparse por eso. La tomaba, la amaba con fuerza, con deseos bruscamente abiertos en la penumbra de la siesta, se agotaba mordiendo su boca; después, tendido sobre un costado, disfrutaba de un sueño desdeñoso y sin memoria.

—¿Por qué no te vas? —le preguntaba también cuando se congregaban en torno a la mesa para comer. Y ella respondía con su ternura silenciosa y triste, su dolor de buey resignado, de animal impotente. En el barrio resonaban como truenos, retumbaban, iluminaban como relámpagos, los puntapiés y los golpes. Los niños miraban asustados desde la puerta y aún después de la borrachera, pisando el carboncillo, los durmientes, vigilando los convoyes negros que pasaban hacia el muelle como flechas segmentadas para llenar con su cargamento de carbón y toses y miserias sin nombre el buche de los barcos voraces, se acordaba de los niños y de sus ojos redondos como monedas asustadas, los veía en todas las puertas, en todos los quicios, en todas las ventanas, en los muros, en el humo que alzaba su silueta angosta y seca y desorganizada sobre el borde distante del cielo. Y cuando pensaba en los niños, le parecía increíble que los hubiese preparado, convocado, mientras respiraba la angustia desesperada del orgasmo, mientras bebía como en un charco pedregoso, la saliva caliente de la Irene y torcía los ojos hacia adentro para escudriñarse el placer que le agarrotaba con su convulsión terrible. Todos los años aparecían como ratones almidonados en la cintura mojada del semen, alzándose en el tiempo uno tras otro, hasta

tener bocas, narices, ojos, sonrisas, hambre. Por ellos, sin duda, no se había marchado la Irene de la casa. —“¿Cómo —reflexionaba— puede quererme solamente a mí?” Y cuando meditaba en ellos le gritaba: —“¡Por qué no te vas!”, y la Irene lo miraba sorprendida, pues no tenía dónde irse. Su padre se había ahogado en Talcahuano años atrás y era tan obstinada su muerte que nunca lograron encontrarle; su madre bordeaba los cuarenta cuando se provocó el último aborto. Los domingos ella le llevaba flores y ordenaba la tierra de su tumba como si arreglara una cama. Por eso, el oírle gritar, se quedaba pensativa, callada, observando cómo se deshacía el resto de la tarde sobre los tejados de Lota repetidos hasta el cerro, cavilando en su amor, que quería ser dulce y tranquilo y no lo dejaban los zapatos enojados ni las manos acostumbradas al mazazo, hechas de violenta tierra, de ceniza rabiosa. Sólo durante los partos, cuando la casa se llenaba de gritos y preocupaciones y sangre, él sentía la carga de una culpa y, sentado en la almohada, se esforzaba para sufrir con ella, para ayudarla a devorar el pan lúcido y terrible del sufrimiento. Entonces retomaba con las manos de su afecto el antiguo lazo del amor que quería escurrirse, pero apenas se marchaba el dolor con su maleta de alaridos al hombro, retornaba a ocuparlo el viejo sentimiento y se acordaba sombríamente de eso después y pensaba en la visita roja y quemante del amor, en su aroma incendiario apartándose de su corazón como una lámpara en el brazo nocturno del transeúnte. Los niños les contemplaban callados, oscuros, transpirando asombradas preguntas que nadie contestaba. Era realmente terrible ver cerca de las puertas, al borde de las cúpulas, encima del pan, en las cuatro habitaciones lúgubres empapeladas con el color del humo, en la escalera crujidora, sus ojos atemorizados clavados con curiosidad en los actos vitales, adivinando los fanales morados del vómito, la faena huesuda del puñete, el saco negro de la muerte, en tanto el tren imperturbable de la existencia descerrajaba su epopeya veloz contra la costa invisible de quién sabe qué mar; en tanto un humo extraño, inclasificable, alzaba sus espigas esparcidas en el viento, su penacho tostado, su cintura cocida, su sangre mineral, para llenar de pétreas sombras el entendimiento de los hombres. Sin embargo, no era posible vivir de otro modo: se trataba de una ley vehemente de una imposición tremenda, de un desventurado sino. ¿Cómo, pues, lograría uno ensanchar la casa para aislar a sus moradores? Y también, ¿cómo podía uno gobernar el cuerpo, obligarlo a que sostuviera en pie su amor, a que lo irguiera, a que sacudiera su angustia novedosa todas las mañanas al despertar, todas las noches, el entrelazar las piernas y transmitirse mutuamente la fiebre antes de dormirse después,

respirándose en la obscuridad? Antes era así, pero entonces estaban solos y el placer de reunirse en una larga llama les ardía en el cuerpo con la novedad de su fogata. Más tarde apareció una especie de cansancio, una flor maciza y arrugada que crecía para separarles cotidianamente, eliminándoles el amor, disminuyéndolos, como un trabajador que pica un muro y lo reduce a polvo de una manera inexorable, gota a gota, ladrillo a ladrillo. Atajar el amor que se va, controlar los actos y los sentimientos humanos es como detener el agua con la mano, como atrapar la lluvia en una red. —“¿Por qué no te vas?”—preguntaba él. —“¿Por qué no?”—la pregunta crecía amenazante, moviéndose como un complicado fantasma hacia el desvelo de la Irene —“¿Y para dónde me voy a ir?” —inquiría ella sorprendiéndose un poco. Y él replicaba entonces: —“¿Qué sé yo!” —y ella se ponía en pie con inquietud y quería sonreírle y musitaba muy bajito: —“No seas tontito, amor, duérmete: los niños están escuchando”.

Sintió pasos en la sombra y algunos hombres se movieron junto a él. Tercer turno: la carne de la obscuridad absoluta. “Buenas noches” —dijeron—. “Buenos noches” —contestó—. De tanto estar enterrados parecen muertos, se creen muertos. De la cama a la mina, de la mina al bar, del bar a la cama. Comprar “El Siglo”, gritarle golpeado a la mujer para que apure el turbio café de trigo, salir tosiendo, proseguir tosiendo en el fondo de la tierra, de la tumba pedregosa. El viento de Lota es un viento de pulmones. La tos, el sonido de la antracosis, es lo que sale después en bloques negros sobre los carros, encima del lomo de los trenes, rodando hacia el mar. Por eso dicen: Buenas noches. Todo lo ven negro, tienen el alma, la sangre negra y silenciosa como las vísceras de la tierra que resuma para ellos en pan abiertamente duro. “Buenas noches —le dijeron— y prosiguieron caminando. Después pasó otro convoy y se estacionó cerca de la entrada del túnel. Humeaba, pero semejaba bostezar. La locomotora silbó y la noche pareció trizarse profundamente. El maquinista —otro maquinista—, echó pie a tierra y encendió un pitillo penetrando en el trasfondo de la caseta de control. Seguía pasando gente. Distante, hacia el mar, resonaba el cargador automático invadiendo la noche con su estruendo. Entonces llegaron las primeras gotas y se desplomaron cantando en la tierra. El viento de la costa zumbaba y movía las voces y los ruidos. Y nuevas sombras, apresuradas ahora, hacían crujir la grava apegándose a los cúmulos de carboncillo, para guarecerse.

El conocía que la lluvia había estado cerca y no se sorprendió. Levantó el cuello de su chaqueta para defenderse las

orejas e inauguró la marcha cerciorándose de que el cambio quedaba removido correctamente y su cuartucho de vigilancia clausurado por el cerrojo. Las violetas celestes del agua se prodigaban cada vez con mayor violencia mojándole pausadamente el pelo y recorriéndole el rostro. Pensó en el sonido del agua al caer sobre la fonolita de su casa y se acordó de sus moradores, escuchándola con los ojos muy abiertos. Los vivos y su importancia, los muertos y su angustia de piedra. El problema no es un problema de conciencia, sino de determinación. Será preciso llenar con una nueva actitud la vida, súbitamente vaciada, ahora mismo, que se entrometió el pasado con toda su claridad acusadora y turbulenta.

En los cables eléctricos, las goteras efectuaban calladas maromas, lentas acrobacias, carreras, caídas. En las cercanías, junto a la boca del túnel, el ojo de la caseta relumbraba traspasando los alambres cortados de la lluvia. Se imaginó, fugazmente, al Gordo en su interior, muy arropado y caliente, con la taza de ron al alcance de la mano y la estufa sosegada ardiendo en un rincón, liberando el calor acogedor y delgado, un calor que no existe debajo de la tierra. Esa era la relación inmediata de toda cosa, la conciliación de ambos mundos.

Llamó a la puerta con los nudillos y penetró en el cuarto, abriéndose la chaqueta y sacudiendo el agua de sus mangas. El Gordo le vació despacio una mirada encima exclamando: —“Mójame no más, bolsa”. “Pero sonrió en seguida dulcificando el tono. —“Ven a calentarte”, —agregó, ocupándose de sus papeles. —“¿Hay novedades ahí afuera?”

—“No”, —dijo. Una brasa chiporroteaba. Las campanillas del agua en la ventana. —“Son más de las once”, —advirtió en seguida, para que el Gordo supiera que ya había concluido su turno.

—“Si sé —contestó el otro. —Escampemos la lluvia y subimos juntos”.

Raspó la pluma sobre la hoja progresivamente llena de anotaciones y volvió a levantar la cabeza:

—“Sírrete un trago mientras tanto, para el frío”. Se acordó quizás de los muertos y le preguntó con cierto compasivo interés: —“¿Cómo te has sentido?”

—“Bien, admitió él, aunque vacilando. Nadie querría creerle, pero era necesario no aparentar que lo comprendía. Recibió la copa y la contempló largamente. (“¿Me perdonas? ¿Me perdonas?”). El rumor del viento sugería voces extrañas, removía

recuerdos aplastados con vehemencia y para desasirse, suspiró hondo y sintió que algo desconocido se trizaba dentro de su pecho. Entonces fue cuando abandonó —por primera vez, desde que tenía memoria, —el vaso intacto sobre el escritorio.

—“¿Qué te pasa?” —preguntó el Gordo, escrutándolo.

—“No, nada, no es nada” —contestó él, también. Se sintió bastante turbado y tuvo que añadir: “Es que no quisiera tomar”. Y como aún todo no le pareciese suficientemente claro, agregó: “Los niños están solos...”

ERNESTO MALBRAN

(Santiago, 1932)

Cuenta la leyenda que los pelicanos rompen con su aguzado pico su pecho y ofrecen como alimento sus entrañas y su propia sangre a sus pequeñas crías, para su salvación.

EL HOMBRE QUE SONABA

Un día pasó, me vio ahí parado en esa carretera infinita, con mis cuadernos y lápices y esperando, y no lo pudo soportar. Paró el triciclo de un viaje y comenzó a cacarear a grito pelado y a hacer así con los brazos como si fueran alas.

—Mira —me dijo, y puso la mano sobre el sol.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras miraba el cielo para todos lados, pensando que se trataba de un pájaro muy raro.

—Mi mano.

—¿Qué cosa?

—¡Mi mano! —y me soltó una cachetada tremenda.

—Está sucia —grité despavorido, pero me tragué las lágrimas para que no fuera a decir más tarde que soy poco hombre.

—No hables leseras —me dijo en tono circunspecto—. Mira ahí.

—¿Qué cosa?

—La sangre.

—Ah, era eso.

—Cómo "Ah". ¡Aaaaaah!

—Está bien. ¡Aaaaaah!

Tomó mi mano y me la apretó por todas partes.

—¡Apréndetela!

—Mmm.

—¿Qué es eso de "Mmm"? ¡Aaaaaah!

Lo dijo tan fuerte, como si se tratara de una cosa tan importante, que yo inmediatamente me sentí una porquería y decidí estudiarme *La Mano* hasta saberla de memoria. Estuvimos

así un rato bien largo en mitad de esa carretera infinita; él estudiaba su mano y yo la mía. Yo hice grandes descubrimientos y él también, nos dimos la mano, él se fue y yo me quedé pensando que era una pena que se hubiera ido.

Trabajaba de repartidor en un criadero de aves que había cerca de la carretera. Ahora no está, es verdad. Después que él se fue se murieron toditas las gallinas, no quedó ni una. Dicen que del piojillo, pero esos son cuentos de viejas. Las gallinas se murieron de pena, eso digo yo. Como nos podíamos haber muerto todos si no es porque siempre algo queda.

El se levantaba con el gallo, nada de cuestiones. Cuando yo estaba en la carretera esperando el bus, él ya venía en su triciclo pedalea que pedalea y apenas se le veía la puntita del gorro blanco de tanta caja llena de huevos que traía, y eso que el gorro era bien alto. Me cerraba un ojo al pasar y me mostraba la mano: "¡Estudia, atorrante!", gritaba, y seguía pedaleando con el mismo compás de siempre, sin apurarse, que como él decía: "no hay para qué morir un minuto antes".

Usaba un gorro blanco así para arriba, muy divertido, y parecía un mago todo de blanco con esa blusa con dos corridas de botones dorados y cuello alto. Como la blusa era chica y el cuello parece que le apretaba, siempre andaba muy tieso sobre el asiento del triciclo, y de tanto ponerse cosas ajenas, creo yo, le quedó el hábito y siguió así tieso para toda la vida.

Anselmo sí que era macanudo. Saludaba a todo el mundo y les obsequiaba huevos a los atorrantes que pasaban por la carretera. Para qué les digo nada, era ceremonioso para todo. Paraba el triciclo, señor, y escrutaba el horizonte: "Nada por aquí, nada por allá", y sin dejar de cacarear por ningún motivo, se sacaba del trasero un huevo mondo y lirondo y se lo ofrecía al "hombre trashumante", como decía él, y si éste comenzaba con floreos y se ponía difícil, lo agarraba del pescuezo y lo sacudía como un peral hasta que el pobre hacía que sí y caía de rodillas con el huevo en alto y agradecía a Dios que los huevos vinieran por esa parte de la gallina y tuvieran cáscara, etcétera, etcétera, y tantararantantantán, de un chupetón vaciaba la cáscara y se la devolvía a Anselmo con cacareos de agradecimiento. Anselmo se ponía de todos colores, juntaba los tacones, se llevaba la mano a la visera que no tenía, y a la voz de: "¡Atención, firme!", se encaramaba en el triciclo y proseguía su camino convencido de que un huevo era una cosa perfectamente seria.

El bus no tardaba en venir. El chofer ya me conocía y disminuía al tiro la marcha. Yo saltaba en la pisadera y "¡Chao!"

Me sentaba en el último asiento y comenzaba a repasar *La Mano* aplicadamente. Cuando pasábamos frente al aeródromo sacaba la mano por la ventanilla y saludaba a Anselmo, que, a horcajadas sobre su triciclo, miraba aterrizar los aviones con la boca abierta de par en par.

Todos los sábados a eso de las doce venía a buscarme en su triciclo a la escuela y me hacía un repaso durante el trayecto:

— ¡Árbol! —y hacía con la boca el mismo ruido que hace el árbol cuando cae.

— ¡Sustantivo común! —apuntaba yo.

— ¡Verde!

— ¡Adjetivo calificativo!

— ¡Dios mío!

— ¡Interjección!

Anselmo detenía el triciclo, pisaba firme sobre el planeta y con las manos en la boca como una bocina gritaba hacia la escuela: “¡MIERDA!”. Después me tomaba de la mano y empezábamos a dar vueltas alrededor de ese eucalipto: “Abre bien los ojos, para bien las orejas”.

—Anselmo, te volviste loco —gritaba yo con un terror de carajo.

Pero Anselmo ya no me hacía caso y gorjeaba ahora junto con toda la bandada de gorriónes que habitaban en el árbol. Se plantaba delante del eucalipto con las piernas abiertas y se quedaba horas mirándolo, así mismito, como si jamás hubiera visto nada semejante en toda su vida. Y una pena muy honda lo vencía y los ojos se le arrasaban de lágrimas. Entonces tronaba con voz de mando: “¡Atención, firme!”, y con los ojos puestos en las ramas más altas hacía un saludo a la bandera que era de película, después de lo cual tiraba el sombrero lejos y se abrazaba al eucalipto y pegaba la oreja al tronco y ahí se quedaba: “glu, glu, glu, glu...” Como acto final, Anselmo se botaba al suelo en pelota y se frotaba los terrones por el cuerpo y se ensimismaba en la contemplación de una piedra. Primero le tomaba el gusto a la piedra de un lengüetazo, después la mordía, se pegaba con la piedra en la cabeza, y, por fin, la dejaba, en el mismo lugar, tal cual. “¡Atención, batallón; fuego!”, y me depositaba en el triciclo sano y salvo y silbando *Adiós al Séptimo de Línea*, nos íbamos por esa carretera infinita.

Para Fiestas Patrias Anselmo llegaba a la escuela con el triciclo cargado de paquetes. Se subía al tejado y comenzaba con el serrucho, con el martillo, con los clavos hasta que el patio era un solo parrón cargado de farolitos de papel, globos de colores, banderas... Anselmo quería a su escuela. Había cursado allí hasta tercera preparatoria y estaba agradecido. "Por dos razones —me dijo una vez solemnemente—. Número uno: Por haber cursado ahí hasta tercera preparatoria. Número dos: Por haber cursado ahí *hasta* tercera preparatoria". Recién ahora he venido a entender qué quiso decir Anselmo esa vez. Prosigamos. Asistía a la velada con su traje habitual, sólo que más blanco y más tieso y procedía a repartir aquellas cajitas envueltas en papel de volantín que parecían sorpresas y traían un huevo adentro muy parado, como un copo de nieve. Los chicos se volvían locos: "¡Haznos un pájaro, Anselmo! ¡Se bueno, haznos un pájaro!", y Anselmo subía al proscenio muy serio y gorjeaba, rebuznaba y salía al galope. Los chicos se mataban de la risa y pedían más y más. Y allá se quedaba el pobre Anselmo sacando patos, pitos y aviones por la boca... Una vez un caballero de buena voluntad le dijo: "Anselmo, por qué no te vas a la ciudad, allá ganarías montones de dinero haciendo esas cosas". Anselmo no había dicho ni sí ni no y el caballero no había sabido qué pensar cuando Anselmo se había marchado balando como una cabra herida. El caballero de buena voluntad no se conformó y habló con un profesor que le había enseñado a leer a Anselmo. "Anselmo —dijo el profesor—, eso te conviene. Yo lo sé", y Anselmo dejó el triciclo y se fue a la ciudad porque su profesor siempre sabía lo que le convenía a la gente. "¡Atención, firme! —me dijo poco antes de partir—. Debes estar siempre alerta", y me tendió la mano. Yo quise abrazarlo, pero él volvió a repetir: "¡Atención, firme!", y se fue por esa carretera infinita y nunca más volví a saber de él. Por eso, cuando en la escuela me salieron con la lesera de que huevo era sustantivo común, le dije a mi padre: "Quiero ser repartidor, es una orden", y ese mismo día me ofrecí en aquel criadero que se acababa de instalar.

HOTEL AVION

Era tan absurdo estar desnudo ahí, de pie en la habitación, y tenerla tatareando de ese modo la melodía que la radio del cuarto vecino les impusiera, que él optó por resignarse con un gesto imposible para posponerlo todo. Las cosas se habían anunciado así desde que la lluvia hiciera de su encuentro algo diferente: era extraño a fin de cuentas, y si no extraño, nuevo, venirse a hacer el amor en la costumbre de un severo calendario chino, con circunstancias tan desconocidas como las del agua y la tristeza del día. Así se lo había hecho notar a Valeria, desde el comienzo, previendo una experiencia que lo completaba y lo ataba más a ella. Valeria acotó que irse a la cama con un día nublado era igual que estar casados. El desánimo que por añadidura tal consideración le produjo reflató cuando, tras haberla desnudado siguiendo el ritual de sus impulsos arbitrarios, irrumpió el receptor desde algún lado de la vieja casona. Fue entonces que se sintió desbaratado, como si de un golpe lo trajeran a una desagradable realidad, desenriéndolo de un áspero camino cuando justamente se aprestaba a recibir sus premios. Porque no era justo merecerse aquello tras haber sufrido la larga tortura repetida de venirse inquieto saltando dentro de un micro en un silencio deseoso de boca pegajosa y manos húmedas; de haberse dejado caer en las inmediaciones de Mapocho evitando intrusos, agarrados de la mano volviéndose a mirar si los seguían; de haber caminado lentamente ese martirio de fingimientos, de rodeos eufemísticos por la calle San Pablo que mostraran ampliamente que a esa pareja arrebolada, a ellos, nada les importaba y no tenían destino. Pues no era fácil tirar de la mano de Valeria guiándola por esos lugares con la seguridad inocente de quien se sumergirá en un cine. No era fácil contener el acceso al borde de la boca en la tremenda expectación del seguro acto amoroso, ese acto que se sabe por venir pero que requiere espacio y tiempo como el que los dos iban buscando. Cada vez el proceso era el mismo: indecisa y temblorosa la mano de Valeria en su

propia mano también nerviosa, torpe, adelantada, palpando allí en la calle de antemano las próximas visiones, contactando las formas de la mujer que iba guiando, como si ya desabrochase sus botones, descorriese sus cierres, luchara con sus ropas interiores y llegara a la primera seguridad de la carne tangible y modelada. Buscando una salida, o mejor una entrada en ese laberinto, los había puesto a prueba de nervios otra vez, peligrosa prueba en la que ambos, juntamente avergonzados buscaban controlarse, templarse a cada segundo para el segundo venidero y el siguiente, segundos hilados por una sucesión de movimientos y pasos que no acabarían hasta lograr trasponer sigilosos la puerta de alguna obscura habitación de a diez escudos.

“No sé por qué, cada vez que venimos me pongo nervioso. Ya debiera haberme acostumbrado”, declaró él luego que doblaran hacia Rosas avistando la construcción que cortaba la acera, donde junto a la puerta y a su escalinata blanca se fijaba la placa de bronce, como una meta: *Hotel Avión*, nombre que tantas imaginaciones y risas les trajera la primera vez, porque no había relación alguna en nominar así a un hotel, qué tenía eso que ver con alas, hélices, con aire, espacio o vuelo; salvo que los aposentos parejeros quedaban en un segundo piso. Y Valeria sonriendo forzada con el mismo recato de esa primera vez, su carucha por lo normal delgada y pálida ahora enrojecida, irritada por algo que no era el sol sino la seguridad latente de que le harían el amor, seguridad que le gustaba y no por ello dejaba de poner sobresaltos en su desquiciamiento placentero. Había observado su perfil escondiéndose detrás de su pelo a la espera de que dos mujeres atravesaran la cuadra dejando el camino libre, las curvas espaldas de la calle solitarias a la lluvia. Allí se había percatado de los aditamentos de la novedad del día. Estaban en Valeria, en el abrigo, las botas y el paraguas que llevaba. Una fugaz imagen lo sedujo ese momento. “Mientras más ropa lleve —había pensado—, más lindo debe ser irla desnudando...” Y se metieron en el juego de hacer como que miraban las vitrinas de los negocios circundantes ante la súbita aparición del micro con su secuela de testigos tras las ventanillas. Tan cacharra la maldita, le había parecido, resumiendo en ese instante los temores de Valeria, de que el papá que la seguía a veces al salir, de que la madre que venía por esos lados a lo de una parienta y a menudo, y desde un micro que la vieran, y su santa madre y el escándalo bárbaro, cuestión de imaginar al ver cómo le volvía la palidez mientras el micro pasó. Y luego el “¡ahora!” de un susurro imperioso, dos pasos que eran saltos y ya estaban en los peldaños interiores. Les daba risa

aquello, la forma grotesca de subir, y se reían a puros gestos, controlándose, tácitamente diciéndose que aún quedaba bastante, que podrían repetirse aquel encuentro de la vez que otra pareja subió tras ellos asustándolos como que los seguían, y después de tocar el timbre se estuvieron los cuatro allí reunidos en el descanso y esperando, evitándose las caras, buscando no mirarse ni encontrarse hasta que abrieran. O, calcadas a cada oportunidad, recordándose el uno al otro la próxima etapa, las estridencias del timbre, el "mira que se demoran" musitado por ella, el cerrojo que se descorría al otro lado después de horas y punto cúlmine, los tensos preparativos de apariencia y voz que él realizaba con carraspeos preparando el "Buenas tardes, ¿tiene pieza?" como si lo trajera grabado en cinta magnética. El "buenas tardes", seguro y ciudadano; desmoronado, dicho a medias y en falsete el "¿tiene pieza?" Entonces ya podían relajarse, la respuesta era siempre afirmativa al punto de hacerse inútil. Piezas siempre habría, y de sobra. Lo veían llegando al final del corredor, cuartos y cuartos alineados a los lados del pasillo. "Esta", decía la encargada que parecía enfermera en su blanco delantal, y que se esforzaba en ser tan impersonal como a ellos les hubiera gustado. Se las entendía con el varón y, sabía, para ella las acompañantes no existían, dado que ni las miraba. Era la impersonalidad una imposición del ambiente proclive a contagiar hasta a los mismos amantes, los que, recién en la soledad de su alcoba reanudaban el diálogo. Claro que antes quedaba el "¿Cuánto?" de inmediato coronado por un "Diez escudos" evasivo de la patrona y acordado por la mano que le alargaba el billete preparado en el bolsillo del pantalón. Esa misma mano recibía la consabida toalla, el ínfimo jabón y el papel higiénico, esa misma mano, finalmente, cerraba la puerta con aldabas.

Sin embargo, si era allí que se mataba el peligro, no sucedía lo mismo con los nervios. Había que recordar de pronto a lo que se viniera cuando, al volverse, descubría que de pie, mirando hacia arriba, conociendo rincones, paredes y manchas lóbregas, Valeria esperaba. Se quedaba mirándola como un descubrimiento, gozándola a su entera disposición, como un triunfo que tenía a solas y con el que haría cuanto quisiese: tocar y desvestir, mirar y aprisionar, plegar, extender, respetar o destruir. Era allí que se mirarían en silencio hasta que, tartamudeando atropellado y goloso él preguntara: "¿Qué te pasa? ¿Tienes algo?" Por toda respuesta ella jugaría con la cartera. Y esta vez, acomodando el paraguas en una esquina por toda diferencia, había replicado sin mirarle: "¿Yo? Nada. Bueno, tú sabes: es la situación de hacer

esto a escondidas y pagar, lo que me mata. Siempre me va a pasar lo mismo. Es sórdido después de todo..." o cualquier palabra como aquella, recogida en alguna novela. Y también él repetía el gesto de acercarse, quitarle cortésmente la cartera y llevarla hacia la cómoda, donde a hurtadillas se despojaba del reloj, ese mecanismo que, de olvidarlo, ridiculizaría su cuerpo en las inmediaciones del acto. Incluso al abrazarla las cosas se daban normales. Se dejaba hacer remilgada dejando palpar libre, antojadizamente su cuerpo (bajo el abrigo abierto ahora). Y eso era lo mejor de todo al fin y al cabo, allí donde, antes de ejercitar el ritual, él sabía que podría desbordarse a gusto tirando chaleco, falda, medias y enagua sobre la silla, las manos ocupadas, siempre ocupadas descubriendo piel y carne y vellos, todo aquello que la vida se empeñara en ocultar. Fue al recorrerla hasta abajo liberando sugerencias transparentes que había comenzado la radio en algún lado. Destruyendo la obligada sucesión de cosas, desensimismándolo (él no había notado el hecho siquiera), ella lo detuvo poniéndole la palma de la mano contra la nariz. "Espera, espera —había dicho. —Escucha que lindo... la música de Brahms...".

Era tan absurdo estar desnudos, de pie en la habitación, y tenerla tateando de ese modo melodías para él incomprensibles que, una mano apresada sobre el vientre liso de Valeria y la otra moldeando el óvalo trasero, la mirara molesto y casi ofendido sacar una voz de soprano en nada hecha para el cuerpo débil y delgado que se asentaba en dos pies infantiles sobre el frío de las tablas del piso. No era sin embargo el descubrimiento de que tenían vecinos ni la consecuente sensación de promiscuidad lo que lo invalidaba en sus acciones. Les había sucedido muchas veces que, amándose, no tuvieran dónde realizar ese amor que era de ellos y por el que sin embargo tenían que pagar, lo que les obligó a aceptar refunfuñando la radio de un vecino que, encontrándose en lo mismo y Dios sabe cómo, se las arreglaba para conciliarlo con un corrido mexicano, una lacrimosa radionovela, un tango o un bolero. Habían conocido la abrupta irrupción de un cha-cha-chá, ritmo que un aparato siempre demasiado alto les traía estridente y los abrumaba o enardecía o paralizaba por completo al desvirtuar todo sentido en aquello que querían sublime. El compás de la canción del caso los llevaba inconsciente y obligadamente a seguirlo cuando embarcados en el tobogán del acto él se llenaba de impotencia, reclamos y ridículos. Y si no la música ni una comedia, las tardes de fútbol eran aún más exasperantes. Se les hacía imposible acariciarse con la destemplada voz de un locutor gritando y regritando una patada. Valeria parecía ajena a esas

molestias, y no faltó la vez que entre tanto desquiciante parloteo deportivo buscando un pretexto para su orgullo burgués, evadiendo o ignorando la realidad de que estaba siendo poseída, incólume y digna en su pasión, como al azar lo había interrumpido con un ¡shshsht! al que agregaba: “¿Oíste? Hubo un gol. Parece que del Magallanes...” A lo que él podría ahora agregar otras incidencias, pruebas innegables de promiscuidad. Una que se quejaba de dolor porque era virgen, y otra que gozaba a gritos, y la que decía: “¡No, no, no me los bajo!” O la sirvienta impertinente que golpeaba a su puerta, que el caballero de al lado mandaba a decir si tenía un cigarrillo que le convidara; tantas cosas en fin que ellos ignoraban desde la vez primera en que él gastó dos horas en calmarla y convencerla de que el exterior nunca importaba.

Con todo, una sinfonía era desconcertante. Ti-ra-ri, ri-ra-rá cantaba Valeria deteniendo la mano que intentaba proseguir, y el beso: “Cómo se te ocurre que vamos a hacer eso, con esa música tan linda”, le decía. “¿Por qué no?” reclamó él, que más la deseaba en sus momentos cursis. “Sería como el pecado”, dijo ella. “Esperemos. Apaga la luz y tapémonos, que hace frío”. Se metió bajo las sábanas, resignado. En la oscuridad, la presencia de la música se acentuaba, terminando por apoderarse de cuanta resistencia le quedara. “Tercera Sinfonía, tercer movimiento”, anunció Valeria, acomodada en su pecho. “Ri-ra-rí, ri-ra-ri-ra-rá”, y él se amodorraba por el frío, la música aquélla y la fina batería de la lluvia contra el tejado.

“Eso de ahora es Bach”, lo remeció más tarde. Descubriendo haberse adormilado junto al cuerpo de su compañera retomó conciencia del significado que alguna vez tuvo esa piel desnuda y le pareció estar gastando vida sin consumirla. La buscó y volvió a recorrerla en los caminos de la espalda y la cintura, reclamando el frente con un “ven, ven” urgente que no tuvo más eco que el rechazo de una voz casi lastimera que decía: “No. No tengo ganas. La lluvia, no sé, y la radio. Tengo pena”. “¿Pena?” “Sí. Tengo una cosita aquí”, replicó lánguida ella tocándose los pechos pequeños con un gesto que hizo de todo ese día algo estúpido en que nada era mejor que quedarse así de triste y quietos y abrazados defendiéndose del agua que golpeaba pertinaz arriba, aceptando esa nueva música como de órgano en iglesia con su tono tan sacro y arrastrado, como si todas las notas estuviesen pegadas. A la evocación de templo que le trajo, escuchando silencioso, comenzó a sentirse inexplicable y repentinamente reunido a otras gentes, los vecinos de la radio y los del otro lado, los de ese pasillo y el adyacente, los de ese hotel y todos los hoteles vecinos pululando

abajo en el suburbio, en toda la ciudad donde como recién se le ocurría, era tarde de domingo en todas las partes, con hoteles atestados, cuartos que se vaciaban y se reocupaban, y la ciudad entera entraba a ellos y todos eran subrepticios y se desnudaban desahogándose con tanto lecho, con alma o sin alma repitiendo el ritual que ellos habían creído propio y único. La ciudad cohabitaba al unísono, fugaz y de soslayo. Por lo que, cuando cesó la música más allá del tabique y se oyeron pasos y se abrieron puertas y Valeria lo abrazó dispuesta, él reconoció interiormente que el cuerpo de su muchacha era hermoso de tobillos a cabellos, pero propuso marcharse. “¡Cómo! ¿Y nos iremos sin hacerlo?”, ella se extrañó. “No tengo ánimo después de todo”, confesó él mientras se vestía, rehuyendo una explicación que hubiese sido compleja. Y salieron. La encargada les abrió la puerta, bajaron las escaleras mirando hacia la calle anegada y vacía, otra vez salvados. “Al final, no hicimos nada”, dijo él entonces, tal que recién cayera en cuenta, confesando un grave error del que ya estaba arrepentido. “Claro, pues, y después te vendrás con las ganas, justo cuando yo no las tenga”, replicó riendo Valeria al abrir su paraguas. “Total, somos jóvenes”, concluyó él que, adjudicándose mucha vida y oportunidades por delante, aceptó su risa, respetó sus deseos y a pesar de todo quiso estar alegre pensando que por ese día o mientras lloviera, cualquier cosa podía postergarse.

NO ESTACIONAR TODA LA CUADRA

Segundos atrás debe estar el viaje en tren a Santiago con la nostalgia encima como un terno Scappini que cae perfecto. En este momento tiene que haber sido mi matrícula en la Universidad de Chile, de eso estoy casi seguro. De lo que no lo estoy mucho es de si está en el pasado o no, cuando la conocí. Porque las colas para el almuerzo en el casino se hacen todos los días y a toda hora, por eso no comprendo muy bien, porque fíjate que yo, viniendo de saltar barreras, corriendo como John Carlos desde allá, nadando con estilo mariposa, pedaleando a lo Jacques Anquetil, dribleando a lo Garrincha, tomando parsimoniosamente mis cafés a lo Balzac, etcetereando como yo sé hacerlo, no tenía, no puedo tener, el tiempo muy en orden. En todo caso puede ser algo que tiene que ocurrir y será, tal vez mañana, cuando silencioso, pero riéndome de las dos o tres cosas curiosas que pueden suceder en una universidad tan grande como ésta. Silencioso y vociferante me acerqué a comprar mi tarjeta del almuerzo, me ubiqué en la cola a esperar mi bandeja, voluptuosamente solicitante, atentamente advenedizo a las pantorrillas más sobresalientes que a veces debes haber visto circular desde la Biblioteca al Pabellón de Alumnos. Lo único claro estará después, cuando ella me sonría (pienso que no es algo que venga mucho al caso), pero bien sabes eso de la oportunidad no ubicua. Porque se tienen que construir muchos azares para que la encuentre justo delante de mí, con su sonrisa y su nariz, su mirada y sus caderas. Todo junto, envuelto en un solo, pequeño paquete. Y la cosa debe seguir para que yo pueda, sin más problema que el desgano, sentarme a su lado y ponernos a almorzar tal cual Atila de anfitrión de Gargamela. Claro, eso no puede durar mucho, para que inmediatamente nos hablemos de cosas delicadas como qué he venido a hacer a Santiago y he estado muchas veces en Valdivia porque me parece preciosa. Entonces debió, será que el silencio, el mío, empieza a hundirse en las palabras y gestos desmesurados. El histrión, el goliardo se sienta a

mi lado soplándome al oído las anécdotas traídas por voces ocultas y el silencio comienza a morir, hasta que asesinado horriblemente cae, y es el cazarro ahora, el que va y viene de sus ojos a la mesa, a la hora de las uvas del postre, de sus manos a mi cigarrillo. El trovador se insinúa más tarde, cuando algo me dices que tritura un transistor que aún no sé qué es, o será. Pero ya habrán pasado varias cosas, algún elefante se habrá, seguramente descolgado de mi bolsillo, habré sacado conejos de los vasos y alguna palabra sale de mi boca en letra de imprenta porque te estás riendo mucho y ya no quieres irte, parece que se te olvidó esa reunión porque miras atentamente la máquina del tiempo que gentilmente te ofrezco extraída desde mi chaqueta y te pareces preguntar cómo hago para utilizar exactamente la palabra que no corresponde en ese preciso momento. Entonces será que quede el precedente de tu aceptación a tomar una enorme taza de café y el estudiante nocheriego parezca vencer esta angustia y hablemos francamente de cosas extraordinariamente sin importancia y vaya sabiendo que estudias a Camus. Que estás leyendo *L'étranger* poco menos que en los manuscritos, cosa que yo, te confieso, no puedo hacer. Alguien tiene que ayudarme a descifrar. Entonces el cazarro habrá de traernos a Rimbaud y Marx (yo estaba pensando en otras cosas). Por ahí nos quedamos un buen rato con eso hasta que las hormigas suben por los vellos de las piernas, las recorren y se meten en el pecho sistemáticamente dando vueltas porque tienes que irte.

Será tal vez ahora que tenemos que encontrarnos y almorzar de nuevo. Pero ya el café es cosa consabida y como lo de las hormigas y el trovador han confabulado un equipo amplificador me dice que te necesito y te lo reproduzco. Es evidente que entonces tú te ríes, sin saber que D'Artagnan me enseñó, hace tiempo, a dar esta estocada y casi, estoy seguro, apunto donde quiero, porque siento que me tomas la mano y el Arlequín, recién nacido, da volteretas y tiene ganas de cantar. Es entonces que dejo de contener la respiración, me aflojo el cinturón, como un oficinista después de su trabajo, me suelto y te hablo de lo que siempre quise ser. Desfilan por ahí las frustraciones, la tristeza que reconozco me persigue, mi rapidez en alcanzarla. Tus ojos denuncian cierta preocupación que no me asombra. Veo claro presisamente porque hay racionamiento de la cordura. Es mejor que caminemos. Todo ha empezado y, desde luego, empieza a terminar. Para qué vamos a pronunciar la palabrita si lo tenemos todo transparente. Este juego empieza a parecerme peligroso. Mi casa cada vez está más lejos, me estoy trasladando de verdad. De mentira te insinúo, desafío meternos en un teatro y aquí en medio de la oscuridad y las muecas de Peter Sellers, de esas manos

torpes, reconoces que hay calor en lo que digo con las mías. Siento unas ganas horribles de fumar. Todo ha comenzado y comienza, desde luego, a terminar.

Es lunes por la tarde y vienes a buscarme. Ya me has contado que ha habido otros juanes que te conocieron primero y que ni cortos ni flojos supieron aprovechar el tiempo que ganaban. Que estuviste trabajando. Que a los dieciséis tenías una moto. Que Los Beatles te provocan sensaciones. También has tenido la valentía y la crueldad de contarme lo otro. Yo aprieto las mandíbulas. El Arlequín está pensando. Miro por la ventana y te veo, allá abajo, caminar rápidamente. Estás pasando justo bajo mi mirada. Pulsas el timbre. Tomo los cigarrillos y bajo.

Has tenido suficientes oportunidades para hablarme del sesentaiséis (época en que yo vagaba olímpicamente por la Universidad Austral). Cuando iniciaste tus clases en la Universidad y más atrás también, o más adelante, cuando en manadas de motonetas ibas al campo junto a doce o trece Dean, con ocho o nueve Brando envueltos en casacas de cuero. Entrenados furiosamente en el levantamiento de pesas, porque para sujetar las motos hay que tener muñecas firmes como para sujetar a una mujer. Entonces yo seguía vagando y tú, seguramente a gran velocidad, descubrirías el amor entre los carburadores y los embragues. Entre las BMW, las Lambrettas y las Vespas. A horcajadas te fuiste dando cuenta que había uno que lo hacía mejor, que era el más fuerte, el más intrépido, que nunca titubeaba en participar en los moto-cross de las afueras de Santiago. Y mientras el sol te llegaba sistemáticamente, yo eludía los goterones y secaba mis zapatos en la estufa con una copa de vino caliente entre los dedos que rápidamente se llenaba de melancolía. Era, soy así. Por ese tiempo estarías ya pensando, en las noches cuando sola, en lo que me confesaste haberte arrepentido, pero tarde. Alguna vez lo debes haber deseado ardientemente en las fiestas de muchachos a saltos y contorsiones con que te regalaban Los Beatles cuando aún no eran tan poetas. En el girar de un treinta y tres un tercio, en las vueltas de *I should have known better* o de *I want to hold your hand* un alacrán traicionero te envenenó dulcemente el corazón y lo aceptaste. De ahí para adelante Stendhal, Flaubert y Rabelais, distraídamente en la Universidad, se fueron quedando aislados en una esquina del bolsón y éste se empezó a llenar con boletas denunciadoras de helados, cafés con leche, trozos de entradas del Ducal y el Huérfanos. Rotativos desesperantes por algo que no se decía, que no te atrevías a pensar. Las motos entonces se fueron quedando sin bencina. Los embragues no dejaban pasar tan bien

los cambios y los giros eran cada vez más peligrosos. Un señor empezó a cambiar algo en su cuenta kilómetros. La mano se hizo cada vez más tierna, más firme para sostenerte. Desde luego los discos seguían y las fiestas habían cambiado sus efervescencias. Las tardes eran quietas. Te apoyaste alguna vez en su hombro y te descubriste, tiempo después, en Viña, asustada, me da por imaginar. No queriendo hacer nada más que seguir escuchando *A hard day's night* tan fuerte y joven como eras, salir a recorrer Avenida Perú tomados de la mano, entrar al Topsy-topsi y fumar con un larguísimo trago en la mano, hablar con tu mamá, leer a Gide, asistir a clases de latín, soportar una sesión con el psicólogo, correr por la micro que te lleva al Pedagógico, cualquier cosa, pero no estar allí, con las rodillas tiritando, en donde detrás de esa puerta hay alguien que se ha bajado de su moto y te espera al lado de una cama nervioso y vehemente. Sin embargo, tienes que ir porque por algo te has casado y no valen de nada las lágrimas.

He olvidado las llaves de mi closet. Descamino el espacio. Transformo todo en un minúsculo, habitual caos. Las encuentro. Las echo en mi bolsillo. Vuelvo a apoderarme de los pasos y comienzo de nuevo a bajar la escalera. Noto que hace un frío de demonio. Subo el cierre de mi chaqueta. Equilibro un cigarrillo entre los labios. El fósforo comienza a quemarlo. Poso un pie en el descanso. Debes estar sentada en el living.

Algo más debió ser necesario para quedarte quince días en Viña paseando a Reñaca en las tardes. Curioseando en el Casino. Abrigándote en las noches con más que su calor, que el tuyo. El recuerdo de los llantos, la felicidad de tu madre, en medio de tanta gente religiosa, pastores de civil y de uniforme que repletaban aquella iglesia. En ese mes yo estaría con las patas arriba de una mesa leyendo algún libro medio prohibido. Aprovechando el sol en una esquina, con la boca cerrada y los ojos abiertos. Fotómetro en mano, midiendo la luz para poder fotografiar decentemente. Esa noche (fue sábado, ¿no?), después de media docena de amenas, finitas pilseners, me dormiría con la cabeza metida entre las plumas, mientras tú navegabas por el espacio en órbitas elípticas, no uniformes, no seguras, hasta que por fin te atreverías a enfrentarlo y meterte en la cama para nada. Justo ahí debe haberse transformado el asombro en una materia viscosa, alguna rara gelatina se posó en tu cerebro y chasqueó en el aire una chispita que impresionó en un precipitado de plata seis por nueve el agrupamiento en esas potentes motos, el desafío a la velocidad, y comprendiste. Porque ahora allí estabas debajo de las sábanas, y él, después de fumarse un cigarrillo, se dormía profundamente.

Entonces quizás lanzaste un gemido. Como un joven cachorro aleteaste la nariz.

Llego al descanso. Miro mi zapato derecho. Está desabrochado. Lo abrocho. De a poco me levanto. Me descubro una semitaquicardia. Recuerdo una película de Antonioni tan lenta, empalagosa, real. Me estiro un calcetín. El otro. Siento escozor en los ojos. El humo del cigarrillo entra a torrentes irritándolos. Me froto con el dorso de la mano y vuelvo a apoderarme del espacio. Continúo bajando.

Particularmente sensible después de ese gemido, de la fotografía tan precisa, tus nervios anteriores, tus deseos de llorar se convertirían en ridículos y el odio fue abriendo su camino, pavimentando tu alejamiento. Ese domingo yo, tardísimo, saldría de entre las plumas dispuesto a organizar el aburrimiento de la tarde en una matiné o en un café leyendo diarios viejos hasta que el desorden trajera algo mejor. Debo haber leído alguna otra cosa. Seguramente me entretuve revisando la orfandad de mi casilla y busqué alguien para hablar.

Es posible que él lo haya intentado otra vez y otra, cada dos, tres, veinte días, con tu diligente, ansiosa ayuda (el odio prehistórico dejó lado a la compasión intelectual) de nuevo para nada y todo empezó a, definitivamente, pasar a otro estado que los meses acercaban. Recuperaste quizás tu ademán de vivir y te arrancaste algún sábado chispeante a escuchar los Rolling Stones o, cuando ya irreversiblemente lejos, partiste a las piscinas mientras alguien no tenía moto ni risa y el desconcierto primitivo cerraba las puertas para que la violencia no escapara. Con los días, a veces, saldría a luz una furia, un esfuerzo que ya no te tocaba. Las clases habían de nuevo comenzado. Sartre te imponía obligaciones. Camus te exigía su lectura. Los días te los pasaste leyendo. Tomando notas en la biblioteca. Yendo a las asambleas. Luchando contra el tiempo para llegar a las concentraciones. Almorzando sola, a la carrera por tener reunión de seminario. Olvidándote, tratando de que en la noche él estaría de nuevo con la seguridad fiel, de que ahora sí resultaría.

Debes estar leyendo, mirando las letras del diario allí abajo. Tratando de no descubrirete asustada. Son las tres. Poso el pie derecho en el décimo escalón. Avanzo el izquierdo y lo coloco en el noveno.

Ya no quedaba nada de nada y los insultos aparecieron matizando los colores. Con la desesperanza en todos los rincones te ubicaste en la cola del almerzo cuando los azares construidos, el

tiempo desmantelado, organizado para fiesta me hizo tropezar y quedarme allí detrás de ti. Sentarme a tu mesa. Invitarte a girar con mi desfachatez.

Un escalón más. Giro a la izquierda y allí parada, mirando los árboles del jardín, estás de espaldas. Te vuelves y algo se ilumina. Te tengo al alcance de mi mano. Toco tu nariz, la hundes entre mi camisa (la semitaquicardia se acentúa). Te froto el cuello y al oído en voz baja te ruego irnos pronto porque el departamento me lo prestaron solamente hasta las ocho y media.

RODRIGO QUIJADA

(Punta Arenas, 1942)

TANGO PARA FORASTEROS

La señora Plo vigila los movimientos de su huésped. Se ha bajado las bombachas y, de reojo, mira hacia el patio, donde su marido ensaya sobre ladrillos sus últimas lecciones de karate.

Pero la señora Plo no comprende el karate; ni siquiera comprende a su marido. Al bajarse las bombachas, por ejemplo, está pensando que su huésped es un hombre interesante, aun en esa absurda posición.

“¿Qué se le va a hacer, se dice, si Buenos Aires más que una ciudad es un país!”

El huésped es un extranjero aparecido nadie sabe de dónde. Esta tarde golpeó a la puerta y la señora Plo se encontró con sus ojos castaños atosigándola. Antes de que ella pudiera decir nada, el hombre preguntó:

—¿Vive aquí Picione?

Ella, por supuesto, asintió con un leve cosquilleo en el corazón. El tedio solía producirle cosquilleos. Más todavía, el cantito del hombre la sorprendió un tanto y tentada estuvo de preguntarle si era extranjero.

Lo hizo pasar y el extranjero se acomodó frente al televisor. Intimamente la señora Plo lamentó no poder continuar mirando el teleteatro Pond's. Pero la curiosidad pudo más y la empujó hacia el piso superior donde su marido entretenía su aburrimiento sabatino leyendo la revista de automovilismo.

—Querido —le dijo— un señor extranjero te busca.

El marido de la señora Plo se hundió entre las páginas de la revista.

—Querido —repitió ella— un señor extranjero te espera.

Entonces sí que el marido de la señora Plo la escuchó, pues emergió un ojo de la revista y una voz masculló:

—¿Hum?

—Un extranjero, querido.

—¿Me busca? ¿A mí?

—Sí, a vos.

El marido de la señora Plo se encogió de hombros.

—¿Sabés? —dijo—. Hay carburadores especiales...

Miró después hacia las persianas.

—Es un bonito día.

La señora Plo, pequeña como era aunque de senos prominentes, se sintió algo intranquila.

—¡Querido! —remarcó—. Debes atender al señor extranjero que te espera.

—Sí —dijo el marido de la señora Plo—. Lo atenderé. Pero estaba pensando una cuestión importante... ¡Imagínate, un carburador especial!

Comenzó a incorporarse con parsimonia.

—Buenos Aires —observó— no es sólo una ciudad. Es un país. ¿Dónde si no aquí podría ocurrir un hecho tan extraño como éste? Un hombre descansa y su mujer se acerca para decirle que un extranjero lo busca. En otro lugar la situación hubiese provocado conmoción. Sin embargo, aquí es cosa de todos los días. Las paredes, por nombrarte algo. En cada una de ellas puedes leer letreros pidiéndole a los extranjeros que regularicen sus papeles. Yo mismo...

La señora Plo lo contemplaba entretando con cierta felicidad. Le gustaba oírlo hablar y sólo los sábados lo conseguía. Los otros días era tan difícil: correr tan sólo, de aquí para allá, de allá para aquí, en pos de, por qué no decirlo, la fortuna. Recién a las diez de la noche, el marido de la señora Plo retorna al hogar, cansado como una sana bestia. Se tiende sobre el lecho y duerme hasta las cinco; a esa hora salta, y después de cantar una tonadilla de infancia, desaparece. Así, todos los días, hasta el sábado. Pero no importa: hay que prosperar y algo han conseguido. La señora Plo puede recordar sus comienzos en la calle Cabildo, en la tiendita y, ahora, viéndose en pleno Barrio Norte, sabe que el sacrificio ha tenido sus compensaciones. "Cuando tenga treinta años —se ha dicho infinidad de veces— comenzaré a vivir". Entretanto, sabe esperar.

Pues bien, el marido de la señora Plo, antes de preocuparse del extranjero, disertó sobre la vida en Buenos Aires.

—Debés ir a ver lo que quiere —comentó ella—. Parece un hombre importante.

—Es verdad —dijo él simulando apresurarse—. Entretanto, traté de entretenerlo.

La señora Plo se dirigió a la planta baja.

—Ya viene —le dijo al extranjero.

El hombre sonrió.

—Está bien —dijo.

Se había levantado y, al parecer, durante la ausencia de la señora Plo dedicó su soledad a intrusear con sus ojos los chiches del esquinero de la izquierda. Todavía permanecía allí y no despegaba la vista de las figurillas de marfil.

—¿Le gustan? —preguntó la señora Plo.

El extranjero asintió.

—Sí —dijo— son muy hermosas. Tanto como usted.

La señora Plo enrojeció muy a su pesar. “Tiene cantito”, reflexionó. Algo turbada procuró cambiar el giro de la conversación.

—A esta hora —señaló— mi marido suele dormir la siesta. Es una costumbre. Trabaja tanto.

El extranjero caminó hacia la ventana. Era muy alto y, aunque sus ropas eran costosas, carecía de gusto. No obstante, mirándolo, la señora Plo advertía que el hombre parecía muy seguro de todo. “Es raro —pensó—, pero me divierte”.

—En mi país también se duerme la siesta —dijo el extranjero.

La señora Plo pensó que ésa era una frase bastante estúpida y que con ella el extranjero esperaba iniciar algún tipo de conversación.

—¿Es usted extranjero? —preguntó con toda decisión.

El extranjero volvió a sentarse. Hizo cabalgar una pierna sobre la otra y, de repente, casi gritando, exclamó:

—¡Sí!

La señora Plo se asustó. Tal reacción le pareció inusitada. Pero, sin transición el extranjero le dedicó una enorme sonrisa.

—¿Le gusta la televisión?

La señora Plo miró hacia el televisor. En ese instante Delfy de Ortega se abrazaba a un individuo robusto y le decía: “¿Sabés? El destino es una de las más hermosas habitaciones de la vida”.

—Me entretiene —respondió. Y en seguida quiso agregar que Buenos Aires no sólo era una capital si no un país, pero el extranjero no la dejó.

—Yo... —empezó a decir— he venido a hablar con Picione por un asunto que le interesará...

Justo entonces, desde arriba, la voz del marido de la señora Plo comenzó con la tonadilla de infancia. “Se está bañando”, pensó ella.

El extranjero carraspeó y dio la impresión de sentirse incómodo.

En ese momento la señora Plo pensaba que su marido no tenía ningún derecho a cantar esa tonadilla los sábados por la tarde y, esto, porque suponía que la vida debe ajustarse a los cánones establecidos. Un hecho como el presente podía alterar todo lo construido hasta el momento.

Prefirió, sin embargo, continuar la conversación.

—¿Me decía? —inquirió.

El extranjero miraba con los ojos curiosamente desorbitados.

—Sí... —dijo—. Venía por un asunto que estoy seguro le interesará a Picione. Me han dicho que es un hombre ambicioso.

La señora Plo procuró disimular su turbación.

—Bueno —dijo—, mi marido no es exactamente ambicioso. Sucede que debemos prosperar y...

—¿Debemos? —preguntó el extranjero.

—Tal vez usted no lo comprenda —dijo ella—. Pero en Buenos Aires todos los hombres deben prosperar, para que nosotros seamos felices.

Sonrió en seguida. La señora Plo tenía una hermosa dentadura.

—Nunca había visto una sonrisa como la suya —comentó el extranjero.

La señora Plo soltó una risilla nerviosa. Nuevamente su rostro buscó protección en el televisor. El programa estaba terminando, Delfy de Ortega lloraba desconsoladamente y ruido de tambores presagiaba una final infeliz.

—¿Una copa? —ofreció la señora Plo.

—Bien —dijo el extranjero.

Entretando, allá arriba, el marido de la señora Plo completaba su baño y vigilaba su vientre plano en pos de alguna adiposidad. Le agradaba contemplarse, pues se sentía sólido. “Antes de ver al extranjero —meditó— sería bueno que ensayara con los ladrillos”. Lo lamentaba en alguna medida porque el canto de la mano aún le dolía con los intentos del sábado anterior. “De todas maneras, debo hacerlo”, decidió. Después escogió una camisa y comenzó a vestirse.

—¿Es un asunto de dinero? —preguntaba la señora Plo en ese mismo instante.

—Algo así —repuso el extranjero y luego guardó silencio.

El marido de la señora Plo escogió un pantalón verde. Le habían dicho que con el verde lucía más esbelto.

—Mi marido merece una oportunidad —dijo la señora Plo al extranjero.

—He venido a ofrecérsela —observó el extranjero. Bebió después, a pequeños sorbos, lo que quedaba en su vaso.

—¿Otra copa? —le preguntó ella precipitadamente. Temía que el extranjero se aburriera y se marchara.

—Sí, gracias —dijo el extranjero.

La señora Plo se levantó y caminó hasta el bar.

—En Buenos Aires no sobran las oportunidades —dijo con cierto nerviosismo.

—Lo sé —dijo el extranjero—. He estado muchas veces aquí.

El marido de la señora Plo se amarraba lentamente los zapatos. A decir verdad, no tenía muchas ganas de conocer al extranjero aquel. No le gustaban los extranjeros. El último que conoció fue uno, ayer en la tarde, un gallego estúpido que no quería ser mozo de café.

La señora Plo miraba fascinada el perfil del extranjero.

—¿Muchas veces? —preguntó.

—Sí —asintió el extranjero—. Buenos Aires me parece una maldita ciudad.

—Se equivoca —expresó la señora Plo—. Buenos Aires es un país.

El extranjero rio de una manera desagradable.

—Hace diez años... —empezó, pero prefirió tomar un trago antes de seguir.

El sol de mayo penetraba por la ventana y sus pálidos reflejos hacían olvidar las lluvias de la víspera. (“Cúando llueve en Buenos Aires —había dicho una vez el marido de la señora Plo— me siento triste”).

—Yo viví mucho tiempo en Viamonte —dijo el extranjero. Es una calle estrecha y maloliente.

La señora Plo suspiró.

—Conozco Viamonte —dijo— y me parece una gran calle. Si sus veredas están algo sucias o deterioradas es por falla de las autoridades.

El extranjero parecía absorto en pensamientos propios, pues ni siquiera se dignó lanzar una pequeña mirada sobre la señora Plo.

—Dormía en un lugar detestable y no comía. Nadie quería ayudarme.

La señora Plo llenó la copa del extranjero.

—¡Oh, sin duda usted exagera! La gente aquí es buena y hospitalaria.

El extranjero sonrió.

—Le contaré —dijo.

La señora Plo se acomodó mejor en el sillón dejando a la vista su par de hermosos muslos.

—Yo era un muchacho y tenía hambre. Fui donde un amigo; bueno, no precisamente un amigo, sino una de esas personas que se hacen amigas de uno. No sé si usted me entiende....

La señora Plo movió la cabeza con entusiasmo. Le gustaban tanto esas historias que comenzaban de ese modo: “Era yo”. “Yo tenía”, “Erase que fue”.

—Lo entiendo muy bien, lo entiendo —murmuró.

El marido de la señora Plo dio los últimos retoques a su fachada. La raya del pantalón caía implacable e impecable hacia la alfombra. La camisa ajustaba sus bíceps y los hacía resaltar. Silbó con algo de admiración para sí mismo y quizá porque recordó a la buena de su vieja que solía mandarlo a hacer las compras con un hermoso sombrero. De no haber estado tan contento consigo mismo hubiera soltado algún lagrimón.

—El amigo me atendió con su mejor cara de porteño. “¿Qué hacés” —me dijo—. “¿En qué andás?” Yo no tenía ganas de

conversar, así que de golpe le dije que me prestara unos pesos, pues no comía en varios días. El amigo comenzó a reír. “¿Hambre?” —me dijo—, “¿hambre aquí?” Tuvieron que llegar muchas personas antes de que al tipo se le cortara la risa. Después empezó a contárselo a los demás: “Este, sabés, se está muriendo de hambre”.

—¿Es usted chileno? —preguntó la señora Plo.

El extranjero la miró duramente.

—No conseguía otra cosa. Se reía y se reía. Finalmente tuve que insistir en que me prestara dinero o me invitara algo de comer. Ahí se le acabó la risa...

—¡Le dio dinero! —afirmó la señora Plo.

—No, no —dijo el extranjero—. Me dijo que esperara hasta el otro día. “¿Te podés aguantar?”, me preguntó. Me despedí sin decirle nada.

—¿Y después? —preguntó la señora Plo.

El extranjero bajó la cabeza contrariado.

—Es una historia muy triste —dijo.

Ella se rio.

—A mí me divierte —señaló—. Eso le ocurre en Buenos Aires a todos aquellos que no son precavidos.

Luego caminó a través de la habitación. Estaba pensando que ese hombre la atraía, tal vez mucho más que su propio marido. Había vivido aventuras y eso bastaba.

—¿Y qué hizo entonces? —preguntó.

El marido de la señora Plo bajó del dormitorio dispuesto a preguntarle al extranjero cuál era la razón de que lo molestara a aquellas horas de la tarde. Le daban deseos de escurrirse por el corredor hacia el patio. Sin embargo, enfrentó la escalera con expresión contrariada. Esa noche podría fornicar con la señora Plo. Era lo que hacía sábado por medio. “Buenos Aires no es sólo una ciudad, es un país. Eso es”.

—¿Y qué pasa con Picione? —preguntó el extranjero inesperadamente.

La señora Plo lo observó extrañada.

—¿Con quién?

—Con su marido, que tarda tanto.

—¡Ah!

La señora Plo fue hacia la escalera, con una duda mordiéndole el pecho. No obstante gritó:

—Querido, vení, el señor te está esperando.

La voz del marido de la señora Plo retumbó extrañamente cercana:

—Ya voy, querida, ya voy.

La escalera comenzó a crujir con el peso de los pasos del marido de la señora Plo que, ahora, pensaba largamente en una sola cosa: "Debe irse ese extranjero, yo no quiero nada con extranjeros". Y se acordó entonces de su madre allá en Boedo, la pobrecita, poniéndole ese maravilloso sombrero cada vez que lo hacía salir de compras: "Tomá, hijo, compráte unos caramelos". Y ese extranjero, hoy, toda la tarde mascullando una cháchara, un cantito disperso. "No —decidió—, iré hacia el patio, hasta que se fatigue y raje".

—¿Y qué hizo? —preguntó de nuevo la señora Plo.

—Yo —dijo el extranjero— vivía en Viamonte en una sucia pensión.

—Eso ya lo sabía —dijo la señora Plo, que pensaba ahora en una cosa desgarradora.

—En las noches las cucarachas corrían por las paredes y yo las esperaba con un zapato en ristre para matarlas y desarticularlas...

El extranjero hizo una pausa, mientras la señora Plo se afirmaba en el asiento para llegar a aquella trágica comprobación: ¡Sí, en efecto! ¡Su marido no se llamaba Picione! Pero lo peor de todo era que ella no recordaba cómo se llamaba su marido. En diez años de matrimonio el nombre había acabado por metamorfosearse en ese impersonal "Querido" con que lo nombraba. Iba a decírselo al extranjero, pero éste continuó con su narración:

—Pero esa noche fue distinto.

—¿Distinto? —pregunto la señora Plo con voz ahogada.

—Sí —dijo el extranjero—. Esa noche aguardé las cucarachas sin el zapato en la mano.

—¿Por qué? —preguntó la señora Plo.

El extranjero bebió un largo sorbo.

—Porque me las comí, señora —dijo simplemente.

La señora Plo retrocedió aterrada.

—¿Se las comió?

El movimiento le permitió ver la silueta de su marido deslizándose hacia el patio. "No quiere conocer al extranjero" —pensó la señora Plo—. "Tiene miedo, como siempre, desde que murió su madre".

—Desde entonces, aún en la opulencia, no he podido dejar de comer cucarachas y tengo un odio terrible contra Buenos Aires.

La señora Plo se acercó a la ventana. Veía cómo su marido cogía los ladrillos para iniciar su juego sabatino.

—No debería odiarla —dijo. Ahora, aunque le parecía raro, comenzaba a sentirse liberada. "Y antes de los treinta años", pensó.

Se volvió hacia el extranjero y vio que éste se había recostado en el sillón y se desabrochaba los pantalones ceremoniosamente.

Ella volvió a mirar por la ventana. El marido suyo, el "querido" de la señora Plo, se concentraba en la terrible faena de partir un ladrillo con el canto de la mano.

—Mi marido —dijo— no me comprende.

—Lo sé —dijo el extranjero.

—Más bien soy yo la que no lo comprende a él.

—Lo sé —dijo el extranjero.

—Además... —dijo la señora Plo, con expresión feliz.

—Ven —dijo el extranjero.

El marido de la señora Plo partió el primer ladrillo.

JOSE LUIS ROSASCO

(Santiago, 1935)

MIRANDOME A LOS OJOS

A veces siento que debería haberme ido con Mónica. Claro que también pienso que estoy bien como estoy. Porque, tantas cosas que tengo y me gustan y cualquiera se las quisiera. Anoche, acompañado de una cajetilla de cigarrillos y de una botella de whisky, salí al jardín, me senté en la mecedora frente a la piscina y contemplando mi casa me dije es tuya y es una casa hermosa. Y pensé en mi hija, mi esposa y mi trabajo y terminé repitiéndome que todo anda muy bien. La niña es cosa que hay que ver, pero si me pongo a hablar de ella no terminaría nunca, de manera que mejor me callo a tiempo. De mi mujer también podría decir y decir y exaltarla pese a que llevamos ocho años de casados y, bueno, quien no sabe que la convivencia va cambiando con la rutina, la monotonía, y el entusiasmo del primer período es, bien digo, del primer período y después vienen, van llegando, van quedando esas cosas, el cariño, la comprensión, el respeto, la gratitud. Y qué le va a hacer uno, acaso no hay nada que hacer; simplemente hay un tiempo para y un tiempo para. Y entonces mañana será otra vez igual que ayer, como hoy, entonces mañana seguirá siendo otra vez muchas veces buenos días, ya, chao querida, y chao muñequita de los ángeles, gotita de miel, chao. Listo. Primera, segunda, directa. Pare. No virar. Tome Coca Cola, Vote por. Y... Buenos días. Buenos días Elenita, a ver, vamos viendo. Asiento Elena. Ya. Muy señores nuestros, me es muy grato, y en la seguridad que será del interés de ustedes, sírvase encontrar adjunto, pese a lo cual, de manera que, en consecuencia, agradecido de su atención, siguiendo el curso de nuestra conversación de, en nuestra atenta de fecha, pueden estar seguros, y hago propicia esta ocasión para. Perdone, un momento Elenita, aló, sí, diez por ciento sólo al contado, imposible a noventa días, ni a sesenta, bueno, en ese caso es por mayor, gracias, gusto de saludarlo. Seguimos. En su referencia, no se trata de, y aprovechamos la oportunidad para saludarles muy atentamente y reiterarnos,

y, sí Elenita, haga no más pasar al señor, estaba citado, usted sabe cuál carpeta, adelante señor, asiento tenga la bondad, claro, gracias Elena, aló, perdóneme un segundo señor, aló, no, no puedo subir ahora, ¿de Impuesto Internos?, por supuesto que está fondeado ese libro en mi casa, nos vemos, señor usted decía, le explico, sólo el diez por ciento más los gastos de fob a cif, luego cuotas semestrales hasta completar cinco años, los derechos de aduana se difieren igualmente y además. No le creo Elenita, quien lo hubiera dicho ahora con el contador, bueno, como los dos son casados, pero el es tan contador para sus cosas, peligroso, puede enamorarse y no le va a cuadrar la cosa. Aló, aló, dime, no seas imbécil, claro que sería la venta del año pero si el cheque sale malo quién se come la chirimoya, por ningún motivo. ¿Ha llegado Pérez? Elenita, usted tiene el diario en su escritorio, gracias, no, no la he visto usted sabe que voy poco al cine, sí, es muy bonita, no me diga, ¿sale así toda enterita?, claro que iré a verla. Hágalo pasar. Buenos días. Lo comprendo, no, ese rubro no, lamento, gusto de conocerlo. Qué tal Pérez, lo siento, comprendo lo que debe significarte, pero si es como dices, de media cancha, ni miope, debieron cambiar ese arquero de inmediato, claro, los dirigentes. Elenita, podría llamarme a y después a y si me llamara el señor de, no estoy. Un cafecito, no, muchas gracias, voy a almorzar temprano con. Por favor, ciérreme la puerta Elenita, no estoy para nadie. Vaya, qué floja estaba la casilla, thank you very much for your, please find enclosed, we received your, sincerely your, Aló, aló, hoy me es imposible, tengo citados a los vendedores a primera hora de la tarde, mañana me parece perfectamente bien, a las cuatro, adiós, gracias a usted. Dear Mr. and of course if, let us know, we appreciate very much, do not hesitate, yours very truly. Hasta la tarde Elenita, estoy aquí alrededor de las dos, que no se vaya ninguno, por si me atrasara. Buenas tardes don, aperitivo, no, gracias, sí, los erizos se pueden comer aquí con toda confianza, qué, los hippies sería distinto si trabajaran, blanco del Rhin perfecto, bueno quizá, no esté todo tan revuelto y lo que pasa es que exageramos, en eso tiene usted razón pero ve cómo el Che terminó siendo un elemento de decoración de interiores, ajá, y por supuesto, gran aporte a la cinematografía, salud, qué curioso, ¿no? y Mao, sí, gran aporte a la moda occidental, ajá, y en China best seller el hombre, a mí también así medio crudo, salud, yo creo que ahí salió perdiendo Onassis, sí, pero no creo que un buen ejemplo sea lo que está ocurriendo en Vietnam, cuando dicen que todo depende del uso que se haga del LSD, en eso estoy de acuerdo con usted don, primero la píldora, después el popó y al último el papa, no, la televisión no terminará con, eso sí que no,

entre Chaplin y Jerry Lewis le diré que, salud, ya, le escucho, entremos en materia, postre no, café grande, bajativo tampoco, tal vez usted don, pues bien pese a todo lo que usted me dice si sus competidores se acogen a este crédito será porque, ¿no le parece?, me comprometo a eso, no lo dude, nuestra firma usted sabe, estoy seguro de que no se arrepentirá. Claro, caminemos juntos hasta. Buenos tarde Elenita, ¿están todos dentro?, buenas tardes, tomen asiento, acomódense, éste es el último lunes de reunión, el próximo empezamos la promoción semestral y por eso me estaba reservando esta oportunidad para exponerles cómo creo yo que, y en primer lugar me parece, y querría decirles que, y luego, porque, y ustedes seguramente estarán de acuerdo con. Hasta mañana Elenita. Primera, segunda, directa. Hola querida, como todos los lunes, no, podría despertarla, tú sabes, tiene el sueño tan liviano, nada querida, nos servimos algo con los vendedores en la misma oficina, un whisky, claro, venga, y qué decían, debieran divorciarse, te acuerdas que el otro día le dijo que si el divorcio no era el fin natural del matrimonio era cuando menos el único inteligente, ¡qué cuñado!, desde luego sería lamentable por los niños, ajá, ¿cuándo?, el miércoles no, estamos invitados a comer por, avísales no más que vengan al día siguiente, llegaré temprano, sí, él es muy simpático, bueno, si quieres tener más gente, al fin y al cabo es viernes y el sábado me dejarás dormir hasta tarde aunque mi gotita de miel quiera que, no me digas, ¿eso dijeron?, me parece que. Y.

Pero a veces pienso que debería haberme ido con Mónica, porque tantas cosas, tantas cosas que hacíamos y cómo nos gustaban y cómo desearía volver a hacerlas. Ella me esperaba por las tardes bajo el pórtico del cerro Santa Lucía y ya antes de verla yo la veía desde lejos con su abrigo de pana gris y su cabello negro encintado y derramándose hasta sus hombros. Y entonces mientras apuraba el paso hacia el encuentro, la ciudad se iba quedando sola y cuando nos abrazábamos ya no estábamos más que yo y ella y la ciudad era nuestra. Y era nuestro el misterio. El misterio de la noche que venía imperceptiblemente venciendo los matices desfallecientes del atardecer, el misterio de las calles que eran umbrales, el misterio de los edificios que eran embozos. Y luego tan pronto estábamos frente a frente en El Colonia o en el Da Carla, el misterio de los recuerdos, que era lo más extraño, porque cómo no iba a ser extraño que ya tuviéramos nostalgias con Mónica, cuando nuestro pasado era un ayer tan reciente, un sólo otoño, casi un puro presente, es que nuestra manera de amarnos también era un estar añorándonos y reañorándonos, un estar evocándonos desde las primeras veces, recreando las imágenes y las palabras desde el primer día y te acuerdas cuando tú entraste y yo buenas tardes

tome asiento, como si no hubiera entrado contigo qué, qué entró contigo Mónica, usted es la recomendada de, se trata de un reemplazo usted sabe, un mes, claro, por ningún motivo más de un mes, detesto trabajar de secretaria, y le parece una declaración que habla a su favor señorita para que la tome, por favor, no me diga señorita, Mónica me llamo, pero no me tome en serio, le ruego olvide la mediación de, yo sabré desempeñarme, perdone mi frescura pero hay algo en la formalidad de las entrevistas y en la formalidad de cualquier cosa que, y te acuerdas cuando y cuando y cuando hasta que entre la oscuridad y el vino caliente de la Posada del Corregidor, mi pobre tonto, creías que eras tú quien guiaba, quien había estado guiando con tu ingenuo procedimiento jefe secretaria, qué le parece un traguito a la salida, usted conoce el driving tal, mi pobre tontito, claro, vamos, y el mejor antipasto lo sirven donde, podríamos ir, ¿no es cierto?, mi pobre leso, creías que guiabas, ¿te gusta la comida china?, me encanta, voy cada vez que puedo, los conozco todos, sí, yo también prefiero ése, el Miraflores, ni zonzó, ni cretinito, te quiero hartó, porque eras tan bobito, y seguías creyendo que guiabas cuando era yo la que asintiendo, asintiendo, claro vamos, te llevaba de la mano, del hociquito, te quiero hartó, hartó, cuando entraste yo ya estaba metidita bajo las sábanas y me gustaste por la ternura más que porque fueras muy buen amante, pero eras amante, amante, porque era tan amante que me besaras también tanto las manos y los párpados y no me buscaras sólo el placer sino también la sonrisa, y que supieras sin fiereza renovar el sinaliento y atesorarlo, atesorarlo, sobre todo atesorarlo en un abrazo entre continuo y contenido, atesorando, así, atesorando, y que te durmieras sobre mi pecho para despertarte sorprendido de los latidos de mi corazón como es posible que lo tengas ahí dentro cuando yo creía que me lo habías dado a mí, Mónica, amor mío, ves que no me has dado tu corazón. Y te acuerdas cuando íbamos ese fin de semana a la playa, yo me acuerdo mucho de esa vez por eso que tú dijiste, Mónica, y qué fue el comienzo de tu partida, íbamos bordeando la vertiente grande, esa que decías parece un lago del sur trasplantado, cuando, mira, mira, para, frena aquí, querido, frena, frena, y te bajaste y corriste como una ráfaga hasta el mismo linde de las aguas cuando yo llegué hasta ti me abrazaste con fuerza, y me pediste que te besara mucho, que te ahogara de besos, y después cuando regresábamos y era de noche y pasábamos frente al mismo lugar tú, sabes lo que me pasó querido, esto que secretamente me ha pasado otras veces al ir encajetada en un auto, en un tren o en una micro, me ocurre que de súbito a través del ventanillo veo algún paisaje que me llama, como que me grita un paraje y

entonces me veo en él, allí, tendida bajo un sauce o junto al lecho de un río o ascendiendo hacia una cumbre o internándome por una espesura o flotando entre espadañas flotantes o perdiéndome por un camino perdido y, no me digas así tontita ni que me madura la lesura, es cierto que me ocurre y entonces me dan unas ganas de romper el ventanillo, salirme, dejarme caer, irme y quedarme por ahí como, como qué, no sé, tal vez como un ser medio pájaro para en cualquier momento partir, levantar el vuelo, emigrar a cualquier parte. Te acuerdas, Mónica, que ese fue el principio del final, porque luego, vamos, vámonos querido, vámonos, por qué no lo abandonas todo si nada de esto te coge de adentro, tu sabes que es así, vámonos, qué importa, lo importante es irnos, y vivir, hacia donde sea, sería vivir, que ya me ahoga esta ciudad y esto de andar así contrefñidos, sería, sabes cómo siento que sería, sería como si juntos rompiéramos el ventanillo, ves, amor mío, tú, cómo no quieres también desprenderte, si también quieres, ¿no es cierto?... Pero. Pero a veces pienso que estoy bien como estoy. Sin embargo, debería haberme ido con Mónica.

RAMIRO RIVAS

(Concepción, 1939)

LA CAIDA DE MIKE

El nombre de mi amigo me había causado siempre extrañeza. Diría —lo puedo asegurar ahora que tengo el tiempo exageradamente libre para pensar cosas inútiles—, mas bien, una cierta curiosidad. En un principio sospeché de un apellido inglés. Pero nunca imaginé que fuera Sanhueza, ni menos que por parte de madre cargara un Chandía. Sin embargo, a mi amigo le decían Mike. Y todos le decíamos Mike. Era bonito nombrarlo, en una sola sílaba, como un escupitajo, seco rotundo, con las copas a medio vaciar, con la lengua aún despierta y elástica para decir: ¡salud, Mike! Y él sonriendo, armado de esa semisonrisa que tenía, como arrepiñándose, con sus ojos pequeños brillándole tras los gruesos cristales, el pelo lacio caído sobre la frente y la juventud, a su vez cayéndole a pedazos sobre las diminutas mesas del "Globo Rojo". Era bonito, recuerdo: los parroquianos en una sola boca la brutal carcajada, el bullicio partiendo la noche espesa del exterior, el dominó interminable y el golpear de los vasos sobre las maderas relucientes por el eterno trajín de la malaya, secando el vino derramado. Sí, era bonito, y bonito eran los encuentros de los muchachos, los amigos de Mike, no muchos, cuatro o cinco, a lo sumo, sus conversaciones a media voz, tan jóvenes, y mi vaso siempre desbordante, tan atentos los muchachos, si a veces hasta se me caían las lágrimas, estoy un poco viejo, lo reconozco, además que el trago me tiene sentimental. Yo había sido duro, como ellos, claro que no llegué tan lejos, la Universidad fue algo inalcanzable, siempre fui pobre, estudié como pude, trabajé en lo que vino y por ahí tuve un hijo, estará como Mike, sí, debe tener su edad, y también era rubio, quizás no use lentes, debe ser un pobre diablo, como su madre, ah, ya me está entrando la pena y en el "Globo Rojo" no hay lugar para las tristezas. Mike no aceptaba las tristezas. No eran nada de sentimentales los mocosos. Querían ser duros los pichones. A veces me daba por reír cuando el vino me bailaba en la cabeza y los veía conversar tan callados, tan fruncidas

las cejas. Entonces Mike se enojaba y me salía con esos sermones largos, explicándome la revolución de no sé quién, y mi deber ciudadano consciente, sí señor, yo apoyo la revolución, de acuerdo, ¡salud! Era un gran muchacho este Mike, no puedo dejar de reconocerlo, aunque ahora me venga toda la rabia... Pero en el "Globo Rojo" se olvidaba uno hasta de las tristezas. Si todavía recuerdo la felicidad que me produjo cuando Mike me invitó a sentarme a su mesa. Yo estaba en la barra, prolongando inútilmente mi vaso de tinto. Pronto me di cuenta que Mike sería mi amigo. Sabía beber el mocoso. Pero algo me desagradaba en su persona. Era una como semisonrisa. Me molestaba más ver su boca torcida que cuando la agarraba con la revolución. Las primeras veces no me di cuenta que esas simples reuniones tenían carácter político. Yo creo, ahora, que el trago me embotaba demasiado la cabeza. Por eso les dije que sí cuando me ofrecieron que los acompañara al aeropuerto. Me asignaron un trabajo sencillo, así que acepté. No me convenía perder la amistad de Mike. Yo estoy un poco viejo y hace dos años que no encuentro trabajo. El vino está cada vez más caro y con Mike... Total el trabajo era sencillo. Recuerda, viejo, las instrucciones. Al primer paco que veas acercarse con aire sospechoso, silba con toda el alma. Nosotros estaremos apostados al lado derecho, junto a los periodistas. El tipo bajará del avión con su comitiva y cruzará frente a los reporteros, ¿entiendes? Sólo debes cuidar nuestras espaldas de los pacos. Al primer despliegue peligroso, silbas. No falles viejo, que después habrá mucho que tomar. Gran tipo este Mike. Me bastaba silbar con toda el alma. Era sencillo. Y después el vino cayendo a borbotones en la garganta, y la mente turbia, la lengua estropajosa tratando de modular las palabras, de participar en la conversación de los muchachos. Viva la revolución, Mike, y Mike con su media sonrisa y sus ojillos oblicuos, brillándoles tras los gruesos cristales, y el vino rojo sangre en los vasos, en las gargantas sedientas. Si ahora que recuerdo me entra toda la rabia... Pero en el "Globo Rojo" no hay lugar para las tristezas, ¿verdad, Mike?, como tampoco esa tarde hubo lugar para el silbido, con toda el alma, viejo, no vayas a fallar. Sí, Mike, entendí, con toda el alma y después a tomar; pero no pude, muchacho, no me vas a creer, no me crearás, nunca, quizás no te quedó tiempo para creer, sucedió todo tan rápido, ¿recuerdas?, trata de recordar, yo quise hacer lo mío, te lo prometo, hijo, sí Mike, yo no compartía tus ideales, estoy viejo, ya casi no puedo pensar, no tengo inquietudes, no aspiro a nada, sólo deseaba cumplir por beber unas copas, no me avergüenzo, yo no entendía bien tus intenciones, ni la de los muchachos, además le había puesto unas copas, los huesos están

viejos, los músculos flojos, de alguna manera había que reunir un poco de valor, Mike. Ahora puedo reconstruir todo lo sucedido, como si lo estuviera viviendo de nuevo. Fue todo tan rápido, el gentío agolpado en la pista de aterrizaje, ustedes corriendo en dirección a los reporteros y yo casi en andas por el público. Sí, recuerdo con claridad, los divisé aguardando ansiosos, me miraban, hasta que me hiciste una seña, Mike, un gesto pequeñito, casi inadvertido, que rescaté oportuno, sólo para que veas que estaba cumpliendo, tratando de cumplir lo mejor posible, con la vista clavada en los pacos, como tú me ordenaste, había muchos más de los que ustedes imaginaban, me escocían un poco los ojos de tanto seguir sus movimientos, si hasta temía parpadear, puede suceder algo y no estoy atento, pensaba, pero así y todo vino el estrépito cerca de mis orejas, temblé, sí, lo reconozco, temblé de pavor, estoy viejo, Mike, reconoce, el miedo me agarraba de muy abajo, los motores ensordecían, de pronto el avión frente a la muchedumbre y los pacos formando un círculo alrededor del público, cerrándoles el paso a los periodistas, alcancé a divisarte en los momento en que cruzabas por sobre los cordeles de contención, la puertecilla del avión abriéndose como una boca para dar paso al personaje aguardado, con una franja tricolor en el pecho, y su descenso lento, seguido de la comitiva. Esa mirada fue lo que me perdió, Mike, comprende, vi tarde al paco agarrar la carabina con ambas manos, y el estampido, y luego la huida de la gente, las carreras, mi cuerpo en tierra, los pies golpeando mis brazos, trataba de cubrir mi boca, pero ya era tarde para el silbido de advertencia, estaba muerto, muy adentro, en la garganta, si todavía lo siento muerto en la boca. Mike, tú sabes, estoy viejo, los reflejos se ablandan, además me cuesta mucho silbar fuerte, con soltura, la placa me lo impide, está un poco suelta, no tengo dinero para hacérmela revisar por el dentista, tú debes comprenderlo, muchacho. Por eso ya no tengo rabia contra ti, Mike, a pesar de todo lo que ha ocurrido desde entonces, a pesar de los muchos días de encierro, de golpes, de interrogatorios y acusaciones. No he querido hablar mal de ti. Sólo he preguntado si podía verte. Me era necesario hablar contigo. Pero me lo han impedido. Y vuelta a insistir que cómo te conocí, por qué me reunía con los muchachos en el "Globo Rojo", por qué fui al aeropuerto y no sé cuántas cosas. Parece que todo va a salir mal, Mike. Ya lo presiento. Es el mismo presentimiento que tuve en el aeropuerto al separarnos, el mismo presentimiento al mirar tu semisonrisa de despedida, la encontré más fría que nunca, Mike, como si la muerte ya se hubiese aposentado en ella para extenderse hasta nosotros. Pero nunca imaginé que iba a suceder en esta forma, muchacho. Y

ahora no me permiten hablar contigo, sospecho que te niegas. Hasta es posible que me hayas traicionado. No importa, Mike, ya nos veremos las caras. Sí, todo está claro, mezclo mucho las cosas ahora que lo sé todo. Perdona. No me resigno a lo que me han informado hace un rato, si eras como mi hijo, eras demasiado joven para morir, todo porque no alcancé a silbar a tiempo, con toda el alma, viejo, no falles. Ahora me han declarado culpable, cerebro de una obscura confabulación terrorista. Así me dijeron. Tú sabías, Mike, que yo no entendía de esas cosas. Pero ya es tarde, no estás para desmentirlo, todo terminó para este viejo. Sólo siento que ya no tendré a nadie, como tú, para que me dé un silbido de advertencia cuando llegue la hora de la ejecución. Y aquí en la celda, como en el "Globo Rojo", ¿recuerdas, Mike?, tampoco hay lugar para las tristezas.

ANTONIO SKARMETA

(Antofagasta, 1940)

LA CENICIENTA DE SAN FRANCISCO

Así que cuando Garth Winslow y Suzie Sun sacaron la guitarra del desvencijado armario y Winslow se escupió las manos y afinó un minuto después la guitarra tocando un prístino "la" en la primera cuerda, y Suzie no hacía otra cosa que humedecerse los labios que la flácida cerveza americana había secado al fluir entre sus dientes, y todo parecía indicar que el asunto iba a andar bien, y que Winslow estaba dispuesto a poner patas abajo el mundo y estacionar el corazón en su justo lugar, y después de cantar esos *blues* y canciones mexicanas no cabía duda que entraría airoso en el cuerpo de Suzie Sun descargando su amor al mundo acumulado en las pacíficas noches de Roble Road, sobre la meseta de Berkeley, y sería recibido amablemente, me di vuelta hacia Abby, que agujereaba una lata de la sucia cerveza *Blue Star*, y le dije en un perfecto y natural inglés que "bueno". Este bueno indicaba a la mano de Abby, que ahora extendía sus delgados dedos sobre mi mano y los oprimía haciéndome sentir la fragilidad de sus huesos, que aceptaba ir con ella hacia la escalera de servicio del edificio, treparla, embromar a los pacíficos vecinos que reposaban de sus tiernas actividades en sincopado y ruidoso diálogo sobre las almohadas con los crujidos de sus apolillados escalones, y alcanzar así a lo que ella llamaba con sugerente voz el *attic* y que resultó ser, cuando estuvimos arriba, un mugriento y adorable entretecho igual al de mi tía en su casa de tres pisos en Santiago. Sólo que aquí tú veías la bahía de San Francisco, y cuando la noche empezaba, la noche clara de San Francisco, si entrecerrabas los ojos y mirabas por la ventanilla, que tuviste que limpiar pasándole los dedos para lograr una visibilidad aceptable, la multitud de coches que atravesaban el puente que une a la península con Okland y Berkeley, donde esa misma tarde me había echado una despanzurrada siesta en la casa de J. L. Stevenson (echa pedazos y poblada de perros pulguientos que René Deans amamantaba con maternal ternura, la misma de J. Stevenson, el cochino pirata del

que me había tragado una tarde de infancia en Antofagasta su *Isla del Tesoro*), parecía un movimiento de cosas como estrellas, lagartos luminosos, gigantes reptiles que hicieron bien a mi alma. Y después le hicieron mal, porque evoqué con una especie de extraña intensidad una leyenda mapuche que dice que aquel niño que ve una noche por primera vez luciérnagas sobre las matas del maqui y la segunda vez parece no saber lo que las inquietas vibraciones lumínicas del aire significan, no las reconoce como luciérnagas, hijas de dioses opacos y subterráneos, no tardará la muerte en enredarlo, y generalmente es una crecida del río, y del cuerpo flotando golpeando contra las ramas quebradas de la ribera, o la casa desierta y la madre, sin una mueca en el rostro, esperando meses que el hijo baje de los cerros, el hijo que ella sabe reposa en las vísceras de un puma que se lo ha almorzado sin asco, o petrificado, cercano al volcán, tallado en la nieve de la majestuosa montaña que nos dio por baluarte el Señor. Y eso fue lo que hizo mal a mi maldita alma, porque San Francisco me tenía cogido en su enigma, en su ciudad de muerte, nutriendo su bestial heroísmo del misterio, de las luces arrancadas al enigma por la gente que se ama silenciosamente, sin hacer alardes, demasiados sabios para tirar a la broma la vida.

Saqué los ojos del puente y me di vuelta hacia Abby que me miraba concentrada, pensando quizás qué diantres era lo que me pasaba por la cabeza que me hacía parpadear con las cejas fruncidas y meterme distraído los dedos en las narices y rascarme los pelillos interiores, hasta sacar algunos y limpiármelos sobre el pantalón. Intenté ver si en la habitación había algún diván, o una alfombra o cualquier cosa blanda sobre la cual echar a Abby para que no se ensuciara cuando me echase encima y le contara cierto secreto con el aliento y la alegría de un cuerpo compañero, destrozándome en gotas grasas y gelatinosas que se anidarían con ternura en el hogar estrellado del planeta. Pero lo cierto es que no había allí ni siquiera un ejemplar del *San Francisco Herald Tribune* que pudiésemos extender y hacer las cosas como un par de seres civilizados. Al mismo tiempo me bajaron grandes ganas de hacer orina de cerveza yanki, y me daba no sé qué arrimarme a la pared y hacerlo delante de Abby, y entonces, pretextando una extraña necesidad de soledad en un inglés que ni el mismísimo diablo entendería, la abandoné, fui hasta la escalera, y oriné como un gran señor sobre cada uno de los peldaños. Luego, sólo por hacer tiempo, pasé el pie derecho sobre la charca y traté de limpiarla por lo que pudiera pasar. Descendí a tientas, sintiendo en mis manos el polvo fresco de la baranda y llegando al entrepiso, cogí la caja con

seis cervezas que se me había ocurrido traer por si se nos secaban las gargantas. Cuando volví al entretecho, Abby estaba apoyada contra la ventana, el rostro vuelto hacia el interior del cuarto de modo que los reflejos venidos de las luces exteriores, semáforos y luminosos, eliminaban sus rasgos y diseñaban a gruesos trazos sus formas. Uno no sabía si era la misma Abby que había dejado allí minutos atrás, o una niñita de ocho años mirando entrar, desde su mundo infantil, a su cueva al oso que yo parecía ser envuelto en mi chaquetón marrón con cuello de pieles. Como sea, la imagen suscitada en mí, la presa justa para el animal desarraigado hambriento de tenura, alteró mis pasos nerviosos, y abriendo ambos brazos como dispuesto a ahogarla en un apretado encuentro, empecé a caminar hacia ella levantando las rodillas y marcando con estrépito los aletargados troncos como vi alguna vez que lo hacen los osos que trabajan en las películas. La muchacha se echó a reír sin ambages, poniéndose las uñas sobre la boca, gesticulando como atemorizada, aunque sin moverse con gestos que ahora lograba percibir habituado a la penumbra, y agradecí en silencio que ella continuara este juego, esta especie de jungla que había establecido con el propósito de poderla coger primero, como jugando, y luego apretar mis piernas contra sus muslos y luego besarla en la boca y tocarla en los senos, a ver si resultaba algo de todo eso. Cuando estuve a un paso para acentuar la emoción del momento me detuve y me golpeé la caja torácica con ambos puños acompañando la acción de ciertos supuestos gruñidos de oso hambriento. Luego me acerqué más aún y mientras ella se apretaba contra la pared lancé como zarpazos los brazos intentando aferrarla. Justo en ese momento se escurrió y fui a dar de cabeza contra la pared en tanto la muchacha corría presurosa a refugiarse en la esquina opuesta de la habitación, burlándose del pobre animal que como un crucificado se apoyaba sobre el muro y asomaba su cara risueña por la ventana, mirando otra vez las luces de los autos sobre el puente y el inmenso luminoso *Hertz Rent a Car* que había sido encendido a la distancia. Aquí se me hizo presente que el juego cobraba dos alternativas; me ponía a perseguirla por toda la habitación gruñendo y saltando como un oso eficiente hasta atraparla y tirarla al suelo, o bien me quedaba allí, contra la ventana, simulando un llanto de oso grande, pero bueno, que le gustaba el mundo, pero no sabía qué diablos hacer en él; sin encontrar desde hacía un mes una presa que le facilitara hacer las cosas y le compartiera sus virtudes celestiales acogiendo al animal en el hogar estrellado del universo, encarnando al monstruo en su ser, liberándolo por un buen tiempo de la madrecita soledad que tan mal venía tratán-

donos a nosotros pobrecitas creaturas del Todopoderoso. La imagen me fue penetrando, calando hondo, sentí como de golpe mis nervios se desplomaban y un efectivo y real sentimiento de tristeza, de chileno sentimental e hijito de su papá y de su mamá, comenzaba a desalojar al chileno cabrío y gritón, a suavizarle en la garganta las palabras mudas del castellano áspero con que maldecía y alababa el universo, y le introducía por los músculos del cuello y probablemente por los ojos castaños, levemente abiertos, una cosa que bien malditamente sabía que era la tristeza, como un dinosaurio acechando, esperando el justo momento para elevar su sagrada patita y depositarla sin piedad a la primera cedida, al primer bajar la guardia del corazón. Con la frente apoyada en el vidrio, sin hacer un gesto, la tristeza, lenta y enorme, empezó a manar desde mi nuca hacia atrás, por los agujeros del chaquetón desde el fieltro de mis pantalones bendecidos con la grasa de las *pannes* de nuestro Plymouth 49, buscando el preciso blanco de la mano de Abby que acechaba muy cercana a mi espalda. Si alguna fe tengo en los dioses, me la acaparan sin duda los dioses resignados del silencio, los quietos dioses que interceden para labrar el lenguaje terrícola, animal, primitivo, coloquial sin diálogo, hiriente, atractivo como los límites de la razón, cada partícula del cuerpo emitiendo señales del hombre cocinado en la salsa de su propio enigma, testimoniando allí, con un leve temblor de los dedos, con una cierta luz en los ojos, con un modo de caerse y erizarse el cabello, con una manera honesta de sentir los genitales, con una suerte de temblor de los músculos de los brazos, y de los pómulos, y de los músculos del trasero y de los huesos de las piernas, desplazados de su independencia y bañados de uno mismo, haciéndote saber que la rótula es tuya, y el peroné, y los cartílagos, y las arterias sonando y tú escuchándola fluir y golpetear la sangre contra las venas, y las contracciones y dilataciones del esfínter, y el roce de la saliva cargada del sabor agrio de la cerveza raspándote las amígdalas, y toda la azul maravilla de tu cuerpo y de tu alma que testimonian el enigma, esgrimiendo como una ridícula joya tu angustia pasajera, tu sin sentido no tan pasajero, y tu estilo honrado de existir, que maldita sea su grandeza, doliéndose aún hasta de lo que no se tiene, y bendito porque el sabio dios del diente chueco y la sonrisa agridulce asomado entre la áspera contextura de su máscara, te transforma en imán, y atraes el acero, y todo confluye en ti, y en ti se acaba hermano, y renace en ti y no pasará un segundo antes que te excites y seas inmortal, y te digas eres un maricón si te dejas comer y no mereces a tu compañera, ni te mereces el misterio, ni debes parir hijos cobardes que trabajen en serviles bancos y

enseñen en colegios para señoritas, y te fuerce a ser el hombre que eres, y una hombría real, surgida de las derrotas, de las pisadas de los dinosaurios, un macho que te nace de la cabeza, y del vientre, te pone las dos patas en el mundo y esperas confiado lo que venga, y no te vas a andar con chiquitas ni remilgos ni gestos llorones cuando te rodeen los brazos de la mujer cogiéndote la cintura y te diga: ¿Niño, muchacho, muchacho, qué te sucede? en un idioma que no es el tuyo pero que ahora lo vas a hablar con jactancia, como un actor shakespereano, porque no hay cosa en el mundo que no sepas cuando se aproxima el momento de la llegada de los ángeles, y puedes responder: Nada, no me pasa nada, y decir en inglés lo que estabas pensando sin omitir palabras, hablando con las patas, con las cejas, con la lengua mascada entre los dientes, con las carcajadas si es que te falta el vocabulario para pronunciar al fin la única palabra que puedes decir: yo aquí, existiendo. —Nada, no me pasa nada, estaba pensando— dije a Abby.

Me di vuelta y le cogí la cabeza entre ambas manos, y le acaricié el pelo y la besé en la frente, y en seguida puse mi mano en su nuca, y sostuve la misma mirada con que ella prometía su compañía aquella noche. Pronto la había rodeado y le acariciaba todo el cuerpo y sus manos presionaban mi espalda, y la aparté un segundo y me despecé del querido chaquetón y tirándolo en el suelo, recosté a Abby sobre él y yo me eché a su costado y proseguimos acariciándonos sin hablar hasta que yo introduje la mano bajo su vestido e intenté desnudarla, porque entonces, para mi sorpresa detuvo mi maniobra cogiéndome la mano, y yo paralizado la dejé quieta sobre su vientre sin saber qué hacer; en cuanto ella aflojó la presión insistí en acariciarla y ahora sí ella se dejó hacer, pero cuando tiré de la ropa hacia abajo, se afirmó contra el suelo, dificultándome mi intención.

—¿Por qué no? —pregunté.

Estaba muy excitado, aunque sin rabia.

—No sé —dijo—. Tú te vas mañana a México. Nos conocemos desde hace tres días. Aún no sé pronunciar tu nombre.

—Antonio —dije levantándome y yendo hacia la ventana—. Antonio.

—Antonio —dijo—. ¿Está bien?

—Está bien —dijo—. Ahora ya lo sabes.

Se sentó sobre el chaquetón, cruzando las piernas. Con la mano derecha acariciaba la piel, aparentemente sin saber qué hacer.

—No es eso lo que quería decir —dijo—. No sé nada de ti. Lo único que hemos hecho desde que nos conocimos ha sido cantar con la guitarra y tomar cerveza. Apenas sabes quien soy. ¿De dónde eres? ¿Por qué viniste a U.S.A.? ¿Por qué estás aquí conmigo? ¿Por qué no estás pasando esta noche con Suzie o con René Deans, o con cualquiera otra? ¿Me entiendes?

Ni que me hubiese analizado toda una vida, intentando hallar el débil núcleo de mi poder en el mundo; ni que hubiese estado meditando durante toda su linda existencia cómo tumbarme, cómo hacerme pedazos y reintegrarme al mutismo hosco del aturdimiento que cuando emanó de su garganta, con esa voz que ansiaba besar, la larga hilera de porqués. Siquiera hubiese preguntado por qué estaba con ella esa noche solamente y se hubiera callado el resto. Pero no; se traía unos porqués incisivos bajo el poncho; ni que se hubiera propuesto joderme, con esos por qué esto y no lo otro. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que le contara esa noche la historia de mi vida? Y qué historia sin cabeza iba a largarle si no le contara con pelos y señales la de mi padre, y la de mi abuelo Esteban, sumergiéndose en el Adriático desde un segundo piso en la isla de Brác, frente al puerto de Split en Yugoslavia cuando tenía dieciocho años; y qué historia sin cabeza y más estúpida la de mi abuelo, sin que le dijese quién fue mi bisabuelo Jorge, viviendo en una aldea campesina, hablando idiomas extranjeros y algunos cuantos dialectos, leyendo a Goethe en alemán por las noches y ordeñando las vacas en la madrugada, y contándole el *Fausto* a los pobladores cuando se trataba en las reuniones de estirar la lengua y acabar el vino dulce de Yugoslavia y la fuente con las gigantescas almendras, para mascarlas entre cuento y cuento, fortificándose mientras se le saca las entrañas a la leyenda, sin grandes aspavientos, seguramente distraídos, arrancando las migas de harina del pan, destrozando su celestial levadura, y haciendo con ellas apretados montoncitos para golpearlo con un dedo a lo largo de la tabla de la mesa, mientras la noche del sábado avanza y llega al amanecer del domingo, colorado y gordo como un gallo, poblado de campanas y de desayunos para los hijos que viajan a Split a las pruebas de los *sokols* o a las competencias del seleccionado de la patria contra los turcos o los rumanos; y a que porqué iba a contestar inteligentemente sin hablar de mi madre Magdalena que me parió sorpresivamente en noviembre del 40 en Antofagasta, y no en Brác, ni en Hiroshima, y del viejo Don Cosme, padre de Magdalena, displicentemente echando su vida detrás del mesón de un almacén apolillado en Prat esquina de Esmeralda, llenando incansables

cartillas de quinientos pesos para hincharse de oro jugando a los burros en la pista de arena del Hipódromo de Antofagasta, y de Elena su esposa, tejiendo calcetas y jerseys, y friendo en una cocina a carbón pejerreyes vivos saltando alegremente sobre la sartén; y saber responder por qué Cosme estuvo con Elena y la engendró, por qué Magdalena recibió a Antonio, mi padre, y me echó al mundo; y después saber responder por qué soy amigo de Manuel Silva, y de Samuel Carvajal, y de Fernando Vargas, y de Jaime Escobedo, y por qué obtuve un siete en un ramo tan insensato como la Lógica Simbólica cuando entré a estudiar la Filosofía en la Universidad, y por qué hay gente que desprecio y gente que amo, y por qué he escrito cuentos con títulos como *Al Trote y Describiendo con la Mano Derecha una Especie de Parábola* o *¿Quién es el Dueño del Mundo?*, y por qué soy escritor y no Ministro de Obras Públicas del Principado de Mónaco, o un pianista homosexual ejerciendo sus encantos en algún burdel de Vivaceta; o un sucio falsario inventando historias de neuróticas y escribiendo para regocijo de señoras con barbas, novelas rosas con palabras sucias y ribetes floreados; y por qué no me suicidé cuando tuve la real gana de hacerlo desde un décimo piso y me hice pichí en los pantalones de sólo mirar para abajo, y me dije inmediatamente déjate de huevadas, y me acosté serenamente y al día siguiente fui al colegio muy temprano y asimilé perfectamente el secreto de la clase de Historia de Chile de Carlos Fredes Aliaga, y me fumé un *Liberty* silenciosamente y en forma inteligente en los baños del colegio; y por qué el mar de Antofagasta no se me sale de la mollera; y la negra compañera de Río Janeiro, y yo y el loco de Malbrán echados sobre la playa Flamingo, mirando volar las palomas sobre el Océano Atlántico hablando de Platón, con la emoción de querer acostarnos con las dos muchachas que descansaban cerca, en traje de baño a diez metros nuestros; y la marihuana en Panamá y la nefritis que me jodió tres meses y me reveló el mundo mientras se me pelaba el trasero de tanto estar echado sobre la cama, y que por qué podía dar sin transmitir hasta por las orejas del amado William Saroyan, y del mismísimo Saint John Perse, que justamente metido en el bolsillo del chaquetón, aguantaba ahora el peso de Abby, con sus toneladas de porqués inocentes y superficiales, brotándole quizás como una protesta a la fugacidad de las cosas, y al sin sentido, y al hijo de un chiflado chileno que podría caerle en el vientre si no se andaba con cautela, y después de haberme dicho en un minuto todas estas cosas en el corazón le dije:

—Porque te amo, Abby.

Lo cual era la santísima verdad. Ahí mismo habría podido empezar a jurárselo por todos los santos y los dioses en que no creo hasta agotar la provisión de cosas celestiales y preso de la más mística emoción apoyarme agotado contra la pared y quedarme dormido como un percherón joven hastiado de correr sin rumbo. No tuve necesidad de hacerlo, sin embargo, Abby me miraba inquisitivamente tratando de avaluar el grado de veracidad de mis palabras. Al fijar mi vista en la suya, me percaté que no había sido demasiado convincente. Uno dice tantas veces la palabra amor, que al final ya no sabe de qué está hablando, y no sabe por consiguiente lo que uno calla, ni lo que se hace tiene sentido aparente, y entonces, cuando uno se percata del sonámbulo hijo de perra que uno es, ciego, negado del vislumbre, del resplandor primitivo de la palabra primitiva, paridora de seres donde hay la luz que revienta como un truco de circo barato (pienso en los conejos y las galeras de los prestidigitadores y en los pañuelos multicolores emergiendo al movimiento del tódopoderoso que es el charlatán) que nos deja boca abierta por toda la infancia, esa misma boca que el mundo nos va cerrando hasta dejar las dos hileras de dientes apretados una contra la otra y un rasgo desconfiado en los labios, y una sonrisa irónica que reemplaza a la carcajada abierta y la emoción de lo verdadero. Cuando eso sucede, cuando hay un ser limpio que te conoce, que no sería capaz de ser el charlatán absurdo que uno es, y te mira y te cala y te dice como el Dios sobre el Sinaí, yo sí, yo te conozco por tu nombre, y te dice Antonio, y suena algo así como Antounio, y tú no apartas la mirada y la sostienes dejándote bañar por la magia de lo prístino, y nada extraordinario está sucediendo, uno no podría hacer de eso una sucia película, ni fabricar una novela con cincuenta mil ejemplares de tiraje, cuando eso sucede, un muchacho que conquista el mundo cada vez que aspira un manojo de viento en San Francisco y en Santiago, y en Puerto Montt y en Rancagua, y en México, en Guadalajara, y en Nueva York, y no sabe lo que esta conquistando porque de algún modo ha perdido el mundo, de cierta absurda manera ha perdido el significado, si es que alguna vez hubo significado, de cierta cruel manera ha logrado evitar que otro, aquel otro que sostiene en sus manos la palabra, y la espada y la saliva bendita repartida por la lengua sobre los labios secos, testimonie tu inspirar, y contemple en éxtasis tu exhalido, echando al mundo el aire generado en tus vísceras, en tu historia, en tu historia del mundo, soplando como un dragón abuelos Jorges y papás Antonios depositándose esperanzados en alguna Magdalena o en algunas Martas, creando el futuro de la historia, cuando eso es lo que sucede, alguien, con los brazos caídos, apartado del

sin sentido de la palabra grandilocuente, está iniciando el viaje hacia su raíz propia, que no está en ninguna parte sino ahí, bajo la suela de tus malditos zapatos premiados con hoyos y orina y restos de papeles de cigarros, de tabaco adherido en barro y arena, listos como un par de bisturís para ser introducidos en la tierra que estás pisando, aunque sea la nada, o Santiago en una noche de invierno o Frisco en un entretecho maloliente, y nunca en un lugar, excepto el lugar que el testigo proporciona a tu ser desgañitándose, desperezándose, sacudiéndose la murria cancerosa que lo tenía hechizado, y sabiendo de un modo pasajero que la tierra del hombre no se extraña, porque la tierra del hombre está donde el hombre se encuentra, y no hay fuerza en la tierra capaz de hacértelo decir en otras palabras que no sea amor; sólo que esta vez no lo dije, sino que cojí una lata de cerveza y me la bebí entera, sin respirar, volcando parte en el suelo, con una alegría callada haciéndome alboroto en la sangre. Después cogí otra, se la ofrecí a la muchacha y me senté apoyado en la muralla frente a ella echando de cuando en cuando un sorbo para mantener la mano.

—Chile —dijo después de un buen rato.

Al principio no supe lo que quería decir con eso; si me estaba llamando, o estaba pensando, o le gustaba el sonido, o simplemente tenía ganas de mover la boca.

—Así es —dije, por si acaso.

—Chile —dijo ella, elevando la mano derecha y golpeando con la lata de cerveza el suelo.

—Chile —dije yo, haciendo que la cerveza excesivamente consumida me empujara la cabeza contra la pared y la dejara allí apoyada. Desde allí la vi estirar los labios y decir—: Chchchile.

—Chile —dije yo en forma seca.

—Chile —dijo ella arrugando la nariz y mostrándome los dientes.

Si se trataba de eso, yo no pensaba quedarme corto.

—San Francisco —largué, haciendo retumbar las enes en la nariz y toda la caja craneana, acompañando la voz con un aleteo de pelícano maltrecho, conciliador y amable.

—Son Fronsosco —dijo.

—Los oltollos de Son Fronsosco son hermosos o boones poro hosor el omor —dije con seriedad.

Me tendió la mano y cogiéndome me atrajo a su lado y me permitió compartir un buen pedazo del chiporro con que estaba

forrada mi chaqueta. Yo pasé mi mano bajo su nuca y nos quedamos mirando el techo.

—¿Qué haces? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¿A qué te dedicas? ¿Qué haces en Chile?

—Quiero ser escritor —dije.

—¿No lo eres ya? —preguntó.

—En cierto sentido sí —dije.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Me gusta la vida —respondí.

—¿Toda la vida?

—Toda.

—Las enfermedades y las guerras, y el dolor y la soledad ¿también?

—En cierto sentido sí.

Se quedó silenciosa. Yo quería que siguiera hablando y preguntándome cosas para que viera todo lo que había aprendido del mundo, pero lo que hizo al cabo de un momento fue cogerme la cabeza entre sus manos y besarme. Yo la rodé con los brazos y pronto estaba sobre ella besándole los cabellos y acariciándole los muslos. Ahora no se resistía, antes bien sonreía con los ojos bien abiertos, poniendo mucho de su parte en las caricias con una audacia que pese al estado exaltado de mi gran simpático, no dejó de asombrarme. Fuimos excitándonos cada vez más, hasta que parecía que no había más remedio que hacer las cosas cuanto antes, desprenderse del caluroso monstruo que acechaba transpirando sobre la piel. Pero por un motivo extraño no me decidía a liquidar la situación, me resultaba agradable, y lo único que deseaba era prolongarla todo lo que pudiese, hasta hacer reventar el momento en toda su grandeza; por primera vez no tuve prisa, y aunque Abby estaba dispuesta, detuve todos los movimientos, busqué a tientas el bolsillo de la chaqueta y extraje la cajetilla de cigarros y me serví uno, encendiendo otro inmediatamente para ofrecérselo a ella. La muchacha se había sentado y se ajustaba el pelo, atándose la parte posterior con un elástico. Yo, demostrando una serenidad ardorosa (así crearán los poetas, me dije) empecé a echar volutas de humo en forma de redondelas que se elevaban lentamente al techo, deshaciéndose en la atmósfera inquieta y tibia que habíamos instalado en el cuarto.

—¿Qué pasó? —dijo Abby.

—Nada —dije—. ¿Qué va a pasar?

—Creí que querías hacerlo —dijo.

—Seguro que quiero.

—¿Y entonces?

—Te esperas —le dije.

La muchacha abrió una boca de este tamaño. Evidentemente no entendía nada de lo que estaba pasando y aunque me mirara así, como buscando una explicación, bien poco era lo que yo podía decirle, porque yo tampoco tenía la más simple idea de lo que pasaba. Me sentía desconcertado, contento como un piojo y con unas ganas de amarla extraordinarias, pero allí estaba, echado hacia adelante, moviendo la cabeza como siguiendo el compás de una música, anhelando oírla hablar, retarme, o lo que me hubiera parecido más divertido, que se hubiera echado sobre mí, y me hubiera obligado a cumplir como hombre.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué haces?

—Soy actriz —dijo.

—¿Qué tipo de actriz?

—Actriz de teatro.

—¿De veras? ¿Dónde actúas?

—En un grupo nuevo. Teatro experimental. Teatro para niños.

—¿Y qué hacen ahora?

—La Cenicienta. ¿La conoces?

—No —mentí—. ¿De qué se trata?

Mientras me contaba la historia, con los zapatitos de cristal, y las doce campanadas, y las calabazas y ratones transformados en calezas y caballos, y el príncipe encantador, y me cantaba la canción mágica del bidibidabaldú, puse la cabeza sobre sus muslos y me dediqué a percibir su aliento sobre mi rostro, y a mirar las manos que subían desde mi cabeza enfatizando las escenas dramáticas en que aparecían hablando con voz nasal y gangosa las hermanastras perversas y bajaban dulces a posarse sobre mi frente cuando entonaba la balada de Cenicienta, y recorrían mis párpados durante la escena del baile de gala en palacio. Cuando finalizó la historia quedó en el entretecho un silencio bondadoso, y un calor grato rodeándonos como si hubiéramos calentado las maderas apolilladas sobre las cuales reposábamos simplemente charlando.

—¿Qué papel haces en la obra? —pregunté.

—La Cenicienta —dijo.

—¿En serio?

Asintió con un gesto.

—Bien —dije—. ¿Cuándo es la próxima función?

—Hoy. En Sacramento, a doscientas millas de aquí. Somos un teatro ambulante.

Me levanté de un salto.

—¡Diablos! —dije—. ¿A qué horas viajas?

—A las seis —dijo.

Fui hacia la ventana. La madrugada avanzaba. Una luz grisácea empezaba a diseñar la estructura de los edificios y el puente Golden Gate a la distancia.

—Perdóname —dije—. Necesitas dormir. Yo no sabía.

—Está bien —respondió—. Hay tiempo. Iremos en mi auto, Pasaremos a recoger a algunos actores y seguiremos viaje a Sacramento. Acércate.

Me arrodillé a su lado y nos besamos.

—A las ocho nos vamos a México —dije—. Fernando Varas y Winslow. Van también René Deans y Gastelards. Cuando termine la función podrías coger el bus hacia la frontera. En México nos divertiríamos. Podrías aprender el español y divertirnos como Dios manda.

—No puedo —dijo—. El martes actuamos en Phoenix; el jueves en Redlands y el domingo vamos a Los Angeles. Tenemos contrato por un buen tiempo.

—Lástima —dije—. Esto podría haber dado para largo.

—Quizás vaya a Chile —dijo—. Puedes darme tu dirección. Te llamaré por teléfono. ¿Tienes teléfono?

—Sí —dije.

Al tratar de recordarlo noté con agrado que lo había olvidado totalmente. Al mismo tiempo se me hizo presente la casa, mi familia, el local del Instituto Pedagógico donde estaba estudiando, pero todo como un bloque confuso donde no podía distinguir detalles, los mismos odiosos detalles que, grabados todo el día en Santiago, me habían puesto los pies en un barco de carga, para venir a Estados Unidos, con el propósito de mandar al diablo el peso de la vida vacía y monótona de la patria.

—Todo va muy bien entonces —dije en voz alta aunque hablando para mí—. Se podría empezar toda la historia de nuevo. Podría ser perfectamente.

—¿Qué dices? —preguntó Abby.

Había hablado en español. ¿A qué venía en ese momento contarle la historia?

—Chile —dije—. Estaba pensando en Chile.

—Chile —dijo ella—. Es divertido el nombre. ¿Dónde queda Chile?

Le pedí que se apartara de la chaqueta, y saqué del bolsillo interior un libro.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un libro tuyo? ¿Ya has publicado?

—No —contesté—. Este es un libro de Saint John Perse. Se llama *Anábasis*. Quiero mostrarte algo.

Busqué entre las páginas del tomo un papel muy doblado que allí guardaba, que no lo había estudiado desde la mismísima noche que zarpé de Tocopilla. Cuando lo hallé, lo extendí sobre el suelo, aplanando con las palmas de las manos toda la doblada y arrugada superficie. Le hice una seña a Abby, pidiéndole que se acercara. Permanecimos de rodillas, ubicados estratégicamente de modo que la escasa luz cayese directa sobre el papel.

—Un mapa —dijo—. Es un mapa de América.

—De acuerdo —respondí.

Apunté con el índice a un lugar en el extremo superior de la hoja, y le pregunté:

—¿Reconoces esto?

—Viejo y loco San Francisco —dijo riendo

—Atención ahora —dije.

Con la mano abierta empecé a descender lentamente, silbando entre dientes, hasta quedar a unos veinte mil kilómetros al sur.

—¿Qué es esto? —dije, mirándola a los ojos.

—Chile —respondió, absolutamente segura.

—No —dije—. Todo esto es Sudamérica. Ahora fíjate bien.

Trasladé el índice hacia la costa del Pacífico, y le señalé un montón de manchas cafés que se extendían alrededor de veinticinco centímetros.

—Esto es la Cordillera de los Andes. Cuando me levanto en las mañanas y voy a la Universidad, veo siempre sus montañas nevadas. Y aunque a veces ando cabizbajo y emputecido de cuadra en cuadra, no puedo dejar de echarles una mirada furtiva, y por un tiempo esas miradas me bastaron. ¿De acuerdo? Bien. Díme ahora. ¿Dónde está Chile en este mapa?

Abby me miró fijamente y puso su mano sobre mi espalda. Después ladeó el cuello y contempló con una mueca meditativa el papel.

—Aquí —dijo golpeando con el puño un territorio verde y extenso.

—No, señor —replique—. Eso es la Argentina. Un gran país. Mira aquí.

—El mar —dijo.

Hizo un gesto de niña taimada y agregó:

—Mira Antonio, si ahí está el mar —indicó con un dedo el azul del Pacífico— y aquí la Cordillera de los Andes, que tú ves todas las mañanas cuando caminas emputecido por Santiago, y aquí está la Argentina, entonces Chile está en la Argentina y tiene que ser esto que está aquí.

—No —repliqué—. Lo que estás mostrando es Mendoza. Una ciudad de Argentina.

—¿Has estado allí? —preguntó.

—Sí —dije.

—¿Y aquí? —señaló Salta.

—No —contesté—.

—¿Por qué.

—No sé. Fíjate bien ahora.

Puse la uña del dedo central en el punto del mapa que decía Arica y la tiré hacia abajo dejando una fragil hendidura en el papel ajado por tantos ajetresos.

—¿Ves eso? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Chile.

—¿Eso!

—¿Qué esperabas?

—No sé. ¿Pero eso es un país? ¿Cuántos caben ahí dentro?

—Ocho millones.

—¿Ocho millones?

—Y holgadamente. Eso blanco que ves en esta punta también es Chile. Se llama la Antártida. Está llena de nieve. Hay focas, pingüinos y unos sesenta hombres.

—¿Has estado allí?

—No —contesté—. ¿Por qué?

—Se me ocurrió que podías haber estado. Pareces haber estado en muchas partes.

—No creas —dije—. Aún soy un provinciano. Me falta lo mejor. Nos falta lo mejor, todavía.

—¿“Nos” falta?

—Sí —respondí—. A los ocho millones. Nos falta lo mejor.

—¿Están tristes acaso? ¿No están contentos?

—No están contentos —dije.

—¿Por qué?

—Porque nunca están contentos.

—¿Por qué?

—Porque están empezando, por eso.

—¿Tú estás empezando?

—Seguro —dije—. Mira aquí. ¿Ves? El mar. ¿Cuánto mar crees que hay aquí?

—Más que en toda California.

—¿Cuántas veces más?

—Diez veces más.

Cogí una cerveza, la bebí hasta la mitad y le pasé el resto a Abby. Ella la rechazó con un gesto, la puse en un costado y nos dejamos caer sobre la chaqueta. Luego nos desvestimos, y entonces sí, hicimos el amor nostálgica y alegremente, sin separarnos un momento, mirándonos las frentes, y las narices y las orejas, y el vello sobre las axilas, y yo a ella sus senos, y ella a mi ombligo y mis piernas y el pelo encima del sexo, y nos oímos la piel sobre los pómulos, y la espalda y el aliento empañado del olor a cerveza, y el sudor sobre las cinturas, y nos metimos los dedos entre el cabello y nos acariciamos las cabezas violentamente, antes de amar, y más dulcemente luego, cantando largas odas silenciosas al azar, y al sin sentido y a la muerte de lo que habíamos hecho, que

la presentíamos próxima a medida que la luz del alba invadía los entretechos, y los objetos por primera vez mostraban la riqueza de su textura, apilados en los rincones, fríos, trastos de escombros inutilizables, maderas terciadas carcomidas, cajones de manzanas repletos de tarros y herramientas fuera de uso, ampolletas quemadas, botellas cubiertas de esperma, papeles de envolver grasosos, trozos de virutilla, cera endurecida ocupando una vasija con el asa quebrada, telarañas de epeiras construidas en forma de abanico colgando de la lámpara de lágrimas, que se inflaban levemente al recibir el soplo del aire frío que empezaba con el amanecer. Todas las cosas parecían reposar, apagadas, como seres humanos olvidados, y nosotros entre ellos, cubiertos de polvo mohoso del entretecho, tibios, abrazados, burlándonos pacíficamente del mundo al que pertenecíamos, con los más pequeños movimientos parecíamos estar naciendo, respirando por primera vez en el mundo, esforzándonos por brotar desde esa chatarra que nos acechaba, sin hacer ruido, apenas con los gruñidos roncacos del acto de amor, que aquí y allá, especie de preguntas de los animales de una misma especie, salían de nuestras gargantas y eran pronto tragados por el empapelado café de la habitación. Cuando la luz ya había llenado con hiriente resplandor la habitación, y del gris había pasado a transformarse en un amarillo pálido Abby pensó que ya serían las seis y que lo mejor que podíamos hacer era bajar al baño del departamento, pasarnos jabón por la cara y mojarnos la nuca y partir a buscar a los actores que ya estarían desayunando el mismo matutino alimento que empezábamos a notar que nos faltaba cuando las tripas nos sonaron al unísono, mientras nos vestíamos sin prisa y hábilmente. Nos sacudimos las ropas y tiramos las latas vacías por la ventana, que rebotaron en el empedrado de la calle haciendo un ruido de veinte mil diablos. Guardé el mapa dentro del libro de Saint John Perse, en una página que empezaba un poema diciendo algo así como que es "un tiempo de alta fortuna, cuando los grandes aventureros del alma, solicitan paso en la calzada de los hombres, interrogando a la tierra entera sobre su era, para conocer el sentido de ese muy grande desorden..." y no recuerdo qué otras cosas del mismo tamaño que me hicieron apretar el libro sobre la mejilla y guardármelo con prisa en el bolsillo para tomar la cintura de Abby y bajar silenciosamente las escaleras.

Cuando entramos al departamento lo hicimos con cierto mesurado alboroto de modo que Winslow y Suzie si estaban ocupados, tuvieran tiempo al menos para subir la sábana o para peinarse. Golpeamos en el dormitorio de Suzie y la vimos sola,

durmiendo, la mano bajo la almohada y respirando apaciblemente. Sobre el velador había un mensaje de Winslow para mí comunicándome que iría a decirle a su madre que se iba a México, que me acordara que partíamos a las ocho de la mañana, que iba a conseguir unos dólares y comprar un neumático de segunda mano para llevar de repuesto, y que Suzie era algo muy serio y solicitaba a Dios que la bendijera, y que bendijera a Abby, y que no permitiera que se quedase dormido mientras llevaba el coche al garaje. En tanto leía el mensaje, Abby había ido a la cocina y apareció con un par de manzanas que procedimos a masticar sin lástima, no sin antes haberle sacado lustre con la colcha de la cama, hasta dejarlas convertidas en un par de cosas bellas y brillantes. Después de darle un par de mordiscos, caminó hasta el espejo y comenzó a trabajar con cierta torpeza en el arreglo de una chasquilla.

—Es el peinado de Cenicienta —dijo—. Viajaremos vestidos. No llegaremos a Sacramento a la hora, como para cambiarnos en el teatro.

Yo la miré hacer masticando sin cesar la manzana, hasta que ella hubo terminado y cogiendo una maleta de la que se asomaba una tira de raso rojo, me invitó a que la siguiera y bajamos las escalas, y nos introdujimos en su auto, un Chevrolet del 54 cuidado con esmero. Se puso al volante, y echó a andar el coche por las calles de San Francisco, respetando las solitarias luces de los semáforos como si no llevase prisa alguna, como si de repente hubiese deseado demorar el viaje, o cambiar de ruta, ir hacia el Mirador en la cumbre de la colina, y quedarnos allí besándonos y charlando a borbotones lo que quedaba por decirse, y que ahora, atendiendo a los sentimientos que comenzaban a cogerme, presumía que iba a quedar callado, abortado sobre los tapices escoceses del asiento delantero del Chevrolet que implacable subía Laguna Street, rumbo a la Avenida Broadway. De pronto se detuvo en una esquina y golpeó dos veces la bocina; una cara sonriente se asomó a la ventana y la misma cara sonriente apareció cinco segundos más tarde, vestida con malla negra, un frigio anaranjado y un jubón de terciopelo granate finiquitado con encajes dorados en las mangas y rodeándole el cuello. El muchacho abrió los brazos como saludando al mundo, aspiró el aire profundamente y lo retuvo inflando toda su estampa, y luego se inclinó ante Abby haciendo un saludo cortesano, y caminó airoso hasta el coche acarreando un maletín de viaje, y dijo "Buenos días" con acento irlandés y me estrechó la mano y tarareando una balada isabelina se ubicó en el asiento trasero e indicó a Abby una

dirección. Más adelante, recogimos a dos muchachas vestidas de un negro riguroso, que durante gran parte del viaje fueron repitiendo parlamentos, sin darles entonación alguna, y tratando de ajustarse unas narices de cartón tan retorcidas como un puñado de serpientes. Abby me pidió que me acercara y me dijo quedamente al oído una especie de frase convencional de despedida, que me hizo apartarme un poco molesto e inmediatamente poner el brazo sobre sus hombros al notar que temblaba tratando de sonreír. Le dije que se quedara quieta y no se preocupara, que la vida tenía más vueltas que una oreja, y qué clase de Cenicienta era si se iba a poner así cada vez que un animal como yo abandonara la partida. Pero lo cierto es que esta vez tampoco resulté convincente, porque me dieron ganas de apretarla y echarme a llorar como malo de la cabeza, pero me puse firme, y aunque no boté una sola cochina lágrima, me salió abundante líquido por las narices, que no tenía ninguna importancia, porque me lo limpié con la manga con un gesto displicente y pasó como un resfriado perfecto.

Al llegar al puente de Berkeley, la carretera se bifurcaba y tuve que apearme para agarrar el camino a casa. Saludé con un gesto al príncipe y a las hermanastras y caminé unos metros por el puente con Cenicienta, y miramos el agua a nuestros pies, y encendimos un par de *Camels* entre sonrisas nerviosas y luego, refugiándonos tras una columna, nos acariciamos hasta ponernos rojos, y entonces el maldito príncipe tocó la bocina. Acompañé a Abby hasta el coche; se metió en él; puso primera; el vehículo se movió lentamente e hizo el ruido típico de cuando le meten segunda. Vi cómo le metieron tercera, y lo miré un buen rato más. Después agarré el camino del puente con prisa, para llegar caminando a Berkeley antes de las ocho e irme a México con mis camaradas. Pronto advertí que la caminata iba a ser larga, e hice señas agitando el pulgar a los automovilistas para que me adelantaran siquiera un par de kilómetros, pero no hubo un solo hijo de perra que me parara, excepto un bus que venía detrás de un jeep al que le había pedido auxilio y que frenó con gran estrépito, y bufó como un buey abriendo sus puertas a presión. Trepé de un salto, y un conductor negro me esperaba ofreciéndome un boleto.

—No tengo dinero —le dije.

Me di vuelta los bolsillos y se los mostré. El negro se largó a reír como si fuera el mismísimo dueño del mundo, y me dijo que pasara y me sentara cómodamente, e hiciese igual como si estuviese en casa, y yo le agradecí, y el negro se fue riendo todo el

camino, hablándome cosas ininteligibles y oteándome de cuando en cuando por el espejo retrovisor, y jajajeándose más fuerte cada vez que lo hacía, hasta hacerme reír y hacer reír a un obrero situado en el asiento posterior al mío, que inició un diálogo entre carcajadas con el chofer, que lo hizo reír a éste más fuerte, y al ver tanta risa, yo que soy más tentado que Juan Maula, me largué a reír con esa risa que a veces da sin que podamos controlar, expresando la satisfacción por el mundo y ese estado de beatitud manifiesto en el pichí que te cae por dentro de los pantalones y que tratas de evitar apretando los músculos, pero que no lo conseguirás, porque tu alma entera se está volcando, y lo único que cabe hacer es llamar a todo eso como uno sabe que se llama, y orinar a pata tendida, como un honesto ciudadano.

IVAN TEILLIER

(Angol, 1940)

FLORES PARA LEOPOLDO

Yo no sé, Adriana, en verdad, en qué estás pensando ahora, sentada en la mecedora del abuelo Germán, bajo la sombra del tilo otoñal, la brisa fría del oeste en tus mejillas, tus manos jugueteando con el manojo de claveles acabado de comprar en la Vega Chica.

No sé si piensas en él, si rememoras siquiera un segundo aquel rostro que ambos perdimos el primer domingo de marzo. Ese rostro que yo comparaba al del abuelo Germán, los ojos negros, la nariz aguileña. Ese cuerpo vigoroso como un roble nuevo, hecho más que para ir a la oficina, para nadar o bogar en el Licán, o para boxeador peso mediano o lanzador de bala.

Pero, ahora, parado ante la ventana medito en la mañana del funeral cuando la carroza llegó dos minutos después del mediodía, la hora indicada por el abuelo y todas las coronas decorando los costados de la carroza, todas las flores enviadas por sus amigos (tus) y sus parientes (la tía abuela de Lumaco, postrada en el lecho desde hace nueve años; la prima Silvana, de Freire...). Entonces dije, digo "ese nicho queda muy lejos", el número ciento veinticuatro, en la segunda hilera, después de la puerta principal.

Recuerdo también su voz y su retrato, la fotografía que tú no te cansas de admirar entre las páginas de "Los Hermanos Karamazov", mi regalo para tu día de cumpleaños. ¡Cuánto se rió Leopoldo aquella tarde lluviosa cuando entré, mis pasos resonando por los peldaños, empapado hasta las orejas, con el libro bajo el brazo!

Me estoy afeitando frente al espejo que fue suyo, con la máquina que fue suya. Muequeo, silbo suavemente obladíí, abladááá, mientras tú continuas meciéndote param-param. Tienes las manos sobre la falda escocesa que tanto te sienta y tu blusa es blanca de liceana, y todo te sienta porque eres tan bella y tan pálida.

Me acuerdo —en tanto devuelvo la máquina a la repisa— del bar de Volney, allí nos reuníamos, tú afirmada en su hombro, sus manos en las tuyas. La Wurlitzer chillaba “I am down” (G-8) o “Vereda tropical” (H-6), mi favorito, la cerveza se escurría por mis labios, tú reías de mi bigote espumoso que él te señalaba ironizando “es igualito a un cow-boy de película”.

Los gorriones, ¿te fijas?, empiezan a refugiarse en el ramaje del tilo, cada vez que pisan una rama, una hoja dorada se desprende y cae blandamente sobre la hierba amarilla o encima de tu falda.

Me canso de mirarme en el espejo. Odio mi rostro, mezcla de organillero y de clown. Tú ahora remueves con los pies las hojas; parpadeas, muerta de sueño, vuelcas el libro que cae abierto como una mariposa. Has apretado los párpados, pliegas tus labios finos y de una mano cae el manojo de flores sobre el libro.

Repentinamente se levanta el viento que ha cambiado de dirección.

Yo cierro la ventana. Es preciso, te digo, olvidarlo. Olvidémoslo. Y te repito en voz baja, un susurro entre los susurros del viento en el pasto: te quiero, Adriana, te amaba antes de que lo besaras por primera vez en la fiesta del Liceo 2 en la que nos conocimos. Entonces yo era quizás más delgado; llevaba el traje gris de siempre, la fea corbata café con pintitas verdes, la misma que perdí en el viaje de regreso a tu casa, en el taxi. “Tienes olor a pisco y tinto”, me dijo Leopoldo. “Y tú a rouge”, le repliqué y por primera vez se unieron nuestras risas.

Adriana, lo siento, te has quedado dormida bajo el árbol y te advierto una cosa: va a llover. Algunas nubes se hinchan y ennegrecen mientras el viento silencia las voces de los niños que juegan a la ronda en la calle. Pero tú sigues allí, param-param.

Los claveles los deshará la lluvia que ya viene, te prevengo.

Pero tú perezosa, te gusta sólo la música del viento y de las Wurlitzer, remecer en diciembre (una vez, con Leopoldo, vuestras cálidas voces, vuestros labios uniéndose), el manzano de la hilera que plantó en el fondo del patio el abuelo hace cuarenta años.

Y amas (amaban) recorrer los senderos rastrillados por el viento de octubre, correr tras el viento; estirarse en la hierba...

¿Qué puedo hacer, sino mirarte desde la ventana empañada?

Te atisbo desde mi cuarto del segundo piso como un ladrón o un criminal. Te espiaré hasta que el abuelo Germán deje su cama

encorvado como un cortaplumas, después de haber dormido su siesta.

Te pregunto, duermes, no importa, te pregunto y contéstame: ¿por qué, por qué esas flores para alguien que ya nunca más veremos?

Oí decir (a tu amiga del alma, Gabriela) que "mira, es una promesa", le dijiste, una promesa hecha desde el mediodía del cinco de marzo. Se las llevaré todas las tardes, llueve o truene, iré siempre yo misma, a la salida del liceo, porque a él le gustaban nada más que estas flores, ¿entiendes?"

Alguna vez, una mañana de comienzos de julio, el hielo sonando como vidrio molido bajo mis pisadas, compré una docena de rosas para alguien. Pero entré adonde Volney, esparcí las rosas sobre el mesón, la cerveza se escurrió entre ellas, luego las uní torpemente, decidí llamar por teléfono. Volney dijo: "Bueno, déjame marcarlo". Y el teléfono sonó, y también tu voz que sólo supo decir Leopoldo.

Y tú, param-param. Pero yo conozco el tiempo del otoño, sé que vendrá la lluvia; aunque el sol haya brillado un instante, para que el abuelo dormitase tranquilo, sin el estruendo de la lluvia en el techo de zinc oxidado.

Te diré una cosa: no es necesario que pronuncies, como un ritual, a la hora de la cena, su nombre: L-e-o-p-o-l-d-o.

Porque las flores —te previne— se están deshaciendo, sus pétalos picoteados por los gorriónes que ahora huyen hacia los aleros de las viejas casas de madera. Espérate, mira, miremos a los niños corriendo bajo la lluvia espesa; miremos, riámonos, ven a esta ventana, a observar al gordo del quiosco proteger sus diarios con bolsas de plástico. ¿Todavía no te despierta el sonido de la lluvia, los goterones que salpican tu cara?

Ya sé, estoy empezando a comprender, o tal vez imagine demasiadas cosas. Ya sé, Adriana, ya sé. Has olvidado por fin los claveles que odio. No has subido a la liebre Avda. Alemania-Pueblo Nuevo. Y no estoy triste, pero cierro con temor la persiana, vuelvo a mirarme en el espejo (que fue de él, que ahora es mío), mientras la lluvia lava los vidrios de la ventana y por primera vez, créeme, Adriana, que aún duermes, digo en voz alta: Te amo. Sólo que la lluvia acalla mi voz.

MENHEPERRE

Las revistas cuelgan protegidas por el nylon, y la niña desnuda sobre el pony. Un tren se descarriló en el sur, y la pareja sudorosa se besa apasionadamente para la foto de la portada, sigue la sequía, dirigida por el Dr. Pérez, revista de educación sexual, y esta maldita lluvia que me empapa, me moja el pelo, chorrea por la cara, el cuello, la espalda y la única solución, meterse la mano en los bolsillos, los libros bajo la chaleca, y los negocios, el bar de la esquina llenos de gente bajo las cornisas y mi condenada manía de no subir a un bus que no me agrada, aunque me dejen en la puerta de la casa, el veintiocho, el treinta y dos, Plaza Chacabuco. La niña desnuda sobre el pony me hace recordar el cuento de Maupassant en el que un hombre siente celos de un caballo, su mujer salía a pasear todos los días, "y siempre volvía debilitada, como después de unos frenesíes amorosos". "Alta Tensión" sólo para mayores, pornografía en bolsitas plásticas. Y esta revista ¿no la habían requisado? ¡Qué rubia más preciosa! ¡Estoy enoramorado! ¡Doctor Pérez! ¡Esta es la mía!, el treinta y seis, por Av. La Paz, Independencia, éste sí me gusta, tiene un no sé qué...

Era diferente, grandes ventanillas, parecía más brillante, limpio, más poderoso que los demás. El chofer tenía cara de amable, parecía alegre (cosa increíble) y es más, casi todos los pasajeros sonrientes. Me instalé en la última corrida de asientos, a mi derecha un militar, a mi izquierda un joven con un impermeable blanco. Atraído inmediatamente mi atención, era un tipo extraño, moreno, alto, una cara enigmática, sus ojos, un dipolo magnético. El gran medallón lo llevaba sobre un chaleco marengo de cuello subido, era un medallón plateado con signos que me parecieron jeroglíficos egipcios, en relieve. Tenía un libro de música coral sobre sus rodillas, en el borde superior se veía un nombre prolijamente escrito, Mario Alberto Godoy Ortiz, un excéntrico estudiante de música pensé, pop... op... in. Me volví a mirar a los otros pasajeros, aunque no puedo negar que inconscien-

temente seguía preocupado del músico. El resto gentes comunes, obreros, con camisas de colores llamativos y viejas chaquetas con las solapas manchadas, dos o tres jovencitas cargadas de paquetes y una señora con un zorro al cuello y la cara llena de maquillaje, todos conversaban y reían alegremente, la atmósfera en general era cálida, contrastando con la lluvia y frío exterior. El único ser extraño al ambiente, era un señor de larga bufanda que iba de pie y miraba sombríamente un punto perdido sobre sus guantes. Su persona francamente me desconcertó y una observación que se me escapó se convirtió en exclamación. ¡Desentona! —dijo. Oí la voz de mi vecino, el músico: —Sí, él siempre desentona. Y yo mecánicamente: —¿Lo conoce? —Oh, sí, mucho tiempo. Vivía en la pirámide contigua...

El tipo al parecer tenía un gran sentido del humor, pero me pareció que sus palabras iban tan en serio, que no pude menos que pensar que estaba sentado al lado de un loco, me volví nuevamente para mirar al señor sombrío. Entonces oí que mi vecino, el músico, cantaba, reconocí de inmediato "Fray Jacobo" (cómo no hacerlo, si me pasé la infancia cantando en el colegio, en la casa, en la calle, la famosa tonadita), pero era algo diferente, los matices de su voz eran extraños, profundos, enérgicos, yo sabía que era el "Fray Jacobo", pero no sonaba como el "Fray Jacobo". Pasados algunos segundos, me acostumbré a su forma de interpretación, y como por jugar, comencé a cantar la segunda voz. No me miró, yo trataba de seguirlo y lo estaba consiguiendo, poco a poco nos afiatamos, y en un mutuo acuerdo no expresado, empezamos a subir el volumen. De pronto se detuvo, se volvió hacia mí y dijo:

—Bonita canción, lástima que fue escrita para tres voces, si lográramos que alguien nos ayudase...

Yo había notado que el militar de la derecha nos miraba boquiabierto y que seguía el ritmo con el pie, así que le dije al músico: —¿Qué tal si le pedimos ayuda al milico? Ellos son especialistas en himnos. —La idea pareció gustarle y se dirigió de inmediato a éste, pidiéndole su cooperación. El uniformado se defendió al principio, alegando que tenía mala voz, que lo habían echado del coro del regimiento, porque desafinaba mucho en la Canción Nacional, sobre todo en la parte que rezaba: "Que o la tumba serás de los libres / O el asilo contra la opresión". Pero en vista de las convincentes razones que esgrimió Mario Alberto Godoy Ortiz, se decidió a cantar, sin duda no era muy bueno, pero, después de un rato de instrucciones y ensayos, la cosa empezó a salir bastante bien.

A estas alturas, ya la gente había empezado a volverse, y muchos tarareaban entusiasmados, el hombre que iba delante de nosotros, por ejemplo, cantaba ya a todo pulmón, reforzando la voz del militar, otros pasajeros comenzaron a integrarse al coro, y el tipo del medallón gritaba instrucciones hacia todos los lados y pedía que todos cantaran. Me pareció que la gente pensaba: si mi vecino canta, por qué no yo, que tengo mejor voz, y la cosa instante a instante creció. Con todo el espectáculo, el señor de la bufanda se indignó, y cuando el chofer, que tamborileaba feliz sobre el volante, detuvo el bus y abrió la puerta, se bajó casi corriendo, no sin antes mirar a mi vecino y decirle exaltado: —Otra vez jodiendo, Menheperre. Cosa extraña, aunque afuera había mucha gente mojándose, nadie más subía a nuestro vehículo. En el mismo momento en que el señor sombrío se bajó, mi vecino dio un salto y se dirigió hacia la parte delantera, diciéndome al pasar: —Somos el número clave.

La señora del zorro era la única que hasta ese instante se negaba a cantar, porque decía que a su edad no se podía entonar tonadillas infantiles, sin que la gente hablara, pero en vista de la insistencia de todos y como el músico estaba ya instalado, con una batuta extraída del bolsillo interior del impermeable, en la mano, se decidió y pasó a integrar el "Coro buseriano". El director golpeó con la batuta la barra que separa al chofer de los pasajeros, pidiendo silencio (el conductor cerró las puertas y dejó el volante), nos dijo que volviéramos hacia arriba nuestras caras y dio la orden de comenzar.

La masa de notas se estrelló contra el techo del bus. "Fray Jacobo/fray Jacobo/duerme usted/duerme usted/...". Se sintió el sacudón, entonces me fijé en el medallón, brillaba extrañamente, con fulgores que enceguecían. Ahora la sorpresa casi nos hizo enmudecer, después de un segundo sacudón, nos percatamos que el bus se elevaba, lentamente al principio, rápidamente después, en forma vertical.

La alegría que cundió (pasada la primera impresión), al hallarnos volando, no tenía límites, todos cantábamos con más fuerzas cuando nos dimos cuenta que eran nuestras voces las que elevaban al bus, y a una orden de Mario Alberto Godoy Ortiz, algunos coristas dieron vuelta sus caras hacia adelante, imprimiendo al vehículo un movimiento diagonal. Emprendimos el vuelo por sobre la ciudad y entre las nubes, ahí donde éstas se transforman en lluvia o nieve. El espectáculo era maravilloso, como una película en cinerama, nubes, viento, lluvia, sol, una mezcla de grises, amarillos y veíamos entre la cortina de agua, durante

algunos momentos las casas del barrio alto, los prados, jardines, chimeneas humeantes, niños que corrían protegidos por los capuchones de sus parcas. El centro, los viejos edificios, plomizos. Los barrios populares, tristes, inundados, con niños descalzos que corrían protegidos con pedazos de diario, el río Mapocho. Y lo más sensacional, toda la gente en las calles mirándonos, saludándonos con pañuelos, la policía yendo y viniendo en sus autos, el grupo móvil en sus micros, gritándonos por medio de altoparlantes no sé qué cosas, los oficiales rascándose la cabeza y consultando el reglamento del tránsito, en el que, al parecer, no existía ningún punto sobre locomoción colectiva voladora, en fin, la ciudad puesta de cabeza.

Yo miraba cada cierto tiempo, a Mario Alberto Godoy Ortiz, y lo veía gozoso, satisfecho, los signos de su medallón parecían intentar salirse de su posición. Se estableció un contacto telepático entre todos los pasajeros del aviobús a vocicopropulsión, el cantar era ya algo mecánico, se lanzaban ideas. La señora del zorro quería ir a San Bernardo, donde tenía unas amigas que la consideraban muy poca cosa. Decía que se iban a morir de envidia. Otros querían ir a otros barrios, para que los vieran sus amigos, padres, hermanos, tíos, etc. Decidimos darle prioridad a la señora "poca cosa" y dimos la vuelta por sobre el mercado hacia San Bernardo...

Nadie lo pensó, yo sólo percibí un leve destello irónico en sus ojos. Cuando pasábamos por sobre Plaza de Armas, ocurrió la tragedia. El maestro ordenó callar los temores, inocentes, obedientes, lo hicieron, descendimos, luego a los barítonos, descendimos, y ya a unos 2 metros del suelo, con un enérgico movimiento (tipo bromista éste) a los bajos...

Caída libre.

Vidrios rotos, latas retorcidas, chichones, narices sangrando, reporteros, policías, curiosos y el músico sonriendo, hizo una venia, dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

Machucado, adolorido, intenté seguirlo, corrí por Ahumada, doblé por Huérfanos, salí a Estado, inútil, se esfumó... Después de un par de vueltas, revisándome los bolsillos, me topé con un billete de diez escudos, como no acostumbro a llevar tanto encima, lo tenía totalmente olvidado. Había dejado de llover. Me dirigí a los "Entretenimientos Diana" y, como es natural, me encontré en el local, jugando a los palitroques, con mi viejo amigo "el negro Santander", compramos cuarenta fichas, seis pilsener y nos largamos, toda la tarde, tira que tira. A las ocho, con el brazo adolorido, nos fuimos a casa...

MAURICIO WACQUEZ

(Cunaco, 1939)

EL PAPA DE LA BERNARDITA

UNO

Le dijimos al Nacho que no viniera, que no valía la pena. Pero quién sabe qué le pasó por la cabeza mientras se tomaba la sopa que después dijo que iba a ir, que se aburriría todo el domingo solo en la casa. La mami me miró y levantó una ceja: ¡Hacía tanto tiempo que íbamos solas al Quisco! Desde que se murió mi papá, la mami no aguanta los domingos en Santiago, en la semana es distinto, ella va a la oficina, se acuesta temprano y lee la Confidencia. Pero los sábados nos vamos las dos a la costa, también porque hay que airear la casa, dice la mami que en el invierno se llena de humedad. Con el Nacho no se puede contar, ya nos hemos acostumbrado a no invitarlo. Incluso le decimos que no venga porque dice la mami que le conviene pololear con la Bernardita e irse a Pirque los fines de semana, que allá hay sol y aire para los pulmones: casi se muere junto con mi papá de la pleuresía que tuvo, estaba flaco y cadavérico, tres meses en cama también. Siempre el papá de la Bernardita lo pasa a buscar el sábado en la mañana y lo cuida como si fuera hijo suyo, pensará que es huérfano, el pobre. Esto no lo dice, es muy amable, una vez le trajo flores a la mami. Pero el sábado estábamos almorzando, creyendo que el Nacho ya se había ido en la mañana, cuando vimos abrirse la mampara y el Nacho entrar como si nada. No hubo caso de sacarle una palabra. La Pancha le sirvió el almuerzo y mientras se tomaba la sopa dijo que iba al Quisco también. Yo pienso que lo que pensó la mami fue que se había peleado con la Bernardita, yo también lo pensé, por eso le dijimos que se quedara, para que se pusiera en la buena. Tomándose la sopa dijo simplemente que iba a ir y que ni una palabra más y cuando la mami se le acercó y le tomó la cabeza y lo besó le dijo ya señora, déjeme almorzar.

No entiendo la manera brusca de los hombres. La mami tan cariñosa con él y él casi la bota. Yo los miraba callada; me sentía

muy contenta de que el Nacho fuera al Quisco. Con la mami hablo muchas cosas pero con él es distinto. A veces, durante el verano, cuando está de buenas y la mami le presta la citroneta los domingos por la mañana, vamos los dos a Algarrobo y nos encontramos con las niñas de mi colegio en el Yate y lo pasamos muy bien. La mami prefiere quedarse en la casa arreglando el jardín, se lo lleva plantando y cambiando las matas de un lado a otro. Se pone unos bluejeans viejos del Nacho y un pañuelo en la cabeza y no habla durante horas. Es ahí que le presta la citroneta. Yo sé que el Nacho me lleva porque soy yo la que conozco niñas en Algarrobo y también porque mi mamá lo obliga. Si no, no se la prestaría.

Estaba pensando en esto mirando comer al Nacho. Mi mamá se había ido a arreglar. Hacía lindo día, yo ya me estaba poniendo vestidos de verano.

—¿Peleaste con la Bernardita?

—No te metai en mis cosas, ¿querís?

—¡Te preguntaba nomás!

—Bueno.

Yo no le tengo miedo al Nacho. Es pura pose. Me gusta pincharlo y que se enojé, se pone furia. Una vez casi me quiebra un plato en la cabeza. A propósito de lo mismo. Estábamos comiendo y le pregunté por qué no traía a la Bernardita a la casa, que a lo mejor no era cierto y no sé cuántas cosas más. Si la mami no lo ataja me mata. Pero yo sé que le quedó picando lo que le dije, porque no me acuerdo cuántos días después vino el papá de la Bernardita por primera vez a pedirle permiso al Nacho para ir a Pirque. Tiene un auto fantástico, el papá de la Bernardita, ocupa casi toda la cuadra. Es bien buenmozo. La mami se quedó suspirando. Desde ese día vino todos los sábados, y al final ya no entraba. Cuando el Nacho no lo estaba esperando en el zaguán, tocaba la bocina dos veces; yo la sentía desde la cama, el sábado puedo levantarme tarde, no tengo colegio. Pero había veces que el auto no llegaba a la hora y el Nacho se desesperaba, comenzaba a cerrar las puertas a golpazos hasta que la mami le pegaba un solo grito desde su pieza y él tenía que encerrarse a esperar en el escritorio.

La Bernardita debe tener mi edad. La otra vez le pillé una foto al Nacho mientras le arreglaba la ropa. Es linda, tiene el pelo lacio igual al mío y parece que castaño. La Leonor me dijo que la había visto una vez en una fiesta.

Cuando el Nacho terminó de almorzar se levantó y se fue a su pieza. Yo me quedé un rato pensando en todas las cosas, sin ganas de ir a arreglar la maleta. La mami parece que ya había salido a revisar la citroneta y a comprar la carne para la semana. Me tendí un rato en el sofá del living porque no daba más de flojera. Sentía andar al Nacho en su pieza. Ese día estaba de malas aunque nunca se sabe bien cuándo se le puede hablar o no. Es igual a mi papá. Claro que a veces, sobre todo los viernes, cuando se acerca el sábado y se va con el papá de la Bernardita, es más simpático, no siempre es plomo. ¡Pobre! se mata estudiando, ahora que está repitiendo la mami le tiene prohibido llegar más allá de las nueve. El año pasado llegaba siempre tarde hasta que una noche entró a mi pieza mientras estaba durmiendo, completamente borracho, y me dijo no sé qué, yo estaba demasiado dormida, algo así como que lo fuera a acostar; y la mamá lo sintió y vino y no pudo salir durante una semana. Esa noche el Nacho me dio miedo, cree que porque tiene dieciséis años puede hacer lo que quiere.

La mami volvió luego y me retó porque no había arreglado las cosas. Subí a la pieza del Nacho y le saqué ropa interior, camisas y pantalones del closet. Estaba tendido boca abajo en la cama, estoy segura que haciéndose el dormido. Le dije que se levantara, le grité y cerré la puerta, es capaz de tirarme cualquier cosa por la cabeza. Bajé y la mami me gritó que íbamos a comer a las once de la noche si no nos apurábamos y que mañana no habría caso de hacer ninguna cosa.

—¡Nacho!, ¡Nacho! —gritó por la escalera—. Baja y mira si me dejaron bien las luces del auto.

Ni una palabra. El Nacho parecía estar durmiendo en serio. La mami tuvo que subir. Cuando bajó me dijo:

—Está llorando. Pone tú las cosas en el auto. Yo voy a hablar con él.

Aunque parezca mentira, desde que se murió mi papá, la mami y yo nos sentimos mejor cuando el Nacho está en la casa. Si la mami prefiere que vaya a Pirque es porque piensa en su futuro, yo no me meto pero parece que los papás de la Bernardita son ricos, si no no tendrían el auto que tienen. Claro que cuando supe que el Nacho estaba llorando sentí una pena tremenda por él y mucha rabia por la Bernardita, por los papás y por Pirque. Me pareció que tenía que hacer todas las cosas en silencio como si hubiera alguien enfermo. ¡Qué tonta soy!, me quedé parada mirando la escalera sin saber qué decir. Después salí al zaguán llevando las primeras cosas. La Pancha vino a ayudarme, entre

las dos cargamos la citroneta. Cuando terminamos, nos sentamos en el asiento de atrás a esperar que ellos bajaran.

Me puse a pensar de nuevo en la Bernardita. No sé por qué me preocupaba tanto. A lo mejor porque me habría gustado pololear con alguien como el Nacho o simplemente pololear. Pero mi mamá no me da permiso, dice que cuando tenga catorce años. La Bernardita debe tener por ahí y pololea. En la foto se veía agrandada, como se pintan y acortan el uniforme... Ahora debía haber peleado con el Nacho, por eso estaba llorando. Y yo que creía que el viaje iba a ser alegre. Estuvimos un buen rato, la Pancha y yo, sentadas esperando. Se me acalabraban las piernas y hacía calor. La Pancha sudaba y resoplaba por lo gorda que es, si casi no cabe en el asiento de atrás.

Primero llegó la mami sola, que hizo partir la citroneta, y después el Nacho. Estaba callado pero no lloraba, me daba no sé qué mirarlo, no fuera a decirme cualquier cosa más encima con lo triste que estaba.

El viaje a la costa me lo conozco de memoria, podría cerrar los ojos y saber por dónde vamos. Al partir de Santiago siempre tomamos las mismas calles, no sé cómo se llaman, pero son las mismas siempre. Sé que pasamos por la Alameda y por el Parque Cousiño y que desde el camino se ven los aviones partir de Los Cerrillos. La mami me lo dice siempre, quiere que me aprenda las calles para cuando maneje. Me acuerdo que el sábado, el Nacho y la mami llevaban las ventanas abiertas pero qué hacía mucho calor, más que todo por la Pancha que me apretaba y no me dejaba respirar. De cuando en cuando la mami miraba al Nacho y le tomaba una mano, y aunque parezca raro, él no decía nada, no decía pesadeces. Al pasar Padre Hurtado fue él el que miró a la mamá y ella se rió. Paró la citroneta al lado del camino y el Nacho se cambió de asiento. Estoy segura que la mami lo dejó manejar para que no estuviera triste, no le gusta que el Nacho maneje cuando hay mucho tráfico.

A mí me gusta que maneje, me parece que es el papi. Maneja muy bien. Claro que el auto del papi era fantástico, fue él el que le enseñó a manejar al Nacho. Me acuerdo la primera vez, en ese mismo camino, que lo dejó manejar. La mami casi se baja y sigue a pie, no sabía que el papi ya le había enseñado algo. Casi se cae muerta. Después se acostumbró, también porque el Nacho comenzó a manejar mejor. Cuando el papi se murió mi tío Lucho vendió el auto y le compró una citroneta a la mami. Dijo que gastaba menos.

Lo que más me gusta del camino es pasar a la Montina. Pero el sábado mi mamá dijo que estábamos atrasados y que si tomábamos las once llegaríamos muy tarde. Había que comprar leña, hacer las camas y encender la chimenea. Y la comida, claro. Parece que con el boche del Nacho salimos más tarde que de costumbre. Pero al pasar estaba lleno de autos así es que no lo sentimos. Siempre que hay demasiada gente los mozos atienden mal y hay que esperar horas y horas para que sirvan las once.

Después de Melipilla la mami le puso sus anteojos negros al Nacho por el sol en contra. Es la parte más cargante del camino, lleno de subidas y bajadas y todo seco y solo. La citroneta parece que anda apenas, no tiene nada de fuerza, y más encima con la Pancha y las cosas. Yo estaba tan apretada y tenía tanto calor, que me dio sueño. Las piernas se me habían dormido hacía mucho rato y poco a poco me dejé caer sobre la Pancha que levantó un brazo y me apoyó en el pecho. Me desperté al bajar la cuesta de San Sebastián. El mar desde arriba parece que no se mueve. Es increíble. Con el sol como estaba no era azul, era plomo y brillante, parecía un cuadro.

DOS

Me moría de ganas de decirle al Nacho que fuéramos a Algarrobo el domingo por la mañana, pero siempre que yo le pido algo me dice que no. No sé por qué es así, como si tuviera envidia de que las cosas no se le ocurran a él, es capaz de podrirse con tal de salir con la suya. Así es que me quedé callada, por último podía invitar a la mamá si él no quería ir. Por tonto le pasa, ¿qué le cuesta decir las cosas claras? Todo porque es hombre cree que tiene que hacer los mismo que hacía mi papá. Recién la mami lo había retado porque no quería ir a comprar leña. Yo estaba haciendo las camas y él rezongaba que si no hubiera venido nos habríamos arreglado sin él. No aguanta que lo manden. En cuanto llegamos se tendió en el living al lado de la chimenea apagada y no se movió en todo el rato que la mami y la Pancha sacaron las contraventanas y sacudieron los muebles. Cuando terminaron el aseo y se fueron a la cocina, él se quedó ahí, sin luz, sin moverse, como si estuviera enfermo de verdad. Yo ya había hecho la pieza de la mami y la mía, me faltaba la del Nacho, cuando le dijeron lo de la leña. Estaba segura que iba a contestar que no lo jodieran, que mandaran a la Pancha, que estaba muy cansado. Pero la mami no tiene nada que ver, si se enoja es capaz de pegarle, el Nacho todavía le tiene miedo. Después de alegar un buen rato lo sentí

subir la escalera y entrar a la pieza. Creí que venía a encerrarse pero sacó la billetera y se fue sin decir nada.

Ya estaba bien oscuro cuando la mami me pidió que fuera a comprar pan, que se le había olvidado decirle al Nacho. Me dijo que si me apuraba podía volverme con él en la citroneta. Estoy viendo el camino de bajada que desemboca en la playa y la orilla iluminada del mar por donde se había puesto el sol. Me puse el montgómery que me trajo mi tía Amparo de Europa el año pasado y no tenía frío. Toda la gente dice que en la playa hace frío en las tardes.

Lo que hay es viento, mucho más viento que en Santiago, es mejor no peinarse. Es rico sentir el viento en las orejas y en la frente que me da escalofríos, y caminar por las noches como cuando con el Nacho íbamos al teatro a Algarrobo y nos volvíamos a pie porque la mami ocupaba la citroneta. Era ahí que sentía el aire y la oscuridad alrededor y me gustaba saber que nadie nos veía y podía apoyarme en el brazo del Nacho sin que se enojara.

El Quisco es feo, a nadie le gusta. A mí sí. Desde que nací que no he ido a otra playa. Pero nunca he venido más que en estos meses desde que se murió mi papá. Claro que es más entretenido en el verano, la Semana Quisqueña es una de las mejores y se llena de gente. A la mami se le ocurre no dejarnos salir justo para la Semana cuando hay bailes, dice que está lleno de rotos y que se curan. Una vez nos arrancamos con el Nacho y no nos dejaron ir a la playa en varios días. ¡Pero lo pasamos más bien! Aparte de la gente del verano es la única vez en que se ven caras nuevas, hay rotos, sí, pero es más entretenido que quedarse en la casa. En el invierno es triste, yo vengo sólo porque mi mamá quiere y no puedo quedarme sola en Santiago, ella no me dejaría. Lo único que está abierto hasta tarde es el Hotel Pacífico y la panadería y la garita de los buses. No hay nadie, es increíble; puros hombres que se paran en las veredas y toman vino y que cuando paso se quedan callados. A mí no me dan miedo los borrachos.

Ahora pienso que ese día no le hice caso a lo que le pasaba al Nacho. Al llegar al hotel, vi la citroneta parada con la parte de atrás llena de leña, pero ni rastro de él. No me atrevía a entrar, así es que miré por una de las ventanas haciéndome sombra con el bolso del pan. El estaba de espaldas, apoyado en el bar, hablando por teléfono. No sé por qué me dio miedo como si lo hubiera pillado leyendo una carta o haciendo pichí, sentí unas ganas tremendas de que no se diera cuenta que lo estaba mirando. Una es

tonta a veces, lo más natural habría sido golpearle el vidrio y decirle que me esperara para irme con él en la citroneta.

Cuando volví de la panadería, el auto ya no estaba frente al hotel. Se me ocurrió que la mami se iba a preocupar al no verme llegar con el Nacho, por eso me apuré. Iba llegando a la puerta de la cocina y le oí decir a la Pancha que la comida estaba lista. Fui a lavarme las manos y en el baño me encontré con el Nacho. Me preguntó si me gustaría ir al otro día a Algarrobo y que le pidiera yo la citroneta a la mami. No me arrepiento de haberle dicho que sí; era lo que estaba esperando, tenía tantas ganas de ir con él al Yate al otro día.

TRES

Aunque la mami amaneció de malas, no me acuerdo bien qué le pasaba, me dijo que sí cuando le pedí permiso. Lo único que nos exigió al Nacho y a mí fue que la acompañáramos a misa porque ese domingo se cumplían ocho meses desde que mi papá se murió. Por suerte que no se dio cuenta que yo no me había acordado, qué terrible olvidarme todos los meses. Al principio no podía sacarme de la cabeza la cara de mi papá muerto, envuelto en la sábana en la clínica porque la mami no quiso vestirlo, sin afeitarse, espantoso, le dije a la mami que todo el mundo se fijaría. Me acuerdo que en ese tiempo me juré que nunca lo olvidaría, que iría a misa todos los meses, que le recordaría siempre a la mami. Por eso me da tanta vergüenza cuando se me pasa la fecha, ya no me dan ganas de hacer cosas, ni de ir a Algarrobo, y si fui, fue porque ya le había dicho al Nacho que iría.

Amaneció un día lindo, con un poco de viento. La Pancha me trajo el desayuno antes de las ocho y me abrió la ventana y los cardenales de la quebrada me parecieron las flores más bonitas del mundo. La Pancha me preguntó qué vestido iba a ponerme y se lo llevó para plancharlo mientras yo me tomaba el café con leche. Antes que se fuera le pregunté si el Nacho ya estaba en pie; me contestó que sí, que la mami lo había tenido que retar pero que ya se había levantado.

Fuimos a misa los cuatro, y yo, la mami y la Pancha comulgamos. El Nacho no. Hace hartó tiempo que no comulga ni se confiesa, desde que se salió del colegio y tuvieron que ponerlo en el Lastarria. Lo raro es que parece que en el Liceo le va mucho mejor en los estudios, no sé por qué será, tiene unos compañeros más fomes, pero buenas personas; ninguno estupendo, claro. Hay veces que los trae a la casa y se pasan conversando hasta tarde. Yo no puedo quedarme dormida oyéndolos caminar y discutir en la

pieza de arriba. Una vez se me ocurrió preguntarles de qué hablaban y el Nacho me mandó a buena parte.

Fuimos a misa de nueve, la mami no quería encontrarse con todo el mundo en la de once. Es mucho mejor, el cura no predica y dura menos de media hora. Aunque yo quería concentrarme en mi papá, no podía, miraba al Nacho disimuladamente, no se había afeitado los pelos rubios que le salen en la pera, a contraluz de la puerta de la parroquia parecían hilos lacios que no fueran de él. Cuando salió la misa, pasamos a dejar a la mami a la casa y nos recomendó que no llegáramos tarde a almorzar, a las dos a más tardar, no quería irse tarde por el tráfico. Yo había pensado en lo bien que iba a pasarlo en Algarrobo, pero no podía estar contenta, algo con el Nacho o la misa de mi papá me perseguía sin dejarme tranquila, me sentía más bien triste, tanto que el Nacho me preguntó y yo lo vi contento, el sí que iba contento.

CUATRO

Me da lata contar lo que pasó después, sobre todo porque desde el domingo me siento distinta, como si tuviera fiebre, me cuesta recordar punto por punto las cosas que pasaron. No estoy enamorada, la Leonor dijo que sí cuando se lo conté, pero es un secreto a pesar de saber que nunca voy a pololear con él. Desde que llegamos no puedo dormir, pienso y pienso hasta que se lo conté a la Leonor, en el colegio, durante el recreo. A lo mejor creyó que me estaba cachiporreando por eso no se lo conté todo, en realidad le conté todas las cosas al revés. Le dije que el papá de la Bernardita había venido a la casa del Quisco con el hermano de la Bernardita y no que nos habíamos encontrado con ellos en Algarrobo. Lo del hermano de la Bernardita también era mentira porque no era el hermano de la Bernardita, pero como yo no sabía quién era le dije a la Leonor que era el hermano para que no preguntara tanto. El Nacho lo conocía sí. Y en vez de decirle que los habíamos encontrado en el Yate a los dos tomando Coca-Cola, el papá de la Bernardita tan elegante con pañuelo al cuello y anteojos negros, le conté que habían pasado a la casa a saludar a la mami y a decirle al Nacho que la Bernardita estaba enferma. La conversación entre ellos tres, porque el papá de la Bernardita se paró cuando nos vio entrar y nos invitó a sentarnos a nosotros también, no se la conté. El Nacho estaba colorado como tomate y Marcos (¡qué raro!, le dije a la Leonor que se llamaba Pablo) lo miraba como con pena, y el papá de la Bernardita parecía otra persona, yo no sabía qué decir, me daba miedo, intranquilidad,

hasta que Marcos se fijó en mí y me preguntó en qué colegio estaba mientras el Nacho y el papá de la Bernardita se ponían a conversar de las lanchas que estaban paradas abajo en el muelle. A Marcos no podía hacerle caso, trataba de contestarle las preguntas y también de escuchar lo que los otros hablaban, no por curiosidad, pero Marcos me sonreía y poco a poco me fui olvidando y me pareció que por primera vez me tomaban como persona grande; me hubiera gustado quedarme un buen rato conversando con Marcos y almorzar ahí como lo hace la otra gente que no tiene que volver a su casa a almorzar. A la Leonor le conté que en el momento que habían llegado el papá y el hermano de la Bernardita, la mami no estaba y que en realidad el papá había conversado con el Nacho, pero no en el Yate, en la terraza de la casa del Quisco y que el hermano me había convidado a conocer el cerro que no lo conocía. No le conté que habíamos ido a andar en lancha, los dos solos, mientras el Nacho con el papá de la Bernardita iban a caminar por la playa, sin siquiera fijarse en nosotros. Todo lo demás se lo conté, incluso que se me había declarado para que me dejara besar. Había mucho sol y poco viento, me acordé de una película de la Sofía Loren, en una lancha, también con el pelo suelto, pero yo iba callada en el asiento del medio, mirando cómo Marcos manejaba, se parece a Anthony Perkins, pero en rubio, en bluejeans y camisa celeste, es estupendo. Poco antes del rompeolas, de la línea de espuma que me da asco. Marcos me dijo que podía parar el motor y echarlo a andar de nuevo, se rió de mí cuando le dije que no teníamos remos si no partía y de repente todo se quedó en silencio y las olitas se oyeron golpeando contra la lancha. ¡Qué lindo se ve Algarrobo desde el mar!, eso es lo que eché de menos de contarle a la Leonor.

Marcos es lo más raro que he conocido, quiso besarme sí, pero yo no lo dejé, le dije que volviéramos porque el Nacho se iba a enojar, estaba entumida y después que me tomó la mano comencé a sentir un calor en la cara que me dio ganas de sacarme el chaleco, no me había fijado que él estaba quemado, que tenía el pecho mucho más blanco que la cara y una medalla con una cadenita, me daba vergüenza mirarlo. Poco a poco me comenzó lo que no puedo dejar de pensar estos días, unas ganas de besarlo y de apretarlo, de que volviera a querer besarme, me fijé que él tenía el pelo igual al Nacho en la parte de atrás, y cuando me besó se me cayó un brazo por el lado de la lancha y sentía la espuma del rompeolas. Digo que Marcos es lo más raro que he conocido porque una sola vez me preguntó si quería pololear con él, cuando

no quise besarlo, pero después que echó a andar el motor y nos alejamos un poco más de la costa se quedó callado sin mirarme, yo tampoco quería mirarlo, sentía que el corazón se me iba a salir por la boca, con la mano en el agua hacía saltar un chorrito que me mojaba el chaleco. De repente se me ocurrió que al volver, Marcos iba a contarle todo al Nacho, me asusté porque es capaz de acusarme a la mami. Pensando en esto no me di ni cuenta cuando volvimos, vi de repente el muelle y los yates y al papá de la Bernardita que se estaba paseando solo por la playa, esperándonos, y me dio tanto miedo verlo como enojado, los anteojos negros y la chaqueta color barquillo, como si yo no existiera, fumando y mirando a Marcos, mirando a Marcos y fumando, que antes que llegáramos a la orilla pegué un salto y metí todo un pie en el agua porque quería irme corriendo a donde estaba la citroneta, el Nacho ya podía haberse ido. Pero estaba adentro, con una mano en el volante y la otra tapándose los ojos. Al principio no me di cuenta que estaba llorando y al verme salió y pegó un portazo, no supe qué decir para que no me retara.

A la Leonor no pude contarle las cosas que sentí en el viaje de vuelta; el Nacho callado a mi lado, yo sin atreverme a preguntarle qué le pasaba, porque no podía abrir la boca, quería ver luego a la mami y a la Pancha, llegar a la casa para olvidarme de todo, sobre todo de la cara del papá de la Bernardita, tenía frío y toda la manga del chaleco mojada. Ahora me arrepiento de no haberle contado estas cosas a la Leonor, si pudiera contárselo de nuevo le diría la verdad, qué idiota fui.

Los poetas

BERNARDO ARAYA

(Punitaqui, 1941)

TIERRA INCOGNITA

I

*De la noche a la mañana
estaremos navegando sin rumbo fijo.
Otras veces brotan con facilidad
las palabras.
Pero ahora buscaremos una salida
al mar que brama en las ciudades.
Sólo unos viejos rincones de bar
han sido nuestros amigos.
El aserrín ese borracho antiguo
que barren al amanecer
nos grita del otro lado de la calle
cosas que quisiéramos de momento olvidar
en esta caja de música
donde aún creemos escuchar
el submarino amarillo de Los Beatles
you and live in a yellow submarine
you and live in a yellow submarine.*

II

*Pero abrirán las puertas unos personajes
que trajo el vino de la Isla del Tesoro
y todo cambiará de ambiente allí
nuestros pensamientos se contradicen
en los ojos de las mujeres
turbadas en su desnudez
y el canto que brota de los labios*

debe estar huérfano de luz
y de castigo
you and live in a yellow submarine
you and live in a yellow submarine.

III

*Mañana Lunes ninguno
se dará cuenta de la vida que hemos llevado.
Sólo el pan recién partido por los sobrevivientes
tiene la supuesta lozanía del alba
y quisiéramos seguir vagando
hasta llegar a puerto.
Pero sabes viejo lobo
que la mar se ha ido
por avenidas o parques que no conoces
sino de nombre anoche
nuestras mujeres fueron a plantar la viña
cerca de las caballerizas
a esa hora postrera de las embarcaciones
y el agua manchada por nuestro vino.
Al despertar partiremos hacia el norte
es cierto
pero nadie sabe lo que buscan
nuestros ojos al viajar.
Tal vez lo sabe el pan recién partido
por los sobrevivientes
o el arrugado mantel del alba que nos protege.*

IV

*Regresamos con el canto de los gallos
pero nos queda aún el recuerdo solitario
de la gente que sale de los cines
o el de los hombres que se encuentran
en algún lugar del vino.
Anoche fuimos a ver
que en la Selva no hay estrellas
sino barcos anclados
un Domingo en los muelles
deben partir sin noche ni pena
los viajeros.
Antes de que se queden en las palabras
mis versos
Dormirán en la boca del pozo nuestras vidas.*

SINSABOR

*El chicle que aburrido de mascar
escupo en esta ciudad
es la única parte de mi
que se adhiere sin dolor
a la dura corteza de cemento
que se interpone
entre mis pies
y la tierra sin límites
de donde yo provengo.*

LUGARES

*Hay por aquí varios pueblos.
Al otro lado queda Pueblo Viejo.
También Cerro de Piedra y Rinconada.
Los pueblos minerales son Dorado Infiernillo
Pampa Unión, Indio Muerto.
Y otros son invisibles pueblos sin aguadas.
Como le digo hay pueblos que no existen
sino a la hora exacta de los trenes.
Mire no más Ud. por la ventana.
Véala allí parada con su canasta,
es la señora Pueblo-Tristezas.*

CLAUDIO BERTONI

(Santiago, 1946)

BALTHUS

*Thank Heavens
For little girls!*
(Lewis Carroll)

*el degenerado
de Balthus
pintó un cuadro
que tituló
LA LECCION DE GUITARRA
y que de lección
de guitarra
tiene bastante poco
Aparece una guitarra claro
pero está
en el suelo
junto
a la mano lacia
de la estudiante
que está
tendida de espaldas
media en pelotas
sobre la falda entreabierta
de una señora
con cara de gozadora
y más encima
con una teta al aire
y puntuda para arriba
como las babuchas
del Profeta*

y que para colmo
le está haciendo así

cuchi-cuchi

con los dedos
entre los muslos.
La melena
de la niñita
cuelga
pesada y café
como una cortina
y su mano siniestra
empuña el escote
del lado
que saltó
la teta
de la profesora
que con su mano
también siniestra
le tiene tomadas
las mechas
mientras
con la otra mano
le tiene los dedos
donde ya dije.

En lo
que concierne
al título
lo mismo
habría podido
llamarse

"La Guitarra

o

La Pantufla"

ya que
lo mismo
aparecen

—La Guitarra

y/o

La Pantufla—

desviando
la atención
de lo esencial:

*¡La vulva imberbe
de la impúber!*

MUAC

*es
increíble
lo que nos gusta
dar y recibir besos*

*me parece un regalo inapreciable
que exista entre nosotros
los seres humanos
la posibilidad de darnos eso que llamamos beso
y al
mismo tiempo
me resulta
absolutamente incomprensible
que una cosa
semejante
se encuentre
a nuestro alcance
y se produzca
con las consecuencias
que todos sabemos*

*yo no comprendo para nada los besos
yo no comprendo nada en un beso
me parecen ignotos de principio a fin
me parecen completamente huidizos*

*esta manera de lanzarse uno en pos del otro
siendo tan oscura
es sin embargo tan agradable!*

*algunas lo dicen tan al pasar
"te besa"
en una carta
y debajo firman su nombre...
"Lucía" por ejemplo*

jes cuando percibo en todo su esplendor!

*es cuando cae sobre mi como una manta
o la red de un gladiador
o una oscura extensión no determinada de miedo*

la simple verdad de un beso

*la nunca suficientemente reconocida
maldad del beso!*

para Lucia Valle

domingo 16 de julio de 1962.

BIOGRAFIA DE CLOVIS TROUILLE

*Este
pintor
francés*

*(que
a lo mejor
es belga)*

*no sé
cuando nació
ni siquiera sé
si está vivo
o no*

*(aunque si sé
que vive o vivió
en nuestro siglo*

al menos en parte).

*Lo que sí también sé
es que pinta monjitas sin ropa interior
haciendo toda suerte de diabluras en confesionarios
a popó pelado*

en portaliqas

y con la cofia puesta!

(Franchute

—o belga—

¡Malandrín no más!).

*Recuerdo muy bien
una pintura suya de un mausoleo
con el busto de un Cristo
riendo mefistofélicamente a carcajadas:*

¡Inolvidable!

1971

JUAN CAMERON

(Valparaíso, 1947)

LA HORA SEÑALADA

*Está bien el paraíso lo perdimos por precario
comodato de ángel guardián era la hora
desalojados fuimos a lanzazos a besos
mejor dicho de armas (no quiero herir a nadie)
Nos han vedado el cielo ya el infierno
Es el limbo estamos donde estábamos
nos cobijan aquí es la verdad
pero eso es todo
Ahora que vagamos en busca de la luna
oscura está la gleba los caminos
marchan sobre sí mismos era la hora
La hora señalada se dispara en la sien
Sólo puertas mentales se nos abren ahora.*

PRETERITO IMPERFECTO

*La lluvia llega a contemplar la plaza
Las hojas marchitas consignas del verano
que pronto tomará*

*De nada me arrepiento
Volverá la telaraña después de la tormenta
No es tiempo de metáforas*

*Mi pequeña patria el sistema solar
me basta
Mi insignificancia es infinita*

*La campana de la escuela
suena en este vaso
En él giran los astros como años perdidos
De nada me arrepiento
Afuera llueve.*

SERMON DEL CAFE

Bienaventurados aquellos los de virgen maternidad
los que a los incrédulos griten desde el monte
o desde el centro de las ciudades
bienaventurados los rebeldes & los subversivos
los que en aquella temporada buscaron el sol
& fueron traicionados
o buscaron amor & fueron traicionados
Bienaventurados aquellos que murieron por otros
Porque de ellos es el reino de las camisetas
de los afiches & de las solapas
desde donde han de juzgarnos & medirnos.

PALABRAS DEL PROFETA

*Es cierto
después de algunos años de conversación directa
con el altísimo
me cortaron la línea
por no pagar la cuenta ni dar testimonio*

RECETA PARA ESCUCHAR EL AULLIDO EN LAS CALLES

*No se precisa ser iluminado
para escuchar el aullido en las calles
tiéndase en el prado un día de semana
sin relojes
sin billeteiras
& deje de aullar un segundo
entonces escuchará el aullido en las calles*

RECETA PARA SER UNO MISMO

*Ensaye usted jugar con una pelota imaginaria
o con la sombra de una pelota imaginaria
o con un reloj detenido
practique las acciones brillantes en silencio
sin aclamar sus goles
sin aplaudir sus propios deseos
sin salir siquiera de su rectángulo*

*De una vez por todas
realice aquellas jugadas ilícitas
que usted guarda a menudo en el bolsillo trasero
sin dar fe de los gritos jamás emitidos.*

RECETA NUMERO CUATRO

*Abrazar la doctrina gardeliana
sacar a bailar a la vecina
dar un paso al revés entre sus piernas*

RECETA NUMERO CINCO

*No fumar
no beber
no comer
no fornicar
adorar padre & madre
mientras tanto*

BOCETO

*En una servilleta de papel
dibuja tu figura ensangrentada
con manchas de cerveza
con rouge
con tu mirada de alicia en el país de la marihuana
& luego la guardo a mi costado
hasta que se coagule*

BRIGADISTA

*Salgo de noche a pintar consignas
contra los enemigos
(soy el terrorista de café
u hombre del mañana)
& enciendo una mecha bajo la muralla
donde con letras rojas
acabo de garabatear
tu nombre de novela*

SOBRESEIMIENTO

*Acabo de fumarme un cigarro
con papelillo
del artículo 313 del código penal
como envoltorio
& a medida que se consumía
iba subiendo la pena
hasta su grado mínimo*

CONFABULACIONES

*Todos confabulaban contra la novia
contra el velo de la novia
los invitados contra los mozos
los mozos contra la comida
la comida contra los músicos
los músicos contra el novio
y el novio*

MUNDIAL DEL SESENTAIDOS

*Ovejas descarriadas, como nos decían los vecinos
y gritábamos
cuando Garrincha delirante
caluroso día de invierno San Juan del Sesentaidós
rompía y deshacía redes europeas
Toda mi generación guitarrista-eléctrica y motonetista
hasta llegar al exterminio
como es posible probar en documentos*

Toda salió a la calle caliente

*Los geranios volaron a pelotazos en nuestra
ciega alegría
Furibundo músico Sonámbulo de la cuerda floja
Salió a la Calle justamente haciendo sonar el instrumento
Como si el cielo fuera a desplomarse*

2

*Ya al anochecer dentro del Parque
semidestruido, donde se hacía el amor
a la luz de un lejano Farol y las estrellas
revueltos con la hierba embriagadora
a madera nueva de árbol*

*Volábamos
radioportátil en blu jeans casaquilla de cuero
y en los gestos
peligrosos por cierto*

*De manotazos dábamos inicio a esa encantada
Faena Nocturna que significa*

APODERARNOS DEL WURLITZER

*amada mía tomo tus manos las aprieto
en la memoria
mientras ganamos y ganamos
partidos en el césped del Nacional
tan verdecito*

*Inventamos y bailamos hermano rock'n rol
como pequeños dioses
Nos damos vueltas y vueltas cada vez más
perfectas*

*Hasta coger ahí esa gloriosa onda de amor
que te agita como ángel furioso y fascinado
perfecto baila baila
en calles de gente enloquecida
que izando bandera y bocina grita:*

¡VIVA CHILE, PATRIA DE FUTBOLISTAS, MIERDA!

*Un gran río que corre a ojos cerrados
(Todo ha sido desmantelado de furor por Chile
como se dijera aquel Abril
los Estudiantes cantando
y gritando ronc
y cansados nos defendíamos uno con otro a peñascos)*

*Así tendríamos que defendernos después
en medio de la vida.*

*Algunos que hoy deshojan lluvias y penas
juntos entonces robábamos manzanas
del huerto de la Primavera)*

*Con los bolsones empapados se empezó en la calle
aquel Abril guitarrista eléctrico
a las ventanas de sus casas salían tipos degenerados
a insultarnos*

*A recordarnos nuestros padres que a esas horas
estarían trabajando nuestros padres*

*Llenas de várices las piernas aquel
memorable viejo otoño, hermano mío*

*Frió a la luz del carbón
oscuro en el silencio de la casa
Muchas desgracias para nuestra pequeña sangre
helada de impresión*

*En las calles la Gente a borbotones
Se quebraron puertas
y plazas quemadas.*

*Todo se llenó de humo y lamentos
pero sin mayores consecuencias
sólo que recibimos una fuerte paliza
por perversos malos hijos
y haber sido sorprendidos fumando
medio a medio de los hechos con el
bolsón y los cuadernos destrozados*

3

*Some of this days es triste
como río congelado guitarrista-eléctrico
de barrio pobre latinoamericano*

*ciruelo naranjo en flor donde crecimos
con la cabeza llena de James Dean huraño
enemigo pues de todo padre*

*Como nosotros
Que jamás seríamos empleados dependientes
de nadie en absoluto porque*

*Habríamos de partir, así lo decidimos
escondidos al país de James o en tren
al otro lado de la Cordillera*

*Y junto, o, como Elvis, camionero-guitarrista
con el camión vehículo cualquiera
haríamos maravillas*

*(Hoy te he visto, hermano Jack, con tu gastado uniforme ETC
haciendo maravillas para no pasar con luz roja
y volcar entre tanto tránsito loco)*

*Te he visto Juan, con tu gastado uniforme gris
hacer maravillas
durante ocho terribles horas cada día
por un sueldo miserable.*

*A los Infiernos llegábamos mojados
al Wurlitzer 2 cigarros por cabeza*

*a escuchar lo último de Haley Little Richard
Lo más Nuevo desde America North*

*Tú te colgabas de la tragamonedas balanceando
con el cigarro en los labios
huérfano de 18 años Expulsado
por robar del Liceo el libro de clases
y eras nuestro tácito jefe*

*Te colgabas Jefe
te metías entre los vidrios de color y polvoriento
de los 45 single
como un enanito sobre la aguja y el brazo
automático y todos nosotros detrás a empujones
Cantando riéndonos de Charly
que le habían levantado a su Morocha
Charly el mago de las 3 bandas
durante 2 horas por lo menos*

*No sabíamos por qué guitarrista dejábamos
nuestra poca plata conseguida siempre de mala manera
Volábamos sobre una mezcla de dixieblue
que los negros cantaban con el corazón
sentados a orillas del Puerto de San Francisco
el Año Veinte
y nosotros ahora
vestidos como James*

4

*El corazón se agiganta y late
inolvidable circo mágico de ciegos
porque tengo tu pequeño pudoroso sexo entre mis dedos
y te agitas y derrite tu boca desconocida
colegiala mientras todos atrás gritan
consignas sexuales-amorosas*

*de la más pura rebeldía
y yo me pongo contento y te beso más
y más adentro aún
Un hombre casi completo soy, desconocida
senos dulcísimos senos del Toesca
hasta que la luz nos haga retomar nuestros bolsones
y vuelva
sin que yo sepa tu nombre siquiera*

*Afuera la multitud
ya dueña de las calles con carteles y canciones
VIVA CHILE TERCER CAMPEON DEL MUNDO EN FUTBOL*

*Nosotros muchachos del '62
qué perdidos estuvimos entre la gente
el día del jolgorio*

*Las motos aullaban guitarrista
y los instrumentos
llenaban el cielo de rugidos y lágrimas
algunos se detenían a brindar con los pasajeros
de las micros
y todos se abrazaban y querían*

*En camiones garrafa al hombro se pidieron
monumentos a los héroes de Chile y fogatas
para un mundo de pompas de jabón*

5

Bien:

*Por eso Juan
ahora que las motos están desmanteladas
los instrumentos
en algún lugar del cachureo*

Te digo:

*No te pierdas
No te deshagas entre las sombras ni
derrumbes
Yo estoy sin trabajo, fuera
de la Administración Pública y Privada
paso, si vieras,
la tarde dando comida a las palomas*

*Muchos de los nuestros han muerto
y los veo a veces por las calles pero
dan vueltas los ojos hacia otro lado.*

*No importa Jack
no importa créeme
no estamos aún viejos verdad y
quizás
todavía es tiempo
de revolver medio mundo y conseguir
Algo Mejor para la Familia.*

VISION DE HIROSHIMA

*arrojó sobre la triple ciudad un
proyectil único, cargado con la
potencia del universo.
Mamsala Purva
Texto sánscrito milenario*

*Ojo con el ojo numeroso de la bomba,
que se desata bajo el hongo vivo.
Con el fulgor del Hombre no vidente, ojo y ojo.
Los ancianos huían decapitados por el fuego,
encallaban los ángeles en cuernos sulfúricos
decapitados por el fuego,
se varaban las vírgenes de aureola radiactiva
decapitadas por el fuego.
Todos los niños emigraban decapitados por el cielo.
No el ojo manco, no la piel tullida, no sangre
sobre la calle derretida vimos:
los amantes sorprendidos en la cópula,
petrificados por el magnésium del infierno,
los amantes inmóviles en la vía pública,
y la mujer de Lot
convertida en columna de uranio.
El hospital caliente se va por los desagües,
se va por las letrinas tu corazón helado,
se van a gatas por debajo de las camas,
se van a gatas verdes e incendiadas
que maúllan cenizas.
La vibración de las aguas hace blanquear al cuervo
y ya no puedes olvidar esa piel adherida a los muros
porque derrumbamiento beberás, leche en escombros.*

*Vimos las cúpulas fosforecer, los ríos
anaranjados pastar, los puentes preñados
parir en medio del silencio.
El color estridente desgarraba
el corazón de sus propios objetos:
el rojo sangre, el rosado leucemia,
el lacre llaga, enloquecidos por la fisión.*

*El aceite nos arrancaba los dedos de los pies,
las sillas golpeaban las ventanas
flotando en marejadas de ojos,
los edificios licuados se veían chorrear
por troncos de árboles sin cabeza,
y entre las vías lácteas y las cáscaras,
soles o cerdos luminosos
chapotear en las charcas celestes.*

*Por los peldaños radiactivos suben los pasos
suben los peces quebrados por el aire fúnebre.
¿Y qué haremos con tanta ceniza?*

PEQUEÑOS FANTASMAS

*Nuestros hijos amor mío
son pequeños fantasmas*

*Los escucho reírse en el jardín
Los siento jugar en el cuarto vacío*

*Y si alguien golpea la puerta
corren a esconderse debajo de mi sábana*

*los pequeños fantasmas
los hijos que nunca tuvimos
y los que nunca tendremos*

EL CENTRO DEL DORMITORIO

*Un ojo choca contra las torres del sueño
y se queja por cada uno de sus fragmentos
mientras cae la nieve en las calles de Iowa City
la triste nieve la sucia nieve de hogañó*

*Algo nos despertó en medio de la noche
quizá un pequeño salto un pequeño murmullo
posiblemente los pasos de una sombra en el césped
algo difícil de precisar pero flotante*

*Y aquello estaba allí: de pie en el centro del dormitorio
con una vela sobre la cabeza
y la cera rodándole por las mejillas*

*Ahora me levanto ahora voy al baño ahora tomo agua
ahora me miro en el espejo: y desde el fondo
eso también nos mira
con su cara tan triste con sus ojos llenos de cera
mientras cae la nieve en el centro del dormitorio
la triste nieve la sucia nieve de hogão*

CIUDAD EN LLAMAS

*Entrando en la ciudad por alta mar
la grande bestia vi su rojo ser
Entré por alta luz por alto amor
entréme y encontréme padecer
Un sol al rojo blanco en mi interior
crecía y no crecía sin cesar
y el alma con las hordas del calor
templóse y contemplóse crepitar
Ardiendo el más secreto alrededor
mi cuerpo en llamas vivas vi flotar
y en medio del silencio y del dolor
hundióse y confundióse con la sal:
entrando en la ciudad por alto amor
entrando en la ciudad por alta mar*

WALTER HOEFLER

(Valdivia, 1944)

BAJO CIERTAS CIRCUNSTANCIAS

*"Por febrero deste presente año de
1552 poblé la ciudad de Valdivia,
tienen de comer cient vecinos."*

Pedro de Valdivia, Cartas, XI

*"Une même vague par le monde, une
même vague depuis Troie."*

Saint-John Perse, Amers, IX, 1

*Me despido de la ciudad.
Deberé alejarme de ella
sin volver jamás la cabeza.
Estatuas de sal decoran el camino.
Sólo muy a la distancia te será permitido recordarla.
Quizás muera en el camino.
Un pequeño tumulto marcará la distancia exacta.
¿Cuánto te habrás alejado?
Pero tú o alguien, alguna vez, te retornará.*

*Me despido de la ciudad
reconciliándome con la lluvia,
con la niebla que recubre los ríos,
con las doradas espigas del islote.
Sobre los puentes, trampolines del instante,
abrevio toda otra consideración.
Un semáforo en rojo
impide tu retorno
amarillo es el horizonte.*

*Me despido de la ciudad.
Pido excusas por arrogarme ese derecho.
Ese derecho me lo da mi nacimiento.
¡Ay de quien ose arrebatarlo!
que todas mis palabras lo condenen.*

.....

*Me despido de la ciudad
recordando el gesto del fundador,
no el índice extendido que muestran los billetes,
sino el sueño pesado del cansancio,
la primera noche, el ruido horrible
de la primera soledad y de la vigilia.
Nadie cruzando sus calles,
sólo su oído pegado a la tierra
y al alcance de la mano, las armas,
mientras el fuego crepita y confirma su presencia.*

*Me despido de la ciudad.
Nada es pequeño para el que ama,
hasta el deshecho pedruzco que arrastra la corriente
hasta el rostro que pasa y nos inquieta.
Mi boca se cierra para cantar lo fundado
y se retrae en la muda despedida.*

*Me despido de la ciudad.
Ningún recuerdo especial dejo en ella.
Ya no me esmero por saludar a nadie
o quizás sea que ahora los saludo a todos.
En quien no conozco me preparo
para habitar otros rostros, otras sombras.
Otras ciudades adivino
en esos rostros que desconozco,
pero igual los saludo.*

*Me despido de la ciudad.
En ella nací.
Ahora corto al parecer todo vínculo.
Estoy seguro ya de que mis huesos no le pertenecerán.
Nada deben ya sus calles a mis ojos somnolientos.
Ya no le cobro ninguna imagen,
ya no cierro mis párpados para verla mejor.
Todo se hace claro como el viento.
Alguien debe haber decidido por ti.*

Sólo cabe aceptarlo.
Hay frases de consuelo:
¡Será para mejor, te hacen un favor!

Me despido de la ciudad
y ya he llegado a otra
donde no podré repetir con orgullo:
aquí he nacido, aquí moriré.
Es una frase tonta, pero tendré que empezar de nuevo,
empezar por imitar el gesto de un nuevo fundador,
terminar de quemar mis naves,
reservándome el último fósforo.

Me despido de la ciudad,
de sus precoces genios,
de sus pequeños fariseos.
Mis palabras no saben odiar.
Aun con mis enemigos soy capaz de brindar por el porvenir.
Todavía confío en que nadie es culpable,
ni esos dioses, tan indiferentes.

.....

Me despido de la ciudad
y ya avizoro otras murallas,
los rostros solidarios,
las manos amigas que saludan tu llegada,
pero allí sólo podré beber por el pasado
el porvenir sólo lo veo desde aquí.
Quiera alguien que ese momento sea dispensado.

Me despido de la ciudad.
Unas pocas frases silenciosas,
unas pocas letrillas que nadie leerá.
Me despido casi en secreto,
dejando apenas este legado de palabras.

Me despido de la ciudad.
Me despido de sus muertos que conozco,
me despido de los que medran a la sombra de los muertos,
me despido de los muertos, los vivos de mañana.

Me despido de la ciudad,
ya me queda poco tiempo,
he empacado mis cosas,

*mi familia está también dispuesta.
Espero que mi pasaporte esté completamente en regla,
pero para circular por otras partes sólo requiero de unas pocas
palabras que siempre me permitirán retornar.*

*Me despido de la ciudad.
Ya hemos limpiado la casa,
ya hemos entregado las llaves.
—Mira, ahí queda una telaraña.
—No la saques, que al menos ella
tenga un buen recuerdo.*

“NO PODRIA CONTAR LA HISTORIA...”

*No podría contar la historia.
Escribo desde otra orilla de la vida.
Pasan aves refrenando el vuelo,
palpando el aire y la llovizna.
Ya no regresarán.
Otro tiempo empieza al margen del reloj.
Pausado, interior, casi reiterado.
La historia ahora sólo es carne en los pequeños recuerdos,
algún trozo de hueso entre los dientes.
La boca no está para palabras.
Las aves se detienen y dejan de croar las ranas.
En el río los peces prosiguen su labor
agitando el barro del fondo.*

ESCRIBIR

*Persistir en lo que hacemos,
reserva,
pequeño margen
del oficio tenazmente retenido.
Segunda expulsión del paraíso,
agua desbordando sus lagunas.
Pequeña casa donde nadie habita.*

JONAS
JAIME GOMEZ ROGERS
(Santiago, 1940)

PEQUEÑA ANECDOTA FAMILIAR
QUE TAMBIEN PODRIA LLAMAR
PRIMEROS PASOS HACIA LA TIERRA PROMETIDA

*Veníamos (nosotros, los jóvenes)
sin sentirlo apenas en la piel entonces
a borbotones
cayendo-tropezando
abrimos las primeras ventanas.
Del colegio el reloj a la distancia de la casa
sólo vimos el vuelo de los pájaros
(como la barba blanca de Dios, a veces)
o la peluquería del chino
y las bolitas de cristal corriendo dueñas de la tierra.
Cada día era una palabra más sumada en el cuaderno.
Nuestros padres acechaban detrás de los arbustos
cada uno de nuestros movimientos.
(Teníamos la enorme responsabilidad de la esperanza)*

*Un padre industrial y una madre beata
formaban el binomio perfecto.
"La política, tal vez,
el seminario (como su tío Jorge)
la medicina".
Eran caminos que se consideraban con respeto.
Mi padre, una carrera técnica,
"porque este país que crece y crece
a la sombra de ese enorme gigante americano..."
Para nuestro hijo
una carrera corta, lucrativa,
y después que venga,
y que tome el timón y que gobierne.*

*Sentados en el ojo de la cerradura
escuchamos la conversación,
y corrimos —después— al espejo del baño de visitas
a cerciorarnos de nuestro crecimiento.*

*Y un día
sin darnos cuenta apenas
llegamos balbuceando.
Sólo nos separaba de la tierra
una escalera minúscula
y un ácido sabor a corbata y gomina.*

*Lejos estábamos, mediocrecidos
repentinamente solos.
Aquella era nuestra única certeza.
Lejos estábamos de nuestra blanda plaza
con sus niñeras azules
—indecisas—
y el carabinero de turno
rondando sus pechos en un banco.
También el teatro de barrio
con sus primeras liceanas,
con sus duros cadetes militares
y el manoseo sensual en la butaca.
Se nos movían de un lugar a otro en la memoria.*

*Veíamos a nuestros hermanos llenos de contradicciones.
Y no sabíamos pedir
ya nunca más por ellos:
(El padre eterno había cortado por lo sano
y se fugó con una colegiala).*

*Allí estábamos
en ese círculo profundo de gestos y palabras
sin barbas blancas flotando en la eternidad
como pequeñas hierbas debajo de la lluvia.
Se nos había dicho:
"No mentirás,
ayudarás al pobre y a la pobre iglesia,
no mentirás".
"Solamente con la ayuda de Dios
y una enorme mascada en la corteza".
Eso era todo.
Era fácil creer aquella vez
porque casi sentíamos el aroma de la naranja
achataada en los polos.*

EL SEÑOR CORALES

*Una ciudad adentro de otra ciudad.
O un sueño adentro de otro sueño.
Una ciudad diferente
una vitrina llena de cordillera
y pájaros chilenos.
En la puerta misma de Vitacura
la ONU alza, levanta su índice de metal
al cielo.
El enorme Super-Market advierte al visitante:
American way ¡Cuidado!*

*Una ciudad adentro de otra ciudad.
También podríamos decir
la sangre adentro de la sangre.
Club de Golf (pasto importado)
Dos mansiones de película
y una niñera
que me recuerda a Marilyn.*

*En la segunda cuadro adentro —ya—
un niño-globo
flotando a dos metros trece del cemento
Piel rosada (como la corbata)
atado por un hilo a su nodriza.
Una plaza.
Un techo inglés.
Un agudo ladrido de perro fino.*

*En la tercera cuadro —ya—
la moda
exige una enredadera en la cocina.
Los amantes que pasan disimulando.
(Hay que tener la piel gruesa)
La mujer
seguirá la moda de París
hará lo necesario.
El marido, además,
poquito a poco se olvida
entre la secretaria y la cuenta del sastre
y los niños,
que están en el colegio.
Una boutique.
Un jardinero triste.*

*La hiedra de celuloide en el ladrillo
Una clínica de gatos regalones
En el corazón (frente a la rotisería)
la iglesia,
modificada por la moda de los vecinos,
vitacurizada por siaca,
hay que mimetizarse con la maza.
San Gabriel —con un palo de golf—
San Cristóbal —en un caballo polero—
se reparten (equitativamente)
los aplausos.*

Una ciudad adentro de otra ciudad.

Una ciudad diferente.

*Un maniquí con chaqueta de plata
y con un pueblo muerto a sus espaldas,
y zapatos de charol,
medias doradas,*

Bond.

Flint.

Ocho sirvientes.

¡Qué quieren —POR LA GRAN PUTA— estos rotos carajos!

¡Por qué me miran con ojos de carnero?

*¡Qué quieren estos indios,
estos bastardos, qué quieren,*

si no es otra cosa que mi hacienda?

*Sacude el señor gerente su estandarte
para la secretaria.*

Sus hijos al colegio.

Marilyn en la cocina.

*El gato en la clínica (operado de las amígdalas)
los amantes que pasan disimulando.*

Su mujer

abre las piernas a la moda de París.

El celuloide crece.

*Por siaca, San Gabriel estira la mano
hacia su víctima.*

Todo puede ocurrir

*en una tarde de verano
a las cuatro —o' clock—*

LA MUJER ENCANTADA

Mi vecinita está en las monjas.

*(El patio se llena de moscas
que lo joden a uno
hasta el tuétano)*

*Ella pasa con su bolsón de cuero
y su disco de ADAMO.*

*Las moscas acechan
colgadas de los árboles.*

*Mi vecinita llora
(la escucho llorar desde mi cuarto)
Llora
por
el
flautista de Hamelín
que SE LO PUSO*

*entre los muslos
una tarde
a 33 1/3. RPM
(aguja inoxidable)
—HIGHT FIDELITY—*

PALOS DE CIEGO

Homenaje a Raúl Ruiz

*Claro, Raúl, hay que irse por las ramas
mirando pa' otro lao' como si nada
buscando las cinco patas del gato
subir a una micro para bajarse cinco cuerdas
más allá y tomar la otra para volver a cualquier parte
da lo mismo, más que nunca, qué sabemos
nosotros mientras no se pruebe lo contrario
tomarse el pelo, cocer habas, pelar el ajo, vender pan
aquí te las traigo peiro, con las cuatro velas ardiendo
con los ojos coloraos, tú que de una isla
donde la lluvia corre como sangre, donde un velero
cruza la pantalla despoblado, vienes, donde
un fantasma engendra monstruos en la virgen, tú
que tomas por descuido, mientras los otros perdemos
los sentidos, te las arreglas siempre, los ojos hundidos
en el sueño, detrás de las botellas consumidas, el concho
mismo, las figuras fuera de foco, en tu cámara oscura
no te irías por la tangente, robándote la película
si no te centraras en la ilusión que baila en
un bolero voy a morir sin tu amor, si no estuvieras
cachando por el espejo lo que pasa al otro
lado o lo que es lo mismo cuando te adueñas
de un prostíbulo para acelerar la droga de tu ansia
o abusas de la noche a través del chanco y del ajo
de las infinitas escaleras de los bares, las idas
y venidas por las distintas piezas de una misma urbe
hasta llegar a la evidencia del vómito
si no recopilas esas horas en vano*

*en un alma vanidosa, en un desvelo de amor
el adiós de los circuitos de la muerte
de las sombras saturadas de garabatos de las letrinas
del olor a carburo y fierro de la estación Mapocho
del ruido de las medias que se saca una mujer, de la lata
abollada de un trolley, te sería fácil como botar
una entrada de cine, tú, sólo tú lo sabes, la despedida
es otra, un saludo a la bandera, un movimiento
con las manos, el alma suspendida en un hilo
y los ojos que se empañan, LAS FIGURAS FUERA DE FOCO
el cine contemporáneo, un eco por Matucana
buscando una vitrola.*

mayo 1969

CONTRASEÑA

*No sé lo que tras tu lechosa
piel cual lirio busco que se abre
y muerde la noche que se aproxima,
no sé por qué la lluvia
con ese sonido opaco, intermitente
contra la ventana —un hueso
que se deshace
en el fondo de una urna—,
intermitente mi mano nace
como desde una maceta una coliflor
intacta desde lo más hondo
de tu uterina sombra macilenta.*

*En la hondura de la noche, a veces,
en el golpe de una puerta
nos encontramos en una pieza sola
y las palabras crecen
hierba sobre las heridas del eriazo.*

*No sé por qué persigo
—un perro por el olfato su propia orina—
los sapos en la laguna de tus ojos,*

*si algo trizado hay,
el grito de un niño en la niebla,
en el concho de lágrimas que nos queda.
No sé por qué, por qué tus pechos
pequeños caracoles arrugados
tu movimiento transparente
por mis barcos, mi hundido derrotero
un ansia de raigambre, una sed de tierra dejan
en la fatal derrota de mis palabras.*

*Es el encuentro de un espacio oscuro
y la tenencia de inútiles herramientas,
suficientes, sin embargo, para emprender
un canto interminable en el ocaso.*

OMAR LARA
(Nueva Imperial 1941)

JUGADA MAESTRA

*Ya ni te pido que descanses, pequeñísima
impostergable mujer mía.
Porque esta broma de amor, esta
jugada maestra de sentirnos necesarios
ha ganado terreno, nos ha solicitado sabiamente:*

*Hemos resuelto que esto es el amor.
Sólo falta saber cómo lo utilizaremos*

de que buena manera para todos

y antes que sea demasiado tarde.

FOTOGRAFIA

*Ese de la derecha, en cucullas, debajo de la
barbita de Lenin, ese soy yo.
Es una ciudad que vi y que no vi,
tal vez estuve en ella, esta fotografía
me inquieta, debo averiguar hasta qué punto
yo soy en esa imagen.
Anduve dando tumbos en esa ciudad. Despertaba
en la noche y me encontraba en ella, con
esfuerzo volvía a la realidad. Incluso
tuve amores con una muchacha, hasta que me confesó
ser sólo un espejismo. Desde entonces
evito salir sin un plano, ahora último
repleto mis bolsillos con pastillas de variado uso*

*y de vez en cuando me inclino
sobre el pasto y huelo, porque reconozco,
de veras,
el olor de las calles que conozco,
y distingo debajo de la lluvia, por el sabor del barro,
el lugar donde estoy.*

CUARTO

*Entre las húmedas paredes de este cuarto
me repliego hacia ti.
Buzo del aire que respiras he rescatado
tu adorada perfidia, la hago
visión clara a tus ojos, te la demuestro en cada acto
y te amo miserablemente.
Este cuarto furtivo de sí mismo,
con sus límpidas grietas, con sus minúsculos
y extraordinarios insectos lleno de vida,
con sus ruidos establecidos a lo hondo del tiempo
y nosotros
perpetrándolo todo con nuestro pobre amor.
Y esta humedad que fluye.*

REINCIDO EN ALETEO CIEGO

*Desprendido de tu presente
de tu tierna inmediatez
heme sombra irrisoria, árido
cuerpo;
sin tu presencia restallante
heme enmohecida puerta,
heme astronauta de tu ámbito.*

*Reincido en aleteo ciego;
en la fuerza bruta de tus entrañas
reincido.*

AMANECER EN NIEBLA

*Cubro con fiereza la imagen
que me he hecho de ti*

*sobre la arena, frente a monstruos
que en cualquier momento*

*emergerán de las profundidades
y de los que sabemos*

*sólo noticias fragmentarias
extrañas conchas, moluscos, algas*

*reblandecidas por el agua
y las soledades.*

*Estamos caminando por riscos
que se suponen de peligro mortal,*

*hasta somos capaces de arriesgar
cautamente nuestros cuerpos*

*aprisionados de pronto
por voces que no es necesario comprender.*

MALAS PALABRAS PARA VIOLETA PARRA

*No le escribo al cielo ni al infierno,
presumo no estará por esos lados
sino en algún lugar más o menos anónimo,
haciendo entre otras cosas el amor,
tejidos para el Louvre, una que otra canción
de soledad o guerra.*

*Violeta, luego que decidió pegarse un tiro
en esa carpa de La Reina,
todos cantaron cantos a su muerte
(pocos cantaron cantos a su vida).
Fuera de una defensa de su hermano Nicanor,
escrita cuando vivía usted, Violeta,
lo demás era paja molida.*

*Yo conozco muy poco de su vida,
fuera de que su cara me recuerda
las campesinas lentas de mi tierra,
yo conozco muy poco de su vida.
Y no podría hablar con propiedad
de lo que desconozco. Sin embargo,
ese gesto tiernísimo de apretar el gatillo
(¿como desafinar una guitarra?)
llenó de notas vivas su figura.
Y no es que crea que la solución
es andar a balazos con el mundo
¿pero a quién se le puede reprochar
que se canse de tanta podredumbre?*

VENTANA AL DIA

*Entré con paso firme, abandonado
de un espectro en el que creí ciegamente,
opulento en mi desaliñada circunstancia de guerrero
en desgracia.*

*Será temprano todavía: soy el puro y buen ángel
anodino, con una vergonzante bondad que todos
rechazan*

*al momento,
y que aparece fielmente por más que trato de
ocultarla
abofeteándola en secreto.*

*Y esta situación que no ha de durar me entristece,
como si a pesar de todo no estuviera mal
saber contemplar, sin matarla, esa mosca
que corretea por el vidrio, mientras el viento
simula olas candorosas en los visillos.*

HERNAN LAVIN CERDA

(Santiago, 1939)

CONTRA LOS CHANCHOS

El Sol amaneció con cerco

(¡cuidado!)

*Como los chanchos hay algunos que están mirando el barro
y que lo escupen. Ahora, en este preciso minuto, ellos
se reúnen en el Estadio Chile y hablan por la lengua
sinuosa de Caicai (la de la alta traición).*

*Cada noche interrumpen el sueño de los generales
y en la sombra les hacen proposiciones sediciosas.*

A la Luna la encierran, la amurallan.

Entonces corren rumores, preparan las intrigas.

Nadie puede dormir con sus dos ojos.

Nadie está tranquilo.

Estamos en penumbras

y el cerco amenaza con extenderse de la noche al Sol.

Hoy el Sol amaneció en medio de tinieblas.

*Los chanchos siguen escupiendo
contra el barro.*

Los más osados desafían con una guerra civil

(también quisieran quemar libros).

*Y entre sollozos la ira de sus mujeres inconsolables
que se estremecen bailando el baile del tormento.*

LEVANTENSE TEMPRANO, SEAN FRUGALES

Como cuenta el cronista

*que los partos quitaron la vida a Marco Craso
echándole oro derretido en la boca*

"para que se hartase su codicia", así también

*haremos nosotros con todo el que alimente su gula
sólo de carne humana,
Ya está bueno de sangrías, ya está bueno de hurgar
en la casa del Tesoro**

*Levántense temprano, sean frugales, abracen
a los niños, escuchen música, lean poesía
y sólo así vivirán siempre
"en nuestros montes y en nuestros ríos"
como el sabio poeta de Kin Lien***

YA NO ERES EL HOMBRE

*Ya no vas a seguir ahorrando
en el BANCO DEL ESTADO que ayuda a vivir
mejor a todos los chilenos.
Ya no vas a seguir invirtiendo
en los BONOS REAJUSTABLES CAR.
Dejarás de ser el hombre de acción
que viste con CONTILEN, la fibra que viste bien.
Y en tu casa ya no se lavará más la ropa
con BIOLUVIL, el detergente biológico que lava sin restregar
Nunca más volverás a ser el hombre del primer plano,
el hombre de BELLA VISTA - TOME.
Hoy te pones tu camisa de mezclilla,
tus pantalones sucios, tus sandalias, tomas tu vaso
de leche, comes un pedazo de torta hecha con miel
de abejas
que tu mujer ha preparado a la manera de las indias
de la vieja Imperial, y te vas por el campo
bajo un Sol sin cerco
y escuchando a los pájaros*

Septiembre 1970

* Casa del Tesoro o Teucalco, lugar donde los indios aztecas guardaban sus riquezas que fueron saqueadas por el conquistador español, insaciable en su pasión por el oro.

** Caserío donde nació Ho Chi Minh, en 1890, de una familia pobre de la capa campesina de Vietnam.

EL OJO DEL BANDIDO

*A la chueca arrastrada jugamos
con este blanco espíritu malicioso que se aloja
en el Ojo del Bandido Barbudo y Católico
y no se seca y se burla de nosotros.*

*Y por más que lo apaleamos con nuestros palos
en chuecazos detonantes y a ras de tierra,*

*con furia
el Ojo del Bandido que vino por el mar
brilla como un Dios con verdadero poder:
se bambolea y bota saliva pero no se vacía
ni sufre un derrame total.*

Es al revés:

*mientras más duras caen nuestras chuecas
sobre él, se va tapando y destapando como un travesti
codicioso —goloso y sátiro—, y en sucesivas vueltas
de carnero*

nos corroe, nos roe ese Ojo que es un peligro vivo.

LA CONSPIRACION

*En Decurias se movilizaban noche a noche, y traían
las armas, los proyectiles, y también las plumas
entintadas de añil. Todo estaba previsto
y el Sol haría de testigo cómplice.*

*Y como en el Día del Juicio, los Cielos y la Tierra
iban a quedar en penumbras.*

*Sólo las balas
abrirían el camino de la Epoca Acuaria,
y el Gran Señor Dador de Sadismos
y otros suplicios*

*corporales y mentales
sería R. V. M., domiciliado en Diagonal Oriente 1410
o alguno de los que esta noche empiezan a llegar
a la casa de Avenida Príncipe de Gales
frente al Grange School,*

*donde se inicia una importante reunión.
Uno de ellos viene llegando "en un Mercedes Benz
de color azul y patente diplomática
vestido de civil,
conduciendo personalmente y sin apartarse de los labios
un puro".*

*Toda Sudamérica en las manos aceitosas
y calculadoras —de cadáver rampante— del Gran Toqui
de la Crueldad, Tata en retiro
Y un Senado de Coroneles que redactaría los bandos
y aplicaría la Ley de Fuga.
El día escogido es el 21 de octubre.*

*Silenciosas,
nuestras bombas están listas para estallar
en las embajadas, en los aeropuertos, en las casas
de los políticos, en los cines, en los gasógenos,
en los estadios, en las plantas telefónicas
y hasta en las obispalías.*

*Nuestros hombres se vestirán de overol
y en su cabeza unos enormes cascos de acero
(son hombres de otro mundo)
y un corvo al cinto y una ametralladora.
En medio de la noche nuestros hombres
van a rodear los campamentos
y a una señal
se volverán lobos y el fuego de sus ametralladoras
iluminará las tinieblas.*

*Ahora hay sirenas y ruido de tanques y ambulancias
("No importan diez mil muertos si salvamos a Chile..."),
y una mujer ciega que empieza a vomitar
(Entretanto, A.C., un vendedor de juguetes
que en Valparaíso forma parte del Comando Carlos Condell
está a punto, ya se hinca, de apretar el botón
de su chicharra*

*que por ondas radiales hará explotar
la dinamita colocada en una de las bodegas
del buque-escuela argentino Libertad, que hoy
se encuentra de visita)*

*Lloran débilmente, parecen niños llorando;
se quejan, se les va la sangre, se arrastran.
El francotirador prepara su rifle, la mirilla
telescópica busca el corazón, ahí lo tiene,
va a disparar.*

*El conserje del edificio está en el secreto,
fue él quien prestó las llaves de la terraza. Tiene
una cicatriz sobre el ojo izquierdo
y su dedo meñique doblado hacia adentro, dedo negro
como la garra de un tiuque.*

*De Catedral 1900 están llevándose las armas
a Melipilla, Los Angeles, Angol, Victoria,
Concepción y Temuco.*

noche del 21

*Un comando dirigido por un hombre rubio
recibe las últimas instrucciones: "Mañana a las 8.15
y en los momentos en que sale de su casa
y va a subirse al automóvil".*

*El hombre rubio recibe una pistola argentina
de manos de su instructor encapuchado.*

*El Gran Señor Dador de Sadismos reflexiona
en cada número. Noche del 21 del décimo mes del año 1970.
8.15 horas del jueves 22.*

*Toda cifra está cargada
de una fuerza sobrehumana que los ejecutores
materiales desconocen (ni siquiera sospechan),
y sólo el Gran Toqui de la Crueldad es capaz de liberar.
(¡El Gran Toqui revelará esa energía!)*

Más plumas azules van en camino

*A las 8 sale de su casa el General;
ha besado la frente de su esposa. Su chófer sonríe.*

La mañana es oscura y está casi lloviendo.

*A las 8.15 el hombre rubio da un salto, mete
su brazo por la ventanilla del automóvil
y dispara tres veces sobre el General;
el cuerpo se dobla y cae suavemente
hacia el costado derecho*

como una pluma azul bañada en sangre.

ESTAMOS EN LA CIUDAD

*La cabeza del toro colgada de un gancho en la tienda del carnicero
poco nos podrá decir de extensas, feraces praderas
o del sol que hiciera crecer los pastos
a la altura de un hombre de buena estatura.
Estamos en la ciudad. Nadie se equivoque.
Las mesas y las sillas ya no recuerdan aquí a los bosques.
Las piedras de río se las pelean los coleccionistas.
El viento huele a veces a motores Diesel, a asfalto recalentado.
Los gorriones anidan felices en los transformadores de alta tensión.*

EN MI PUEBLO NATAL, EN EL TIEMPO

*En mi pueblo natal, en el tiempo
de las carreras locas a campo traviesa
detrás de mariposas o locomotoras a vapor,
había además otras cosas que hacer.*

*Había que abrir bien los ojos para confeccionar
un buen inventario de las cosas de ese mundo.
Había que preguntarlo todo sin dar ni pedir cuartel.
Había que pasar
frente a las bodegas de granos y forrajes
y volver a pasar
hasta llenarse los pulmones de olor a heno seco
para toda la vida*

VENGAN A MIRAR

*Miren la fila del hormiguero
subiendo y bajando por una misma senda.
Miren con qué extraño tesón
suben y bajan
las hormigas hacia el techo,
las hormigas hacia la tierra
todo el día.*

*Miren cómo pongo mi mano sobre el muro
y corto su camino.*

*Miren cómo una mano temblorosa
puede llegar a ser una montaña
que habrá que ascender,
luego de un pequeño instante
de inquieta perplejidad.*

VINO BLANCO

*Es que he estado bebiendo vino blanco
a dos metros de la cordillera de los Andes
y la Cordillera no se estaba quieta
por más empeño que yo hiciera por no moverme.
Y si yo ando un paso hasta su costado
ella escabulle hacia un lado o hacia otro
o se encoge para destapar la luna.
"La Cordillera rehuía su presencia",
dirán las leyendas.
"El mar en cambio le salía a recibir
varios metros fuera del agua
y algunos codos por sobre su línea de flotación".*

"A NADIE DARE UNA DROGA MORTAL"

*Aquí estoy solo con mis pócimas, mis escalpelos,
mis uñas rotas, mis salpicaduras.
Aquí con mi intranquila conciencia.
Aquí con mi mundo perturbado.*

*Aquí, con mi cadáver desnudo sobre mármol
y el tiempo que aquí debería ser abolido.
Somos los mismos. Los que tuvimos un día
la capacidad de asombrarse.*

*Cartílagos sólo hay, sólo huesos.
Debo suturar desgarros que yo no produje.
Debo hacer coincidir las piezas de un cráneo.
Soy demasiado humano para vivir en paz.*

*Pero quién se sonreirá por ti algún día.
Pero quién repetirá después las cosas que tú dijiste.
Pero quién cometerá tus mismos errores.
Pero quién asumirá tu desencanto.*

*Morirse pero contemplar tu propio funeral.
Pero huir y ser testigo de tu fuga.
Pero perderse y participar en tu propia búsqueda.
Pero se trata de estar aquí y en otras partes.*

*Pero yo soy un cirujano fiel a su juramento
y seguiré cortando tendones, removiendo las vísceras
sin lograr ver en ellas el futuro
y a nadie daré una droga mortal.*

PARA QUE SE SEPA QUE ES VERDAD TODO ESTO

*Arrastrándonos a duras penas,
agarrándonos de cada arbusto, de cada saliente de la roca.
alcanzaremos al fin de cuentas la cima de la montaña.
Abajo ha de quedar la ciudad testimoniando
el origen y el instante de la ascensión.
Y haremos marcas sobre las rocas desesperadamente:
"Aquí llegamos", "Aquí estuvimos".
Inscribiremos la fecha, la hora, las iniciales de nuestro nombre.
Dejaremos banderines, latas vacías.
Daremos gritos en todas direcciones
sólo para escuchar el eco de nuestra voz.
Y entraremos luego en la ciudad como extranjeros
y los niños nos seguirán a la distancia, recelosos,
y los ancianos se alejarán sobresaltados
de nuestra presencia.*

UNA BOTELLA DE VINAGRE

*En esta habitación todo es caos,
incomprensible orden y desorden.
Herrumbre, imperfecciones, decrepitud.
Una rata corre por sobre el piso.
Un avión a chorro atruena en las alturas.
El muro carcomido no termina de derrumbarse.
El pan en la panera se endurece desde anoche.
Un libro cerrado, un libro abierto,
una cuchara sucia, un diario viejo,
una botella vacía, en fin, una botella con vinagre,
una botella con veneno, una botella, una botella.
En la lejanía ladra un perro con furia
¡Qué ganas de tragarme a ese perro
para que ladre todo el día y toda la noche
y todo el día
por esta boca de cesante!*

ASAMBLEA EN LA UNIVERSIDAD

*No es la Humanidad entera lo que se ha reunido aquí
en la Sala de Sesiones.
Mas todos los problemas de la Tierra es posible
que tengan su lugar en la Tabla del Día de hoy.*

*Tendrán que ver a los vehementes jóvenes
y a las vehementes muchachas,
que ocupan las butacas
y se agolpan en las puertas de acceso
y rodean por todos lados a la Presidencia
sentados en el suelo.*

*Ah y los oradores que hablan desde la testera
o desde el fondo de un flanco de la sala
y la chiquilla de lentes a mi lado
que mueve la cabeza en direcciones contrapuestas
como una buena espectadora de tenis de mesa.*

*Ah y todos los cigarrillos encendidos
que echan tanto humo como una verdadera usina.
Habrá que destacar que el joven Marx se encuentra presente
en un rincón de la sala*

*Marx escucha atentamente a los oradores
y hace rápidas anotaciones
y continúa escuchando atentamente.*

*Tengo que informar además que el joven Cristo
no ha aparecido por acá.
Pero yo sé que hará su entrada en unos instantes más
y se unirá al desfile de protesta.*

*Tenga cuidado con los carros lanza-agua de la policía,
con los gases lacrimógenos,
con los duros bastones de la policía, Cristo.*

BUSCAD Y HALLAREIS

*Toda la gente que viaja en el ómnibus
se levanta de sus asientos y mira por la ventanilla
en una misma dirección.*

*Todas las personas que caminan por la calle
dirigen su vista expectante, sobresaltada,
hacia ese mismo lugar.*

*Y los más bajos se empinan en la punta de los pies
y estiran su cuello como gansos fuera de la charca
o tuercen la cabeza a un lado u otro
para alcanzar a ver.*

*Desde lo alto de un edificio en construcción
unos obreros detienen su labor
y se quedan estáticos mirando a lo lejos y hacia abajo
al lugar en que se concentran las miradas.*

*Y nosotros haremos intentos por mirar,
por conocer el objetivo de tanta expectación,
y nada veremos a simple vista.*

*Y tendremos que avanzar entre la multitud
guiándonos por la dirección de las miradas,
un poco hacia la derecha, un poco hacia la izquierda.*

GONZALO MILLAN

(Santiago, 1947)

NOMBRES DE LA ERA

(Una Profecía Sicodélica de Funcionamiento Hidráulico)*

(1970)

* Instintivistas como William James, William McDougall y Neoinstintivistas como Sigmund Freud y Konrad Lorenz, etc..., además de sostener en común que la violencia o agresividad destructiva está enraizada en nuestra naturaleza animal —solución simplista que ahorra considerar la irracionalidad del sistema y su ideología— comparten, a pesar de ciertas diferencias, la concepción del modelo instintivista en términos de una mecánica hidráulica. Es decir, todos recurren analógicamente a una substancia —gaseosa o líquida— capaz de determinar comportamientos energéticos, que está contenida en un recipiente antes de ser liberada y puesta en acción.

Este poema de funcionamiento infinito, utiliza el mismo esquema hidráulico, pero en sentido inverso, para ilustrar el desarrollo de unas sociedades hipotéticas basadas en la no-violencia, la paz y el amor.

*La que termina es la Era Primera
llamada también Era del Pez
porque no dejará huella.
Y la que principia es la Segunda Era
llamada también Era del Agua.*

*La Era Segunda o del Agua también
será llamada Era del Aguador,
porque dará de beber al Pez en la boca
tal como le da agua en las estrellas.*

*Y ocurrirá que se abrevarán todos
los sedientos entre sí y también
entre sí los hambrientos de su cántaro.*

*Y por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador será llamada también
Era de la Amabilidad.*

*Y se llevarán a cabo extensas fiestas
para celebrar la saciedad de la sed,
para celebrar la saciedad del hambre
y para celebrar por encima de todo
la insaciable sed de amor entre los hombres.*

*Y por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad,
será llamada también Era de la Insaciable Sed.*

*Y ocurrirán actos de justicia y reparación
entre naciones que debieron por una era,
poderío, riqueza y abundancia
a la explotación, miseria y muerte
de países pequeños, continentes
y generaciones incontables de desposeídos.*

*Y no se empuñarán para matar las armas
ni para morir las herramientas de trabajo.
Y no existirá codicia
sino petición de lo justo.
Y no habrá generosidad sino justicia.
Y tanto los hombres entre sí
como las naciones grandes y pequeñas
distribuirán su riqueza y saber
y fraternalmente los compartirán.*

*Por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad
o de la Insaciable Sed será también
llamada Era de la Justa Hermandad.*

*Y ocurrirá que entre naciones hermanas
no será necesaria la existencia del dinero.
Y desaparecerá la vergonzosa memoria
de sus fases de la redondez de la tierra.*

*Por las manos de las generaciones
venideras correrá invisible moneda
y no habrá argucia, ni regateo,
ni usura económica alguna
entre los hombres y naciones de la Tierra,
ya que los hombres y las naciones sabrán
lo que les corresponde sin ambicionar más,
actuando según su conciencia
de acuerdo con la Conciencia Universal.*

*Por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad
o de la Insaciable Sed o de la Justa Hermandad,
será también llamada Era de la Conciencia Universal.*

*Y ocurrirá que todas las razas de la Tierra,
todas las naciones grandes y pequeñas,
se reunirán para celebrar su nueva unidad.
Y unánimemente decidirán por fin borrar
las fronteras y abrirán sus territorios,
y la tierra, los océanos y el cielo
serán sin distingo de todos los hombres
y éstos se desparramarán por el planeta
y así las razas se cruzarán entre sí
hasta ser una sola y la suma de todas,
y así las lenguas se unirán también
en una sola, la suma de todas las lenguas,
y así el planeta será de uno y de todos.*

*Por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad
o de la Insaciable Sed o de la Justa Hermandad
o de la Conciencia Universal,
también será llamada Era de la Utopía.*

*Entonces de la nueva humanidad
nacerán mujeres y varones que engendrarán hijos
que a su vez engendrarán generaciones
cuyo proceder individual y colectivo
provenirá de la sabiduría ingénita
lograda a costa del tiempo y la muerte.
Y la raza humana se extenderá
por los astros y galaxias de nuestro universo,
y conocerá civilizaciones
con las cuales mantendrá entendimiento.*

*Por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad
o de la Insaciable Sed o de la Justa Hermandad
o de la Conciencia Universal o de la Utopía,
será también llamada
Era del Entendimiento Universal*

*Y ocurrirá que la humanidad
y otras humanidades concertadas
sobrepasarán el borde del Universo
y entrarán en lo desconocido
donde el pavor será a la vez la maravilla*

*Y por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad
o de la Insaciable Sed o de la Justa Hermandad
o de la Conciencia Universal o de la Utopía
o del Entendimiento Universal, también
será llamada Era de la Revelación
Acerca del Destino de la Humanidad.*

*Y por ello la Era Segunda o del Agua
o del Aguador o de la Amabilidad
o de la Insaciable Sed o de la Justa Hermandad
o de la Conciencia Universal o de la Utopía
o del Entendimiento Universal
o de la Revelación Acerca del Destino de la Humanidad,
también será llamada Era del Principio del Final...*

AUTOMOVIL

*El automóvil es celeste, metálico y cromado
con un motor, rejillas, estanque y hélices,
lubricados con aceite vegetal y grasas,
que ruge, tiritan, se vacía y giran
por medio de pedales, botones y llaves.
Dentro van por tubos, líquidos minerales
que una chispa prende con ruido y humo quema.
Tiene luz generada por baterías con ácido,
cables multicolores finos y faroles,
intermitente y roja para las señales,
amarilla para las noches y la niebla.
Las puertas se abren, cierran, suaves,*

*y para introducir o dejar el aire
los vidrios se bajan o suben.
Los asientos acomodables se reclinan,
rellenos de resortes, esponjas y espuma,
recubiertos por el plástico y la goma.
Las cuatro ruedas de caucho ruedan
y con un volante se tuercen o enfilan.
El acelerador se aplasta sin freno corre;
las llantas resbalan, chillan y se queman,
se abolla la lata y quiebra, retuerce,
los esmaltes y cristales se destruyen,
y el hombre puede salvar ileso o muere.*

TELEVISION

*Las antenas en los techos
captan tormentas estelares,
explosiones galácticas.
No pueden volar las palomas.
Y el haz explorador delira
deshilachando en zigzag.
el tapiz de las pantallas.*

*Cayó una fiera estruendosa
en la trampa de iones.
Nievan copos de ceniza
que adormecen el olfato.
Y por todos los canales
corre un torrente
de agua regia
que corroee las imágenes.*

*Anochece y en la bola de vidrio
una cabeza da los buenos días.*

REFRIGERADOR

*Tras la vidriera
abre la puerta
y exhibe el interior
repleto de comestibles*

de goma y frutas de cera
y la cierra;
abre su puerta,
exhibe el interior
repleto de comestibles
de goma y frutas de cera
y la cierra,
y algunos se van,
pero nunca faltan
los que atraídos se detienen
a ver cómo el refrigerador
abre la puerta
y exhibe el interior
repleto de comestibles
de goma y frutas de cera
y la cierra;
abre su puerta,
exhibe el interior
repleto de comestibles
de goma y frutas de cera
y la cierra...

NAIM NOMEZ
(Talca, 1944)

FISEIPOLYS

Fragmento

*Se encontraba todo girando
 alrededor de un agujero blanco
un mar de diminutos soplos.
Sucedian las desnudas dimensiones de arena
 la soledad en su hueco
los muros horizontales de las aguas.*

*Se encontraba todo germinando
 dejando descender lo circular alrededor
la nada removiéndose
 el músculo genético
con alas atadas el terrón dorado y vertical
el sol llovía cascabeles rubios
(el primer ausente tiene un parto doloroso
 detrás de lo desierto)
a lo largo del blanco paraje
 donde la tierra plana fermentaba.*

*De golpe un día
 todos los vientres se dejaron golpear
para hacerse un lenguaje que crecía hacia los ángulos
y los monstruos se alzaban contra el sol
 ocultándolo.*

*La blanca arena-nada del olvido
 entreabrió la flor geométrica del refugio.*

*Todos dieron a luz algún misterio
pero todavía
aprisionados
en lo circular del páramo
extendidos con el sol y los sonidos
que persistían en esconderse
y seguir líneas interminables
pese a lo infinito de los agujeros
y del misterio que lo blanco tan lejanamente blanco
seguía causando
aunque no había nadie
y el sol impedía que el germen aumentara
con la consiguiente sombra
y todo lo que después podía acontecer
además, de girar en el vacío
y persistir en acumular arena
durante ciclos inmemoriales
(curvar los espacios demasiado extensivos
y recoger las sombras hacia arriba
alguna época después)
y todo tan importante sin saberlo para el nacimiento
aun el girar aun el agujero
gota en la salamandra grano en el sílex
aun todas las estrellas eran necesarias
y para entonces.*

SITUACION

*Sabe vagamente de un lugar
iluminado, una escalera y los ojos del gato.
(Con violencia cerramos las puertas
azules de la risa
una lluvia eléctrica corrió por tus mejillas
y en tus cabellos la ausencia de un millar de pájaros)*

*Las calles suben por su ombligo.
Entre muecas agudas los trenes corren.
Por una noche interminable y a lo lejos
el color ceniciento de los vasos.
Ya no podrá saludar con alegría a los vecinos
ni mantener la mirada brillante a la 12 P.M.
El camino desnudo y vagamente impresionado
sin otra orientación que sus ganas de orinar.*

*(Bajo la telaraña de agua
tus ojos un cauce muerto y anegado).
Juraste no volver a sonreír.
Yo no entiendo esas pasiones.*

ANTOLOGIA

I

*Desde la blanca epidermis de tus manos, huyo
pero te extiendes y rodeas mi horizonte*

*con tus flagelos siempre en movimiento
de extraña curvatura astral, de líneas frágiles,
apresada al extremo de mi brazo discontinuo,
sujeta a los caprichos de mis pasos
que como carne quiero retener y se me escapan
con un gesto de adiós o de fastidio
y cuya sombra persiste entre mis dedos;
los extremos descansan sobre un pliegue de tu falda
acechando la próxima palabra y su ademán correspondiente
es decir, la totalidad del gesto lo realizan tus manos
donde tu índice acumula las sílabas,
no sé si mi mano izquierda aún conserva su ardor
de serpiente nevada, su deslizado reptar de posesión
sobre mi boca, diluido con el resto
entre la noche y el golpe de una puerta
y otros sonidos imposibles de confirmar en este instante,
tus uñas dejan de correr por mis surcos afiebrados:
manos sin tiempo, ya quietas, ya desnudas
duermen en un rincón de la noche
amparando tu seno del ojo de la luna.
Desde la blanca epidermis de tus manos
brota el adiós todas las primaveras*

*desde tus manos huyo bajo los días
que se amontonan descuidadamente,
bajo los días transeúntes
toco los surcos de mi carne
los surcos que con monótono y persistente trabajo
realizaron tus dedos
—no sé si con fastidio—*

*y miro el cielo
donde las aves cruzan hacia tierras lejanas
y después de graznar
—no sé si con dolor, no sé—
desaparecen fuera del horizonte
y me quedo aullando con los ojos cegados.
La migración comienza.*

MANUEL SILVA ACEVEDO

(Santiago, 1942)

MANU MILITARI

(1969)

En la mochila de cada soldado hay un bastón de Mariscal

*Al soldado raso
le anda una pulga
en el espinazo
y al General
le anda el bichito
presidencial*

Sodomía

*Hay muchos hombres
que lo darían todo
por metérsele en la cama
al Presidente Constitucional*

El Presidente en terno azul oscuro de paisano

*Los comandantes de las Fuerzas Armadas
se declaran leales al Primer Mandatario
y al Primer Mandatario se le nota muy pálido
cortando pensativo la cinta inaugural.*

Campo de Marte

*El Ministro de Guerra ordenó
la ocupación militar
del parque de juegos infantiles.
Con bayoneta calada
se columpia la tropa ociosa*

Recinto Militar

*Tu alcoba es ahora Recinto Militar.
Los ejercicios de tiro
acribillaron la luna puta de tu espejo
y la noche entera tu casa se estremece
con el taconeo de la tropa marchando.*

*Mercenaria,
si venciera mi amor, si pudiera más mi amor
y fuera a verte
tu lengua no vacilaría en delatarme.*

LOBOS Y OVEJAS

(Fragmentos)

*Hay un lobo en mi entraña
que pugna por nacer
Mi corazón de oveja, lerda criatura
se desangra por él*

☆ ☆ ☆

*Por qué si soy oveja
deploro mi ovina mansedumbre
Por qué maldigo mi pacífica cabeza
vuelta hacia el Sol
Por qué deseo ahogarme
en la sangre de mis brutas hermanas
apacentadas*

☆ ☆ ☆

*Me parieron de mala manera
Me parieron oveja
Soy tan desgraciada y temerosa
No soy más que una oveja pordiosera
Me desprecio a mí misma
cuando escucho a los lobos
que aúllan monte adentro
Yo, la oveja soñadora,
pacía entre las nubes*

*Pero un día la loba me tragó
Y yo, la estúpida cordera,
conocí entonces la noche
la verdadera noche
Y allí en la tiniebla
de su entraña de loba
me sentí lobo malo de repente*

☆ ☆ ☆

*¡No es menester un amo!
Amor es menester, amor lobuno
El lobo más feroz ama a su loba
y escarba y huele y hurga
y le clava los ojos y la escucha
y la loba celeste de las constelaciones
mueve la cola y ríe y lo saluda*

☆ ☆ ☆

*Se declaró la peste en mi familia
Vi a mis torpes madrastras
gimiendo con la lengua reseca
Murieron resignadas
arrimadas unas contra otras
Yo resistí la plaga
Ayuné, no bebí agua
Rechacé los cuidados
Y una noche a matarme
vinieron los pastores armados de palos
A matar a la loba
la única en pie
en medio del rebaño diezmado*

RETRATO HABLADO

—“Dirán que nació el día que Dios había muerto”.
Que ya en paz descansa el huérfano de padre y madre
(Aquel loco que se creía Dios y no creía en Dios)
Porque al meterse a redentor vivió crucificado
En las Cárcenes Públicas de la República de Chile.
Que en el Delirium Tremens de su pobre espíritu santo
Cantaba tangos en el Hospital Ramón Barros Luco
—De Carlos Gardel y de Enrique Santos Discépolo—
O veía el Apocalipsis del Apóstol San Juan en los siglos
De la historia de América y Africa y Asia y Europa...
Dirán que odió a Dios sobre todas las cosas de la vida
Porque no nos libró del mal de las Fuerzas Armadas
Y de la Iglesia Católica y los Partidos Comunistas
Y de los suicidios y homicidios en la lucha de clases
Por el derecho de propiedad de EE.UU. y la U.R.S.S.
Dirán que profetas y filósofos hablaron por su boca
En los Himnos a la Vanguardia Organizada del Pueblo
—Esas gotas de sangre en el Instituto Médico Legal—
Porque al saber que sólo de pan vive la clase obrera
De la Población Pablo de Rokha o José María Caro
Su reyno fue de América o Africa o Asia o Europa...
Que perdonó sus gritos de guerra a flor de labios:
“Dadnos otros Jesucristos y crucificaremos al mundo”.
Cuando se condenaron a muerte al venderlo a la C.I.A.
(En reuniones de Partidos y Misas de los Domingos)
Que fue un hijo de puta y de Dios y de los hombres
Y que murió en su ley como poeta maldito o falso profeta.

CONSUMATUM EST!

*Porque Vladimir Maiakovsky
y Serguei Esenin y León Trotsky
oyeron tu grito de guerra
en la Plaza Roja de Moscú:
Todo el poder a los soviets!
Todo el poder a los soviets!
Y F. Dostoievsky condenado a muerte
en vida aprendió a leer la Biblia
y a escribir la Historia
de la Humanidad
Porque en las Fábricas de Automóviles
y en los yacimientos cupríferos
la Clase Obrera dividida siempre
será vencida por las FFAA
y los profetas del siglo oyen la voz
de Jean Arthur Rimbaud:
Ego sum lux et via et veritas et vita!
Porque quién sabe cómo y cuándo
y dónde el todo se dividió
y se multiplicó la nada
Y en Africa y América y Asia y Europa
veo la Primera Guerra Mundial
y la Segunda Guerra Mundial
y suicidios y homicidios sin principio ni fin
Perdónanos por la crucifixión
de Karl Marx en la U.R.S.S.
Y porque no sabemos cuántos crímenes
ha cometido la Iglesia Católica
en tu nombre y en el nombre de Cristo
Perdónanos porque —por los siglos de los siglos—
no sabemos lo que hacemos y lo que somos
Y tú —Charles Baudelaire— ruega por nosotros!*

*****(EGO SUM= E= Mc2)*****

*Ego sum Iesus Australopitecus
et Stylonychia mytilus
et Phaeromyxa sabrazesi
Ego sum Myxobolus pfeifferi
et Chloromyxum histolyticum
et Lucernaria Haliclystus*

et Veretillum cynomorium
Ego sum Cynarina lacrymalis
et Cyclocotyla chrysophrii
et Polystomum integerrimum
et Calliobothrium verticillatum
Ego sum Iesus Pekinensis
et Hymeniacion sanguinea
et Physalia physalis
Ego sum Diphyllobothrium latum
et Schistosoma haematobium
et Nereis virens et Arenicola marina
et Serpula vermicularis
Ego sum Terrebratula vitrea
et Ovula ovum et Pterotrachea mutica
et Berghia caerulea et Octopus vulgaris
Ego sum Iesus Australopithecus
ad maiorem Dei Gloriam!
Ego sum Phalangium opilio
et Argynoreta aquatica
et Eupagurus bernhardus
et Scolopendra cingulata
Ego sum Den drolasius fuliginosus
et Schistocerca gregaria
et Ehippiger terrestris
et Sehirus dubius et Orgyia antiqua
Ego sum Mantis religiosa
et Zonocerus variegatus et embria ramburi
Ego sum qui sum: Piscis Christi
et Dysticus marginalis
et Leptodirus hochenwarti
**Omnis Cellula et Cellula* (Virchow)*
Ego sum qui sum: ecce homo
Australopithecus
Ego sum Leptinotarsa decemlineata
et Bryochaeta quadrimaculata
et Hylurgus ligniperda et Panorpa communis
et Creoleon Lugdunense
Ego sum Parnassius apollo
et Polyommatus icarus
et Simulium amazonicum
et Archaeopsylla erinacei
Ego sum Eumenes mediterraneus
et Scarabaeus sacer
et Coptolabrus marginithorax

et Iris oratoria
Ego sum Epidinium ecaudatum
et Polykrikos kofiofi
et Erythropsis pavillardi
et Peranema trichophorum
Ego sum Trypanosoma gambiensi
et Eimeria perforans
et Trichonympha agilis
et Leishmania donovani
Ego sum Schizotrypanum cruzi
et Halioma echinaster
et Stylocephalus longicollis
Ego sum qui sum: ecce homo
sapiens per saecula saeculorum!

ABRIL DE 1973

Ibamos a ser mercaderes del Harrar
Ladrones del fuego Oh Sífilis
Dios nos abandonó en el Rojo Mar
enfermos de humanidad y el cáncer
multiplicándose en mis células

Rogad por los mendigos borrachos
allá en la columna vertebral de la locura
harapos del huérfano y cráneos divididos
en la calle de la Vieja Linterna
donde aún cuelga de un farol
el Príncipe de Aquitania

La historia de la libertad de París
el año mil ochocientos setenta y tres
condenaron a muerte la circulación
de mi sangre y mis ojos de profeta
en la Edad del Tiempo: YO ERA EL MESIAS!

Encomendad vuestro espíritu
a esta antigua plegaria:
soy el cadáver del perro
y blancos caballos ciegos
que aquí yacen en comunión
con las estrellas del templo
y las hermanas aves de rapiña

En la fosa común del Globo Terráqueo
Ibamos a cambiar el mundo.

FLORIDOR PEREZ
(Yates, una isla de Chiloé, 1937)

LA AUTORIDAD

*La autoridad
y el orden
establecido.*

*Y el estable-
cimiento
del desorden.*

VIVIR

(Tiempo presente)

*Yo vivo
Tú engordas
El suda
Nosotros envejecemos
Vosotros enriquecéis
Ellos mueren.*

DEL CABLE

*Jerusalén (Urgente) Numeroso
público presenció en esta ciudad
la crucifixión de Jesucristo
conocido agitador, cuya muerte
garantiza el imperio de la ley
y el retorno de la paz social.*

WEEK END, THE END

*Por otra parte
queridos ancianos
si somos
descomedidos y chascones
si bailamos
desesperadamente
hasta las 3 las 4 - 5 - 6
de la mañana
n u n c a
regresaremos tan bebidos
como para ignorar
que pudiera ser
este domingo
el último del mundo
por culpa vuestra
queridos ancianos.*

EL INESPERADO

*El producto ofrecía
99%
de seguridad
y ahora
la joven madre
la Nº 100
no sabe si sonreír
o presentar excusas
no se atreve
a cantarle
una canción
de cuna.*

SOBREMESA

*Muy pierna encima lee el diario
noticias de la guerra
el fútbol
su hijo llora en la cuna
él no sabe por qué
"cht-cht tome su tete"*

*y mentalmente
calcula las bajas
y la posición
de los equipos.*

P.D. PARA LA CENICIENTA

*Se casaron
vivieron muchos años
tuvieron muchos hijos
y colorín
 colorado
se divorciaron
 pasó
por un zapatito roto
y después
 se casó con otro.*

NATACHA

*Le han dicho

con ese hombre
no tendrán dónde
caerse muertos.*

*Le he dicho

tendremos
todo el mundo
donde pararnos vivos.*

JAIME QUEZADA

(Los Angeles, 1942)

RETRATO HABLADO

*Digo pan
Y la mesa extiende su mantel
Como un cuaderno de dibujo
Y en un abrir y cerrar de ojos
Ya no existe el pan
Ni la mesa
Ni el mantel:
Sólo el retrato hablado de mi hambre.*

IMAGEN Y SEMEJANZA

*Esto de no tener casa
De no tener sillas que arrimar a una mesa
Me vuelve inútil la santa paciencia:
Mi palidez no tiene sopa
Y siento los glóbulos rojos
Subir por una de mis piernas
Hasta mancharme enteramente la cabeza:
Tomo el tren o el aire
Y huyo también de las moscas.*

CLAROSCURO

*Antes que llegara la nieve
Me despertó el llanto de un niño
En la pieza vecina
Y pensé que a medianoche
No se distingue el silencio de la leche materna:
Que para el crecimiento
Se necesita también de las palabras.*

HISTORIA Y OTRA HISTORIA

*Me hablan del vino del agua
De la madre del cordero
Y el pan sin levadura se reparte a los invitados
Que llegan con sus sillas a la fiesta*

*Pero yo no entiendo cosas
Que de niño me hicieron aprender de memoria
Sólo quiero encontrar a una mujer
Que una vez me dijo al bajar de un tranvía:
Cuando dejes de ser impúber habla conmigo.*

LA NOSTALGIA TIENE LA FORMA DE UN TREN

1

*Abandono mi pueblo un día de invierno
Y al atravesar el puente ferroviario
Un niño recoge su lienza de pescar.*

2

*Me despierto a medianoche en una estación
Y veo sólo al guardavías
Que hace señales con un farol rojo.*

3

*Qué será de mi mañana
Si un tren eléctrico pasa ahora por el pueblo
Y en el patio de la estación
La locomotora a vapor espera la visita del fogonero
Que llegará una noche
Convertido en carbón de piedra.*

GENERACION VA GENERACION VIENE

*Ha muerto su padre
Y mientras lloran sus hermanas
Se va al fondo del patio
A recordar el lugar donde una vez
Recogió un nido caído del cerezo.*

ESTROFA DE VIOLETA PARRA

*El día que se nos murió la Mujer-Cántaro
Yo estaba en un pueblo del sur
Deshidratándome
Sin saber qué hacer con la guitarra.*

UNA VEZ UNA CALLE

*Paso por una calle de mi infancia
Me saludan sencillas mujeres
Que llevan sus hijos a la escuela
Pero ya no conozco a nadie
Simplemente muevo la cabeza
Una puerta se abre al silbato del lechero
Y yo pierdo mi tiempo
Mirando los números de las casas.*

LA CASA ESTA INCLINADA HACIA UN PUEBLO

*Un día regresaré a mi pueblo
Pero entonces nadie habrá en la casa
El viento norte
Será un perro que aúlla en el patio
A las escasas hojas de los árboles frutales
Sobre la mesa del comedor
Sólo encontraré una carta.*

LA MUJER ADULTERA

*Toma su sombrero
Y sale dejando la puerta abierta
Y su mujer le grita desde el lecho:
¡Qué clase de hombre eres
Que no sabes cerrar la puerta!*

LA TENTACION

*Nos habíamos perdido
En el sendero del bosque
Y ella proponía: desnudémonos
El lobo pensará que ya somos cadáveres.*

EL CAZADOR

*Destapa una botella de aguardiente
Que tiene aún el sabor a uvas pasadas
Y se emborracha
Y carga su escopeta:
Y su mujer se estira en el lecho
Como una paloma blanca.*

LA CONDUCTA

*Dice su primera palabrota
A la hora del almuerzo*

1

*AQUI EN SOLENTINAME NO SE VE TELEVISION
Ni se escucha la radio
Ni se leen los magazines de la prensa
Pero se sabe todo lo que ocurre en el mundo
Porque alguien toca la guitarra
Y canta.*

2

*LOS MUCHACHOS DE SOLENTINAME
Ayudan a sus mayores a desgranar maíz
A desmalezar el monte
A poner kerosene a los candiles porque luz eléctrica no hay
Y mientras ponen kerosene a los candiles
Y desmalezan el monte
Y desgranar maíz morado que aquí llaman *pujagua*
Cantan canciones de Violeta Parra los muchachos
En este remoto lugar de Solentiname.*

WALDO ROJAS

(Concepción, 1943)

PROUSTIANA

*Abuelas otoñales y las tías juveniles
en la calle que da acceso al Colegio para Niños.
Campanas invisibles de alguna catedral
les hicieron girar la cabeza
como si alguien las llamara
o descubrieran que el tañido las hiciera a la mar
de la memoria
de alguien que recuerda.
Luego de la última campanada de la tarde
nos quedamos los únicos, Margarita La Rubia
y El Que Entonces Yo Era,
ambos, las manos entintadas, junto a la pileta
del patio jardín.*

*Es el caso que detrás de aquellos muros esperamos
hasta lo absurdo
el paso del verano.
Han caído los años y su chapuceo de peces.
Seca o derruida la fuente del Cetrero,
y nosotros sin hablarnos.
Como sucede hasta este mismo día.*

LA PERPETRACION

*Mal está que te haya olvidado, Rosa Inés.
El recuerdo no redime a nadie de nada.
Los ávidos adolescentes que fuimos rondábamos
tu cuarto
en el patio de las criadas.*

*El sexo un vértigo abismante, oscuridad de
oscuridades,
una sed y un rumor sordos.
Mal está también, Rosa Inés, que después de
tantos años
de ti vea pasar por obra de tu nombre
fugitivos fragmentos de un cuerpo sorprendido,
miembros dislocados
por la semipenumbra
y esa fiebre que un día te acechara.
Amargura del botín de aquella noche, Rosa Inés,
tu silencio ante las Tías un aterrado cómplice.
Doble crueldad no poder rescatar tu rostro
ahora que quizá tú también lo hayas perdido en
tu recuerdo
después de tanta miseria y de todos estos años.*

NO HAY ENEMIGO ETERNO

*En las altas murallas de ladrillos
decrecen sombras y musgosidades.
Es ahora la caída de la tarde y se mudan la
imagen y el sentido.
Agitados paseantes enfilan entramadas direcciones,
y en un mismo sentido es el Invierno que
abandona su faena.
La tarde de por sí implanta desenlaces.
Es así: no hay enemigo eterno.
Decae el brazo del Invierno y en las antiguas
mansiones
de un barrio enhollinado
está la hiedra irguiendo sordas reptaciones.
Estamos por lo que prosigue su curso al llamado
general.
Anima de las estaciones, ¿quién podría hablar
de traición?
Como en el Reloj de Sol, divinidad de los parques
señoriales,
los días son sombras que se anudan a un vástago
inmóvil.
Vuelve la Estación del Festín.
La realidad recobra su nivel constante.*

TODO TIENDE A CUMPLIR UN OBJETIVO

Todo tiende a cumplir un objetivo.

Al César lo que fuera del hombre.

Y el hombre que mirábamos correr esa mañana debió llegar alguna vez hacia algún sitio.

Las Vespasianas del Parque

con su barroco estilo orinal

ocultan bajo tierra lo infamante:

por un lado los hombres,

las mujeres por el otro.

*descensos e irrupciones a una abrumada superficie
que todo lo confunde.*

*El pulgar del César ya no desata lo inminente
en tanto que los Leones de Piedra Municipales
se están descascarando de indiferencia,
corazones y alfabetos.*

PEZ

Las aguas regresarían a su primer vapor fantasmal, irresponsablemente.

a menos que este rey envejeciera en su reinado y enrojeciera de mohos la hoja de su cuchillo adherido de algas.

*Es el Pez muerto la única evidencia tangible entre los dedos,
la cuerda mentada en la casa del ahorcado —el mar—*

*a gritos de feriante en una calle de limones y lechugas
un domingo de sol entre frutas y especies comestibles.*

*El látigo de Cristo no se ve aparecer por ningún lado
ante la euforia de los mercaderes,*

mientras el ojo del Pez se reseca

al acecho del sol y las monedas.

*La tragedia de este rey no horroriza en el destierro:
nadie es profeta en su tierra,*

ni en el mar,

*donde sólo se advierte la indiferencia de las rocas,
el servilismo de la arena y una inquietud en el agua
imposible, a todas luces, de fingir.*

*Sólo la violenta explosión de una pecera remedaría
pobremente*

*la imagen de la justa ira de su padre, único dios,
por el destino que su mano inestreichable calculara.*

PAJARO EN TIERRA

*Icaro comprobó en carne propia el engaño de las alas.
Aún deben estar sus plumas a merced del vaivén de la resaca.
Poco serviría a los pájaros la moraleja repetida,
la confianza en sus alas crece en cada despegue y ya en el vuelo
es aquélla una historia del todo carente de importancia.
Pero nosotros, nacidos más para el vuelo que para el arraigo,
mantenemos la vista en la altura
con esa extraña nostalgia del fruto recién desplomado al pie
del árbol.*

*Cielo vacío de alas es el de la Ciudad,
dominio de pájaros en tierra
con la vista baja en las plumas herrumbrosas
como esos matorrales de los parques salpicados de lodo,*

FORMULA

*Haga usted de tripas corazón,
y de cerebro corazón, y corazón
de piernas y manos.
Haga usted de toda entraña una
cómoda vasija
donde gotee la sangre con dulzura
y se empoce quieta en el fondo,
hasta el fondo de los siglos.*

FEDERICO SCHOPF

(Osorno, 1940)

"DESPLAZAMIENTOS"*

1

*Cansado de ser la bailarina del cosmos
que siempre lleva puesto el horizonte
alrededor de los ojos como una falda que se mueve
con uno mismo, de ser el borde del silencio
al que no puedo asomarme, límite en que mi rostro
conserva su figura de adolescente perpetuo del universo,
cansado de mi ignorancia y de inútiles búsquedas interiores,
me hice viajero de la luz.*

2

*Rápidamente traspasé la zona de los satélites
donde los hombres se hastían de ver el mismo paisaje a horas
[regulares
sin advertir que una ciudad es lo mismo que la nervadura de una hoja
o mejor no es lo mismo sino otra imagen imposible de distinguir
sin presente ni pasado ni futuro sino simplemente
objetiva, exacta y difusa, una pura superficie
detrás de la cual hay otra superficie detrás de la cual
hay otra superficie donde acaso miren los ojos de una mosca capaz
[de concentrar en sí
las estalactitas de varios universos y detrás aún
un hombre que mira sonriendo y frotándose las manos
cuidadosamente peinado hacia atrás.*

3

*El camino a la infancia es un viaje muy corto
es un franco retroceso en la memoria*

*es una parte del universo
que es preciso recorrer como si fuera el presente
pero no todo el presente ni todo el tiempo
que tenemos por delante es este pequeño mundo
donde crecen tallos y sueños que no tienen cuándo*

*Es peligroso ahogarse en este acuario
quedando por conocer lo que está detrás del horizonte
lo que está delante porque la pura infancia es una trampa
tendida por la muerte y la verdadera infancia
la raíz secreta que nutre nuestro largo viaje.*

4

*A estas alturas un fuego azul me consume los ojos
que explotan en millares de estrellas que se ordenan silenciosas.
Ciego del universo, perdí el prejuicio de las proporciones y por
[fin no supe
si lo que veía era una ciudad o la nervadura de una hoja
el incendio de un planeta o un palo de fósforo
las ramificaciones de las venas o un delta
la rueda del destino o el interior de un caracol de mar.*

5

*Tras pasé los gabinetes en que los sabios descifran
mensajes de estrellas que ya no existen y suspiran
a la luz de la luna mientras una nube de mariposas
no logra brillar en el pozo seco de sus ojos.*

6

*Me introduje en los canales de la velocidad
y contemplé ciudades que se acercan y se alejan
rostros humanos descubiertos de pronto en un cono de luz
risas, gestos amargos, parejas que se susurran secretos
sin saber si existen o no existen:
imágenes que han viajado durante años
atravesando tormentas y nubes de luciérnagas y galaxias
que han resistido la fuga de los electrones
disparándose en varias direcciones y cambiando de forma
esferolitos, monóxidos, tulipanes del espacio.*

*Recuerdo un sabor de frambuesas que sube desde el
[patio,*

*recuerdo la costa oceánica donde grandes olas
estallan sin cesar sobre las rocas o mueren blandamente
en las arenas. Recuerdo al gato Félix colgado de una nota
flotando en el espacio. Recuerdo al Walt Disney.*

*Recuerdo una melodía tocada en piano
que no se repetirá nunca más.*

Una bandada de moscas danza alrededor del sol.

*Me encuentro con viajeros que vuelven de planetas que
[ya no existen*

*con ojos cargados de luz, con la memoria llena
de imágenes, de márgenes de grandes ríos, de metrópolis bullentes
donde ya no hacen ruido los motores que aún resuenan en sus oídos
donde los ascensores no son ya sino polvo sobre el polvo
de sus pasajeros o mejor corpúsculos en viaje hacia una nueva
[geometría.*

*Es justo reconocer en este punto que la infancia no
[es un espejo*

*sino un reino vaporoso y tenue
donde cada cual se siente a gusto
abandonándose a sí mismo.*

*Me introduje en el bosque geométrico
del óxido de zinc, extrañas frutas pendían
de sus cristales y reflejaban el rostro de los antepasados
de quienes los miraban.*

Nuestros pasos hacían el ruido de vidrios rotos.

*Estaba perdido en su luz blanca que brotaba del suelo
e iluminaba fuertemente mis piernas
volviéndolas transparentes y dejando ver el flujo de la sangre en
[las venas.*

12

*Llegué después a un desierto de arena
en sus laderas crecían flores con pétalos de cobre
que se marchitaban.
Bebí el fuego del sol en la copa de una de ellas
y ardí en una sola llamarada azul turquesa
que por un instante alumbró toda una floresta enloquecida de
[leopardos y metales.*

13

*A estas alturas se me dirá que todo esto no es real
que no interesa a nadie, que el gato Félix
es una creación de Walter Lantz, que los asteroides
no son aún alcanzados por el hombre.*

*Se me dirá que soy un reaccionario fundador de mundos posibles
distribuidor de opio en un momento impropio
un pobre hijo del sepulcro enloquecido.*

*Conforme: yo sé que la vida existe
y que no soy menos mortal que otros
pero la muerte ha dejado de preocuparme
desde que descubrí la amplitud del mundo
alimentado por el telescopio y el microscopio
pero más que nada por la piedad a mí mismo y a mis semejantes
por el amor a los hombres y a las cosas
que no son sino el reflejo de los hombres.*

14

*A estas alturas se adivina claramente
que he vuelto a descubrir
el territorio siempre nuevo
en que el tiempo no es sino una flor
por donde se contempla el mundo.*

*Y el alma es la luz que entregan las cosas
acaso demasiado fuerte para muchos
un sonido de laúd que se alarga en el silencio
el silencio que rodea al universo.*

* De *Desplazamientos*, Santiago, Trilce, 1966.

CECILIA VICUÑA
(Santiago, 1948)

RETRATO FISICO

*Tengo el cráneo en forma de avellana
y unas nalgas festivas a la orilla
de unos muslos cosquillosos de melón.
Tengo rodillas de heliotropo
y tobillos de piedra pómez
cuello de abedul africano
porque aparte de los dientes
no tengo nada blanco
ni la esclerótica de color indefinible.
Tengo veinte dedos
y no estoy muy segura
de poder conservarlos
siempre están a punto de caerse
aunque los quiero mucho.
Después me termino y lo demás
lo guardo a la orilla del mar.
No soy muy desvergonzada
a decir verdad
siempre que hay un hoyo
me caigo dentro
porque no soy precavida
ni sospechosa.*

AMADA AMIGA

*Las personas que me visitan
no imaginan
lo que desencadenan en mí.
C. no sabe que sueño*

con mirarla sin que me vea,
Mientras le echa dulce de camote
al pan parece que juega
con cálices y piedras sagradas,
el modo como levanta la mano
para llenar el cuchillo
de mantequilla
es un gesto
donde los mares hacen equilibrio,
donde las mujeres que tienen frío
se solazan.
Tiene oleajes y consecuencias
como una línea en el radar.
Cuando se levanta la falda
para mostrarme el calzón plateado
veo grupos ondulantes de caderas
que repiten la redondez
y la perfección
hasta alcanzar una estridencia
grande.

Anhelo que no se mueva
para alcanzar a vivir en ella,
a respirar y dormir
en esas planicies.

Está tan oscuro el muslo
tan brillante el pelo
que parece habla en otro idioma.
Lo que digo es tan torpe
pero cómo voy a decir:

"Eres tan hermosa"
"Me alegro tanto
de que hayas llegado".

Cuando subo el libro del Renacimiento
donde vemos primitivos italianos
quisiera decirte:

"En esta ciudad te encuentro"
"Tú eres esas colinas"
"Tú las pintaste".

Tus dedos son iguales
a la curva de las aletas
de la sirena
representada en la alegoría.

*Pero no es exactamente esto.
Tú eres un país con ciudades
de Lorenzetti
Tú y yo alguna vez
volveremos a esa ciudad.*

*No sufras porque en este cuadro
dos mujeres se acarician
yo alguna vez te acariciaré.
No te preocupes de que estés envejeciendo,
tú vas a otra clase de tiempo
y yo también.*

*Aliméntate del relato que me haces
de la copa de vino
cruzando el umbral.
Aliméntate y enjójate,
no dejes de soñar con el cuadro
del maestro de Fontainebleau
donde una mujer
le toma a otra un pezón:
durante épocas enteras
nadie soltará tu pezón.*

*Quiero sufrir
enterrarme en ti,
ahorcarte y hacer un hoyo profundo,
donde te empieza a tapar la tierra
lentamente y ver tus colores
podrirse bajo el café.
¿No te gusta tanto la combinación
de violeta y café?*

*No quería hablarte de la muerte
pero ya que la temes tanto
¿cómo no voy a hablar?
Es escaso el tiempo
que tenemos para vernos
y conversar.*

*Me gustaría ser hombre
para seducirte y obligarte
a que abandones tu casa
y te olvides de todo,
pero esta idea no me gusta.
Separados y solitarios
los hombres siempre están fuera*

y nada necesitan con más urgencia
que estar dentro,
probar alguna tibieza,
altas y bajasmar.

Estoy cansada de ti

Nunca te dejas llevar,
me gusta más que no lo hagas,
cuando lo haces
parece que el corazón te va a estallar
te va a florecer
te va a doler.

Es de mí que me canso.
Deseo verte nada más
que te enamores de otros
y nunca te apercibas de mí.

Cuando te vistes con camisa de franela
y calcetines de lana
por una semana
y te afeas y avejentas
para morir un poco
quiero estar cuando resucites
y seas una gloria de ojos húmedos
y oscuros.

Quiero ser un indio
que está escondido en las montañas
y nunca viene a las laderas
porque todo le duele.

Iluminarme con mis propias luces.

Naciste del cruce
de tu madre con la muerte,
ni siquiera en la infancia
habrás sido rosada.
Los que hacen el amor contigo
creen que nunca regresarán
que se van a hundir
que les vas a tejer
una tela húmeda en la espalda

y como es probable
que tengas conexiones
con la boca de los volcanes
por ahí tirarás a tus amantes
y si ellos se liberan
es porque te compadeces.

Te tengo miedo
porque no puedes mirarme
como yo te miro
no puedes amarme
como yo te amo
no puedes ni siquiera
desear acariciarme
y vivir algún tiempo conmigo
haciéndome peinados góticos
o pidiéndome que revuelva el té
con la punta de mi pezón.

Tu lado humano
no está a la altura
de tu lado bestial.
Algunos te imaginan dueña
de regiones orgullosas
y llenas de daño,
pero los que te han visto
con fiebre
o en épocas de menstruación
te aman muy en contra
de tu voluntad,
si es que tienes voluntad.
Solamente una intensidad
le da poderes a tu vida
y la muerte se ve acabada
por fuentes peludas
y calientes miradas.

Qué daría la muerte
porque no tuvieras
esos ojos redondos
ni esos senos
ni esos muslos
para dominarte
envolverte y guardarte
de una vez por todas.

LENGUAS ESCARLATA

*Como un fuego en el aire
o una placa tortuosa de Max Ernst
Torbellinos, cohetes, púrpura,
Veloces volúmenes intermitentes
volantes secciones de lija
velos pardo de un lado
y del otro
restos de llanuras.*

RAUL ZURITA

(Santiago, 1950)

EL SERMON DE LA MONTAÑA

Casas de muchos pisos se recortan sobre los días de las guerras.

Ahora que las únicas certezas de las mismas piezas vacías de las mismas escuelas de niños.

Son sólo puertas y pájaros blancos y negros surgiendo entre esta igualdad de las cuales amontonadas y de los cuartos sin vista al mar.

Cuando cualquier aviso puede asustarnos mientras que adaptado a las posturas del insomnio el develado jamás sobrevive a la invasión de una Rusia que nadie conoce en la micro llena en el paradero hermético.

Perdidas entre la corbata de Lenin o Vladimir Ilitch Ulianov y las mantillas de la virgen —helados sobre el negro pavimento de las calles del suburbio— luego los amaneceres en una cama extraña y esa intuición del derrame —la locura— las camisas de fuerza.

Aunque por mientras nada realmente nuevo suceda tú, que caminaste más de veinte años con la misma flor pegada a la muerte y creíste evitar el miedo subiéndote el cuello del abrigo —las mañanas de sol y el mismo vidrio pertinaz en la ventana sucia— aunque nada suceda y las modernas teorías socioeconómicas donde se garantiza la futura tasa de crecimiento —la erradicación de la soledad y el hambre en las grandes ciudades— no sea hoy más que una mujer con las piernas demasiado gordas.

Una cruz dada vueltas.

Una adolescente violada y muerta en un barrio apartado.

No hay nadie en el mundo.

Salvo unos niños rubiecitos jugando entre destruidos carromatos de la segunda guerra.

Salvo un exhibicionista que en las esquinas espantando a los mismos niños de frente de noche sabe que el más minúsculo pene puede parecerse a una bomba voladora a una U-2 alemana a un Apolo a la empuñadura de un cuchillo labrada con infinita paciencia.

Ahora que desde el tiempo de las catacumbas se asesinan entre sí muchos papas y reyes que no los reconozco como abuelos míos, pero que igualmente me evocan en el sueño y que igualmente se olvidan al regreso de nuestra larga peregrinación a Jerusalem en el cuarto amor mío al regreso de las micros y sus asientos rayados sobre todos nosotros.

Yo no creo en la resurrección de la carne.

En el perdón de los pecados.

Yo no creo en la resurrección de la carne, porque los únicos que resucitan siempre son la plusvalía y el comercio el interés por las especies salvajes.

Lo único que resucita es este diálogo con las cosas que va encareciéndolo todo como si fuera poco el precio agregado a la sensación de la caída, al infinito pequeño de las caídas.

Yo no creo en la resurrección de la carne, creo en el comercio y en el placer equívoco de la caída de la usura desde "che la diritta via era smaritta" y donde nunca aprendí nada de nada mientras el espanto se cernía sobre nosotros desde las ruinas de la clase de historia calientes, calientes dentro de las eternas ruinas del baño o del templo de Minos —Jesús y sus palos en la diaria sonrisa matinal— donde nunca aprendía nada de nada

ni del Creo en Dios Padre todopoderoso ni del Proletarios de todos los países uníos en un solo pecho; desde las veredas orinadas hasta la marcha fúnebre de los retretes sobre la baldosas y prostíbulos con amplia capacidad de amor a la bolchevique o a lo cristiano.

Cuando en 1970 d.c. ningún futuro de concordias podría semejar algo en la uniformidad del tiempo y cuando la ciudad, desprendida como una hoja seca de todas sus noches del Gran Cansancio (persiste la medianoche de otra forma como si tuviéramos alguna intimidad que confesarnos) se suicida de bruces ante sus vagabundos pálidos que perduran a la noche esquivando los faroles con insignias políticas y grandes marraquetas invisibles entre las manos.

Entonces (año 1000, 2000 ó 3000 a.c. o d.c.) ya me soñaba grande y comunista alegre entre las futuras ruinas de una estación de ferrocarriles. Persistiendo como bajo hielo a esa costumbre del noticiario del teletipo ingrátido con guitarras eléctricas en los controles en esos días en que los ángeles volaban en enormes motos negras frente a la puerta de mi casa y la juventud del baile y de todos los gestos de Julia que ya empezaba amar a Sean Connery y que bailaba conmigo, soñaba sargentos de 10.000 pistolas para volver a matar a los cardenales —reyes— que regresarían a nacer conmigo —de puntillas— ante las fotos y los retratos tararear una canción —Volverlos al mismo destino idénticamente terrestre de estas calles amontonadas y de los cuartos sin vista al mar arriba arriba como en los grandes himnos patrios como desde el fondo del hielo bailando Zatiushka toda una vida drogados en el kiosco arriba los pobres del mundo arriba arriba arriba.

Mientras afuera nuevamente se empieza a tomar Petrogrado y la nieve adherida a las botas de los bolcheviques se derrite entre las maquinarias del sueño y el Etrangers in the night del cuarto vecino.

¿Qué va cantando la nieve de la bota de los bolcheviques mientras se derrite?

¿La Internacional el América Beautiful o el Deutschland?

Dulce patria recibe los votos de estos rostros de ahora que marcados y fatigados de bailes de tantos bailes van contando el número de baldosas rotas en las veredas.

Resuenan aun sobre las calles esas dudas metódicas de los difuntos paseando en destruidos carromatos blindados vacíos de majestad sin creer en nada absueltos de toda respuesta en el sabotaje ante el suicidio.

Cuando alguien un muerto o un fantasma entre los vivos entonces me llamaba y yo, ensuciándome de partes de defunciones les hacía señas en medio del humo de muchas batallas o motos que no recuerdo desacostumbrándome —poco a poco— al ruido de los pasos sobre el pavimento.

Entretanto en una vieja foto alemana la barba del viejo Marx doblada por el viento me señalaba no sé qué sentido de la historia.

¿Por qué siempre te presentía de otra forma —distinta— mi querida Julia, en alguna de esas páginas blancas que quedan entre el Manifiesto Comunista y las Sagradas Escrituras?

Cuando el destino de himnos y calles amontonadas recorría nuestro Harlem fantástico de blancos y la niñez premiada nos amanecía fuera de la historia fija de las grandes economías derrumbándose derrotadas sobre nuestros escritorios y desordenándonos el uniforme.

La Swástica los emblemas de paz sobre la camisa y tus paseos Julia, con cadetes. La Internacional el América bella o el Deutschland bajo las curiosísimas águilas garabateadas en los baños donde los ángeles sí que pueden ver reflejada su imagen de pie de rodillas pavorosos e incorpóreos donde no hay un céntimo en el bolsillo y donde las grandes monedas se las tragan cientos de maestros locos en los últimos cajones de la metafísica.

Allí ya nos enseñaban, sin quererlo lo que serían tus futuros senos sin sostenes, nos mostraban también todas las posibilidades perdidas de un fuerte de palomas mensajeras pisoteado por robots-carteros.

Un día —a pleno sol— una noche y el hallazgo el inconsolable hallazgo de una puerta nueva por donde nadie se hubiese dado cuenta de nuestra irrupción en el mundo.

Casas de muchos pisos perduran a través de los gritos.

Porque siempre alguien nos esperaba para la hora de almuerzo y la vergüenza de no haber aprendido nunca el credo nos impedía persignarnos mirando de frente el cordero faenado.

Dios ve.

Dios no ve más allá de sus ojos como Marx y Moisés no pueden ver a través de las tablas de la ley y como Lenin no se enamoró de ninguna de las cortesanas del zar porque no podía ver a través de las sábanas.

Dios no ve porque nadie se ha confesado esta mañana y son las mismas ganas de arrancar por muchas historias de miedo a la parroquia más cercana o al retén militar con risa mal disimulada al acordarnos de algún chiste de curas mientras la religión con la cabeza partida la cruz la cruz los túneles secretos se derrumba en una clarinada de manteles sucios y desordenados sobre las últimas, tragicómicas oraciones de gracia.

Como una herejía o como una pluma.

Mas es preciso seguir teniendo cuidado en todas partes hay una inscripción para abrir lentamente las puertas del infierno dar vueltas la página y esperar que el almuerzo nos

como de todas formas dime ¿alguien sabía que yo sacaba cuentas de quienes habían matado más, si los alemanes, los americanos o los rusos (o tú, a quien el bombardeo de los electroshock te devolvieron nuevamente a los animales asesinados en común) y que luego venía el hipotético suicidio —se tiene la sangre caliente— la vajilla rompiéndose o el vaso de coñac vacío sobre los duendes, niños dormidos sobre la mesa?

Entonces es día tuyo de infancia saludado con ramas de Laurel tú que soñabas con perdurar al incommovible rezo nocturno se desplomaba al primer golpe de voz de la verdadera guerra.

Cuando el mismo pasado incapaz de soportar el peso de un solo instante presente lo intuíamos con una semejanza de miradas. Ahora le toca al poeta y a su muerte.

En la micro que nunca llega al cielo solamente al centro de la ciudad y a sus afueras o en el baño de tantas historias de amor —porque es una historia de amor amor mío ese miembro rayado en las paredes junto a una dedicatoria cochina y hoy casi ilegible— en el baño o en la micro en cualquier parte pueden pesar la ceniza que poseo.

Recorriendo todo el devenir de pie —en calzoncillos— ante el urinario hermoso como una América invertida ciegos y sin poder encontrar la toalla temiendo de los que se fueron hasta el confesor más cercano y volvieron sin una sombra en los ojos —he ahí el pasado— sin una sombra en los ojos.

Tal vez el mismo día que nos mancharon la cara de amor —desde el Capitolio amor desde los manicomios sin perder jamás el hábito del pánico ni de las grandes ilusiones psicópatas del condenado—

A lo mejor estudiando aburridísimas lecciones de Historia Sagrada en el cuarto a media luz —como en pleno 1970 aullando aullando estudiando la Internacional a media luz frente a la comisaría—

Quizás en ese cielo donde las modernas cartomancias nos hablan de un zar y un Lenin del brazo de un capellán con los libros apócrifos de un judío y un nazi con la estrella de David en pecho.

Detrás se abren las puertas.
Por mí se va en la ciudad doliente
Por mí se va en el eterno dolor
Por mí se va tras la perdida gente;

tras el desagüe
tras la ascensión sin himnos de un
ejército en busca de sus baños.

Entonces toda esa fidelidad del pasado a sus causas de alguna forma rescatadas se asoma en puntillas a la cerveza diaria a la soledad bebida de a poco en los cafés.

Invadiendo ininterrumpidamente la misma Rusia que nadie conoce en la micro llena —se muere de frío— e igualmente buscando esos comunistas diarios congelados bajo el pavimento carcomido de los suburbios.

Porque a lo mejor esa mujercita sola comprando sandías en la feria —Allí debe estar cantando un esclavo liberto— estaba ya descrita en alguna crónica de guerra perdida o en la carta que aún permanece en la chaqueta del soldado muerto bajo el hielo del último verano en Siberia.

Como si fuera poca toda la nieve que ha caído en Rusia como si fueran pocas todas las medallas que caen sobre las estepas destruidas.

Luis Muñoz Fernández Robinson Cabrera compañeritos míos de colegio en la geografía de Chile a 4.600 km de longitud y en el fracaso del amor detrás del mapa.

Cómo avisar que los mismos instructores todavía me persiguen para interrogarme de nuevo por esa respuesta equivocada de la niñez y tú, qué podías saber de respuestas compañero mío de colegio si tu casa se estremece con la masturbación de los hombres de la calle y los que nos aguardaban para la hora de almuerzo estudian de nuevo —en una revista de monos— la Toma de la Bastilla o las últimas batallas sobre Rusia.

Perdidos en la transparencia hipócrita del agua de la sangre en las flores de papel de todos los muertos.

Porque por más que algunas sientan frío en las morgues y siempre devenga la reconstitución de la escena —con banderas rojas o banderas negras—

Igualmente el tamborilero redobla sus llamadas y los mismos ejércitos se juntan en las mismas guerras disueltos y enredados entre el humo.

—El padre de un amigo mío sollozó sobre los diarios en el Juzgado. Caen caen caen bombas los locos cantan y cantan en los manicomios y como si fuera poca toda la nieve que ha caído en Rusia un centenar de cruces pasan en vuelo rasante y bombardean Moscú sobre mis libros.

Caen caen caen bombas dentro de una larga biblia sin abrazos. Sin fotos de Marx, Mao Tse-Tung o los bellos Ducces modernos.

Donde nunca bombardean Pearl Harbour y no hay ningún muerto. No hay ningún muerto en ese acorazado aún más grande hundido por un golpe de jabón en mi tina de baño (1943 d.c.)

Los antediluvianos conocían otro tipo de máquinas voladoras y el Consejo Superior de la Universidad puede destinar fondos para nuevos laboratorios de aerodinámica.

En esa guerra aún no comenzada de los ires y venires. Donde no hay ninguna Cámara Real que custodiar ningún Secretario de Estado enloquecido por la sífilis ninguna maestra virgen esperando entre los tesoros.

Y así son los aviones —el canto de las sirenas enloqueciendo a los submarinos— cero grado a estribor —la Sífilis—.

el ruido de las bisagras como alarmas antiaéreas para esconderse en algún baño leyendo revistas y masturbarse como los santos entre la vagina de Dios.

¡Así te amaba amor mío asesinada entre lo que fue y por qué fue!

Así te amaba con un número de cinco cifras marcados en el brazo al modo de los judíos de los campos de concentración con el rostro negro de los obreros del carbón en Inglaterra de la Revolución Industrial de 1830 o el hermano muerto en el desastre de los bolcheviques por el año 1905. Con el rostro de todas las marchas de hambre en el mundo —Berkeley 1969—

Así te amaba tú que de los hornos crematorios todavía mantienes esa pureza dramática de cenizas.

La infancia y sus collares de flores que corriendo corriendo va a terminar a los incineradores modernos —aunque sean ya viejos de esta tierra— a esas cámaras donde un pelo liso y rubio entona con un pelo negro y rizado el himno completo de la fraternidad entre las razas. Arriba los pobres del mundo... Arriba Arriba a la nieve que sigue y sigue cayendo en Rusia.

Algún día moriremos sobre los retratos de los que nunca fueron mis padres pero cuyos enormes mantos tapan los hermosos días que nos habrían esperado juntos amor mío del otro lado del destino de los trenes del otro lado de la Comunión de los domingos.

Los santos pasan volando a tu lado y no los puedes reconocer.

Nada puedes haber visto en los vitrales de las Grandes Iglesias del Espíritu.

Donde el comercio de las sagradas escrituras empiezan su larga peregrinación.

Hasta el precio de medio litro de vino para la misa dominical.

La Plusvalía y el Comercio han herido el camino de los judíos y no hay un templo en Santiago que no pague su precio en oro a los constructores franceses.

Han condenado mucha gente que todavía fabrica telares en el Perú y en Bolivia y oficinas y gerencias tienen alfombras más finas incluso que el Manto de Jesús que era el Rey de los Judíos.

No me he confesado la toga y el velo deben seguir en el mismo lugar de inscripciones sacras.

Pero la extremaunción no es cosa de dólares o de vuelos más o vuelos menos sobre Rusia.

La Extremaunción en la sonrisa del moribundo y las aves de rapiña que graznan largamente sobre los cementerios donde fallecen las bellas mañanas de sol en la iglesia el INRI de otro falso Rey de los Judíos vuelto a crucificar en el Viernes Santo de las capillas aldeanas.

Hay un a capilla ardiente sobre la nieve de Rusia donde los magos podrían leer si quisieran:

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.

BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZON PORQUE ELLOS VERAN A DIOS.

Paráfrasis de la mayoría de los textos santos; una primavera con El Capital en Santiago de Chile.

Aproximaciones inútiles en unos cuantos símbolos gastados de muchas ideologías que nos asaltan entre las micros y una última comparación de esa frase que ya realmente nada importa:

Creo en Dios Padre todopoderoso o Todopoderoso ya no creo en Dios.

LOS NARRADORES

AVARIA, Antonio (Santiago, 1934).

Primera Muerte

Libros:

"Primera muerte", 1971.

BAEZA, Roberto (Santiago, 1947).

No por mucho más temprano

Libros:

"Esa mujer me está mirando fijo", 1986.

DELANO, Poli (Madrid, 1936).

Lloró la Milonga

Libros:

"Gente solitaria", 1960.

"Amaneció nublado", 1962.

"Cuadrilátero", 1962.

"Cero a la izquierda", 1966.

"Cambalache", 1968.

"Los mejores cuentos de Poli Délano", 1969.

"Vivario", 1971.

"Lo primero es un morral", 1971.

"En este lugar sagrado", México, 1974.

"El verano del murciélago", México, 1983.

"El hombre de la máscara de cuero", 1984.

"Piano Bar de solitarios", 1985.

"En este lugar sagrado", Santiago, 1986.

DOMINGUEZ, Luis (Santiago, 1933).

"Status"

Libros:

"El Extravagante", 1965.

"Los peces de color", 1969.

"Citroneta Blues", 1971.

DORFMAN, Ariel (Buenos Aires, 1942).

Intervenciones

Libros:

"El Absurdo entre cuatro paredes" (Ensayo), 1969.

"Imaginación y violencia en América Latina", Ensayo, 1970.

"Para leer al Pato Donald", en colaboración con ARMAND MATTELART, Ensayo, 1971.

"Moros en la costa", 1973.

"Superman y sus amigos del alma", en colaboración con MANUEL JOFRE, Ensayo, 1974.

"Ensayos quemados en Chile", 1974.

"Cría ojos", 1979.

"Desaparecer", 1979.

"Pruebas al canto", 1980.

"Reader's nuestro que estás en la tierra", 1981.

"La última canción de Manuel Sendero", 1982.

"Hacia la liberación del lector latinoamericano", Ensayo, 1984.

"Sin ir más lejos". (Ensayo) 1985.

"Pastel de choclos", 1985.

"Cuentos militares", 1985.

"Dorando la píldora", 1985.

"Viudas", Edit. Melquiades, 1987.

ECHEVERRÍA, Eugenia (Santiago, 1943).

Icaro

Libros:

"Las cosas por su nombre", 1968.

"Cambio de palabras", 1972.

"La infinita", México, 1983.

EYTEL, Guido (Temuco, 1945).

Pueblo Paraíso

Premios en numerosos concursos de cuentos. No tiene libros publicados.

HAGEL, Jaime (Santiago, 1933).

Maracaibo

Libros:

"Cuentos bárbaros y delicados", 1959.

"En los más espesos bosques", 1980.

"Con la lengua afuera", 1982.

"Y tú, ¿qué te crees pichón?", 1984.

HUNEEUS, Cristián (Viña del Mar, 1937, Santiago, 1985).

Un joven y sus problemas.

Libros:

"Cuentos de cámara", 1960.

"Las dos caras de Jano", 1962.

"La casa de Algarrobo", 1968.

"El rincón de los niños", 1980.

"El verano del ganadero", 1983.

"Autobiografía por encargo", 1985.

JEREZ, Fernando (Lo Miranda, 1937).

Claudia

Libros:

"Un bachiller extraño", 1958.

"Los sueños quedan atrás", 1960.

"Déjame tener miedo", 1971.

"El miedo es un negocio", 1973.

"Así es la cosa", 1984.

"Un día con Su Excelencia", 1986.

MANNS, Patricio (Nacimiento, 1937).

La lluvia en la red.

Libros:

"De noche sobre el rastro", 1967.

"Buenas noches los pastores", 1972.

"Violeta Parra, La guitarra indócil", 1986.

"Actas del Alto Bío Bío".

MALBRAN, Ernesto (Santiago, 1932).

El hombre que sonaba.

Libros:

"El hombre que sonaba", 1972.

MECKLED, Salomón (Temuco, 1942).

Hotel Avión

Ganador de varios concursos literarios. No tiene libros publicados.

OLIVAREZ, Carlos (La Unión, 1944).

"No estacionar toda la cuadra".

Libros:

"Concentración de bicicletas", 1971.

"Combustión Interna", 1987

QUIJADA, Rodrigo (Punta Arenas, 1942).

Tango para forasteros.

Libros:

"Tiempo de arañas", 1968, en colaboración con RODRIGO BAÑO

"Bajo un silencio"

"Graduación", 1970.

ROSASCO, José Luis (Santiago, 1935).

Mirándome a los ojos.

Libros:

"Mirar también a los ojos", 1972.

"Ese verano y otros ayeres", 1974.

"El intercesor", 1976.

"¿Dónde estás Constanza?", 1980.

"Hoy día es mañana", 1980.

"Tiempo para crecer", 1982.

"Travesuras antifeministas", 1983.

"El Metrogoldin", 1986.

RIVAS, Ramiro (Concepción, 1939).

La caída de Mike

Libros:

"Una noche en las tinieblas", 1963.

"El desaliento", 1971.

"Toque de difuntos", 1986.

SKARMETA, Antonio (Antofagasta, 1940).

La Cenicienta de San Francisco.

Libros:

"El Entusiasmo", 1967.

"Desnudo en el tejado", 1969.

"Tiro libre", 1973.

"El ciclista del San Cristóbal", 1973.

"Novios y solitarios", 1975.

"Soñé que la nieve ardía", 1975.

"Joven narrativa después del golpe", 1976.

"Nopasónada", 1980.

"Ardiente paciencia", 1982.

"La insurrección", 1982.

TEILLIER, Iván. (Angol, 1940).

Flores para Leopoldo

Libros:

"Una rama verde", 1965.

"El piano silvestre", 1970.

"Mañana el viento", 1973.

"Días de sol frío", 1978.

"El orden de los factores", 1981.

"Herederos de la lluvia", 1983.

URBINA, José Leandro (Santiago, 1949).

Menheperre

Libros:

"Las malas juntas".

Primera edición.

Ottawa, 1978.

Segunda Edición
Introducción de
GRINOR ROJO.
Santiago, 1986, 93 pp.

WACQUEZ, Mauricio (Cunaco, 1939).

El papá de la Bernardita.

Libros:

- "Cinco y una ficciones", 1963.
- "Toda la luz del mediodía", 1965.
- "Excesos", 1969.
- "Paréntesis"
Barcelona 1975
- "Frente a un hombre armado".
(Cacería de 1848)
Barcelona 1981
- "Ella o el sueño de nadie", 1984.

LOS POETAS

ARAYA, Bernardo (Punitaqui, 1941)

Obtuvo el Premio Poesía Instituto Pedagógico en los años 1966 y 1967.

Libros:

Autor inédito.

BERTONI, Claudio (Santiago, 1946)

Libros:

- "El cansador intrabajable", Londres.
- "El cansador intrabajable II", Santiago.

CAMERON, Juan (Valparaíso, 1947)

Libros:

- "Las manos enlazadas", 1971.
- "Una vieja joven muerte", 1972.
- "Perro de circo", 1979.
- "Apuntes", 1981.
- "Escrito en Valparaíso", 1982.
- "Cámara oscura", 1986.

CUEVAS, José Angel (Santiago, 1944)

Libros:

- "El mundial del sesenta y dos".
- "Efectos personales y dominios públicos".
- "Introducción a Santiago".
- "Canciones Rock para chilenos", 1987.

HAHN, Oscar (Iquique, 1938)

Libros:

- "Esta rosa negra", 1961.
- "Agua final", Lima 1967.
- "Mal de amor", 1981.
- "Imágenes nucleares", 1983.
- "Flor de enamorados", 1987.

HOEFLER, Walter (Valdivia, 1944)

Libros:

- "Dos cantos"
- (Voces y resonancias), 1970.
- "Segunda expulsión del paraíso", 1973.

JONAS, Jaime Gómez Rogers (Santiago, 1940)

Libros:

- "Deshojándome", 1962.
- "Diálogo para dos movimientos", 1965.
- "La fuga de Sebastián y otros poemas", 1967.
- "El Circo", 1970.
- "Oración del niño que crecía", 1973.
- "El jardín de las palabras", 1976.
- "Imágenes", 1979.
- "Signos", 1978.
- "Tierra Madre", 1980.

KAY, Ronald (Hamburgo, 1941)

Libros:

"Variaciones ornamentales", 1979.

"Del espacio de acá". (Ensayos), Santiago, 1980.

LARA, Omar (Nueva Imperial, 1941)

Obra:

"Argumento del día", 1964.

"Poesía del grupo Trilce", 1964.

"Los enemigos", 1967.

"Los buenos días", 1972.

"Serpientes", Lima 1974.

"Oh, buenas maneras".

Premio Casa de las Américas, 1975.

"Crónica del Reyno de Chile", 1976.

"El viajero imperfecto", 1979.

"Islas flotantes". Edición bilingüe.

Traducción de MIHAI CANTUNIARI, 1980.

"Fugar con juego", Madrid 1984.

Director fundador revista de poesía "Trilce", Valdivia.

LAVIN CERDA, Hernán (Santiago, 1939)

Libros:

"La altura desprendida", 1962.

"Poemas para una casa en el cosmos", 1963.

"Nuestro mundo", 1964.

"Neuropoemas", 1966.

"Cambiar de religión", 1967.

"Ka enloquece en la tumba de oro", 1968.

"La Conspiración", 1971.

"La crujidera de la viuda", 1971.

"El que a hierro mata", 1974.

"Los tormentos del hijo", 1977.

"El pálido pie de Lulú", 1979.

"Metafísica de la fábula", 1979.

"Pánico del ombligo", 1983.

"La calavera de cristal", 1983.

MIRANDA, Hernán (Quillota, 1941)

Libros:

"Arte de vaticinar", 1970.

"La moneda y otros poemas".

Premio Casa de las Américas, 1977.

"Versos para quien conmigo va", 1986.

MILLAN, Gonzalo (Santiago, 1947)

Libros:

- "Relación Personal", 1968.
- "La ciudad", Quebec, 1979.
- "Vida" 1982. Ottawa, 1982.
- "Seudónimos de la muerte", 1984.
- "Virus", 1986.

NOMEZ, Naím (Talca, 1944)

Libros:

- "Historia del reino vigilado", Ottawa, 1981.
- "Literatura chilena en Canadá".
- Edición bilingüe Ottawa 1982.
- "Escrito para un lugar de reunión".
- En colaboración con Sebastián Nómez. Toronto, 1983.
- "Países como puentes levadizos", 1986.
- "Burning Bridges", Ottawa, 1987.

PEREZ, Floridor (Yates, Chiloé Continental, 1937)

Libros:

- "Para saber y cantar", 1965.
- "Cielografía de Chile", 1973.
- "Cartas de Prisionero", México, 1984.
- "Cartas de Prisionero", Chile, 1985.
- "Chilenas i Chilenos", 1986.
- "Cielografía de Chile", 1987.

QUEZADA, Jaime (Los Angeles, 1942)

Libros:

- "Poemas de las cosas olvidadas", 1965.
- "Las palabras del fabulador", 1968.
- "Leyendas chilenas", 1973.
- "Astrolabio", 1976.
- "Huerfanías", 1985.
- Codirector revista de poesía "Arúspice", Concepción.

ROJAS, Waldo (Concepción, 1943).

Libros:

- "Agua removida", 1964.
- "Pájaro en tierra", 1965.
- "Príncipe de naipes", 1966.
- "Cielorraso", 1971.
- "El puente oculto", Madrid, 1981.
- "Almenara", Ottawa, 1985.

SCHOPF, Federico (Osorno, 1940)

Libros:

- "Desplazamientos", 1966.
- "Peep Show y otros poemas", Bruselas, 1984.
- "Escenas de Peep Show", 1986.
- "Del vanguardismo a la antipoesía", Roma, 1986.

SILVA ACEVEDO, Manuel (Santiago, 1942)

Libros:

- "Perturbaciones", 1967.
- "Lobos y ovejas", 1976.
- "Mester de bastardía", 1977.
- "Monte de Venus", 1979.
- "Terrores diurnos", 1982.
- "Palos de ciego", 1986.

SOTO, César (Santiago, 1952)

Libros:

- Autor inédito.
- Ha publicado en separatas: "Retrato hablado".
- Revista Linden Line Magazine
- Perteneció al Taller de Escritores
- Universidad Católica en 1971.

VICUÑA, Cecilia (Santiago, 1948)

Libros:

- "Luxumei o el trasplante de la doctrina", 1969.
- "Samara", Colombia, 1986.
- "Palabramas", Buenos Aires, 1984.
- "Precario/Precarious", Nueva York, 1983.
- "Sabor a mí", Inglaterra, 1973.

ZURITA, Raúl (Santiago, 1950)

Libros:

"El sermón de la montaña".

Revista "Quijada", 1971.

"Purgatorio", 1979.

"Antiparaíso", 1982.

"Canto a su amor desaparecido", 1985.

"Antiparaíso".

Edición bilingüe. Traducción de JACK SCHMITT.

University California Press, 1986.

- (1) *Antología del Nuevo Cuento Chileno*
Selección y Prólogo de
ENRIQUE LAFOURCADE.
Editorial Zig Zag
Santiago, 1954. 338 pp.
- (2) *Antología del Cuento Chileno*
Selección, Prólogo y Notas de
ENRIQUE LAFOURCADE.
Edita Importadora Alfa Ltda.
Santiago, 1985. 1.508 pp. Tres Tomos.
- (3) *Angeles de Desolación, por*
JACK KEROUAC
Introducción de SEYMOUR KRIM
Luis de Caralt Editor.
Barcelona, 1968. 378 pp.
- (4) *Buenos Aires, Santiago de Chile: Ida y vuelta.*
Ediciones La Flor.
Buenos Aires, 1968. 129 pp.
- (5) *Cuentistas de la Universidad.*
Selección y Prólogo de
ARMANDO CASSIGOLI
Editorial Universitaria
Santiago, 1959. 246 pp.
- (6) *Cuento 72*
Editorial Quimantú
Santiago, 1972. 188 pp.
- (7) *Crónicas de Chile*
Compilación y Prólogo de
RODRIGO QUIJADA
Editorial Jorge Alvarez
Buenos Aires, 1968. 253 pp.
- (8) *Chile, hoy.*
Varios autores.
Editorial Siglo XXI.
Santiago, 1970. 406 pp.
- (9) *El cuento chileno actual 1950-1967.*
Selección y nota preliminar de
ALFONSO CALDERON
Ediciones Nueva Universidad.
Universidad Católica de Chile.
Santiago, 1969. 246 pp.
- (10) *El Oficio de las Letras*
HERNAN GODOY
Editorial Universitaria.
Santiago, 1970. 257 pp.
- (11) *Las décadas púrpura*
TOM WOLFE
Editorial Anagrama
Barcelona, 1985. 412 pp.
- (12) *Los intelectuales*
LOUIS BODIN
EUDEBA
Buenos Aires, 1965. 110 pp.
- (13) *Narrativa Hispanoamericana 1816-1981.*
Historia y Antología.
Volumen 7.
La generación de 1939 adelante.
Bolivia, Chile, Perú.
Prefacio y Selección de ANGEL FLORES.
Prólogo de ANTONIO SKARME-TA.
Siglo XXI Editores.
México, 1983. 415 pp.

- (14) *Nueva Poesía Joven en Chile*.
Selección y Prólogo de
JAIME QUEZADA
Ediciones Noé.
Buenos Aires, 1972. 75 pp.
- (15) *Onda y Escritura en México*.
Jóvenes de 20 a 33.
Estudio, compilación y notas de
MARGO GLANTZ.
Siglo XXI Editores.
México, 1971. 473 pp.
- (16) *Poesía Chilena, 1960-1965*.
Preparado por CARLOS CORTI-
NEZ Y OMAR LARA.
Prólogo de FELIX MARTINEZ BO-
NATTI.
Ediciones TRILCE.
Editorial Universitaria
Santiago, 1966. 183 pp.
- (17) *Poesía Joven de Chile*.
Selección, ordenamiento y notas.
MARIN MICARVEGAS
Siglo XXI Editores.
México, 1973. 133 pp.
- (18) *Poets of Chile — a Bilingual Antho-
logy, 1965-1985*.
Edited and translated by
STEVEN WHITE
Unicorn Press, Greensboro, 1986.
- (19) *Revista Chilena de Literatura N° 4*.
Director: MARIO RODRIGUEZ
FERNANDEZ.
Departamento de Español.
Universidad de Chile.
Bibliografía de Narradores Chilenos
nacidos entre 1935-1949.
MAUD VILLACURA FERNAN-
DEZ
Edit. Universitaria.
Santiago, Otoño 1971.
- (20) *Revista Objetivos N° 24*
Santiago. Septiembre 1971.
- (21) *Revista Quijada N° 1*
Valparaíso, 1971.
- (22) *Siete cuentistas premiados*.
Ediciones Concurso CRAV.
Santiago, 1964. 158 pp.

LOS NARRADORES

AVARIA, Antonio. (Santiago, 1934)	17
BAEZA, Roberto. (Santiago, 1947)	32
DELANO, Poli. (Madrid, 1936)	38
DOMINGUEZ, Luis. (Santiago, 1933)	46
DORFMAN, Ariel. (Buenos Aires, 1942)	51
ECHEVERRIA, Eugenia. (Santiago, 1943)	60
EYTEL, Guido. (Temuco, 1945)	63
HAGEL, Jaime. (Santiago, 1935)	66
HUNEEUS, Cristián. (Viña del Mar, 1937 - Santiago, 1985)	80
JEREZ, Fernando. (Lo Miranda, 1937)	85
MANNS, Patricio. (Nacimiento, 1937)	94
MALBRAN, Ernesto. (Santiago, 1932)	104
MECKLED, Salomón. (Temuco, 1942)	108
OLIVAREZ, Carlos. (La Unión, 1944)	114
QUIJADA, Rodrigo. (Punta Arenas, 1942)	120
ROSASCO, José Luis. (Santiago, 1935)	129
RIVAS, Ramiro. (Concepción, 1939)	134
SKARMETA, Antonio. (Antofagasta, 1940)	138
TEILLIER, Iván. (Angol, 1940)	157
URBINA, José Leandro. (Santiago, 1947)	160
WACQUEZ, Mauricio. (Cunaco, 1939)	164

LOS POETAS

ARAYA, Bernardo. (Punitaqui, 1941)	177
BERTONI, Claudio. (Santiago, 1946)	180

CAMERON, Juan. (Valparaíso, 1947)	184
CUEVAS, José Angel. (Santiago, 1944)	188
HAHN, Oscar. (Iquique, 1938)	194
HOEFLE, Walter. (Valdivia, 1944)	197
JONAS. (Jaime Gómez Rogers). (Santiago, 1940)	201
KAY, Ronald. (Hamburgo, 1940)	206
LARA, Omar. (Nueva Imperial, 1941)	209
LAVIN CERDA, Hernán. (Santiago, 1939)	213
MIRANDA, Hernán. (Quillota, 1941)	218
MILLAN, Gonzalo. (Santiago, 1947)	223
NOMEZ, Naím. (Talca, 1944)	229
SILVA ACEVEDO, Manuel. (Santiago, 1942)	233
SOTO, César. (Santiago, 1952)	236
PEREZ, Floridor. (Yates, Chiloé Continental, 1937)	240
QUEZADA, Jaime. (Los Angeles, 1942)	243
ROJAS, Waldo. (Concepción, 1943)	247
SCHOPF, Federico. (Osorno, 1940)	251
VICUÑA, Cecilia. (Santiago, 1948)	256
ZURITA, Raúl. (Santiago, 1950)	262

Los que vivimos esta Antología de muchas maneras hemos comprimido años y horizontes. Somos veteranos de todo lo que esas palabras llevan dentro.

Seguimos la ruta del sol a la caza de muchachas con la ironía en la punta de los dedos. Armamos una alharaca verbal para mostrar que nadie tenía pretensiones, que escribíamos para pasarlo bien, para evidenciar la alegría de estar parados en el planeta.

Quisimos atrapar el volátil sueño de eterna juventud que se esconde en nuestras empobrecidas almas ya viejas para bailar rock, pero todavía muy jóvenes para morir, lo que, como se ve, constituye un drama. El hombre —dice Gombrowicz— “se halla suspendido entre Dios y la juventud, lo cual significa que tiene dos ideales”. Aspira a la perfección, pero le teme, porque sabe que es la muerte. Rechaza la imperfección, pero le atrae, porque es la vida.

Siempre en movimiento. No sólo del arrabal al centro y viceversa. Sino del subdesarrollo a la tecnología. Del amaneramiento lingüístico al desenfado. Del rebelde sin causa a la conciencia política, de la corbata a la nueva piel del bluejeans, del silencio a la estereofonía. Del bolero a Los Beatles. De la Real Academia a la germanía del lenguaje hablado. De la métrica a esta nueva clase humana, cuya estética más visible tal vez sea su ausencia.

Estábamos dando un espectáculo para nosotros mismos, cuando nos llegó la hora del somos un sueño imposible que busca la noche.

Es importante tener en cuenta que ninguno de los que aquí están —y los que no— ha sucumbido en sus ficciones. Tenemos claro que los sueños terminan. Sin embargo, también sabemos que es necesario estar muy despiertos para recordarlos y tener fuerzas para auparse en los que vienen.

(Del prólogo de este libro)

